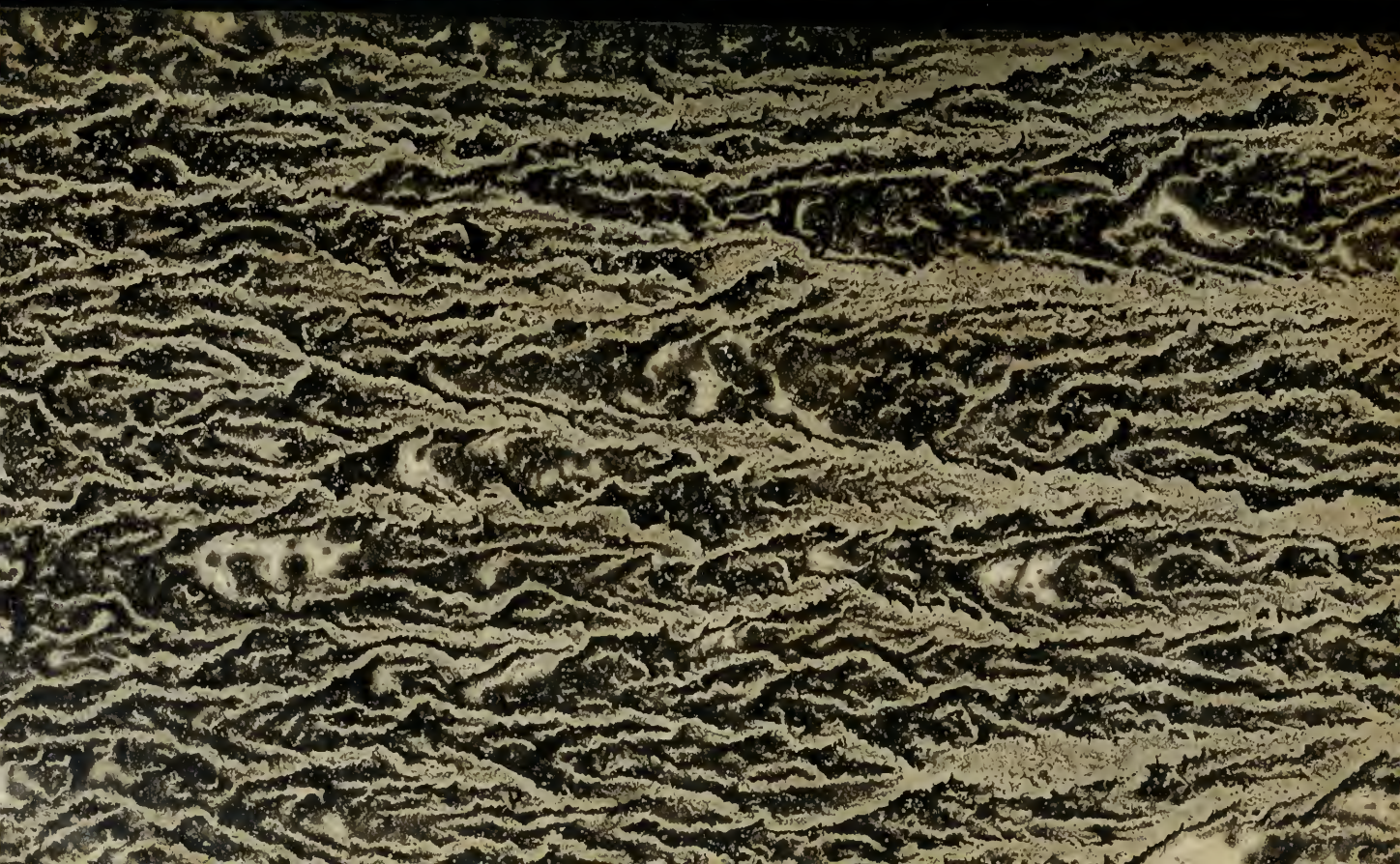


The Bancroft Library

No. 3965

MARCOS VISCONTI

Narracion histórica sacada de las crónicas del siglo XIV

MARCOS VISCONTI

NARRACION HISTORICA SACADA DE LAS CRONICAS DEL SIGLO XIV

ESCRITA EN ITALIANO

POR TOMAS GROSSI

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

Por D. M. A. M. y D. J. C.

MEXICO
IMPRENTA DE ANDRADE Y ESCALANTE
Calle de Cadena núm. 13.
1860

64278
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
SANTA BARBARA COLLEGE LIBRARY
PQ
4765
G6 M3S
1860

I.

Idea del pais y de su estado político.---Pleito del monasterio de S. Ambrosio contra los hombres de Limonta.

Navegando desde el cabo de Bellagio hácia Lecco, se descubre casi á mitad de la costa, frente de Liorna, una pequeña aldea llamada Limonta, escondida entre la espesura de los castaños. Desde el siglo VIII, hasta estos últimos tiempos en que la Lombardía quedó libre de los feudos, perteneció al señorío del monasterio de S. Ambrosio de Milan, cuyo abad, entre otros títulos, llevaba el de conde de Limonta.

Entre el territorio de Bellagio y el alodio de los monjes, cuyos límites están aun marcados con un mojon, se levantaba en 1329, un antiguo castillo, que fué arruinado á fines del mismo siglo, sin que haya quedado de sus ruinas el menor vestigio. Poseíale entonces cierto conde, Oldrado del Balzo, descendiente de los antiguos señores de Bellagio, gobernada á la sazon por su ayuntamiento.

Aunque el conde Oldrado tenia varias pose-

siones en otros parajes de Lombardía, pasaba en dicho castillo la mayor parte del año con su esposa y una hija única, enamorado, al par que ellas, de aquel despejado cielo, del hermoso lago y del templado, alegre y delicioso clima.

La familia del Balzo, rica, ilustre y enlazada por amistad y parentesco con las mas poderosas, habia sido siempre la protectora natural de los lugares vecinos á su castillo, cuyo nombre habian aprendido á respetar y amar todos los habitantes de la comarca, por antigua tradicion, de padres á hijos.

El conde Oldrado, sucesor á tan preciosa herencia, no sabiendo conservarla, habia perdido gran parte del prestigio entre los antiguos clientes de su casa, no á causa de perversidad, pues era de la mejor pasta de hombres, sino que habiéndole tocado la suerte de vivir en tiempos dificiles, entre circunstancias graves y delicadas, no hallaba en su natural débil, tímido y meramente vano, la energía necesaria para hacer el bien que hubiera querido.

En la época de que estamos hablando, Ludovico, llamado el Bávaro, penetrara en Italia, y de propia autoridad, deponiendo al Sumo Pontífice Juan XXII, residente en Aviñon, porque le habia excomulgado, se arrogó la autoridad de hacer crear Papa en Roma á Pedro de Corvaria del órden de menores, el cual tomó el nombre de Nicolás V: ocurrencia que derramó el escándalo y el cisma en todo el orbe cristiano.

Bien pronto la ciudad de Milan, que de muchos

años estaba gimiendo bajo el interdicto fulminado contra los Visconti, poderosos y acérrimos protectores del bando Gibelino, se declaró por el anti-Papa; y como éste bendijese otra vez aquel Estado, se abrieron los templos de la capital, de otras ciudades subalternas, de los pueblos mas importantes, y el poco clero que habia quedado, volvió á sus ordinarias funciones eclesiásticas y administracion de sacramentos. Pero en la campaña, y principalmente sobre el lago de Como, menos encarnizado el pueblo en el furor de los partidos, permaneció fiel al verdadero Pontífice, y negándose á abrir los templos, miraba como cismáticos y excomulgados á los sacerdotes que le enviaba la capital. Fácil es adivinar que en las ciudades y arrabales no faltaba quien pensase como los aldeanos, y habia tambien entre estos quien participaba de las opiniones de la capital y poblaciones numerosas; y de ahí puede inferirse cuán dulce y sosegada seria la vida civil, en aquellos trabajados tiempos. Por do quiera profanaciones, violencias, contiendas y sangre. Fr. Aicardo, arzobispo de Milan, el abad de S. Ambrosio, y la mayor parte de abades de los mas ricos é insignes monasterios, prófugos de mucho tiempo, la mas selecta porcion del clero secular y regular, errante y mendiga por la Italia y la Francia, la sede arzobispal, las abadías, y hasta los beneficios eclesiásticos menos pingües, ocupados y violentamente detentados por señores legos ó sacerdotes cismáticos amigos del emperador.

En medio de tal desórden y confusion, Juan Visconti, pariente de los príncipes, y nombrado abad de S. Ambrosio en lugar del verdadero, que era Astolfo de Lampuñan, habia enviado á Limonta en clase de procurador del monasterio á un pícaro parásito, condenado ya en Milan por falsario. Éste, vengándose de la fidelidad que aquellos pobres montañeses guardaban á su legítimo señor, los chupaba, pelaba y desollaba sin piedad, vejándoles con mil exacciones é injurias, y los trataba como hacienda de ladron. Dirigíanse los limontinos al conde Oldrado para que interpusiese su valimiento con el abad, intercediese con los señores, y les hiciese valer su justicia; pero en vano. El conde atendia á tantos respetos, le daban miedo tantas cosas, que no queria indisponerse con nadie, ni esponerse á caer en desgracia de los Visconti, y reduciéndose á compadecer en su corazon á aquellos infelices cuitados, les hubiera dejado descuartizar antes que levantar un dedo para socorrerlos.

Pelagrua, que así se llamaba el procurador del monasterio, cada dia más orgulloso y más terco, discurrió al fin una de las suyas para destruir de una vez á sus gobernados; una tropelía temeraria que los pusiese en su poder, como suele decirse en cuerpo y alma, y le ahorrase la molestia de pleitear con ellos á cada momento. Desenterró cierta antigua escritura de donacion de aquella tierra, otorgada por Lotario Augusto á favor de los monjes de S. Ambrosio, y pretendió con ella que los limontinos

fuesen declarados, no ya vasallos como eran, sino siervos del monasterio, á cuyo fin les emplazó á juicio en Bellano.

Era entonces Bellano corte arzobispal (se llamaba corte, el territorio en que el señor del feudo tenia casa y capilla, ó mas propiamente donde se suministraba justicia) á cuyo juzgado hubiera correspondido el conocimiento de tamaño pleito; pero como el arzobispo habia huido de su diócesis, y muchas de sus posesiones en la ribera de Lecco y en la Valsassina, especialmente la corte de Bellano, habian sido ocupadas por un cierto señor poderoso llamado Creson Crivello, protector de los Visconti, no ya al juzgado del arzobispo, sino al de Crivello tenia que sujetarse la causa de los limontinos. Este señor era amigo sobrado público del falso abad de S. Ambrosio, y demasiado interesado á favor de la usurpacion, que él mismo no dejaba de ejercitar sobre sus nuevos vasallos, para que los limontinos pudiesen esperar de él cosa buena. No hay que preguntar si alzaron el grito, si se recomendaron de nuevo al conde del Balzo. Todo fué en vano. Por mas que el conde se vió rogado y suplicado por su esposa Ermelinda, que así se llamaba, y Bice su idolatrada hija, no tuvo valor para tomar la defensa de los oprimidos, los cuales tuvieron que dejarse arrastrar ante aquel inicuo é incompetente tribunal, y aguardar un fallo que, segun preveian, no podia ser sino un asesinato.

Al caer la tarde del dia señalado para el juicio,

estaba el halconero del conde en un rebellin del castillo estendiendo la vista por el lago, observando si veia despuntar alguna de las barcas que debian volver de Bellano. Divisó por fin á lo lejos una vela de color castaño, vióla crecer, aproximarse, llegar la barquilla que la llevaba, y se apresuró á avisarlo á su amo.

En una rica sala se hallaba éste oprimiendo un sillon, cuyo respaldo terminaba en punta, y tenia á sus piés un gracioso paje, lindo y risueño como un cupidillo. El muchacho, condenado por su oficio á permanecer quieto y silencioso en aquel puesto, jugueteaba disimuladamente con un grande lebrel, que correspondia á sus caricias meneando la cola y ensayando de cuando en cuando algunos brincos.

El conde de Balzo rayaba en los cincuenta años; por debajo de un gorro cuadrado de raso negro, le caian encima de las sienes dos madejas de cabello, que sin embargo de ser bermejo cuando jóven, él habia siempre llamado rubio, y seguia llamándolo así, á pesar de ser ya tan matizado que casi no ofrecia á la vista sino las canas de que abundaba; su cara porosa y aguileña, terminaba en una puntiaguda mandíbula, sobre la cual, cuando el conde hablaba, se veia bailar una barba muy corta y escasamente poblada, del mismo color de su cabello. Dos ojillos pardos brillaban con algun fuego por entre sus pestañas entreabiertas, pero colocados en aquella cara enjuta, y acompañados de una boca hundida en sus estremos y abultada del medio, no

significaban mas que la vanidad satisfecha de sí mismo. Tenia en la mano un soberbio gerifalte, que parecia gozar plenamente en las caricias, y ora se inclinaba suavemente á recibirlas dando un leve gemido, ora erizando las plumas se abalanzaba á la mano que le tocaba, pero no hacia mas que picarla mansamente. Cuando el halconero entró en la sala, el ave reconoció desde luego al maestro que la adiestrara, y sacudiendo las alas y gimiendo mas recio parecia invitarle á que la tomase en su mano.

—¿Y bien? preguntó el amo al halconero, ¿aun no vuelven de Bellano?

—Sí señor; Miguel y su hijo Arrigozzo acaban de desembarcar en la ribera de Carneccio.

El conde entregó el halcon al pajecillo para que le retirase, y se quedó solo con el halconero aguardando á los dos barqueros, que no tardaron en presentarse. Era el padre ya algo viejo, pero el hijo un bello jóven de 27 á 28 años.

—¿Qué nuevas me traeis? preguntó el señor al viejo.

—Las que Dios es servido que....

—Vamos, cuéntamelo todo.

—Allá voy: Ved aquí que sonó la campana, y apareció en la cámara del arzobispo una facha de excomulgado rodeado de tres ó cuatro escribas y fariseos; comenzó á murmurar una larga arenga, y sacando un pergamino viejo, bueno para envolver agujas saladas, le golpeaba con una mano como para que atestiguase sus imposturas: al fin cambió de

tono, y concluyó con una perfidia de este jaez, que hay testigos de que nosotros los limontinos siempre hemos sido esclavos del monasterio, y en prueba de ello que llevábamos la cabeza raida, y que de poco tiempo acá nos hemos dejado crecer el pelo. ¿Puede darse mayor infamia?

—Pero en efecto, ¿habia ó no tales testigos? preguntó el conde.

—¿Les habian de faltar testigos? si se necesitase hasta para crucificar á Dios nuestro Señor creeis que no los hallarian? Ya se ve que los habia; pero hombres que por un higo juraran cualquier mentira; todos gibelinos descomulgados, gentes que ya tienen el alma dada al diablo.

—¿Y luego?

—Y luego que hubo concluido aquel grandísimo bellaco, le tocó hablar á nuestro abogado Lorenzo de Garbañate: dijo claro y limpio que no somos vasallos del abad, y que hace mas de cien años que no le pagamos sino el diezmo como es justo, prestamos las obras en la cosecha del aceite y las castañas, el barcaje y lo que es obligacion, y nada mas, al fin ha dicho una cierta palabrota, una palabra estravagante, que hacia á nuestro favor.... ¿Te acuerdas Arrigozzo?....

—Alguna cosa, respondió el hijo: me acuerdo que ha dicho.... como quien dice un cierto derecho.... un derecho qué se yo.... de una cierta clase de que nunca he oido hablar.

—Habrá dicho que no sois siervos por derecho de prescripcion, apuntó el conde.

—Justamente, esto mismo: esclamaron á un tiempo padre é hijo.

—Decídmelo á mí, que estas cosas las tengo á la punta de los dedos.

—Con que para probarla esta *descricion*, prosiguió Miguel, tambien nuestro abogado sacó á lucir sus testigos, todos los mas viejos del pais y sus contornos.

—¿Y entonces?

—Entonces parece que todo estaba decidido, ¿no es verdad? siendo tan clara la *discricion*, pues no señor; aquel judío de juez salió con otro enredo, y dijo:

—Testigos de una parte, testigos de otra, todos prontos á jurar, nada, decídase el pleito por el juicio de Dios.

—¡Por el juicio de Dios!

—¡Pues! y todos los que estaban en la plaza empezaron á picar de manos como si hubiese dado una grande sentencia.

—Sea el juicio del hierro ardiente, gritaba uno, el del agua hirviendo, decia otro; hasta yo tambien he gritado por el de las cruces, y dije á mi Arrigozzo que se ofreciese por Limonta, como en efecto lo ha hecho.

—¿Y lo han aceptado?

—No, porque son unos pícaros; pero yo he indagado tanto y tanto, que al fin ya sé lo que es el

juicio de las cruces, y que no hay en él ningun peligro; y tambien cuando yo era jóven fuí una vez lo que llaman campeon del monasterio y vencí una causa contra los de Bellagio.

—Más largo eres que un sábado Santo, interrumpió el conde Oldrado.

—Vamos, y volviendo al hilo, ¿en qué ha parado la cosa?

—Ha parado en un lindo cuento: el abogado del abad ha querido que el juicio fuese por duelo, y el juez, como era de un mismo fuste, ha dicho que sí, y así ha terminado.

—¿Duelo *cum fustibus et scutis?* con palos y escudos? preguntó con gravedad el conde, porque tratándose entre plebeyos, no pueden tener lugar las armas de caballeros.

—Sí, con el palo y escudo.

—¿Quién se batirá por vosotros?

—Y quién se batirá.... el que.... pronto está dicho, pero era menester aguardar allí un poco para ver quien se ha ofrecido por el monasterio: un demonio de peli-rojo con unas espaldas tamañas....

—¿Conque no habeis aceptado? ¡cobardes! ¡majaderos!

—Verdaderamente aquí está mi Arrigozzo que queria ofrecerse él mismo; pero yo no lo he querido ni lo quiero. No señor. No faltaba más, sino que entre tantas desgracias tuviese que esponerse este hijito, mi único consuelo y el de su pobre madre,

puesto que ambos somos viejos y no tenemos otra cosa en este mundo.

Diciendo esto habia cogido al hijo por el brazo.

—Cuidado, entiendes, cuidado con dejarte alborotar, que no quiero, no quiero; si deseas verme vivo, y conservar la vida á tu madre, ¡pobre mujer! bien sabes....

—Me habeis dicho que no, que no, que no, ¿qué habia yo de hacer? respondió Arrigozzo: basta, aunque dan cuatro dias de tiempo.

—Y estos cuatro dias te tendré encerrado en casa, y me quedaré yo mismo á hacerte centinela, y no me las echarás de guapo.

—¡Sois un bendito! dijo el jóven, encogiéndose de hombros en acto de grosera, pero amorosa condescendencia, y calló.

Entonces, tomando la palabra Ambrosio, así se llamaba el halconero, que hasta entonces no habia despegado la boca, dijo:

—¿Y no podriamos tambien nosotros buscar un campeon? ¿Uno de estos que se venden por dinero, y que pagándole bien se batiese por la causa del pais?

—No: repuso el conde acariciándose la barba con una mano; no es posible. Esto de poder presentarse un campeon que no tenga interes en el juicio, es privilegio solamente de los nobles, religiosos y pías congregaciones.

—¿Con que, persistia el otro, no habrá mas remedio que dejarnos arrastrar todos al precipicio, ó que

uno de Limonta se bata con el campeon del monasterio?

—Así, ni mas ni menos, concluyó el amo.

—¡Oh, si estuviese en casa mi Lupo! esclamaba el halconero. Si estuviese en casa ó en lugar donde se le pudiese avisar á tiempo, ¡vive Dios! que á estos prepotentes no les andarian tan bien las cuentas.

—Oyes, repuso Miguel, ¿tu Lupo no entró á servir á Ottorino Visconti?

—Sí, al principio de criado, cuando hace cinco años se me escapó de casa; pero ahora es su escudero, y aquel señor lo quiere como la niña de sus ojos, y dicen que no da un paso sin llevarlo consigo.

Estas palabras parecieron dar vida al barquero, el cual, restregándose las manos y dando una vuelta redonda por la sala, empezó á gritar:

—¡Pues á Como, pronto, pronto, sin perder momento!

—¿Qué, sabes acaso que mi Lupo esté en Como?

—Sé que está allí Ottorino Visconti, respondió Miguel; y volviéndose al hijo, tú tambien le viste el jueves que estuvimos allí.

—¿A quién? ¿aquel jóven? ¿aquel caballero que nos saludó en el muelle y habló con vos?

—Justamente.

—¡Toma si le he visto! es aquel que era tan amigo del hijo del amo, del pobrecito Leon; que esté en gloria, y á veces venia al castillo á pasar con él algunos meses.

—Pues, replicaba el viejo barquero, rebosando de gozo: pronto á casa á comer dos bocados, y en seguida volando mientras el lago está en bonanza. Arrigozzo, la barca está bien corriente de todo, ¿eh? Sí, vela, remos, todo, todo está dentro, pues no he sacado nada, para subir aquí mas pronto.

El padre tomó de la mano al hijo, se inclinó al conde y encaminóse á la puerta diciendo al halconero:

—Se lo diré en tu nombre, ¿no es así?

—Díselo en mi nombre, no importa, respondió éste; y el otro: conque, hasta mañana que volveremos con él: y se marchó.

—¡Miguel! ¡Miguel! le fué gritando el conde, no olvides de hacer como que sale de tí, y no se crea que yo he puesto la mano en ello, pues no necesito ir á cazar disputas por vosotros, ¿entiendes?

—Entiendo.

II.

Asonada de Limonta.---Eleccion de campeon.

Al otro dia, que era domingo, estaba abierta la capilla de S. Bernardo en Limonta, y decia la misa un fraile enviado de Milan, porque el párroco, rehusando ejercer su ministerio en tiempo de interdicto, andaba escondido por miedo de Pelagrua, que

le habia jurado mala suerte: pero no asistian á la tal misa sino el procurador y su familia. Los limontinos, con gran parte de los de Cirenna y de Bellagio, estaban derramados por la plazuela, ó divididos en corros en la falda de la montaña, ó reunidos alrededor de la fuente Reginara, á pocos pasos de la aldea, hablando de la aventura de la víspera, de la inminente ruina del pais, de la impiedad y perfidia de Pelagrua, y de la recompensa que podian esperar á todo evento.

Cuatro ó cinco valentones armados, rondando al principio por la plazuela, ya con buenas palabras, ya con violencia, procuraban introducir la gente en el templo; pero el pueblo estaba demasiado firme en su creencia, y demasiado irritado por los últimos acaecimientos, para dejarse convertir con buenas palabras ó arredrar por los feos bigotes de cuatro picaronazos. Viendo estos, finalmente, que no podian sacar partido, cedieron el campo, y se apiñaron en la puerta de la iglesia, como haciendo centinela, y desde allí, primero con aspereza y luego con suavidad, se esforzaban en persuadir á los mas inmediatos que á lo menos se quitasen el gorro ó bajasen el capuz, cada uno segun lo que llevaba; pero todos de acuerdo se empeñaron en tenerlo en la cabeza, ó ponérselo quien no lo llevaba, á pasarles por delante, mirarles de hito en hito, sonreirles, empujarles acá y acullá, y provocarles con gritos, silbidos y algazara.

Al rumor volvió la cabeza Pelagrua, que estaba

internado en la iglesia y arrodillado junto al altar, y notando los rostros y acciones descompuestas y menos respetuosas de lo acostumbrado, empezó á sentir en su corazon una repentina ternura por su casa, y un vivísimo deseo de hallarse encerrado en ella con su familia, y buenos guardias alrededor: con todo, nada demostraba para no desalentar á los suyos, y dar ánimo á los demas. El celebrante, so pretesto de sonarse las narices, ó ya de escupir, ó de hacer señal al monacillo por el misal ó las vinajeras, volvia tambien la cabeza, y echaba una ojeada á la muchedumbre irreverente; ojeada que no digeria muy bien en su estómago. Nunca le habia parecido tan largo el Evangelio y el bendito prefacio, hubiera querido llegar ya al *ite misa est*, se apresuraba cuanto podia para concluir pronto; pero no convenia hacerlo demasiado notable. ¿Qué tal hubiera sido si él y Pelagrua oyeran los discursos que entre tanto se pronunciaban allá fuera, y vieran el viento que soplaba y cuanto arreciaba el temporal?

—Esta fechoría es una injusticia, una infamia, ¿y nosotros hemos de tragárnosla en santa paz? gritaba un mozalvete de Limonta en un corrillo de sus paisanos.

—Y qué, ¿no vas á Bellano á ofrecerte por nuestro campeon? le respondia un viejo cano ya de barba y cabello, que se estaba escuchando con la barba apoyada sobre las manos, y éstas sobre un palo guarnecido con punta de hierro.

—Sí, ¡eh! con qué gracia me sale ahora el pastor, respondia el primero: irse á batir con aquel diablo: él, que es un brujo; y ha cosido en su ropa ciertas yerbas que le ponen la piel mas dura que.... que una peña pelada.

—Estebanillo tiene razon, es un hechicero; esto todo el mundo lo sabe, decia otro.

—Los perros herejes ya se han dado prisa á presentarle para que nadie se atreva á medirse con él, y puedan así desollarnos á su salvo. Todos están acordes para aniquilar á los pobres.

—Justicia seria menester, replicaba el primero, y empezar nosotros á tomárnosla aquí mismo, antes que nos hagan perder en alma y cuerpo.

—Dice bien, perder alma y cuerpo, añadia uno de la multitud que estaba alrededor, ved ahí que Lucifer va á misa ahora que es pecado mortal, y cuando era de precepto no se daba mucha prisa; y todo para nuestra ruina.

—¡Toma, si siempre ha sido hereje! continuaba Estebanillo; y los que le conocian antes, le han visto descomulgado hasta por el arzobispo que teníamos, y estaba condenado á llevar siempre porcion de crucecitas negras cosidas á la capa.

—Y antes de venir á ser nuestro verdugo, no tenia mas oficio que el de fullero, gritaba un nuevo interlocutor.

—Yo le ví cuando por Navidad fuí á Milan á llevar al monasterio el censo del pescado, le ví pintado en la pared de la alhóndiga nueva y debajo ha-

bia un cartel con su nombre y apellido y todo: ¡y enviárnosle á nosotros aquí, á nosotros, esa alhaja ¡eh!....

—Y luego si viene el temporal junto á las mieses, si la escarcha mata las olivas, si al mondar de las castañas no hallais mas que el bello y la corteza, si falta la pesca de las agujas ó una barca va al traves, al momento hay cien escusas: fué la estacion, el influjo de los astros, ha sido esto, ha sido lo otro: ¿sabeis lo que ha sido? Esta maldita cuadrilla de herejes excomulgados que tenemos en el pais: ¡qué mucho que á menudo vuelva el diablo á sus haciendas!

—Pegar fuego á aquella casa, ahorcar el maldito, echarle al lago, gritaron entonces muchas voces de entre el numeroso corro, que se habia ido apiñando alrededor de los interlocutores.

En aquel mismo momento se habia concluido la misa, y Pelagrua, rodeado de sus valentones, salia de la iglesia para la casa del monasterio, que no distaba dos pasos. El tropel de gente empezó á gritar al hereje, al judío, dale, ahórcale, descuartízale, mátale. Un alboroto á no poder mas, pero sin tocar á nadie ni en el pelo de la ropa. Apenas estuvo el procurador dentro de su casa, de repente dió á la multitud con la puerta en los hocicos y buenas noches. El que está dentro está seguro y los de afuera allá se las avengan. Redobló el pueblo los gritos y la asonada, pero sin daño alguno se hubiera el temporal deshecho en agua, á no mediar la

fanfarronada de algunos perros de Pelagrua. Corridos de haber cedido el campo á cuatro impertinentes, que así llamaban ellos á los limontinos y á los de la comarca, se sentian hormiguear las manos. Subieron á una torrecilla contigua á la puerta y desde allí se pusieron á mofarse de la multitud con palabras y gestos, á provocarla y atizarla con bravatas y amenazas de hacerla bien pronto arrepentir de su arrogancia. Los de afuera empezaron á incomodarse y hacer volar alguna piedra que nunca daba en el blanco; y los de arriba hacian otro tanto: finalmente, uno de estos recibió una pedrada en un brazo, y volviéndose á recoger del suelo el guijarro que le habia herido, lo tiró con rabiosa furia, y por desgracia vino á dar en la cabeza de un chiquillo de nueve á diez años que estaba entre la multitud gritando como los demas. El niño tuvo roto el cráneo y murió sin tiempo de decir Jesus. Una chispa en la pólvora no hace un efecto tan rápido como hizo aquella sangre. Embravecióse la turba, y estalló en un aullido general de execracion y de venganza. En un cerrar y abrir de ojos vióse derribada la puerta, arrollados y echados por el suelo los valentones que acudian, y una impetuosa oleada del pueblo, precipitándose en el zaguan, se derramó en el primer patio. En un momento se llenó la casa de miedo y de alboroto, á todos lados se oia ruido de goznes y puertas que se cerraban impetuosamente, como á la primera llegada de un furioso temporal, un llamarse afanado y un gritar me-

droso; mujeres deshechas en llanto atravesaban los aposentos internos, huyendo delante de los invasores; en todas partes gemidos, alaridos, palmadas y gritos de misericordia que llegaban á las estrellas. Los pocos pícaros que estaban sobre la torre no tuvieron tiempo de salvarse; subió el pueblo furibundo, y con una de sus acostumbradas justicias prontas y ejecutivas los hizo volar de alto á bajo uno por uno, dándoles empuje para hacerles caer en un despeñadero que estaba debajo, y en el cual rodando se destrozaban los miembros. Pelagrua, que corria por la casa como un insensato, fué preso con cinco de sus satélites y con ellos enebrado en una cuerda. Quién queria empujarles al salto de los primeros, quién arrojarles al lago con una piedra al cuello, uno los destinaba á la horca, otro á ser amugronados (así llamaban á la pena acostumbrada entonces, que consistia en enterar á un vivo cabeza abajo), y prevaleciendo este último dictámen, habian corrido algunos por los picos y azadones y empezaban á abrir las huesas en sagrado, delante de la iglesia.

El miserable procurador, pálido como un azogado, con los cabellos cenicientos erizados sobre la frente á manera de aristas, los ojos muy abiertos, estúpidos y atónitos, los labios trémulos y descoloridos, batiendo los dientes, con voz débil y mal segura iba repitiendo casi maquinalmente:

—¡Confesion! ¡confesion!

—¡Ah perro hereje! Con esto te daré yo la con-

fesion, gritó Estebanillo, que habia alborotado poco antes y era uno de los mas acalorados; y diciendo esto le amenazaba con un garrote, que habia enarbolado en ademan de querérselo descargar en la cabeza. Mas el pastor, que acertó aun á hallarse inmediato, deteniéndole el brazo le dijo:

—¿Vaya te parece? ¿seremos peores que turcos? Confesar, es menester dejarle confesar puesto que lo pide.

—¿Y quién ha de confesarle?

—¿Quién? cualquiera, si no hay otro, el fraile que vino á decir misa, y aun está en la iglesia sin haberse atrevido á salir.

—¿Aquel? es un hereje descomulgado y no puede confesar.

—Pues bien cualquier otro, nuestro monseñor (así por antonomasia llamaban al párroco).

—¿Y dónde le iremos á pescar, escondido como está por causa de estos malandrines? Ademas de que hay interdicto, y ni aun él puede confesar.

—En artículo de muerte sí, puede confesar en artículo de muerte, y ha confesado otros; no te acuerdas de la Antonia de la Casita, y de Jorge del Molino.

—En hora buena, pero estos bribones no están en artículo de muerte.

—Sí que lo están.

—Digo que no.

—Quién se declaró por uno, quién por otro de

los dos contrincantes, y se armó una gritería la mas desordenada

—Sí, no, se le puede confesar, no se puede.

—Finalmente sonó una voz que dirimió la cuestion de manera que todos se apaciguaron. Si luego de confesados, gritó uno, les despachamos para el otro mundo, bien puede decirse que al tiempo de la confesion están en artículo de muerte; digo me parece.

—Sí, sí, tiene razon, presto á buscar á monseñor.

—¿Y dónde está?

—Ha dormido esta noche allá bajo en casa del barquero.

—Pues corriendo, el barquero, ¡Miguel! ¡Miguel! Nadie le habia visto en todo el dia.

—¿Miguel? yo le ví al anochecer que iba á Como con su hijo, dijo uno de la multitud.

—Pero debe estar de vuelta, añadió otro, pues hace poco que su barca doblaba el cabo de Bellagio.

—A casa del barquero, presto, presto, corra alguno á casa del barquero, gritaron á un tiempo muchas voces.

Situada la casita del barquero casi en la orilla del lago, y en la desembocadura de un torrentillo llamado Anecio, distaba de Limonta cosa de media milla camino de Bellagio. Habíase dado prisa el pastor aquella vez para buscar al párroco: y ya lo encontró que subia al lugar con los barqueros padre é hijo, y con Lupo, hijo del halconero, todos tres

acabados de llegar de Como. El buen cura, viejo, alegre y robusto, subia delante de los otros el áspero caminillo de la montaña: y cuando en una revuelta vió sobre su cabeza al paisano que bajaba en su busca, se paró de repente y le gritó:

—Juan Mateo, así se llamaba el cabrero, ¿qué viene á ser este alboroto de Limonta que parece que hunden la tierra?

—Monseñor, monseñor, respondia Juan Mateo muy afanado, daos prisa, daos prisa, solo vos podeis salvarle; corred, se han apoderado del palacio del monasterio, y están haciendo las del diablo. Quieren matar al procurador y sus esbirros, corred por caridad, y el buen cura echó á correr.

Apenas se vió despuntar sobre la plazuela el negro capuz, todos echaron á gritar:—¡Aquí está monseñor, aquí está monseñor! y saliéndole al encuentro, le propusieron como una cosa muy arreglada, que confesase luego luego á Pelagrua y sus satélites, porque querian mandarlos al otro mundo. El buen hombre necesitó toda la autoridad que le daba su ministerio y todo el amor que le habia granjeado una larga vida empleada siempre en favor de sus feligreses, y del nuevo prestigio que le daban sus recientes padecimientos y persecuciones, para poder retraer á aquellos furiosos de tan tremenda resolucion. Contribuyó no poco á calmar el hervor de los ánimos irritados, el haberse divulgado entre la multitud la noticia de la llegada de Lupo, dispuesto á batirse por sus paisanos con el campeon

del monasterio. Mientras el concurso se apretaba alrededor del hijo del halconero, que les persuadia á no derramar mas sangre, á quedar tranquilos, y confiar en su brazo, entró el cura en casa del procurador, y con suavidad y dulzura despidió en la paz de Dios á cuantos habian quedado dentro devastando. Apaciguado todo en la primera estancia, pasó á otro pequeño patio, desde donde aguzando el oido, creyó percibir un sollozo que venia de lo alto. Encaramóse por una escalerilla de madera, y llegó á una puerta, por cuya cerradura vió agachada en un rincon una mujer que, con el cabello desgreñado, caido en desórden sobre las espaldas, tapaba con la mano la boca de un niño que tenia apretado en su seno, y cuyos gritos se esforzaba á sofocar. Reconoció al punto á la mujer de Pelagrua, y llamó suavemente á la puerta, dirigiendo al mismo tiempo por la cerradura estas palabras:

—Soy el párroco, abrid que todo está tranquilo.

La desventurada madre, sobrecogida de repente por el susto que le causó el primer sonido de aquella voz tan inmediata, alzó la mano que tenia sobre la boca del niño, y salió de ésta un largo y agudísimo alarido, que habia estado detenido tanto rato; pero como el párroco continuase repitiéndola que no tuviese miedo, que era él, y que todo estaba tranquilizado, saltó en pié, y dando vuelta á un enorme cerrojo, abrió la puerta y se presentó á su libertador con el niño en los brazos.

—¡Ah! el cielo os ha enviado! decia la infeliz to-

da trémula y balbuciente, él os lo premie, no por mí, no por mí, sino por este ángel que tengo en brazos: y diciendo esto, entre el delirio de gozo y gratitud apretaba los vestidos del cura, los besaba é inundaba en abundantes lágrimas. ¿Y mi esposo? preguntó en seguida con un aspecto y un ademan de ansiedad y de sobresalto.

—Está salvo, respondió el párroco. Por ahora no conviene que os dejeis ver; salid hácia allá, y le señalaba una puerta secreta á la izquierda que daba al monte: coged la senda del castillo, y rogad al conde, si es menester en mi nombre, que os recoja á lo menos por esta noche.

—¡Ah! pero no querrá! que....

—Pues bien; presentaos á Ermelinda, decidle.... No es necesario que le digais nada, necesitais amparo, estoy seguro de que la condesa os acogerá presurosa. Andad, Dios os acompañe.

Partió la mujer, y el cura vuelto á la plazuela, donde la multitud rodeaba aún al hijo del halconero, empezó á gritar:

—Oidme. Para que la cosa proceda legalmente y en debida forma, y nada tengan que reprocharnos el juez y el abogado contrario, que tienen mas enredos y mas garfios en la mano que cabellos en la cabeza, convendrá tocar la *majola* y congregar el vecindario, para nombrar por vuestro campeon á este buen jóven, que Dios os ha enviado.

Hé aquí que á poco rato el sacristan de la aldea salió á una balaustrada que daba sobre el sagrado,

y empezó á tocar con dos martillos, un cierto instrumento compuesto de una lámina de bronce, empotrada en medio de un cuadro de madera que daba un sonido agudo. Dábale con cierta cadencia, con ciertas pausas y ciertas prisas, que formaban, segun decian, el toque de arenga. El instrumento se llamaba malliola ó majola, tal vez de *malleus*, el martillo con que se tocaba, ó mas verosímilmente de *mallum*, juicio, consejo ó reunion que se congregaba á aquel toque. Reunido el pueblo, constituido el consejo, y dados los votos, no le faltó á Lupo ni uno como era presumible, y en pleno consejo de vecinos fué proclamado por unanimidad campeon de los limontinos.

Entretanto el tiempo discurrido y los nuevos asuntos que les llamaron la atencion, habian apagado el primer hervor de enojo y de venganza, y la multitud, no acostumbrada á sangre, empezaba á sentir el natural horror por la que acababa de derramar. Cada uno deseaba separarse de aquel sitio demasiado funesto, y sustraerse á la vista de tantos testigos; ¡qué sé yo! de esconder en la quietud de su casa la parte tenida en un esceso que todos preveian ya deberia caer sobre las cabezas de sus perpetradores, por lo que, quedo, quedo, cabizbajos, como perros apaleados, y con la cola entre piernas, quién por aquí, quién por allá, unos cuesta abajo y otros cuesta arriba tomaron las de villadiego, y en poco tiempo fué todo soledad y silencio.

Sin embargo, Pelagrua no se fió, ni quiso detenerse en la aldea: hormigueábanle los piés, no veia la hora de escapar; y habiendo bajado á la ribera del Lago, se entró en la barquilla con los pocos satélites que le habian quedado y el resto de la familia, salvada de aquella deshecha, sin aguardar tan siquiera á que se le reuniese la consorte y el niño, los cuales acababa de oir que se habian refugiado en el castillo del conde. Entró en la barca, y apartándose de la playa, volvia á Limonta sus siniestros ojos, blasfemaba y maldecia la cara del sol, jurando volver á tomar venganza con las armas del abad.

Pero el abad, informado de toda la aventura por un correo, montó en cólera contra el procurador, y le envió una carta á Varenna, donde se habia refugiado, con la cual le decia mil villanías, y en vez de quererle reponer en su puesto, le prometia hacerle arrepentir de la cobardía de haberse dejado superar por un puñado de villanos, y abandonado vilmente el pais.

En cuanto á los pobres limontinos, no hay que decir si el abad se ardia en deseos de echárseles encima y aniquilarlos; pero ni aun los grandes pueden siempre todo lo que quieren. En aquellos tiempos revueltos necesitaba el prelado los ojos y las manos para acudir á muchos puntos, y no le era fácil reunir de repente la fuerza necesaria para aquella espedicion; con que disimuló é hizo el agua mansa, aguardando la decision del juicio de Bella-

no; cuya sentencia estaba cierto de que le entregaria á discrecion aquellos montañeses atados de piés y manos, reservándose empero á todo trance el ponerles de vuelta y media luego que se presentase oportuna ocasion.

Lupo se dirigió en seguida al castillo del conde Oldrado, donde habia nacido y donde le aguardaban con impaciencia afectuosa, no solo sus padres, sino tambien todos los demas familiares. Ya le habia precedido bastante la noticia de su aparicion en Limonta, y de cuanto habia contribuido á apaciguar el furioso desórden en que la habia hallado. Pero nadie salió á recibirle de cuantos lo deseaban; porque el conde, al primer susurro del motin de Limonta, hizo cerrar las puertas y alzar los puentes, como si temiese algun asalto, y no hubo modo de hacerle consentir en que saliese nadie, ni aun despues de apaciguado todo. Terror verdaderamente pánico; porque si bien no gozaba en aquella comarca de todo el favor que sus mayores, era tanta aún la reverencia á su nombre, que nadie se hubiera atrevido jamas á decirle una palabra descompuesta.

Abiertas las puertas al hijo del halconero, le recibieron todos los del castillo con un festejo y una algazara indecible. Cinco años que faltaba de aquel pais, el padre y la madre se arrebataban el hijo mutuamente, los demas todos le rodeaban preguntándole sus aventuras y echándole mil bendiciones.

El conde Oldrado, interiormente satisfecho de que los limontinos hubiesen hallado quien quisiese defender su causa, y de que este fuese un hombre capaz de tenérselas con el campeon del monasterio, en cualquiera otra ocasion se hubiera guardado bien de manifestar su alegría, procedente de tal motivo, para no parecer enemigo del abad, que era la parte poderosa; mas entonces cuando los limontinos con la pequeña venganza que acababan de tomarse habianse heho tambien poderosos, y de una fuerza mas clara, mas próxima y mas eficaz, le inducia su mismo genio á hacer alguna demostracion á favor de ellos, principalmente porque habiendo dado acogida á la consorte y al niño de Pelagrua á ruego de su mujer y de su hija, le habia entrado un grandísimo miedo de que los montañeses se dirigiesen contra él. Esto le valió á nuestro Lupo la mas espresiva acogida por parte de su antiguo amo, con tantas caricias, que el mismo que las recibia no pudo menos de maravillarse confuso y aturdido. Con todo es menester advertir que eran cordiales y sinceras, y que el segundo miedo del conde no hizo sino quitar aquel freno con que el miedo primitivo hubiera contenido el natural desahogo de su corazon hácia su querido, que venia á serle carísimo por tantos motivos.

Mientras esto pasaba, la condesa Ermelinda estaba en una sala baja leyendo el Evangelio del dia á su hija Bice, y á una doncella de ésta, llamada Laureta, querida y confidente de entrambas, hija

tambien del halconero. Acostumbraba semejante lectura todos los domingos desde que por razon del interdicto no podian oir en la iglesia la esplicacion del párroco. Leia en latin que entonces era lengua entendida en toda la Italia á poca diferencia como lo es ahora en la Toscana, mas ó menos, segun la educacion é instruccion de cada uno. Las tres sentadas rodeaban una pequeña mesa. Ermelinda no pasaba de cuarenta años, su estatura alta iba acompañada de una noble elegancia en las maneras, y en todas las facciones de su rostro resaltaba una majestuosa afabilidad. Pero con el rostro pálido y flaco, los ojos abatidos, parecia oprimida de un pesar añejo su compañero inseparable.

Bice se parecia en estremo á su madre: la misma gracia en las facciones, la misma perfeccion en los contornos, la espresion del rostro, el movimiento de los ojos, todo lo tenia de su madre; pero en ella se presentaba mas gentil por la risueña primavera de su edad, y mas agradable por aquel aire de tranquilidad y contento, aquel suave y misterioso aroma que exhala un alma ignorante aún de las agitaciones de la vida, que ni llega á formar una idea exacta de sí misma.

Concluida la lectura cerró la madre el libro de los Evangelios y dijo á la doncella:—Corre un momento á ver si necesita algo aquella cuitada. Salió Laureta y volvió á poco rato, diciendo: que la huéspeda estaba asistida de todo lo necesario; que les daba las mas cordiales gracias y las echaba mil ben-

diciones; que se habia recobrado de aquel gravísimo susto, y no pedia mas gracia sino la de ser conducida con su niño á los brazos de su marido.

—¿Le has dicho que le conviene permanecer aquí á lo menos hasta la noche, y que luego cuidaré yo de hacerla acompañar á Varenna?

—Se lo he dicho y ha consentido de buena gana; sin responder otra cosa sino que confia enteramente en vos y que siempre, siempre rogará al Señor por vos y por vuestra casa.

—Dios tenga piedad de ella, añadió Ermelinda; siempre fué una mujer honrada y timorata, y merecia mejor marido: mas exhaló un suspiro y repitió:—¡Dios tenga piedad de ella!

Llamaron entonces á la puerta muy suavemente, y entró el conde conduciendo de la mano al hijo del halconero. Presentóle á su mujer é hija diciéndolas:—Ved aquí á nuestro Lupo que viene á sostener la razon de los pobres limontinos.

Ermelinda y Bice le recibieron con cortés, pura y afectuosa dignidad; pero Laureta, apenas distinguió á su deseado hermano que siempre habia sido su predilecto y no le habia visto en tantos años, no pudiendo contener el primer ímpetu de su afecto, corrió á echarle los brazos al cuello, y le tuvo apretado un rato sin hablar palabra: al fin soltándole un momento le asomaron á la cara los colores que habia perdido en la sorpresa, y con una sonrisa mezclada de vergüenza y de despecho, dijo con voz al-

terada:—Qué necia soy! me alegro tanto de verte, y me apuntan las lágrimas.

III.

Preparativos para el juicio de Dios.--Sala del palacio.--El ministril.--Conocimiento de Bice y Ottorino.

Llegó el dia señalado para el juicio de Dios: un escuadron de soldados de Crivello mantiene á raya la multitud alrededor de la plaza de S. Jorge de Bellano, para conservar despejado en el centro cierto espacio, del cual se oye salir un ruido de sierras y martillos mezclado, con las voces de los operarios afanados en concluir la estacada á toda priesa.

Al lado izquierdo de la plaza, mirando al lago, se levanta el palacio del arzobispo, que es un largo edificio de piedra sin labrar con ventanas de arco apuntado promediadas de una delgada columnita de mármol negro de Varenna. Cubren el lado derecho y el frente varias casitas, y queda á la espalda la iglesia, dedicada entonces á S. Jorge. Su fachada puntiaguda tiene en medio un grande ventanal muy floreado, entre el cual y la portada está el santo titular, representado por una estatua ecuestre de piedra en actitud de herir con la lanza al consabido dragon. Adornan los dos lienzos de una y otra parte las estatuas de S. Cristóbal con el Niño al

hombro, y de S. Antonio con la campanilla pegada al estremo superior de un baston: obras de artistas griegos de que abundaba entonces la Italia, figuras colosales mal acabadas que ocupaban casi medio frontis de la iglesia, y así solian representar á Dios y á los santos para dar con lo gigantesco de sus proporciones algun indicio del poder sobrenatural.

Las puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par, y dentro de ellas se revolvian una multitud de infantes armados y vestidos de mil modos diferentes, gente colecticia que Crison Crivello habia reunido á toda prisa por medio de un bando, publicado en todas las tierras y castillos de su posesion, para que acudiesen aprestados todos los hombres de armas que debian aquel servicio al señor feudal. Tamaño preparativo de fuerza armada se dispuso, porque se habia divulgado la noticia de la sublevacion de Limonta, y se temia que los revoltosos, acudiendo á ver la prueba del duelo, probasen suscitar algun motin entre los de Bellano, por sí mismos demasiado mal hallados con el yugo que se les habia impuesto.

Para dar una idea de aquella gente, trascribiremos un diálogo que pasó en la iglesia entre un cazador de Pagnona, un aldeano de la sierra del Leñon y un hornero de Mandello, poblacion numerosa en la ribera del Lago, camino de Lecco. El cazador vestia un pespunte de media lana color de plomo, que le bajaba hasta cerca de la rodilla, un par de calzones muy ajustados y largos hasta el tobillo, en

los piés dos abarcas atadas con un cordel, y la suela armada de largas puntas de hierro, con las cuales suelen aquellos montañeses asegurar el paso cuando corren por la cresta de sus montes ó por la orla de sus espantosos precipicios; colgábale del cuello una cuchilla y un cuerno, y de la espalda un arco de fresno, á cuya cuerda iban atadas algunas saetas. El hornero vestia un juboncillo blanco con mangas ajustadas á los pulsos por medio de unos botoncitos de laton, un capotillo guarnecido de piel de oso, en la cabeza un gorro cuadrado, y empuñaba con la diestra una daga tomada de ollin. Estábase este con el hombro apoyado en la pila del agua bendita, escuchando las habladurías que se suscitaban alrededor, cuando vió pasar al cazador junto á sí, y echándole una mano sobre el hombro le dijo:

—¡Hola Lorencillo! ¿tú tambien en Bellano?

—Tambien yo, ciertamente, ¿qué quieres? aquel maldito Crivello no nos deja reposar: ¡así le venga un tabardillo!

—Silencio por caridad: ¿no sabes que es una blasfemia prohibida por las leyes, y que van en ello diez libras de torzuelos ó la azotaina?

—¡Qué! anda dí á las leyes que vengan á buscarnos allá encima del Leñon, y entonces hablaremos.

—¿Pero cómo entras en esta leva, preguntó el de Mandello, tú que no tienes ni tierras, ni casa, á lo que imagino, ¿habrás venido por otro?

—Sí, por nuestro párroco; tiene el beneficio obligado á la prestacion del diezmo, y de cuatro jornadas de armas al año, á disposicion del arzobispo: desde que éste falta, allá en mi lugar nadie puede sufrir que se le hable de venir al servicio de estos pícaros descomulgados; Crivello blasfema y amenaza á nuestro cura con el destierro de los Alpes, que hará, que dirá; y el pobre hombre, por no faltar al mandato, ahora paga á uno, ahora suplica al otro, se ingenia del mejor modo que puede, y esta vez se ha recomendado á mí. No hay gamuzas ni osos, ¿qué habia de hacer en casa? dije entre mí: vamos á ver este duelo que tanto tiempo hace no se ha visto ninguno, y me vine.

—Yo he venido por mi cuenta, decia el hornero, tengo aquella pequeña casita, bajo el pacto de cuatro jornadas de armas al año: esta es la última, si Dios quiere, que bien claro habla mi escritura; y si nuestro lindo amo gusta, como el año pasado, de que á cada momento tenga uno que andar con las armas á cuestas, maldita la gana que tengo; en Mandello ya gritan todos que no pueden más, y nos precisará á que hagamos un desatino como el de Limonta.

—¿Conque es verdad, eh! que los limontinos han hecho una diablura?

—¡Y de qué manera!

—Han muerto á Pelagrua é incendiado la casa del monasterio.

—¡Oh, benditos sean! esclamó el cazador.

—Sí; pero ahora dicen que el abad de S. Ambrosio, furioso como un turco, jura y perjura por todos los santos, y por todos los diablos, que se la han de pagar.

—Del dicho al hecho hay grande trecho, á buena cuenta la causa se ha de decidir aquí por la via de justicia; si el que se bate por los limontinos queda encima, puedes decir que venga alguno á tocarles, que se sublevará todo el lago de Como.

—Bien se echa de ver, Lorencino mio, que eres jóven, interrumpió el hornero, y aun no has aprendido que al fin del cuento siempre tienen razon los poderosos, y los andrajos se los lleva el viento.

—Pero cuando estamos todos unidos, insistia el cazador.

—¿Todos unidos? me das risa: ves alrededor de la plaza aquellas cuarenta lanzas? ¿Quién quieres que se les atreva? Todos vestidos de hierro, que es lo mismo que dar contra una peña: es gente dispuesta y resuelta á hacerse desmondongar á favor del que les paga, aunque fuese el mismo diablo.

—Pero, ¿y nosotros?

—Nosotros estamos de más, como si dijésemos por espantajo, y nos tienen metidos en la iglesia, como ves, y no quieren que andemos sueltos á formar camarada con los de Bellagio.

—Pero si llegase el caso de echárseles encima, ¿crees que no hariamos tambien nosotros nuestro papel?

—Yo no, ciertamente, respondió muy resuelto el montañés.

—¡Bravo, bravo! añadió el hornero sonriéndose; ¡sí te lo he dicho, que eres jóven! y aun te digo más que si hoy los de Mandello, por ejemplo, tienen á raya á los de Bellano, mañana, como quien dice, los de Bellano vendrán á Mandello á hacer con nosotros otro tanto. Esta vez yo soy el palo y tú el borrico; mañana yo seré el borrico y tú el palo; pero el asno grande que apaleó ayer, apalea hoy y apaleará mañana y el otro, y siempre, mientras dure el mundo....

En esto fué interrumpido el diálogo, porque se aproximó una de las cuarenta lanzas de Crivello, que pasaba entre aquella turba de soldados salvajes para hacerles guardar respeto.

Entretanto se iban reuniendo en la sala principal del palacio del arzobispo, los señores, caballeros y castellanos, las damas y nobles doncellas del pais, y de las haciendas y fortalezas de todo el lago, brillando á competencia en aderezos y galas, recientes modas y elegancia en los trajes, en los adornos y en los acompañamientos. En una larga sala que comunicaba con la principal, hormigueaban los pajes, donceles y escuderos; el anchuroso patio resonaba con el patear de los caballos, el ladrido de los perros y la gritería de los criados.

Imagínese cuán incómodo y costoso seria para los señores con tanto tren, especialmente de caballos, aquel viaje á un pueblo aislado entre el lago

y un fragoso y erizado monte, un pueblecito á que no se podia llegar sino con barcas, ó bajando por sendas y barrancos. Pero no importa; el tren era necesario para que fuese vistoso y diese una alta idea de la riqueza, magnificencia y nobleza de su dueño.

Los aposentos superiores de todo aquel vasto edificio que daban á la plaza, estaban henchidos de gente de menor cuantía, que se habian introducido unos en calidad de pertenencias de algun señor, ó amigos de algun escudero ó doncel, y otros por medio de algunas monedas que habian tenido maña para deslizar dentro de la mano de un centinela, que se la aplicaba al pecho para hacerles atras.

Paseaban por la sala privilegiada entre los caballeros y damas, pero apartado uno de otro, el abogado del monasterio de S. Ambrosio, y el de los limontinos. Vestian una ropa talar de seda violada, con capuz colorado forrado de armiño, y la punta larga hasta los talones; pero el abogado de Limonta no llevaba en la mano la maza de plata, como su adversario, porque era un distintivo honorífico concedido solamente al defensor de los derechos de los obispos, de los hospitales, de los monasterios y otras pías congregaciones.

Con el abogado de los limontinos, se paseaba Ottorino Visconti, amo de Lupo, que habia prometido á su escudero acudir á Bellano á presenciar el duelo. Era un caballero galante, como de unos veinticinco años, del cual diremos algo con permiso del

lector, puesto que tendrá una gran parte en los sucesos que vamos á referir.

Ottorino Visconti, hijo de Uberto, hermano de Mateo Magno, venia á ser primo de Galeazzo primero, muerto el año anterior al de nuestra aventura, é igualmente de Márcos, de Lúcas y de Juan, los tres hermanos vivos é hijos todos de Mateo.

Apenas llegó el apuesto jóven á edad de poder vestir coraza, se puso bajo la disciplina de su primo Márcos, hombre ya formado entonces, y celebrado como uno de los mas esforzados capitanes de Italia: adiestrado en el arte de las armas á la vista de este gran capitan, que le amaba como hijo, recibió del mismo el cíngulo militar, y no abandonó jamas las banderas de su maestro.

Estaba nuestro jóven caballero elegantemente vestido de terciopelo carmesí, con una capita azul celeste, bordada de plata y forrada de pieles de marta zibelina, caíale sobre el pecho una gruesa cadena de oro, que daba dos vueltas alrededor del cuello; por debajo de un magnífico gorro del color de la capa le colgaban hasta los hombros graciosos rizos de flotante cabello, cuyo color negro resaltaba mas con el contraste de una blanca pluma caida desde la frente encima del hombro izquierdo. Brillaba en sus ojos una moderada altivez sobre un rostro algo tostado por el sol de las campañas; su estatura era alta; sus miembros proporcionadamente fornidos, sus maneras graciosamente nobles, y desembarazadas en todos sus movimientos y actitudes.

Lorenzo Garbañate, abogado de los limontinos, le estaba refiriendo las célebres ocurrencias de Limonta, y la honrosa parte que habia tenido en ellas Lupo, su escudero, lo cual le hacia bailar el corazon de contento. Recayendo luego la conversacion sobre el conde Oldrado y su familia, Ottorino le preguntó por Bice, á la cual conociera niña en el castillo de su padre; y el abogado respondió que en pocos años se habia hecho una belleza singular.

—¿Conque es cierto que se parece tanto á su madre? dijo el jóven.

—Su vivo retrato, sin faltarle una línea, respondia el abogado; hoy podréis comprobarlo aquí mismo, pues tengo entendido que su padre la acompaña á ver el duelo.

—Y á qué hora se empezará el juicio?

—A las doce del dia, si no ocurre estorbo alguno, como lo estoy temiendo.

—¿Qué estorbos pueden ocurrir? ¿No está todo prevenido?

—Todo; pero media el interdicto, que todo lo enreda: el ministro de Crivello ha hecho prender al párroco, porque se niega á bendecir las armas; este protesta que mas quiere sufrir el martirio que incurrir en la excomunion: el otro se obstina mas y mas, y la cosa amenaza tomar un aspecto serio.

—Y qué, ¿no puede buscarse otro cura?

—¿Quién quereis que venga á echarse encima este cargo? Aquí estaba hace poco el párroco de Limonta, venido en compañía de Lupo; mas apenas

ha oido cómo andaba la cosa, se ha escurrido entre el concurso, y ha desaparecido.

—Pero, ¿qué ruido es este? dijo el caballero parándose de golpe á mirar la gente que de toda la sala se agolpaba al medio rodeando á un recien llegado.

—Será algun juglar, respondió Garbañate, y no se equivocó.

Era un hombre caprichosamente vestido, con dos órdenes de cascabeles de plata, alrededor del sayo, de los calzones y de la capa; llevaba en la cabeza un gorro á manera de embudo, guarnecido tambien de cascabeles flotantes á todo el derredor, y colgado del cuello un laúd, cuyas cuerdas empezó á recorrer, acompañando la tocata con gestos, saltos y contorsiones capaces de hacer reir á un muerto.

—¡Tremacoldo, Tremacoldo! decian por do quiera las damas y caballeros. Este juglar, mas conocido que la mala yerba, recorria todas las ferias, hallábase en todos los banquetes, en todos los torneos, y en todos los parajes de concurrencia, sabia mil juegos y mil pasatiempos; fecundo en ocurrencias y chistes, hacia las burlas mas originales, contaba las mas lindas anécdotas, cantaba los amores y las quejas de los mas célebres trovadores y ministriles de aquellos tiempos, que él lo era tambien y no de los últimos.

—¡Tremacoldo, Tremacoldo! le gritaban muchos á la vez. Canta el lamento de la prisionera: sí, sí, la golondrina, la golondrina.

—No, decia otro, canta mas bien la cancion que compusiste cuando caiste en manos de los ladrones.

—En suma, ¿cuál de las dos? preguntó el ministril, ¿la última?

—No, no, la otra, la otra.

—¿La golondrina, eh?

—Sí, la golondrina.

Despues de un patético preludio, que ejecutó en el laúd, empezó Tremacoldo á cantar así:

Golondrinita inocente,
Que posada en mi ventana
El mismo canto, doliente
Repites cada mañana,
¿Qué pena á llorar te escita
Errante golondrinita?
Solitaria y en olvido
Del consorte abandonada....

Aquí llegaba el músico cuando se despartió la multitud apiñada á su rededor, y abandonóle, para volver la atencion á un objeto nuevo que acababa de parecer en aquel momento. Bice, hija del conde Oldrado, entraba en la sala conducida de la mano por su mismo padre. Mientras Ottorino echaba los brazos al cuello de su antiguo huésped, y se inclinaba ante la jóven con caballerosa cortesía, Tremacoldo, incomodado contra los recien venidos que le distraian el auditorio, se adelantó muy resuelto para decirles alguna sal picante, sobre el desaire

que en su concepto habia recibido por causa de ellos.

Es de advertir que en aquel tiempo, si bien los grandes se creian tan superiores á los demas, y eran tan quisquillosos y fantásticos, que ¡ay del que osase provocarles! los ministriles, juglares y bufones, eran gente privilegiada; se les permitia toda libertad en palabras y acciones, á cuyo título eran aplaudidas las sátiras mas mordaces é insolentes que entre caballeros no hubieran corrido sin sangre.

Adelantóse pues Tremacoldo con el intento indicado; pero apenas hubo visto la hermosura y gentileza de Bice, repentinamente se le evaporó todo el coraje, y convirtiendo lo picante en cortesano sin perdonar el flechazo al auditorio dijo:

—Que el buho enmudezca cuando el sol amanece, va bien; pero que los mochuelos, en vez de agacharse, corran á recibirle, ciertamente es cosa que no habia visto en mi vida; y todos rieron de gana por un chiste tan grosero.

La doncella en sus diez y seis años era una fresca rosa, que con toda fragancia abre su tierno cáliz al rocío de los primeros albores de una hermosa mañana. Su largo vestido verdemar, sobre el cual flotaba desde la cintura á la rodilla otro de gasa de plata, imitaba el color de sus pupilas; pero distaba mucho de igualarlas en el celeste azulado, ni en la suave y lánguida brillantez. Por su cerviz y espalda bajábale ondeando hasta el estremo del vestido una preciosa, aromática y poblada madeja de un fino cabello rubio y luciente, como madeja de oro,

sujeta solamente con una guirnalda de flores de plata y del color celeste del vestido alternativamente entretejidas.

La natural dulzura y el candor que respiraba aquel rostro virginal, iba mezclado con una sombra de melindre, y un ligero humo de altivez fantástica y esquiva, pero suave, que le añadia cierta gracia, cierto donaire, ó no sé si diga cierto gusto perfectamente propio de tan elegantes formas.

La hermosa, colocada entre su padre y Ottorino, se adelantó hasta el medio de la sala, acompañándola en el paso un zumbido sordo, un susurro de admiracion. Vió sobre sí las miradas de todo el concurso; olló el murmullo que se levantaba en torno, parte percibió, parte adivinó las palabras que repetian los concurrentes, y bajando tímida sus bellos párpados, tiñó todo el rostro de encendida púrpura. ¿Qué seria cuando en seguida el juglar, doblando la rodilla á sus piés y quitándose el gorro, la proclamó en alta voz *reina de la hermosura y de los amores?*

Asustada la doncellita, confusa, verdaderamente oprimida por un vivísimo sentimiento de vergüenza y de respetuosa modestia, se iba arrimando á su padre y le suplicaba al oido que la sacase de allí, que impusiese silencio, que despidiese á aquel hombre; pero el conde del Balzo, que se gozaba completamente en el triunfo de su hija, lejos de acceder á los ruegos la acomodó en una silla á la testera de la sala, sentósele á la derecha, hizo seña á

Ottorino para que se colocase al otro lado, y despues de haber respondido cortesmente á los cumplidos de los caballeros, volvióse al ministril con aire de señoril afabilidad, se escusó de haberle interrumpido el canto, y le rogó que prosiguiese.

Cantaré cualquiera otra cosa, dijo Tremacoldo, é inclinando la frente sobre la palma de la mano midió dos ó tres veces con lentos pasos el espacio que le habian dejado en medio de la sala, mientras los oyentes se iban colocando alrededor; luego alzando la cabeza comenzó á cantar las alabanzas de Bice. Despues de haberla comparado con el lirio de los valles, con la rosa de Jericó, con el cedro del Líbano; despues de preferirla á cuantas sultanas eran á la sazon el adorno de los harenes de Egipto y de Persia, á todas las damas y princesas mas celebradas en los romances de los trovadores provenzales, la igualó con Doña Laura, á la cual los versos del Petrarca iban preparando entonces una fama, que al traves de cinco siglos aun se conserva mas verde y florida que nunca; y auguró á la Bella del Lario que seria celebrada por el cantor de la hermosa de Aviñon, el cual, si bien no contaba mas que veinticinco años, era ya ensalzado por toda la Italia como el primero de los poetas. Finalmente, girando su canto hácia el caballero sentado junto á la doncella, ponderó su linaje, sus virtudes y valor, y concluyó afirmando que los dos loados eran tan el uno para el otro, como el diamante y la sortija.

El cantor habia sido interrumpido muchas veces por aquellos raptos de admiracion, que no pueden contenerse sin estallar en aplausos aunque claramente importunos y molestos; mas al fin de la cancion, cuando el entusiasmo que habia ido creciendo quedó libre del freno que le contenia mientras el canto, parecieron hundirse no solamente la sala, si tambien la estancia de los donceles y escuderos agrupados en la puerta para oir al ministril. Ottorino se puso en pié y quitándose la cadena de oro que llevaba al cuello, con uno de sus rasgos caballerescos la alargó al cantor, que le dió gracias, prendió la cadenilla alrededor de su gorro, hizo una cabriola y volvióse á tocar el laúd. En esto el conde Oldrado descubrió en el estremo opuesto de la sala al abogado Garbañate; y diciendo á la hija: pronto vuelvo, se dirigió á aquel para preguntarle á qué hora se abriria el juicio. La doncella que se vió sola y objeto de las miradas de tanto concurso, tímida y avergonzada dejó la silla y se colocó en una ventana que daba á la plaza, y allí le pareció respirar un poco libre y recobrarse: no contribuyó poco á ello el hallarse en seguida al lado de Ottorino; pues entre tantos desconocidos, el amigo de su padre, el compañero de su difunto hermano, el que tan familiarmente habia tratado ella misma en los juegos de la infancia, venia á servirla en aquel momento de apoyo y dulce tutela. Finalmente, el concurso tan temido de la doncella se agrupó otra vez alrededor de Tremacoldo, que habia em-

pezado otro canto, y ella se sintió reanimar poco á poco y disipársele la vergüenza y confusion que la tenia toda temblando. Pero al paso que lentamente se le apaciguaba el doloroso primer desórden, iba naciendo en su corazon un sentimiento mas delicado aunque tambien molesto, un sentimiento de alarmada honestidad, un cierto desconocido terror que le causaba el hallarse por primera vez en tal posicion con un hombre que no era su padre. De cuando en cuando volvia la cabeza, y viendo que el conde paseaba por la sala con Garbañate, le hacia seña para que se le reuniese otra vez; pero estaba engolfado en una disputa, y atendiendo únicamente á los cánones papas y decretales, la respondia con la mano como diciendo voy, voy; y no iba.

Entretanto Ottorino entretenia á la doncella con atenta y modesta familiaridad, hablándola de los inocentes dias que habian pasado juntos en el castillo de Limonta cuando era niña; recordábale los juegos, los estudios, los placeres, los ligeros enojos, las amables pesadumbres de aquella edad, en la cual todo es risueño cuando despues de pasada se vuelve uno atras á contemplarla. Con esto se iba Bice tranquilizando al lado del jóven, á cada palabra se iba retirando, y desvaneciendo más aquella especie de terror esperimentado al principio, se convertia en una suavidad sutilmente sombría y fantástica.

Ya no se volvia tan á menudo á mirar si se acercaba su padre, ni lo hacia con aquel afan, con aquel aire de turbacion y azoramiento que antes.

En cuanto al jóven, un secreto sentimiento de orgullo le constituia feliz al lado de ella. Todos habian admirado á la muchacha; los jóvenes mas distinguidos en aquel concurso ambicionaran á competencia una palabra, una mirada suya, y él solo era el preferido, que la hermosa gustaba tener á su lado, á quien hablaba con sincera confianza como á un amigo.

De esta manera aquel primer encuentro de Ottorino y Bice, despues de tanto tiempo que no se veian, la especie de guarda que ella tuvo en el jóven y la complacencia que esperimentó, pudieron en un momento subir de punto estraordinariamente un afecto casi fraternal, ó mejor de mera memoria, que se guardaban mutuamente, y sembrar en sus corazones el gérmen de otro sentimiento, en que tan fácilmente suele trasformarse la simple benevolencia.

El son de una trompeta avisó que se abria el juicio de Dios; cesó de cantar el ministril, y todos corrieron á tomar puesto en los balcones. Tambien el conde del Balzo se acercó á su hija que quedó entre su padre y Ottorino.

Junto al ángulo de la fachada del palacio arzobispal, en la parte del monte en cuya falda está situada la poblacion, se avanzaba un tablado, que con voz alemana llamaban los italianos *lobia*, y era el lugar donde se celebraban los juicios y se pronunciaban las sentencias. Allí se volvieron los ojos de todo el concurso agrupado en las ventanas, te-

chos y plaza, y á poco rato se vieron comparecer tres personas.

—¿Quiénes son? preguntó Bice al padre.

—El que está sentado en medio, respondió el conde, es el juez, y los dos en pié, son, el de la derecha que tiene aquella maza de plata, abogado del monasterio, al otro ya le conoces, es Garbañate.

Sonó segunda vez la trompeta, y callaron todos. Entonces el abogado del monasterio, vuelto hácia el juez, dijo con voz tan clara, que se entendió desde el estremo de la plaza:

—Confesad que ocupais la silla como delegado del ilustre y magnífico monseñor Creson Crivello, para decidir la controversia entre el monasterio de S. Ambrosio, y los hombres de Limonta.

A lo cual el juez respondió solemnemente:

—Lo confieso.

Prosiguió aquel:

—Yo digo ante vos, que los hombres de Limonta, son siervos del monasterio de S. Ambrosio.

Garbañate respondió:

—Yo á la demanda del actor opongo la prescripcion contraria.

Tomó el juez la palabra, y dijo:

—Las dos partes han ofrecido testigos prontos á jurar, y no queriendo dar lugar al perjurio, nos, con la autoridad de delegado arzobispal y regio, hemos declarado haber lugar al juicio divino por medio del duelo, con palo y escudo.

Y vuelto al abogado actor:

—¿Confesais, le preguntó, que habeis presentado á Ramengo de Casal por campeon del monasterio de S. Ambrosio?

Y habiendo aquel respondido:

—Sí, confieso.

—¿Y vos, requirió á Garbañate, confesais haber presentado á Lupo de Limonta, por sus paisanos?

—Sí, confieso; respondió él.

—Está bien atenta ahora, dijo el conde Oldrado á su hija.

Los dos abogados empuñaron un grueso y nudoso palo cada uno, y acercándose delante de la silla del juez, lo tocaron en señal de que quedaba aceptado el duelo. Presentáronse entonces sobre el tablado los dos campeones, que fueron saludados con una lluvia de aplausos; y despues de varias formalidades, que seria largo esplicar, uno tras otro prestaron juramento de no venir á la prueba confiados en fuerza alguna de yerbas, palabras ó maleficios; sino en el solo favor de Dios, de la Vírgen y del esforzado caballero el baron S. Jorge. En seguida se retiraron para bajar á la empalizada.

Mientras ellos bajaban por la escalera interior del palacio, se habia levantado en la plaza un ruido, una marea, cuyas oleadas producia el empuje de los que mal hallados lejos del palenque procuraban adelantar, y la reaccion de los que mejor colocados, no querian ser arrojados de su puesto.

—A no ser por el interdicto, dijo el conde á Ottorino, se diria ahora la misa, que deberian oir los

dos campeones arrodillados en las gradas del altar, y en seguida se bendecirian los palos y escudos. Todas estas cosas las tengo yo en la uña, las consuetudes del estado de Milan, recopiladas por órden del corregidor Bruno Porca. Vamos á ver ahora cómo se lo arreglan, pues sin bendecir las armas no puede haber duelo por juicio de Dios.

—He oido decir, respondió el jóven, que el párroco del lugar no quiere ejercer su ministerio.

—Y tiene razon y mil razones: los cánones hablan claro, media la excomunion.

—De estas cosas no entiendo palabra, concluyó Ottorino, allá se las avengan.

IV.

Juicio de Dios.

Llegaron á la plaza los dos campeones, acompañados del juez, dos asistentes de campo y un trompeta, precediéndoles siete ú ocho lanzas, que abrian paso entre el concurso. El juez tomó de mano de un doncel un escudo y un palo, y lo alargó á Ramengo, diciéndole en alta voz y con tono solemne estas palabras de fórmula:

—Recibe el escudo y el baston de la impugnacion, segun justicia.

Luego, presentando las armas á Lupo:

—Recibe el baston y el escudo de la defensa, segun justicia.

Los dos campeones entraron en la liza, el juez se colocó en un tablado con los dos cancilleres, los testigos y asistentes tomaron su puesto, é iba ya á comenzarse la lid, cuando se oyeron alrededor algunas voces que gritaban:

—Bendecir las armas, bendecir las armas.

El juez se levantó y dijo:

—Vuestro cura no quiere bendecirlas.

No bien acababa de pronunciarlo, cuando se levantó en todos los ángulos una tempestad universal de aullidos, gritos, silbidos y voces varias.

—El cura hace muy bien, decian los del pais y comarcanos.

—Hacer que las bendiga por fuerza: quemarle vivo, gritaban los soldados, y todos los partidarios del anti-papa que se hallaban en la plaza y en las casas.

—Sí, no, no, sí.

Era una Babilonia, un infierno.

El juez conoció que los que estaban por el cura preponderaban demasiado comparados con el partido contrario, y de aquí dedujo que echarlas de guapo no le podia tener cuenta; otra mente, no hubiera dejado de satisfacer entonces un capricho. En verdad no era á la sazon cosa nueva el ver asar ó desollar á un cura por no querer decir misa ó hacer alguna otra funcion sagrada á causa del inter-

dicto. Nuestro bravo hombre, luego que se apaciguó un poco la confusion, gritó de nuevo:

—Si alguno hay que quiera bendecirlas, ganará un marco de plata.

Los concurrentes se miraron unos á otros.

—Aquí estaba el párroco de Dervio.

—Y el de Perledo.

—Y el de Limonta.

—Pero ya no se ve ninguno.

—¿Dónde se habrán metido? ¡Qué no haya de haber un solo presbítero entre tanta gente! Pregunta por aquí, pregunta por allá, palabras perdidas.

Finalmente, salió de entre la multitud una voz que, superando la confusion del murmullo, se hizo entender de toda la plaza:

¿No tenemos á Tremacoldo?

Un grito de aprobacion y aplauso se levantó simultaneamente en todos los ángulos.

—¡Venga Tremacoldo, venga Tremacoldo!

Debe saber el lector, que Tremacoldo, el juglar que poco antes cantó las alabanzas de Bice, era efectivamente presbítero y canónigo de Crescenzago. ¿Y un sacerdote ejercer el oficio de bufon? ¿Qué tiempos aquellos, no es así? Y no se crea que esto fuese una cosa singular para hacerse cruces. Clamaban los cánones, el concilio de Viena, el de Bérgamo celebrado por el arzobispo de Milan, Casson de la Torre en 1311, muchos otros concilios, muchos decretos de los papas prohibian espresamente

á los sacerdotes ejercitar el oficio de carnicero, mesonero y embaidor, ¿quereis más? de tener hostería en la iglesia, de hacer el saltimbanco. A pesar de todo, aun en tiempos ordinarios, veia á menudo renovados toda la cristiandad tales escándalos: calcúlese lo que sucederia en tiempo de interdicto, cuando los trasgresores no tenian ni inmunidad, ni fuero, ni beneficios que perder. En una palabra, cuando no habia freno alguno, para quien hubiese perdido el de su conciencia?

—Venga Tremalcoldo, venga el canónigo, seguia gritando la turba; y ved aquí al juglar que sale del palacio arzobispal, en medio de dos lanzas que le abren paso, y se entra en el palenque.

El halconero del conde que, como padre de uno de los campeones, habia conseguido hacerse lugar cerca de la barrera, dió voces á su Lupo, que estaba en pié en medio de la arena aguardando el fin de la aventura, y cuando se hubo aproximado:

—Oyes, le dijo, guárdate de combatir con las armas no bendecidas, pues bien sabes las sospechas que corren de aquel bribon, y señalaba á Ramengo, que, con los brazos cruzados sobre el pecho, se estaba apoyado en el estremo opuesto de la valla.

—No tengais cuidado, le respondió el hijo, dejad que hagan lo que quieran, mis armas ya están bendecidas, lo ha hecho el monseñor esta mañana; ¡mas silencio! Con esta noticia le pareció al pobre Ambrosio que le habia vuelto el alma al cuerpo.

En tanto el juglar, vuelto al delegado y á los espectadores.

—Oid: decia, he cantado toda la mañana, y se me ha secado el gaznate; ahora que me iba á las bodegas del arzobispo á echarme un buen trago de vino, sí, ¡ya baja! ved aquí que vienen á pescarme, y me traen aquí, y quieren que haga de cura; mas declaro y protesto que sin remojarme antes la boca, no haré cosa alguna aunque se hundiese el mundo, ¿lo entendeis?

El delegado hizo seña á un sargento, que entrando en el palacio, salió al momento con una grande botella de vino. Tremacoldo llenó una copa hasta rebosar, se la echó á pechos de un sorbo, dió un resoplido y dijo:

—Ya se ve, la sed incita á beber; pero tampoco se ha de desairar al vino, no vendrá mal otro trago, así podré catar mejor al amigo y no darle mas mérito del que le corresponde.

—Rellenó la taza, y bebió esta vez con mucha sorna, apurando con mucha aficion hasta la última gotita. De cuando en cuando contemplaba al amigo á traves del vidrio de la botella puesta contra la luz, con dos tiernos ojillos, y esclamaba:—¡Escelente! ¡glorioso! precisamente del que se sube á las narices..... del que halaga y muerde..... que hace venir la lagrimita y la contricion á los ojos.

—Oh, ahora ya, añadió cuando hubo descubierto el fondo, la cosa se arregla así mejor: vengan los ornamentos, venga el ritual y el agua bendita.

Algunos soldados habian corrido á la sacristía y descerrajado un armario, del cual sacaron todas las casullas y capas que habia, y lo llevaron todo ante el juglar. Éste tomó la mas rica capa pluvial, y se la echó á cuestas, luego pidió el bonete.

—No hemos hallado ninguno.

—Bien, suplirá al bonete esta gorra de juglar; para todo hay remedio.

Luego se volvió á uno de los hombres de armas que le habian seguido hasta el palenque, y dándole una palmada en el hombro:

—¡Hola! le dijo, ven acá, tú me servirás de monacillo: toma este aspersorio, con decoro, majadero, ¿crees manejar una prensa? Vamos, estáte serio, así, con gracia. ¡Oh! deja, que á la primera vacante, haré que te den un canonicato en santa María la Mayor.

Entonces empezó á murmurar una larga jerigonza, delineando en el aire ciertas cifras estravagantes, y borroneando algunos signos fantásticos sobre los escudos y palos que tenia delante, acompañando á veces aquellos actos con algun sacudimiento de cabeza y un zarandeo de todo su cuerpo, que meneaba y hacia sonar los innumerables cascabeles de que iba todo guarnecido.

Tomó el aspersorio de manos de su monacillo postizo, y le dijo:

—Dame acá la calderilla del agua bendita.

—En las pilas de la iglesia no hemos hallado agua, respondió el soldado.

—¿No hay agua bendita? no importa, servirá el bendito vino que es de la bodega del arzobispo.

—Mandó á su ayudante que se quitase la celada, derramó en ella el vino residuo de la botella, mojó el aspersorio, y rociando las armas, dió un pestorejazo al monacillo, señalándole que bajase la cabeza y dijera amén; y éste, sonriéndose, hizo y dijo cuanto se le ordenaba.

—Los residuos de las vinajeras suelen ser gajes del monacillo, dijo finalmente el bufon al soldado; toma, ah valiente.

El otro tomó á dos manos la celada y gritando: —A la salud del que venza, se echó el vino al gollete.

Diversos eran los sentimientos que habia inspirado al concurso aquella ridícula ceremonia. Algunos sostenian que la bendicion, aunque echada por aquel loco y en tal guisa, era válida, ni les habian causado pizca de escándalo, como tal vez creerian los lectores, las truhanerías de que se compuso; porque en tantos años de interdicto habian visto y oido contar cosas muy estravagantes y brutales, en cuya comparacion podia aquella pasar por una chanza inocente: otros mas timoratos creian, como era la verdad, que Tremacoldo habia convertido aquella ceremonia en una pantomima para salir del apuro de tener que bendecir de veras en tiempo de interdicto; otros, sin meterse en mas honduras, reian de la soltura del juglar; pero al fin no hubo quien objetase cosa alguna.

Los dos campeones se colocaron frente á frente en los dos estremos de la valla. Vestian entrambos unos calzones de gamuza atados á la cintura que bajaban ajustados á la carne hasta el pié, y entraban en un calzado colorado que abarcaba hasta el tobillo. Lo restante del cuerpo enteramente desnudo. Embrazaban con la izquierda una lámina de madera, de figura cuadrilonga, cubierta de pergamino, con los lados algo encorvados hácia atras, y empuñaban con la diestra un grueso y nudoso garrote de encina.

Ramengo de Casal, representaba como unos treinta y cinco años; era rollizo y membrudo, ancho de pecho y espaldas, cuello erguido, brazos cortos y nervudos, pelo rubio, áspero y muy poblado.

Lupo guardaba mejor proporcion en las dimensiones de sus miembros, sobrepujando el adversario toda la cabeza: era mas bonito y mas ligero, pero no prometia la fuerza de aquella estatura y formas hercúleas.

La multitud habia enmudecido, los mas apartados alrededor de la plaza colocádose en pié sobre asientos, bancos y mesas, los balcones y tejados estaban atestados de gente. Todos los ojos fijos en los dos campeones, todos los corazones en sobresalto, en los rostros de la mayor parte estaba pintado el interes que tomaban por Lupo, y era efecto no solo de la justicia que defendia, si tambien de la simpatía que escitaban á primera vista su persona

perfecta y bien formada, y su hermoso y animado rostro.

El jóven limontino, como estaba de espaldas á la iglesia, alza la vista hácia el palacio arzobispal, y reparando en el conde, Ottorino y Bice, les saludó con una ligera inclinacion de cabeza; en seguida, bajando la vista, dirigió una mirada á su padre, que estaba colocado á la espalda; ojeada que significó: Dejadme hacer á mí, no, no temais nada.

Dió la trompeta su última señal; y los dos campeones se dirigieron uno contra otro con paso mesurado y en guardia, cubriendo ambas cabezas su respectivo escudo, sobre el cual hacian voltear el palo con vistosa maestría.

Llegado al medio del palenque y ya casi á tiro de los golpes, Ramengo alargó sus nervudas piernas, y colocando la una delante de la otra, é inclinándose un tanto de lado sobre el muslo derecho, se plantó firme en guardia á esperar el asalto.

Comenzó Lupo á probarlo con varias tentativas dándole vueltas alrededor; pero el otro que, envejecido en el arte, se habia propuesto dejar pasar la primera furia de su contrario, jóven inesperto y fogoso, no hacia mas que rodar sobre sí mismo, describiendo un círculo cuya circunferencia iba formando el pié derecho, sirviéndole el izquierdo como de eje que obedece el movimiento comunicado por el radio. De este modo aquel diestro adalid iba burlando todos los golpes, quitándolos, ya con el garrote, ya con el escudo, con tanta agilidad y gar-

bo, con tal aire de tranquilidad y sosiego como si nada le llamase la atencion. Pero cuando Lupo, al descargarle un golpe, descubrió su flanco, supo aprovechar el momento, y tirarle á mitad del cuerpo un reves capaz de romperle las costillas, si el jóven no hubiese sido ligero como un gato en dar un salto atrás. El garrote le pasó juntito á la piel, y giró en el aire dando un silbido que resonó en lo íntimo del corazon del pobre Ambrosio, el cual se puso pálido como un difunto.

La multitud, que se interesaba por el limontino, auguró de ello muy mal, y empezó á temer mucho por su favorito; mas éste, irritado por el peligro, y rabioso de vergüenza, volvió al asalto con mayor ímpetu, tanto, que Ramengo, atacado de frente tuvo que retroceder, y no pudo conservar en la defensa la calma é indiferencia del principio. Era tan rápida la tempestad de los golpes, que no alcanzaba á seguirlos la vista, y demasiado violento y desenfrenado el ímpetu con que el jóven atacaba y se precipitaba sobre su contrario. Pero éste fué tan avisado en sus continuos movimientos, que aprovechando una falsa posicion de aquel, pudo descargarle otro golpe, el cual dando en medio del escudo, lo rompió de arriba abajo; Lupo se sintió adormecer la mano; y observando que la plancha rota se le doblaba sobre el brazo, abrió el puño para que se escurriesen las guías; y habiendo dejado caer en tierra aquel inútil instrumento de defensa, empuñó con las dos manos el garrote: por último re-

curso, lo alzó sobre su cabeza, y con toda la fuerza de sus brazos dirigió un tremendo golpe sobre la cabeza de su enemigo. En vano éste fué muy pronto en cubrir con el escudo la parte amenazada, pues la gruesa y pesada maza cayó con tanta furia, que el escudo mismo, chocando sobre el cráneo, atronó al paciente: silbáronle los oidos, se le oscureció la vista, flaqueáronle las rodillas, vaciló, bamboleó un momento, y por fin dió un tremendo batacazo, quedando tendido en tierra como cuerpo muerto, tan largo como Dios le crió; mas ó fuese natural instinto para defender la cara, ó movimiento casual, es lo cierto que dió en tierra primero con el codo izquierdo y luego se descansó sobre el mismo, de manera que su cabeza quedó apoyada sobre el escudo y no tocaba en tierra.

El padre de Lupo en todo aquel espacio no habia hecho mas que seguir con la vista, con el rostro, con todo el cuerpo y con el ánimo, todos los movimientos de su hijo. Ora recogiendo la cabeza entre los hombros, se encogia, se apiñaba y se ponia tamañito, como para salvar un golpe que veia dirigido, ora empinándose sobre las puntas de los piés, y empuñando con toda su fuerza la barrera en que estaba apoyado, se alzaba erguido, como para dar mas vigor á un garrotazo que el hijo asestaba contra su adversario; mas cuando vió á Ramengo medio muerto sobre la arena, alzó los ojos al cielo, y se sintió casi desvanecido.

En el momento estalló un grito semejante al es-

tampido del trueno, y el padre aturdido pudo embriagarse en los víctores y alabanzas que se daban á su hijo.

—Viva Lupo, viva el hijo del halconero, vivan los limontinos, resonaba en todas partes.

En este entretanto Garbañate, el abogado que antes de la pelea se habia restituido á la sala de los señores, estaba preguntando á Ottorino.

—¿Qué os parece, está muerto Ramengo?

—¿Muerto? ni por sueños; aunque arroja sangre por las orejas y narices, no es nada, un poco de atronamiento que pronto se pasa.

—Convendrá pues avisar á Lupo que le haga tocar la cabeza en el suelo, de lo contrario podrian salirnos con algun nuevo enredo, y decir que no ha sido vencida la contienda.

En efecto, los estatutos no declaraban vencedor en un duelo por juicio de Dios sino al que hubiese hecho tocar en tierra la cabeza de su contrario, ó le hubiese arrojado fuera del palenque.

Aquella observacion de Garbañate fué oida por el conde del Balzo, el cual movido en parte por un íntimo deseo de que aprovechase á los limontinos la victoria de su campeon, y parte por aquella bendita manía de ser tenido por grande conocedor, gritó á Lupo, como si saliese de su caletre, que hiciese lo indicado por Garbañate: mas apenas habia podido paladear los elogios que por ello le prodigaron todos los señores allí congregados, cuando cayó en la cuenta de haber cometido una imprudencia de-

jándose arrastrar á una demostracion, que podia comprometerle con el abad, se arrepintió luego muchas veces, y pagó aquel poco de vanidad con unos sobresaltos que no son para contados.

Antes de la lucha Lupo habia sido especificadamente instruido por Garbañate de cuanto convenia para salir con honra; pero como no estaba acostumbrado á las sutilezas y artimañas de los que tuercen la ley á su capricho, al ver á Ramengo en tierra largo y tendido, creyó que no podian caber dificultades, y cuando oyó la advertencia del conde del Balzo:

—Hazle dar en tierra la cabeza: decia entre sí. —¡Qué diablo! ¿no está aquí tendido como un difunto, pues qué mas quieren?

Finalmente, para cerrar la puerta á toda dificultad, le ocurrió el arbitrio de sacar á su enemigo fuera de la arena, é inclinándose sobre el infeliz, que no daba aun señal de vida, lo agarró por la cintura, levantóle á plomo, se lo cargó en hombros, echó á correr dando la vuelta al palenque, paróse junto á la barrera, y habiendo señalado á los espectadores inmediatos que despejasen un poco, dió algunos pasos de frente, y luego un grande empellon, con que arrojó á la otra parte, como si fuese un saco de trigo, al malparado adversario, que anduvo rodando hasta tropezar contra las piernas de los soldados y mirones.

Levantó la multitud grande palmoteo y gritería de viva Limonta, viva Lupo, en seguïda se fué di-

solviendo y derramándose por las calles inmediatas, haciéndose gradualmente mas raro el concurso.

Los señores rodearon otra vez á Tremacoldo que de presbítero habia vuelto á juglar, y que á puros ruegos cantó la *golondrina*, interrumpida antes por la llegada del conde del Balzo. Era una cancion que estaba muy en boga en el lago de Como, compuesta, segun fama, en el castillo de Rezzonico por una princesa que los brutales zelos de su marido confinaron á morir allí de melancolía.

Reservámonos darla á conocer á los lectores cuando al juglar le acomodara contarla por objeto mas interesante que no sea mero pasatiempo.

Concluida la cancion, que conmovió mucho á Bice, salió con ésta el conde del Balzo: lo mismo hicieron muchos otros caballeros y damas, y quedó muy poco numerosa la concurrencia.

Uno de estos pocos dijo entonces á Tremacoldo:

—Oyes, quisiéramos oir aquellos versos que compusiste poco há, cuando caiste en manos de ladrones que querian solfearte.

—Mas qué querian, respondió el juglar, ya me habian escamoteado cuanto tenia, y celebraba que me hubiesen dejado la cabeza en su lugar.

—Cómo pues?

—Fué el caso, que al capitan de aquella gente honrada le ocurrió el capricho de querer oirme cantar.

—Y le complaciste ¿eh?

—¡Y de qué gana! Y devané allí sobre la mar-

cha una cancion que me valió mi libertad, y encima cuatro ambrosinos de oro.

—Dínosla, dínosla.

—Que la cante como entonces.

—Por supuesto.

—Vaya pues, y acordando la voz al tono del mismo instrumento, así comenzó:

Así tus ruegos atienda
La serrana de mas brillo
Y de esbirros te defienda
San Nicolás protector,
Si no tocas al hatillo
Ni al laúd del trovador.

Sin hacienda y sin hogar
Ni dinero en el bolsillo,
Va alegre el pobre juglar
De su laúd al favor.
No le toques el hatillo
Ni el laúd al trovador.

Sobre el hatillo sentado
Pulsa el láud el pobrecillo,
Hace reir en el mercado,
Y muerde en corte al señor.
No le toques el hatillo
Ni el laúd al trovador.

¡Cuántas veces en el prado
Duerme con el pajarillo!

Junto al laúd recostado
Le dispierta el ruiseñor.
No le toques el hatillo
Ni el laúd al trovador.

Colgado de una correa
El laúd y el paquetillo,
Las montañas de Judea
Atravesó sin temor.
No le toques el hatillo
Ni el laúd al trovador.

Pudo al *sepulcro* llegar
Mendigo y fatigadillo,
Tocó el laúd y el ajuar
En la losa del Señor,
No le toques el hatillo
Ni el laúd al trovador.

V.

Naufragio.--Muerte de Arrigozzo.--La roca de Morcate.

Los que habian venido á Bellano de todas las riberas del lago, emprendian su viaje de vuelta cada uno á su pueblo. En la ribera y en los muelles, era de ver el continuo movimiento, las maniobras, la gritería, el ruido de las cadenas que, desamarrán-

dose de las anillas, eran recogidas dentro de las barcas, el llamar y el responder, y el promiscuar de encargos y despedidas. Aquí una góndola, ya llena de gente, se despedia de la costa y tomaba rumbo; allí los barqueros con los remos en el agua en aptitud de marcha, daban prisa á alguno que faltaba de su tripulacion: uno blasfemaba afanándose en soltar su barquilla encerrada entre otras mayores, otro salia ligero del puerto remando á dos manos. En un momento se vió el lago sembrado de barcas de toda especie, que, segun su vária direccion, ó izaban vela para coger una tramontana que habia refrescado de pronto, ó hacian fuerza de remos para resistir á las espumosas olas, que con estrépito se rompian contra las agitadas proas.

Los últimos de embarcarse fueron los limontinos. Eran seis barcas que queriendo salir juntas en escuadrilla, tuvieron que aguardar á que Lupo se desprendiese del juez y abogados, que le habian entretenido para cierta formalidad.

El conde del Balzo, con la mayor cortesía de amistad, habia empeñado á Ottorino á que les acompañase en el castillo algunos dias; por lo cual entraron juntos á la nave, y se acomodaron dentro de una casita ó barraca de las que, surtidas de toda comodidad, usaban y usan aún en nuestros lagos las barcas de los señores. Sentóse Bice frente á su padre, y éste obligó muy cortesmente al párroco de Limonta á que se colocase frente al jóven caballero.

Tenia la barquilla dos remos á popa y otros dos

á proa: Miguel, como mas viejo, cuidaba del gubernalle, y su Arrigozzo remaba delante en el primer banco, que solia ser el lugar del mas robusto y esforzado remero. Nuestro Lupo, despues que hubo recibido con cierto aire de rústica modestia las caricias de los señores, salió á proa, y se puso caballero sobre la punta de la nave con las piernas colgando á uno y otro lado, y en tal postura se divertia ya lamiendo las olas con los piés en los descensos de la barca, ya sintiéndose rociar la cara y todo el cuerpo como de una menuda lluvia, en tanto que con los brazos cruzados al pecho contemplaba las montañas de que habia estado ausente tantos años, y se fijaba con placer indecible en aquellos cabos, aquellas ensenadas y tortuosos valles, ásperos y terribles despeñaderos, lugares llenos de recuerdos de su edad primera, cuyos nombres conocidos y semejanza suave, le era grata como el nombre y el rostro de un amigo. Ambrosio, su padre, sentado en el fondo de la barca, se ocupaba de su dicha en tener un hijo tal que en su concepto podia dar orgullo á cualquiera gentilhombre: de cuando en cuando se le acercaba para decirle alguna palabrita cariñosa, á cuyas demostraciones solia Lupo contestar con una mirada ó una sonrisa.

Al llegar á la punta Morcate, Arrigozzo viendo relampaguear una nubecilla sobre Valmenagio, dijo:

—Amenaza una tempestad.

—¡Ea, valientes! estos cuatro golpes con vigor, que podamos llegar á Varenna antes que nos coja.

Y el acompasado golpe de los remos al momento se hizo mas unido y fuerte.

En cuanto á los de adentro, despues que hubieron hablado un poco de las ocurrencias del dia, dió el conde cierto giro á la conversacion, para hacerla recaer sobre Márcos Visconti, y contar al jóven huésped una cosa que ya la sabia de mucho tiempo, una cosa que el conde solia contar á todos, á saber, que habia sido condiscípulo de aquel famoso capitan. Estudiamos juntos el trivio y el cuatrivio, decia, y Márcos era uno de los más sobresalientes, ó mejor solo habia uno que pudiese competirle.

Y lo dijo con una sonrisa de necia modestia, con que daba bastante á conocer quién fuese el tal sugeto que no nombraba: y aun temiendo que Ottorino no tuviese bastante talento para interpretar aquella reticencia, prosiguió diciendo:

—Siempre fuimos dos competidores, y tengo bien presentes las disputas que tuvimos cuando salió á luz la obra de *Monarquía* de Dante Alighieri, libro venenoso, que despues se mandó quemar por mano del verdugo como merecia: y Márcos, endiablado con su guibelinería, queria defenderle espada en mano. Lo cierto es que tuvimos por ello grandes peloteras; sin embargo, éramos siempre buenos amigos.

—En efecto, me acuerdo que tiempo atrás me habló de vos algunas veces, respondia Ottorino.

—¿De veras, eh? ¿y qué decia?

—Como estaba enterado de mi amistad con vues-

tro pobre Leon, y del mucho tiempo que pasé en el castillo de Limonta, me preguntaba de todas vuestras cosas, y de la condesa que celebraba en estremo. El conde Oldrado bajó la voz pegándose al oido del caballero como para reservarse de su hija; mas con todo, habló tan claro, que Bice, aunque mostraba no escucharle, y en verdad no lo intentaba, no perdió una palabra del discurso.

—Debeis saber, decia él á Ottorino, que Ermelinda debia casarse con Márcos, pero mediaron luetantas cosas.... basta, os lo contaré mas despacio; hubo pesadumbres, desavenencias y sangre. Al padre de mi mujer le costó la vida, pues Márcos le cogió en el paso del Adda....

En este punto fué interrumpido por el estallido de un terrible trueno, tras del cual se oyó la voz del timonero que gritaba:

—Aquí del timon: fuera remos.

Y el afan con que Lupo y Ambrosio se apresuraron á obedecer la órden, produjo un fuerte vaiven en la nave. Sucedió un poco de silencio, bastante á dejar oir á la derecha el lejano rugir del lago, que se hacia cada vez mas perceptible. Asomóse el cura á la ventanilla, que abrió, y vió venir por la parte de Menagio una negra borrasca, y ya las primeras olas de una impetuosa corriente se iban aproximando con las crestas encrespadas y blanqueadas de espuma.

El conde salió á la puerta de popa y dijo á Miguel:

—¿Por qué no tomabas la ribera cuando venia el

temporal, en vez de engolfarte entre estas malditas escolleras sin punto de desembarco?

—Si se me ha echado encima el temporal como si lo hubiese traido el diablo, respondió el barquero, y en seguida:—Ea, muchachos, ea, con vigor, remar vivo todos á una, recio.

Viéronse al momento echarse atrás todos á la vez, cargar sobre los remos, encorvarse y estenderse sus robustos hombros, y á su poderoso esfuerzo se sintieron rechinar las olas. Pero hé ahí que llega de repente un golpe de viento, las primeras olas empiezan á batir el costado de la nave, ella se tuerce, se inclina, ora de popa, ora de proa, retrocede, y pierde en un instante un largo trecho ganado con tanta fatiga.

No obstante, los intrépidos remeros vuelven á colocarse, y batiendo con recios y apresurados golpes, van adelantando siempre, y acercándose á la punta de Varenna. Ya llegaban á ella y estaban para doblarla, cuando un golpe de viento en la popa hizo girar la barca á la redonda; oyóse el ruido como de una madera que se rompe, y al momento una voz con estas tristes palabras:

—¡Se perdió el timon! ¡Ay de nosotros! ¡Somos perdidos!

—Perro ladron, ¡amarra aquel toldo!

—¡Vírgen santísima!

—¡Pon ahí un remo por timon! Toma, iza, aferra.

—Presto, pícaros, presto.

—¡Misericordia, Dios mio!

—¡Abajo aquel remo con mil demonios! ¡Socorro! ¡socorro!

Era una confusion, se empujaban, se enredaban, se estorbaban unos á otros, y sus gritos y querellas se perdian entre el rugido de las olas, estrelladas contra los escollos, el silbar del viento, y el terrible retumbar del trueno, cuyo estampido reproducian las cavernas y los peñascos.

El cura alzó la mano para bendecir el tiempo, dió á todos la absolucion *in articulo mortis*, y se puso de rodillas en un rincon con la cara oculta entre las manos encomendando sus almas, mientras el conde, con la vista absorta y la boca abierta, mirando á su hija que se le habia apretado al pecho, solo atendia á repetir:

—¡Señor, ayudadme! ¡Señor, ayudadme!

Ottorino, empero, saltando fuera del camarin para ayudar en lo posible, vió que la navecilla ora girando alrededor, ora empujada violentamente de lado, corria sin remedio á estrellarse contra las rocas de Morcate, en tanto que los remeros, bogando todos hácia atras, se esforzaban para evitar las puntas de los primeros escollos. En el mismo instante que él salia, Arrigozzo, al cargarse atras sobre el remo con todo el peso de su cuerpo, no hallando resistencia por haberle escapado la ola y faltádole el agua bajo el remo, cayó de golpe en el lago. Combatió un instante con las olas, pero la barca le pa-

só por encima de la espalda, y lo tumbó boca arriba: dió una recia cabezada contra el fondo de aquella, y no se le vió más.

—Remar todos hácia el monte, grita por última vez el timonero, que no habia visto la caida de su hijo por impedírselo la barraca de en medio de la nave. Aun se oyeron algunas voces de blasfemia y plegaria; pero todas se confundieron en una muda convulsion general, cuando la barca, levantada en alto, cayó sobre un enorme escollo, y fué toda descoyuntada.

En el momento del peligro, no le faltó el valor al jóven caballero; antes bien, reparando de repente en una punta de peñon, fué listo á ganarla de un salto, llevando tras de sí con la mano derecha el estremo de la cadena; pero la ola, rechazada por el monte, arrastró consigo la nave, y hubiera precipitado al caballero, á no aferrarse fuertemente á la peña que acababa de conquistar. Vino otra ola, y la nave se halló segunda vez sobre el escollo. Entonces Ottorino se apresuró á agarrarla por la orla. Lupo, el halconero y el otro barquero, que estaban en pié sobre la proa espiando la ocasion muy prevenidos, saltaron fuera al momento, y juntos tuvieron la fortuna de poder enroscar la cadena alrededor de una punta de peña que sobresalia. La nave, apretada de punta á la roca con la proa alta fuera del agua, á manera de un toro amarrado á la cuerda, se iba meciendo y trabucando por los lados, empujada por la popa, ora á una parte, ora á otra,

á merced de las olas que no cesaban de trabajarla; pero no pudo ya soltarse.

Ottorino y los demas escapados, luego que hubieron puesto en salvo al conde y á su hija, se derramaron ansiosos y turbados por la vasta superficie del escabroso peñasco á examinar si se veia parecer el náufrago. Solo el padre de éste, que habia sido el último de desembarcar, y entre aquella confusion y barahunda no advirtiera la falta de su hijo, quedaba sentado con el tronco de un remo sobre las rodillas, y con la vista buscaba á aquel entre los dispersos, pero sin inquietud, persuadido de que nadie habia peligrado.

El conde, recobrado de su primer susto, y altamente incomodado por el pasado peligro, empezó á regañar contra el timonero y Arrigozzo, cuya desgracia su padre ni aun habia llegado á sospecharla. Miguel oyó con la cabeza baja las injurias que se le dirigian, y á guisa de hombre bien convencido de su grande culpa; pero oyendo que tocaban á su hijo, se sintió herir en lo mas vivo, no pudo contenerse, y se preparaba á contestar, cuando volviendo la vista al lago, apercibió debajo del agua cierto objeto estraño entretenido al parecer entre las quiebras de una escollera poco distante cubierta de agua. Examina con ansia aquel objeto que se presenta bajo diversas formas, apercibe la orla de una ropa color castaño, al fin distingue una mano, que ora despunta sobre el agua, ora se sumerge, agitándose á merced de las olas.

El infeliz padre estuvo á pique de caerse muerto. Agarrar el tronco que tenia delante, alzarse en pié, y gritar con temblorosa voz: ¡Arrigozzo! ¡Arrigozzo! fué cosa de un momento. No oyéndole responder, corre á lo alto del escollo, vuelve la vista alrededor, descubre uno por uno todos los salvados; pero no halló á su hijo. Y viéndose delante al conde, que poco antes acababa de ultrajar el nombre de aquel:

—Perro, tú aquí, gritó como rugiendo, y blandiendo el tronco, se abalanzó para descargárselo en la cabeza.

Bice dió un grito, Ottorino fué listo á desviar el golpe, acudieron en un punto Lupo y el halconero, y los barqueros desarmaron al furioso, que dándose con ambos puños en la frente, de un salto se arrojó al lago.

Viósele batallar contra las olas, y superarlas con un ardor y un coraje propio únicamente de la desesperacion. A pocos empujes llegó al cadáver, estendió hácia él las manos tentando en el agua, lo agarró por los cabellos; pero movido de repente por un tierno sentimiento de piedad paterna, y pareciéndole demasiado vil aquella accion sobre el cuerpo de su caro hijo, le puso la mano izquierda debajo de la barba para tenerle alta la cabeza, y con la derecha nadó hácia el escollo abandonado. Los barqueros corrieron á la nave casi sumergida, desde la cual le tiraron al viejo las cuerdas de las velas; y agarrándose á ellas, pudo salir á salvo con su

funesta y preciosa carga. Tendió en la roca el cadáver del hijo, cuya cabeza apoyó sobre sus rodillas, é inclinándose sobre él, le tentaba el corazon, por si le sentia palpitar: luego se le arrojaba encima apretando seno con seno y mejilla con mejilla, dándole mil besos en los ojos, en la boca y en todo el rostro, y dirigiéndole el aliento como para reanimar la vitalidad.

Un imprevisto golpe de viento dió en el brazo que estaba colgando, y le hizo tremolar; tal movimiento sobresaltó al padre, lució en su frente un fugitivo rayo de esperanza, por un instante asomó en sus mejillas el color de la sangre, parecieron reanimarse sus facciones, y brillaron de repente sus ojos, que tenia estáticamente clavados en el caro rostro; pero conocido el engaño, escondió sus manos entre los cabellos, y estendiéndolas despues hácia el lago con los puños cerrados, prorumpió en imprecaciones contra el viento, contra las olas, maldiciendo la nave y el momento en que la pisó. Rodeábanle todos contemplándole casi exánimes, sin que nadie osase dirigirle una palabra de consuelo. Pero el párroco, despues de haberle dejado desahogar un tanto su dolor, se le aproximó, y en vez de dirigirle la palabra, puso la mano sobre la cabeza del hijo apoyada en las rodillas del padre, y esclamó con viva conmocion:

—¡Pobre Arrigozo mio! tú fuiste siempre un buen hijo, temeroso de Dios y amante de tus padres.

—Es cierto, es cierto, repuso el padre todo en-

ternecido por las alabanzas de su estimado, yo no merecia un hijo tan bueno.

—En estos tiempos tan peligrosos para la fe, no sabes tú, mi pobre Miguel, ni yo tampoco, si el Señor ha usado de misericordia, llamándole á sí mientras era suyo. Ea, ofrécele en sacrificio al que te le habia dado, y te le quita por sus designios, que nos son incomprensibles, pero justos sin duda, y piadosos para sus escogidos.

—¡Ah! ¿y qué haré yo en la tierra sin él? esclamaba el barquero, ¿qué responderé á mi pobre Marta, cuando, al verme de vuelta, me pregunte: qué has hecho de nuestro hijo?

—El Señor no os abandonará, insistia con dulzura el buen párroco, el que os envía la afliccion os dará fuerzas para soportarla.

Miguel levantó los ojos al cielo, y despues de un momento tornó á esclamar:

—¿Por qué no he muerto yo?.... ¿á qué dejarme viejo, inútil y fastidioso, y cortarle á él la vida en la flor de su primavera? ¡Nuestra única esperanza, nuestro sostén.... nuestro consuelo!....

No pudo pasar adelante.

Despues que las lágrimas desahogaron un tanto su corazon, volviéndose al cura, le decia:

—¡Y qué hijo, qué hijo he perdido! ¡Cuánto me queria, y cuán dócil! un hijo de juicio y de entendimiento, que no habia otro en todo Limonta, y su pobre madre me decia tantas veces, que yo viejo, como soy, hubiera podido tomar ejemplo de él.

En tanto los otros estaban deliberando sobre el modo de salir de aquella pelada punta antes que les cogiese la noche. La peña en que habian naufragado distaba poco de la montaña, y parecia haberse desgajado de ella antiguamente; de manera que no parecia difícil llegar á la falda saltando de uno en otro de los tres ó cuatro escollos que se veian despuntar fuera del agua. Mas aun cuando se llegase á tocar el monte, podia decirse que nada se tenia adelantado, porque se levantaba empinado y perpendicular á una altura desmesurada.

Entretenidos estuvieron largo rato, atisbando todas las alturas inmediatas, por si descubrian algun pastor que anduviese tras de algun cordero ó cabra descarriada, advertirle su cuita con alguna señal y pedirle socorro: pero por mas que miraron á derecha é izquierda, no pareció alma viviente. El dar voces en aquel vasto desierto, bajo aquellas inmensas bóvedas, y entre aquel estruendo, era trabajo perdido.

Lupo, despues de haber vacilado un rato á sus solas, dijo á los compañeros:

—Aquí es menester resolverse mientras es de dia, probaré yo de encaramarme allá arriba, y señalaba con el dedo una altura hácia la derecha, buscaré modo de llegar á Varenna á fin de volver con una barca.

El halconero por ningun estilo queria permitirle que se espusiese á tanto riesgo:

—Quédate aquí con nosotros, le decia, arrostremos todos juntos la misma suerte.

Hasta Ottorino procuró disuadirle de aquella empresa, que parecia una temeridad ó casi una locura; pero él respondia:

—He sido cazador cuando jóven, y puedo decir que no hay precipicio del Codano ó del Legnon que no conozca; conque dejadme hacer, y con ayuda de Dios espero salir á cabo.

Quitóse el calzado, dejó la capita que llevaba al hombro, y quedando con solo un sencillo sayo de piel, ligero y corto, sin decir mas, puso manos á la obra.

Con poca dificultad llegó á la raiz del monte, y parándose un momento sobre la última roca apoyada en aquel, alzó la vista á medir la interminable altura que debia superar, estendió las manos sobre el peñasco como examinándole, y rodeó la cabeza cual si desesperase de poderse sostener en él: mas luego se santiguó y comenzó á subir lentamente con cuidado, trepando y agarrándose de risco en risco, de mata en mata, de precipicio en precipicio. Si se le ofrecia una zarza, una rama, un arbusto, un débil tallo de cabra, lo aferraba con la mano; luego colocaba el pié encima, y arriba, arriba; de cualquiera grieta, cualquiera raja, cualquiera hendidura sabia sacar partido: trabajaba con los brazos, las piernas, los dedos y las uñas: una vez se enarcaba sobre las rodillas, otras se iba arrastrando suavemente sobre el pecho, y siempre arriba.

Los que desde el escollo le seguian con la vista, temblando á cada movimiento desigual, á cada paso mal seguro, á la luz de los encendidos relámpagos le veian llegado ya á la mitad de la altura, pegado á las espantosas y erizadas peñas, entre las cuales retumbaba el trueno, le miraban colgando sobre las olas que bramaban bajo de él, y veian sobre su cabeza una altura todavía mas ruda y desesperada que la primera.

Por fortuna halló una pequeña concavidad, en la cual pudo detenerse á tomar aliento: desde allí bajó la vista á medir el camino pasado, pero la retiró aprisa desvanecido y aturdido de la elevacion: á pocos momentos repitió la señal de la cruz, y emprendió de nuevo su trabajo. En cuanto de mano en mano iba ganando el despeñadero y acercándose á la cima, parecia mas pequeño; á veces se confundia con las rocas que superaba, ya semejaba un césped agitado por el viento, ora un halcon que batiendo las alas buscaba la presa entre aquellas quiebras.

Los espectadores lo perdieron de vista un momento, y luego reparando que alguna cosa caia rodando precipitada de lo alto, se espantaron; pero luego conocieron ser una piedra que dando saltos vino á caer en el lago rota en mil esquirlas. El atrevido viajero volvió á presentarse como una mancha oscura é incierta, y finalmente desapareció del todo.

Entonces preguntó Ottorino á uno de los barque-

ros, si una nave hubiera podido sostenerse en un lago tan alborotado.

—Así como ahora, respondió el preguntado, ha de ser guapo el que se separe tres palmos de la ribera; pero al caer la tarde debe calmar el viento, y cuando Lupo llegue á Varenna podrá navegarse.

Sin mas palabra, el jóven caballero sentóse en el escollo junto á Bice. Todos tenian la vista fija en los montes de Tremezzo, tras de los cuales acababa de ocultarse el sol. Gigantescas nubes impelidas del furioso viento, se veian revolverse, arremolinarse, transfigurarse en mil formas fantásticas, teñidas de un vivo color de fuego.

La luz iba retirándose á la otra parte de las montañas, y poco á poco se apagaba en la superficie de los objetos, los cuales de un momento á otro, empezando los mas distantes y adelantando sucesivamente, se veian amarillecer, anublarse, perder los contornos, tomar varias formas parecidas, inquietas, y vacilar, por decirlo así, ante los ojos, evaporarse y apagarse enteramente. El cielo en el punto del ocaso se presentaba aún algo rojo; pero la vista al bajar desde las mas elevadas cumbres, por las faldas hasta la ribera del lago, ya no tropezaba con las casas, ni percibia los árboles; los senos, las eminencias habian desaparecido, y toda la montaña no presentaba mas que una sombra diseñada en el cielo, y hasta aquella sombra misma iba confundiéndose, apartándose, y desapareciendo al fin. Las tinieblas se adelantaban por grados siempre mas densas, mas tu-

pidas, y nuestros náufragos se hallaron envueltos en tanta oscuridad, que apenas podian verse uno á otro. Con todo, sobre la inconstante superficie del lago, todavía al traves de aquella noche, podian distinguirse hasta cierta distancia las olas que encrespadas de espuma al llegar á su mayor altura, blanqueaban amenazantes, caian unas sobre otras alcanzándose á porfia, y venian á azotar el escollo, como si amagasen inundarlo, y reclamasen la presa que se les habia arrebatado.

En lo alto todo era silencio, y solo se oia venir de abajo, entre el mugir de las olas y del viento, la voz lenta, monótona y contiuada del infeliz Miguel que rezaba el rosario sobre el cadáver de su querido hijo.

Ottorino tomaba una mano de Bice que, en medio de aquel espantoso terror, se la habia abandodo y aun la reanimaba el sentirse en contacto de un protector, ya que el padre, sentado de la otra parte, acurrucado con la cabeza entre las rodillas, tiritando los dientes por el frío y por el miedo, no podia infundirle mucha confianza. El viento, á cuya merced fluctuaban los largos cabellos de la muchacha, los llevó un momento sobre el rostro del jóven, el cual, aunque náufrago, sobre aquel pelado risco, entre tantos objetos de terror y compasion, no hubiera trocado aquel instante por los dias mas alegres de su vida.

Habríase pasado como cosa de una hora, que á

todos pareció una eternidad menos al caballero y al pobre Miguel, porque no tuvieron lugar de ocuparse en medir el tiempo, absortos ambos y enajenados con toda la fuerza de su alma en la sola idea del presente; pero, ¡cuán diverso! Vióse venir una luz desde la punta de Varenna, que no habian podido doblar, y se levantó un grito general de alegría, al cual se oyeron responder otras voces, sofocadas por el viento. Los gritos que continuaron dando nuestros náufragos, servian de norte á la nave que venia á salvarlos, y por ellos dirigia su trabajado rumbo. Al cabo de algun rato se oyó retumbar mas claro un alternado rumor, que se iba siempre aproximando: nuevos gritos se levantaron de una y otra parte, y finalmente compareció la nave. Los dos barqueros del conde corrieron á dar de mano para que no chocase contra el escollo, y con la ayuda de estos, Lupo, uno de los recien llegados, pudo echar por la proa una larga tabla que sirviese de puente.

El primero en superarla tan luego como la vió bien aferrada, fué el conde Oldrado: saltó á la nave, y volviéndose despues para llamar á su hija, tuvo el placer de verla ya á su lado, pues Ottorino tomándola del brazo, la sostuvo en aquel pasaje. Uno á uno fueron entrando todos. El último fué el timonero: colocó el cadáver de su hijo en el fondo de la góndola á popa, y se tendió junto á él. A poco rato, viéndole Lupo todo empapado en agua, tiritando de frío, y sin mas ropa que el jubon, quitó-

se del hombro una capa que habia traido, y con ella le cubrió.

Miguel ni aceptó ni rehusó aquel caritativo servicio; estuvo un rato como si no lo hubiese echado de ver; pero luego, como al menear un brazo, observase el nuevo estorbo; se incorporó de rodillas, se lo quitó de encima, y lo tendió sobre el cuerpo de su hijo con afectuoso cuidado.

Doblado el cabo, descubrióse el muelle de Varenna iluminado de varios fuegos, y se percibieron las voces de la multitud que habia acudido allí. La barca, siguiendo los consejos que desde allá le dirigian los mas prácticos, aproximóse á la playa, viró á tiempo la proa, embocó el puerto, y llegó á salvamento. Los del pais se atropellaron alrededor de los náufragos, unos tiraban la góndola á tierra, otros alumbraban y ayudaban á salir de ella, todos competian en oficiosidad; pero entre tantos servicios y amabilidad de hecho, no faltaban algunas pullas y reconvenciones contra los barqueros de Limonta, que se habian dejado sorprender de aquella manera. Estos, si bien callaron por un rato, empezaron despues á replicar, y entre dimes y diretes estaban para venir á las manos, cuando corrió la voz entre la multitud de que el timonero del conde estaba en la barca con el cuerpo de su hijo ahogado; lo cual de repente trocó los gritos é insultos en un susurro general de compasion. Ofrecieron acogida, asistencia, y toda suerte de socorros al afligido padre; pero los rehusó, y quiso quedarse toda la noche en

la barca velando el cadáver, que se proponia trasladar á Limonta por la mañana.

Tan luego como amaneció, fué en busca de un carpintero que le hiciese una cruz para colocarla en el escollo del naufragio. Sacó del bolsillo las pocas monedas que tenia, y haciéndolas caer una á una sobre su callosa mano para contarlas:—Es dinero que él ganó, decia, aun es el que me dió el otro dia de vuelta de Lecco: ¡quién le habia de decir que serviria para pagar su cruz!

Apenas calmó el viento, llegaron á Varenna las demas barcas limontinas, y entre ellas la de nuestro Miguel, que el dia anterior le habia prestado á algunos paisanos suyos. En ella colocaron al amanecer el cadáver del ahogado; y cuando el padre, de vuelta á la ribera, vió la barca y el cargamento, sintió oscurecérsele los ojos anegados en llanto; pero hizo un esfuerzo sobre sí mismo, entró con calma, empuñó un remo, y estribándole contra la arena, se hizo al agua; en seguida cogió otro remo, y echó á remar á dos brazos, alejándose lentamente de la playa que dejaba á la espalda.

El lago estaba liso, terso y luciente como un espejo: de cuando en cuando se veia saltar, ahora aquí, ahora allá, con ligero vuelo algun pequeño pez, que brillando un instante en el aire con plateado reflejo, y cayendo en el agua, producia en aquel plano inerte y bruñido un pequeño círculo rizado, que á poco rato se desvanecia. El horizonte sereno y despejado ostentaba su limpia y azula-

da bóveda. Desde las elevadas cumbres de los montes, hasta la estremidad de sus faldas donde se confunden con el agua, distinguíanse una por una las esparcidas chozas, las casas, las cabañas: el fresco y rociado verdor de las plantas, matorrales y arbustos iba adquiriendo nuevos y mas vivos colores á los primeros rayos del sol naciente, y presentando nuevas é infinitas variedades con las diversas modificaciones de la luz, ya reflejaba entre las sombras de grandes masas de vapor, ya gradualmente debilitada en sus tintas, y finalmente confundida en inesplicables combinaciones.

Aquel cuadro de pacífica alegría formaba demasiado contraste con la tempestad que agitaba el espíritu del malaventurado barquero. Siguió por algun rato en fúnebre silencio; pero cada vez mas acongojado, hasta que superado por un ímpetu de dolor y rabia, descargó en el agua con toda su fuerza el remo que tenia en la derecha, esclamando: —¡Lago traidor! el remo se hizo pedazos, y entonces, tirando el otro remo dentro de la barca, con el trozo del primero que quedaba empuñado, dió tan terrible golpe sobre el agua, que rompió el escalmo.

Aquellas agitaciones hicieron inclinar la barca, de suerte, que un tercer remo puesto á lo largo de un banco, se desprendió, y rodando iba á caer sobre el cadáver del hijo. Espantóse Miguel, dió un salto, cogió el remo al vuelo, túvolo un momento en las manos, lo miró y dijo:

—Es el suyo; y le volvió nuevamente al puesto de antes.

—¡Dios mio! esclamó: ayudadme, tenedme de vuestra mano, libradme de la tentacion de morir desesperado y condenarme; y volvió á remar rezando fervorosamente sus oraciones.

Rezaba y rezaba, echando poco á poco la barca adelante; pero entretanto que sus brazos en la acostumbrada tarea se estendian y se replegaban alternativamente sobre el pecho, mientras sus labios murmuraban las palabras á que estaban avezados, la mente del desdichado repasaba toda la vida de su malogrado y queridísimo hijo, los años de la infancia, de la niñez, de su mocedad, de su juventud hasta el dia; veníanle á la memoria las primeras palabras que le oyó farfullar, palabras que le hicieron sentir todas las delicias de la paternidad; recordaba las esperanzas que habia visto concebirse, crecer, y sazonarse en su amante hijo, los últimos proyectos de sustento, descanso y tranquilidad para sus cansados años, y los de su dulce compañera: repasaba con satisfaccion el glorioso júbilo de la madre al verle por primera vez agitar su navecilla en la ribera de vuelta del primer viaje: renovaba los terrores que tantas veces habia dividido con su querida consorte, cuando al oir de noche silbar el viento entre las ramas de los castaños, se asomaban juntos á una ventanilla, y mirando el lago se preguntaban á porfia:—¿Dónde estará ahora nuestro Arrigozzo? Repetia en su memoria las glo-

rias de su hijo, que era uno de los mejores remeros del lago, y no tenia quien le aventajase en el gobierno de una vela y un timon; pareciale oir en la proa el batir de su esforzado remo; renovaba en sus oidos la armonía de la cancion favorita con que solia divertir la melancólica soledad del lago y de la calma.

En tanto que estos recuerdos se sucedian en la mente del apesarado padre, seguia articulando las palabras de la plegaria, que sonaban involuntaria é inadvertidamente como el murmurar de un humilde arroyuelo; hasta que interrumpiendo sin quererlo una oracion comenzada, sus labios se doblaron espontaneamente á entonar en voz baja la tonada favorita de su Arrigozzo; pero luego asustado del son material que llegó á herir sus oidos, rodeó la cabeza, y alzando su rostro al cielo le halló todo bañado en llanto. En cuanto la barquilla se iba aproximando á Limonta, se hacia mas intenso y mas agudo cierto cuidado, que redoblado á la vista de aquellos lugares, ofuscaba la razon del huérfano padre é infeliz esposo.

Mas, ¡oh Dios de misericordia! cuál fué su tormento cuando acercándose á la playa la vió llena de gentío que le miraba y parecia aguardarle, y entre el concurso pudo distinguir una mujer desgreñada arañándose el rostro, hiriéndose el pecho, arrancándose los canosos cabellos, y haciendo resonar la playa y las cuevas del monte con llanto y gritos de desesperacion.

El corazon no permite que nos detengamos mas tiempo en contemplar tan lastimoso espectáculo, por lo cual abandonaremos al mísero barquero y á su mujer, mas infeliz si es dable, y volveremos á los personajes que dejamos en Varenna.

VI.

Ottorino en el castillo del Balzo.---Partida de caza.

Aquella noche todos fueron alojados por el cura del lugar, el cual, no sabiendo concebir que su pobre casa tuviese huéspedes de tan alta gerarquía, pudo envanecerse un poco, y gloriarse algun tiempo.

En Varenna se hallaba aún Pelagrua de patitas en la calle, como suele decirse, sin hacienda, sin dinero, sin apoyo, y sin destino en la sociedad, precisado á dejar pronto un pais, donde todos le conocian y le querian bien como al mal de ojos, reducido en suma á la suerte de un perro despedido de su dueño. El miserable fué por la mañana con mucha humildad, al menos aparente, á suplicar con voz llorona al cura de Limonta, que se dignase perdonarle todo el mal que le habia hecho, y el peor que hubiera querido hacerle en el periodo pasado, y que le ayudase á proporcionarse algun alivio en su situacion casi desesperada.

El buen cura se compadeció, no tanto de él, pues le hubiera venido de molde un poco de penitencia, como de su mujer y del inocente niño, y le prometió recomendarle al conde del Balzo, bien que á decir verdad no esperase conseguir de este señor grandes socorros.

Mas por fortuna del malandrin, cuando el cura entró á ver al conde, hallóle acompañado de la hija y de Ottorino. La muchacha, naturalmente humana y compasiva, que habia visto á la mujer de Pelagrua cuando fué á refugiarse al castillo, y que habia dividido con su madre la piedad que supo inspirarlas aquella desventurada, se sintió luego movida por las palabras del párroco, é intercedió con el padre para que procurase algun refugio al derribado y su familia.

No hay que decir de la manera que el conde acogeria unas súplicas, dirigidas nada menos que á ponerle en peligro de romper absolutamente con el abad de S. Ambrosio, y precisamente por una cosa, que por buena indemnizacion le hubiera malquistado con todos los limontinos.

El pobre hombre, que á pesar de todo esto no queria negarse abiertamente á los ruegos de su hija, iba mendigando escusas y pretestos, tartamudeaba, se agitaba que parecia estar sobre espinas; pero Ottorino, contándose dichoso en tener ocasion de complacer á la muchacha, y hacer el gusto del padre, se ofreció espontaneamente á proteger á Pelagrua; y dándolo ya por hecho, recibió de Bice, en

recompensa, una ojeada de tan ingenua y contenta bondad, una mirada tan serena y cariñosa, que difundió la dulce satisfaccion por todas las venas del jóven caballero.

Llamóle aparte el cura de Limonta, creyendo de su deber avisarle de qué casta era el hombre á quien se proponia favorecer, cuyas observaciones á la verdad debieran haberle puesto en guardia; pero ya por la natural jactancia de la juventud, ya por no poder concebir que un hombre á quien acababa de bendecir, por decirlo así, la compasion de Bice, pudiese continuar siendo pícaro, aunque lo hubiese sido antes; hizo poco caso de las razones del cura, y no hallando mejor partido, se decidió á enviar su protegido á Márcos Visconti, que por la recomendacion no dejaria de colocarle en alguno de sus muchos castillos. En consecuencia, pidió recado de escribir para dirigir una carta á Márcos; ¿pero será creible? no se halló en todo el lugar un tintero, una pluma, un pedazo de pergamino ó papel por cuanto oro se hubiese querido dar. El cura no cuidaba de escritos, el boticario y los pocos señores ignoraban por qué estremo pintaba la pluma; y esto no era privativo del cura, boticario y señores de Varenna, á poca diferencia lo mismo sucedia en todos los lugares, y no precisamente sobre el lago de Como, en toda la comarca, en toda la Italia y aun en toda la Europa, era natural.

En un siglo todo espadas, lanzas, ballestas, fortalezas, y campos de batalla, ¿cómo habian de me-

drar las letras, planta tan tierna, gentil y delicada, que ama la sombra y la soledad, y no quiere ser agitada ni pisoteada? El halconero se acordó oportunamente de un viejo notario que solia habitar en Perledo, pequeña aldea sobre la montaña á cuya falda está Varenna; fué allá en dos saltos y volvió con todo lo necesario, aunque costó mucho de machacar los algodones del tintero enjuto y seco hacia dos años.

El jóven, al escribir á Márcos, recomendándole á Pelagrua, debia entrar en la esplicacion del cómo y cuándo se hubiese metido en aquel empeño, y así le refirió cuanto le habia sucedido desde el duelo de su escudero hasta aquel punto; habló del conde del Balzo, del castillo donde iba á pasar algunos dias, y por incidencia vino á tratar de Bice; y como suele decirse que cada uno respira por la herida, se entretuvo en este punto demasiado, mas de lo que convenia á su propósito de no declararse. Finalmente, queriendo hacer á su señor el retrato de la muchacha con la mayor exactitud posible, se adelantó á decir que la jóven, á juicio de todos, se asemejaba á su madre en lo fisico, y era su imágen en lo moral: palabras que fueron la primera chispa..... mas no prevengamos los acontecimientos.

Juntos se embarcaron todos nuestros personajes en una góndola de alquiler, y llegaron á Limonta al caer de la tarde. La voz de que el abad de S. Ambrosio habia resuelto hacerles pagar cara la sublevacion, cualquiera que fuese el resultado del jui-

cio de Dios; la vista del cadáver del infeliz ahogado, traido por la mañana; el lastimoso espectáculo de sus desventurados padres desolados; el haber aguardado tanto tiempo en la playa la llegada de la barca del conde, que no arribó hasta muy tarde, contra toda presuncion; todo este cúmulo de circunstancias habia amortiguado bastante el primer fuego de reconocimiento hácia el jóven vencedor; así que cuando Lupo salió á la playa, no halló el concurso que presumia, ni fué recibido con los aplausos y triunfos que esperaba, y recordando ciertos sueños lisonjeros á que soltó su fantasía, mientras sentado en la proa de la barca, dejaba el dia anterior la costa de Bellano, se halló no poco mortificado su amor propio. El párroco se quedó en Limonta, y los demas, tomados los caballos que estaban allí prevenidos, siguieron su viaje al castillo.

Ermelinda recibió al jóven caballero con su natural afabilidad, y le fué particularmente grato por la memoria de la íntima amistad con su malogrado hijo; pero bien pronto esperimentó cierta inquietud al observar cuán obsequioso se mostraba con Bice en todas ocasiones, y aun fué mayor cuando no se le ocultó á la perspicacia de la buena madre, cierta especie de púdica complacencia con que la muchacha parecia recibirle.

Poco tardó en advertir que la bulliciosa y franca sencillez de la hija se habia trocado en una alegría reservada y casi melancólica: veia asomarle los colores á la cara cuando le preguntaba relativamente

á Ottorino, y bajar los ojos no atreviéndose á sostener las miradas maternas, lo cual la puso en grande cuidado. No es que mirase aquel partido desventajoso para su hija, pues verdaderamente no hubiera sabido cuál otro pudiese serla mas honroso; pero la daba que pensar cierta voz difundida de que el jóven estaba prometido á una hija de Francisco Busconi, señor de Como, y que tales bodas eran obra de Márcos Visconti. Tocante al conde, se consideraba afortunado por tener en su casa un primo del vicario, una hechura de Márcos, se afanaba para que le fuese grato el hospedaje todo lo posible, haciendo que se sucediesen los banquetes, las partidas de caza, y los paseos á las aldeas vecinas. Nunca faltaba Bice en la comitiva, pues sin ella el padre no sabia dar un paso: ademas, á cada momento le repetia la cantinela de las glorias del huésped, como que de intento se esmerase en reparar cuanto habia hecho para salvarles en el lance del naufragio, recontando todos los incidentes de aquel dia, de aquellas horas pasadas sobre el escollo, horas que la muchacha tenia quizás demasiado presentes, y siempre con una conmocion, con un espasmo que no era todo de terror.

El conde acababa de descubrir en el caballero una virtud que para él daba nuevo realce á todas las demas, y era, una sumision á sus dictámenes, una perseverancia complaciente en oir toda la historia de su vida y en perdonarle todas sus vanaglorias.

—Es un mozo de garbo, decia, no como estos lampiños del dia, que apenas han dejado los andadores ya pretenden enseñar á los maestros.

—¿No viste, preguntó cierta ocasion á Bice, no viste ayer tarde cuando le esplicaba las razones de la nulidad del combate entre Lupo y Ramengo, cómo me estuvo oyendo atento y sin pestañear por espacio de cerca de dos horas? Y era la pura verdad, porque en todo aquel tiempo el mozo sentado junto á Bice estaba, como suele decirse, en éxtasis, y no escuchó del cuento ni una sola palabra.

Si alguna vez Ermelinda osaba interrumpir al marido con el tono propio de su acostumbrada modestia, y probando persuadirle que fuese un poco mas cauto; éste graduaba de sueños y locuras aquellas prudentes sospechas, y alborotándose, la obligaba á callar. La buena mujer deseaba aclarar desde luego el negocio, hablando clara y directamente al propio Ottorino; pero el conde se lo habia prohibido espresa y terminantemente, y así tuvo que contentarse con el solo espediente que le restaba, y consistia en escribir á Como para informarse de la realidad y naturaleza de los empeños que el jóven pudiese haber contraido; y mientras aguardaba los informes, velar cuidadosamente la hija, procurando evitarle la presencia del jóven, y distraerla de pensar en él.

La señorita, aunque algo caprichosa como todos los niños mimados, en el fondo era de la mejor pasta de doncellas: como sucede generalmente, siem-

pre habia amado con mas respeto y aun con mas ternura á la madre, aunque á veces algo severa por necesidad, que no al padre, á pesar de su indulgencia; y la ponia mas contenta una sonrisa, una caricia de aquella, que todas las demostraciones de éste. Mas desde la llegada de Ottorino al castillo, iba por grados notablemente cambiando hasta en este particular. Ermelinda, con su continente de frialdad, y ora con advertencias, ora con reprensiones, la mantenia respetuosa, la imponia, hacia contenerse penosamente aquel corazon que se sentia rebosar de una nueva vida, de una sensacion desconocida que le arrastraba al abandono y á la confianza. El mismo nombre del jóven que, repetido por el padre, la inundaba de placer, la hacia palpitar de terror al oirlo en boca de la madre; pero evitaba con todo estudio que ésta la pillase á solas; de consiguiente, no es estraño que mermase cada dia el cariño que siempre la habia profesado. Aun más, si alguna vez en aquellos momentos de ilusion en que tornaba á su primitiva ternura filial, sorprendia en su corazon un cierto fastidio demasiado afrentoso, se espantaba de ello, se lo reprendia á sí misma amargamente, y hacia mil escelentes propósitos, que luego no tenia bastante fuerza para sostener.

Llevaba ya muchos dias de esta pugna interior, cuando llegó un correo de Márcos Visconti, y Ottorino anunció que se le aguardaba en Milan dentro de dos dias.

Parecióle sueño á Bice. No podia acabar de persuadirse de semejante partida. ¡Hallaba tan dulces las horas á su lado! al separarse solo pensaba en volverle á ver dentro de dos, dentro de tres, dentro de cuatro horas. Esta sola idea la ocupaba y la consolaba durante aquel intervalo, pasaban aquellas horas, y Ottorino volvia; pero despues de su partida, ¡en qué habia de entretener el dia y sus pesadas noches! Volvia el pensamiento á los alegres dias que gozara en aquel sitio antes de que llegase el huésped fatal. Su madre, su doncella, sus libros, y su corcel; pero el corazon no respondia á tales imágenes que tanto influjo ejercieron un dia. Era lo mismo que pulsar las teclas de un piano, cuyas cuerdas rotas no dan sonido.

El dia siguiente, que venia á ser la víspera de la marcha de Ottorino, quiso el conde destinarlo á la caza del halcon, y ya era cosa sabida que Bice no podia faltar.

—Quiero que veais el vuelo de mis pájaros, decia el padre á su huésped, y sabréis decirme si Márcos Visconti los tiene que puedan comparárseles. Veréis gavilanes, gerifaltas de Irlanda, de Noruega y de Dinamarca; los tengo de pelo malo, tengo neblís, y qué soberbias jaurias de perros, tanto de parada como de presa! Ademas, habeis de ver mi halcon favorito, adiestrado por mí, porque yo me divierto en avezar alguno entre mis manos, con ciertas trazas de nueva invencion, y con cierta maña que tengo; en fin, ya lo veréis.

Aquel mismo dia, luego de haber recibido una carta de Como, Ermelinda tuvo una larga conferencia con su marido. Bice, desde su estancia, donde se habia encerrado con la doncella, oia la voz de sus padres, al parecer agitada con el calor de una contienda; y demasiado adivinó cuál podia ser la causa.

Pudo pasar todo el dia separada de su madre, y no la encontró hasta la hora de cenar. Estaba taciturna y afligida, tal vez fijaba la vista en su hija como si tuviese que comunicarla algun secreto; y ésta, por temor de hallarla á solas, tan luego como pudo disimuladamente, bajo pretesto de que tenia que madrugar para la caza, saludó y retiróse. Apenas encerrada en su gabinete, se sintió reanimada, y sentándose frente á un espejo, hizo que su Laureta le recogiese el cabello para acostarse en seguida. La doncella, que habia descubierto el secreto del corazon de su señorita, con maliciosos rodeos la iba hablando de Ottorino, y atacándola ligeramente con agudos equivoquillos, de los cuales queria Bice mostrarse ofendida; y lo hubiera conseguido mas allá de su propio deseo, si los colores que aquellos dichos le hacian subir á las mejillas, hubiesen podido atribuirse á desprecio mas bien que á ruborosa turbacion. Acomodado el cabello, Laureta se disponia á desnudarla, cuando llamaron ligeramente á la puerta, y se oyó al traves de la cerradura la voz de Ermelinda, que decia:

—Abre, yo soy.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
SANTA BARBARA COLLEGE LIBRARY

—Déjanos solas, dijo en seguida á la doncella que habia corrido á abrir; y ésta, inclinando la cabeza, se retiró á un retrete inmediato. Bice, sola con su madre, y tan avergonzada, que hubiera querido ocultarse en el centro de la tierra, bajó la cabeza, aguardando lo que aquella quisiese decirle.

—Veo que mi presencia no te es muy grata, comenzó Ermelinda, y lo siento, lo siento por tí, hija mia.

La muchacha se esforzó para responder, pero su voz era sofocada, y solo pudo tartamudear confusamente algunas palabras sin sentido.

—Nunca hubiera creido que debieses espantarte á la vista de tu madre, continuaba ésta. Verdad es, que de algunos dias á esta parte, debo haber observado que no eres la misma, que no me amas como antes; pero hacerte temblar, esto es demasiado doloroso para quien te quiere tanto.

—¿Si yo no tiemblo? ¿por qué he de temblar? respondió con viveza la jóven, que, sentida de haber sido sorprendida en aquella turbacion, recobrara un poco la natural energía de su carácter.

—¡Bice!.... ¿Tú me respondes con tanto despecho? dijo la madre algo resentida; pero luego, como si no pudiese resistir á un impulso repentino, cogió una mano de su hija y prosiguió:

—Oye, querida mia, no hables así á tu madre; ¿crees que pueda yo tener en este mundo otro pensamiento ni otro deseo que el de verte contenta? ¡Tú eres mi único bien, mi único consuelo! ¡Oh! si

pudieses comprender el dolor de mi corazon cada vez que el deber me pone en necesidad de contrariarte! Pero es preciso, por mi obligacion y por tu bien. ¿Te acuerdas, alma mia, de cuando eras pequeñita, y estuviste tan mala, y llorabas un dia que querias mamar? Considera si me traspasabas el corazon; pero no te dí de mamar, pues te hubiera sido mortal. Ahora en tu cabezuela, ¿quién sabe cuántas cosas habrás dicho? pero tú misma conoces bien....

—Al fin, ¿dónde quereis ir á parar? preguntó Bice medio conmovida y medio irritada de su propia conmocion.

—Voy á parar á.... pero, vamos, no me mires con esos ojos desmayados; no, querida hija mia, tú no oirás de tu madre una sola palabra amarga: ven aquí, óyeme con calma y con amor, como yo prometo hablarte. Ottorino parte mañana....

Al oir tal nombre, la jóven sintió correr un hielo por todo su cuerpo, pero esforzándose cuanto pudo, y con la mayor indiferencia que pudo afectar, respondió:

—Sí, lo sé, ¿pero á mí qué me importa?

—Más de lo que yo quisiera para tu tranquilidad y la mia, replicó Ermelinda con tono severo. Vamos, no hay que fingir, no creas poderte ocultar á quien lee en tu corazon.

—Pero en resúmen, ¿qué mal he hecho? No otra cosa que obedecer á mi padre.

—Sí, estos dias has andado bien solícita en obe-

decer á tu padre, jamas lo habias sido tanto. Algun tiempo hacias tambien caso de mis consejos, y sin mostrar oposicion á tu padre, te manejabas de otro modo.... Pero basta, ¡pobrecita! no pretendo reprendértelo; tú no pensabas darme tan gran pena... has podido creer..... es verdad, tal vez en parte tengo yo la culpa, que hasta ahora nunca te habia hablado con aquella resolucion..... Tambien yo aguardaba..... mas ahora que sé positivamente....

—¿Y qué sabeis? preguntó la muchacha, fijando sus ojos en los de su madre, como si quisiese leer en ellos lo que ésta iba á pronunciar.

—Sé que Ottorino.... en suma, no debes pensar en él, porque ya tiene comprometida su palabra, y dentro de poco ha de ser esposo de la hija de Francisco Rusconi, señor de Como. Púsose Bice encendida como un carmin y luego pálida como salida de un sepulcro; con todo aun probó dominarse un instante, apuntó en su trémulo labio una sonrisa que en el mismo punto se la desconcertó, y abatida y vencida por la pasion, echó á llorar.

En aquel llanto reconoció la madre una confesion, que el pudor no habia permitido á la lengua, y abrazando la cabeza de su hija é inclinándose á besarla, entre tiernas y afectuosas caricias la decia:

—Sí, llora, querida mia, llora con tu madre.... ¿Crees que yo no sepa, que no deba compadecerte? ¿Crees que por esto he de quererte menos? ¿Que

para mí dejes de ser en lo mas mínimo la misma que siempre has sido? No, alma mia, no, mi querida hija.... Antes bien si fuese posible tenerte mas adentro de mi corazon de lo que te tengo, ¡ah! te juro que entrarias ahora por lo que me afectan esas lágrimas, por lo mas grato que es á los ojos de una madre el dolor de una hija.... obediente.

Bice, dominada por tan dulces palabras, y aun mas por aquel inesprimible afecto con que eran pronunciadas, echó los brazos al cuello de la madre, sobre cuyo amoroso seno abandonó su encendido rostro, y no cesando de llorar y sollozar, se iba estrechando á ella amorosamente.

—Ahora conoces tú misma, continuaba Ermelinda, muy conmovida tambien, bien comprendes que no te es decoroso ya hablarte por mas tiempo familiarmente con él como hasta aquí; que si todavía tu padre te ofreciese la oportunidad, es porque dista demasiado de tener de su querida hija la menor sombra de sospecha; pero tú que conoces tu debilidad, que sabes.... que tal vez se lo has dejado traslucir ya á él mismo.... en fin, el decoro exige que no le veas mas. Mañana pasará todo el dia fuera, tú te quedarás conmigo, al otro dia se va, y étete ya libre de cuidados.... y todo queda entre las dos.

Queria continuar instruyéndola de lo que debia responder al padre en caso de que por la mañana fuese á llamarla para la caza, pero oyó pisadas en la escalera, conoció que eran del conde, y no que-

riendo que la sorprendiese allí, soltóse precipitadamente de los brazos de su hija, y recibiendo el último beso salió diciendo:

—Es tu padre, importa que me vaya.

Buen rato necesitó Bice para reponerse lo mejor que pudo, antes de llamar á la doncella para que la desnudase. Esta, observándola todavía en tal desórden, no se atrevió á hablar palabra: solo cuando ya la hubo acostado, le preguntó, segun costumbre, qué libro queria leer aquella noche:

—¿Os daré aquel de los diablos y condenados que os gusta tanto?

—No, corre las cortinas, mata la luz, y vete.

—Mañana quereis que os despierte á la aurora, ¿no es verdad? ¿á fin de estar pronta á partir á la caza?

—No, no vengas hasta que te llame.

—¿Qué vestido?....

—Te he dicho que no, salte y déjame.

—Esta noche hay marea, dijo la doncella entre sí, y obedeció.

Entonces Bice, soltando el freno á su dolor, echó á llorar puesta boca abajo, y apretándola contra la almohada para no ser oida. La cama le parecia sembrada de espinas y abrojos, no hallaba reposo ni tranquilidad en ningun lado, incorporábase como para respirar mejor, luego se zabullia debajo de la colcha, y volvia á prorumpir en desconsolado llanto.

Figurábase ver á la hija de Rusconi hermosa y soberbiamente montada, paseando las murallas de

Como; Ottorino á su lado galopando con gentileza, entreteniéndose mutuamente con ternezas y donaires.

Vanamente se esforzaba en desvanecer aquellas imágenes, afanábase en desviar el pensamiento á diferentes objetos, procuraba con toda la fuerza de su espíritu reducirle ya á recorrer lo pasado, ya á lanzarse al porvenir, buscando algo sobre que revolver la imaginacion, una eminencia, si es lícito decirlo así, que le proporcionase un apoyo de que poder agarrarse: pero lo pasado y lo futuro todo era igual, todo lánguido, todo muerto. Ni la vida ni el mundo tenian mas que un término, al cual se dirigian é iban á parar todos los rodeos, todas las salidas que emprendia su pensamiento, y los crueles fantasmas del principio, nunca ahuyentados y solo débilmente apartados por un momento, volvian de todas partes mas molestos y porfiados, á la manera de un ejército vencedor, que superados los muros y derribadas las puertas, entra con furia en una plaza tomada por asalto.

Vencida al cabo por la fatiga y la congoja, se rindió á un ligero sopor, lleno de visiones fantásticas, hijas de su ardiente pasion. Lo mas particular es, que al despertar poco antes del alba, halló en el fondo de su corazon cierta calma, una esperanza y un consuelo, como llovidos del cielo: únicamente volviendo á pensar en sus cuidados, se le asomó de un rinconcito de la mente, donde al parecer estaba escondida de buen rato, cierta idea que en el pri-

mer arrebato de la pasion no habia podido salir á luz, y que la noche y el sueño habian dado lugar á que se levantase poco á poco y muy quedito, y se aplicase bellamente á echar agua sobre el gran fuego que hallaba prendido en casa.

La tal idea era que cuanto le habia dicho la madre relativamente á Ottorino podia ser falso, y no necesitaba correr precipitada á condenarle. Él, que es tan formal, tan bueno, se decia á sí misma, ¡tras tantos juramentos! No obstante, aun la atormentaba el primer pensamiento, que, como es fácil adivinar, hubiera querido desterrar del todo. A poderse hallar sola con su padre, le hubiera sido fácil, bonitamente y sin descubrir su objeto, girar la conversacion de modo que esclareciese aquella confusion; mas el padre salia con el alba, y no siguiéndole á la caza, no le podia ver hasta la noche: ¿y habia de pasar toda la jornada en aquel tormento? ¡Y si á la vuelta no se le proporcionaba verle á solas, y conducir la conversacion á aquel punto antes que marchase Ottorino! ¡y marchaba al otro dia muy de mañana! Resolvió levantarse luego, y estar pronta al primer llamamiento, pillar al padre á solas mientras se hiciesen los preparativos de caza, y conducirle á su intento, con la firmísima resolucion de no seguirle á caza bajo ningun pacto para no desobedecer á la madre.

Llamó pues á Laureta para que la vistiese, y ésta le puso los vestidos de caza preparados la víspera; y Bice, toda absorta en sus pensamientos, ó no

lo reparó, ó no hizo caso. Tan luego como oyó la voz del padre, bajó á otra sala donde le halló solo. El conde, saliendo á recibirla, le dijo:

—Ya todo estará pronto, marchemos.

—Yo he bajado solo para saludaros y daros los buenos dias: respondia Bice perturbada.

—¡Cosas tuyas! siempre has de ser loquilla.

—No, replicaba ella, resistiendo á la mano que queria conducirla hácia afuera, dejadme estar un momento, sentaos, hablemos dos palabras entre nosotros.

—Tiempo tienes para decirme mil, que no dos: ¿hoy en la caza no hemos de estar juntos todo el dia? Ahora, toda vez que has sido tan diligente, vamos sin incomodar mas al que nos aguarda.

—Ya os he dicho que no vengo, que quiero quedarme en casa.

—Y yo te digo que te dejes de bromas, y no me seas niña.

En medio de tal contraste entró en la sala Ottorino, y despues de los acostumbrados saludos, cogió el brazo de la jóven y la condujo fuera de la sala á un patio donde la aguardaba un palafren. La jóven, como fascinada, no resistió, y aunque rayó en su mente la idea de la madre, ¿de qué manera retroceder despues de haberse dejado sorprender levantada á tales horas y en tal traje? ¿Qué habia de decir? ¿Que habia variado de intencion? ¿Pero cómo? ¿por qué? Le era preciso esplicarse, dar alguna razon, y sentia faltarle la serenidad; ni tenia siquiera

aliento para pronunciar una sola palabra. El mozo junto al caballo tomó la rienda de la mano de un paje, y se la dió á la jóven, en seguida, doblando una rodilla en tierra, con la otra hizo escalon á la muchacha, que tocándola apenas muy ligeramente con su lindo pié, dió un medido salto, y estuvo en la silla. Ottorino se colocó al estribo, el padre tomó familiarmente el brazo del jóven, y marcharon los dos á pié, seguidos del halconero y cuatro pajes con las aves en la mano y los perros de la lazada.

Empezó el conde á hablar de sus perros y gavilanes, con el jóven, que fácilmente puede adivinarse con cuánta atencion le oiria puesto al lado de Bice, la cual no decia palabra, ni alzaba los ojos para mirarle. Despues de haberla preguntado si se sentia indispuesta, si le sucedia alguna novedad, si le gustaba aquella partida de campo, qué tal le parecia el tiempo y la estacion, y otras bagatelas, calló del todo, pues el modo con que habian sido recibidas aquellas preguntas, le habia quitado enteramente la gana de hacer otras. De esta manera quedó libre campo al conde que lo recorrió todo á lo largo y al traves.

Al cabo de dos horas, llegaron á un bosque de castaños, donde los pajes soltaron de la trailla los perros, que se desbandaron por uno y otro lado oliendo con el hocico bajo, en tanto que los señores y Ambrosio subian á un otero que dominaba la cacería. Apenas llegaban arriba, vuelto el conde á

su hija, la decia: Mira, mira la *Diana* que ya siente, y señalaba un perro que venia hácia ellos todo afanado, con el hocico en tierra y meneando la cola...

—Vaya que tiene rastro..... ¿Ves, ha levantado una becada, presto, desencapilla á *Garbino*, vamos pronto: qué pesado estás esta mañana!.... déjale volar que ya la he visto: así, bravo: ¡qué lindo vuelo! Oh, ya no se le escapa.... bravo, Garbino mio: ¿con qué furia, eh, se le echa encima? Mira, mira, ya la agarró.

En efecto, vióse precipitarse de lo alto el halcon y la presa, y caer juntos como un ovillo en la falda del monte, donde estaban los cazadores. El conde bajó corriendo para sacar el ave de entre las uñas de Garbino, y el jóven, aprovechando el momento, se acercó más á Bice, y con mucha agitacion le dijo:

—Por piedad, decidme, ¿qué teneis?.... Si en algo os he desagradado no me querais atormentar tanto, Bice, os lo suplico, ya sabeis que mañana debo separarme de vos....

—Lo sé, interrumpió la muchacha con una sonrisa que no pudo bien ocultar la interna desazon: lo sé que pártes mañana, y aun mi madre me ha hecho saber una cosa que vos me dejabais ignorar, dice que tomaréis el camino de Como.

Por más que se esforzó en dar á estas palabras un aire de indiferencia, no pudo menos de envolver en ellas un sentimiento que el jóven comprendió desde luego.

Púsose colorado, y decia:—Escuchadme, no puedo negaros.... entonces aun no os habia visto.... pero os juro, por mi honor, Bice, os juro que solo por vos....

Pero cortóle la palabra la llegada del conde que gritaba á su halconero:

—Dale de comer, y vuélvele á encapillar luego.

Por las palabras, y aun más por la turbacion del jóven, comprendió la muchacha cuán cierto era cuanto le habia anunciado su madre. De repente quedó como aterrada y aturdida; mas poniéndose pronto sobre sí, y avergonzándose de aquel abatimiento, sintió renacer en su corazon el primitivo orgullo desdeñoso, lisonjeado tanto tiempo por la costumbre de ver que todo cedia á su deseo: desde aquel punto se mostró toda atenta á los perros y halcones, como si realmente hubiese dedicado toda la atencion de su espíritu á los varios lances de la caza; no se separó, en todo el dia, del lado de su padre, no dirigió una palabra ni una mirada á Ottorino, tanto, que consiguió convertirle en veneno el placer que él se habia prometido de la jornada.

A la mañana siguiente el jóven caballero partió, acompañado de Lupo, con direccion á Milan, de lo que al pronto se alegró ella, gozándose en su tormento. Aquel dia la madre se le mostró severa y desdeñosa, lo cual solo contribuyó á aumentarle el despecho: lejos de reconocer su falta, en el hervor del enojo se figuraba ser ella la agraviada. Fan-

tástica, con todos enfadosa, por la noche se acostó temprano, y la doncella, que la vió cargada otra vez como atmósfera de temporal, le dejó la luz encendida, y se salió presto. Ella tomó de encima de su mesita, que tenia junto á la cama, un volúmen de pergamino encuadernado en piel: era el infierno de Dante, del cual habia entendido hablar Laureta la noche antecedente cuando la ofrecia el libro de los diablos y condenados; porque, efectivamente, al principio de cada canto habia una lámina que figuraba lo que en él se describia. ¡Quién pudiese obtenerle en nuestros dias el tal volúmen! Seria un pequeño tesoro.

Leíalo Bice á escondidas de la madre, y aun el mismo conde esta vez se habia dejado conjurar mucho antes de darla permiso: no porque creyese que la *Divina Comedia* pudiese perjudicar á una muchacha, sino por su antiguo rencor contra Alighieri, á causa de la obra latina titulada *De Monarquía*, que aquel fiero gibelino publicara muchos años antes, como se ha indicado; y que á la sazon, esto es, cuatro años despues de la muerte de su autor, empezaba á estar muy en boga en Italia y Alemania. Solo pocos dias antes de la llegada de Ottorino al castillo habia el conde concedido á su hija el tan deseado tomo, que contenia el primer canto; pues si bien en Toscana corria ya entonces el Purgatorio y algunos cantos del Paraiso, en Lombardía comunmente no se conocia mas que el Infierno.

Bice habia empezado la lectura por las noches,

cuando estaba sola y encerrada en su estancia, y lo hacia con mucho afan, por el deleite que le causaban aquellas narraciones fantásticas llenas de vida y entusiasmo, y ademas por aquel fatal gusto que el rebelde paladar de las hijas de Eva percibe en toda fruta vedada.

Estendió, pues, la mano para coger el libro, y sintió que se deslizaba de entre las hojas alguna cosa que desde luego cayó..... ¿Qué será? Una carta.... una carta.... para ella....

—¿De quién?.... ¿Es menester decirlo?....

VII.

Amores de Márcos y Ermelinda.---Los señores de Milan.

No habrá olvidado el lector ciertas frases truncadas sobre Márcos y Ermelinda, que el conde decia en voz baja á Ottorino viniendo de Bellano, palabras que indicaban que en otro tiempo Visconti habia tenido muy adelantados sus tratos de matrimonio con Ermelinda, desconcertados despues por funestos accidentes, causa de graves desavenencias y sangrientas venganzas. Todo lo habia oido Bice sin demostrarlo, y sentia un vivo deseo de saber el hecho especificado con todas sus circunstancias; mas pareciéndole poco honesto el preguntarlo á otras

personas, habia muchas veces instado á su doncella para que se lo hiciese esplicar por su madre la mujer del halconero, la cual debia saberlo perfectamente, pues servia á Ermelinda desde muy jóven.

Laureta, que creia bueno cuanto le proporcionaba el tener contenta á su señorita, y que á la sazon sobre todo deseaba complacerla para abonanzarla y alegrarla un poco, ya que la veia siempre malhumorada y melancólica; se puso á rodear á su madre, á suplicarla con tanta dulzura, tanta gracia, y tantas caricias, que ésta, despues de haberla entretenido un tiempo remitiéndola de hoy á mañana, una noche que se hallaron solas, le hizo un preámbulo de que aquellas no eran cosas para saberse, que se guardase bien de contarlas á nadie, y finalmente, empezó su narracion en esta forma:

—Simon Crivello, padre de Ermelinda, era muy íntimo del padre de Márcos. Como á menudo se juntaban en casa de uno de los dos, tambien los jóvenes, por supuesto, se habian visto: gustáronse, y Márcos dió palabra á mi ama de ser su esposo. En siendo muchachos pronto está hecho de resolver sin mirar adelante: primeramente era menester mirar si los padres gustaban de ello. En cuanto á Crivello, hubiera aceptado el partido de mil amores; pero las dificultades venian de parte de Mateo Visconti padre de Márcos, que era entonces uno de los señores principales, y no queria dar á sus hijos sino grandes princesas, é hijas de reyes de corona. Verás, aguarda, aguarda. Se pasó casi un año sin adelan-

tar maldita la cosa. Mira, si Ermelinda desde el principio hubiese dado oidos á la madre, bien se lo habia dicho ella, que no debia dar conversacion á uno que hubiera sido milagro que se pudiese casar con él; se lo habia dicho, eso sí que es cierto, pero sí, ¡ya baja! ¿qué los jóvenes se entienden de razones?....

—¿Y bien, qué sucedió despues? interrumpió Laureta impaciente por llegar al desenlace.

—Sucedió que vino entretanto una del demonio. Los Visconti fueron arrojados de Milan, entraron los Torriani, y vino á saberse que el padre de mi señora, que se hacia tanto el amigo de Mateo, habia sido uno de los capitanes de la intriga.

—¡Qué me decis! ¿y todo en venganza de haber desechado aquel partido, no es verdad?

—Creo que sí.

—Entonces Crivello, con el ansia de hacer ver á los nuevos señores que habia roto para siempre con los Visconti; por miedo de que Ermelinda no tuviese alguna manera de salirse con la suya y casarse con Márcos, quiso precisarla á que luego, luego diese la mano al conde, que algun tiempo antes la habia pedido. ¡Figúrate la pobrecita cómo quedaria! No habia medio de que faltase á la palabra que habia dado á Visconti, y en casa todo eran trastornos, alborotos y amenazas; tanto, que no hacia sino llorar, y su salud no era nada buena. Así se pasaron unos veinte dias cuando, ¡escucha esto! me dis-

pierto una noche, oyendo llamar recio á la puerta de mi cuarto, y pregunto:

—¡Quién va!

—Tu padre que ha vuelto de la Tierra Santa y quiere verte al momento, me respondió un palafrenero de casa.

En efecto, mi padre habia ido en peregrinacion al Santo Sepulcro mucho tiempo habia, y se le esperaba de un dia á otro. A toda prisa me echo encima como puedo una simple basquiña, corro á abrir, y entra uno vestido de peregrino, con la caperuza hasta los ojos, y una linterna ciega en la mano. Le echo los brazos al cuello, y él deja la linterna, se quita el capuz..... ¡hijita mia! susto como aquel no lo he tenido en mi vida: ¿adivina quién era?

—Márcos.

—Cierto, el mismo Márcos Visconti en su propia persona, el cual con dos ojos que se le saltaban de la cara, me preguntó:

—¿Dónde está Ermelinda?

—¡Por el amor de Dios! ¡por la Vírgen santísima! ¿Qué quereis vos aquí? Pero él dándome en un brazo un apreton que me dejó cardenales para muchos dias, repetia:

—¿Dónde está Ermelinda?

—No habeis venido á fin de mal, ¿no es así? insistia yo; por caridad tened compasion de aquella desdichada, que á estas horas está ya medio muerta.

—¿Está por ventura ahí? me dijo señalando con

el dedo el aposento donde verdaderamente estaba. Yo, que en aquel momento no sabia lo que me hacia, dije que sí, y él dió dos ó tres pasos hácia la puerta, despues paróse de repente, como arrepentido, y me dijo:

—Entra tú, y dile con buen modo, que la aguardo acá fuera, y tengo que hablarle.

—¿Qué debia yo hacer? ¿huir? no era posible ¿gritar? me hubiera ahogado: entro pues, y encuentro al ama ya medio levantada, que apenas me vió parecer, preguntóme toda medrosa:

—¿Qué significa aquella luz? ¿quién está ahí? Y porque yo no respondia pronto, echó á gritar:

—¡Cierra la puerta, cierra la puerta! Mas en esto, entró una voz muy baja.

—Ermelinda no temais, soy yo, soy vuestro Márcos.

—¿Has visto la Tita del Tonio cuando le da aquel mal? ¿qué está allí, y habla, y rie como nosotras, y de golpe cae en tierra, que parece muerta? Pues bien, lo mismo, mismito: se habia vuelto blanca como un pañuelo de colada, tan postrada é inmóbil, que la creí realmente muerta, y volviéndome á salir con las manos en la cabeza, me eché á llorar como una cuitada.

Márcos, que por decencia no habia osado pasar adelante, cogió la linterna, entramos ambos en el cuarto, hicímosla oler no sé qué agua espirituosa, le mojamos el rostro y las sienes, tanto, que abrió los ojos y tornó en sí. Habias de verle aquel cris-

tiano cómo se comportó entonces; despues dicen que se ha vuelto un perdonavidas, un Satanas. Será cierto, no digo que no; pero entonces era muy buen muchacho y temeroso de Dios, yo puedo ser de ello buen testigo: mira, un dedo, lo que es un dedo, no se atrevia á tocarle; se agitaba alrededor, y la miraba con un afecto, con una devocion, como si fuese, vamos al decir, una Madre de Dios: tan mortificado, que no parecia en nada aquel gran soldado, ni aquel gran príncipe. Cuando vió á Ermelinda recobrada:

—Estoy aquí, dijo, para cumplirte mi promesa, de ser tu esposo y llevarte conmigo.

—¡Oh Vírgen santa! ¡Dios mio! repetia la señorita sin poder decir otra cosa.

Entonces él (me acuerdo de todas sus palabras, como si la cosa hubiese sucedido ayer, me dió tanto golpe y luego se ha hablado de ello tantas veces con el ama), como decia, él haciendo una cierta sonrisa á manera de uno que mas bien tiene gana de llorar:

—Os parecerá poco cortés, dijo, el convidaros á dejar vuestra casa, para seguir la suerte de un hombre que no tiene, puede decirse, donde salvar su cabeza.

—Callad, respondia el ama, no digais esto que me partís el corazon. ¡Por piedad, huid, huid presto! si alguno llegase á conoceros, ¡infeliz de vos, infeliz de mí!

—¡Huir! replicaba Márcos, ¿conque habré corri-

do tan largo viaje, espuéstome á tantos peligros, atravesando oculto entre gentes, que de buena gana comprarian mi cabeza á peso de oro, solo para volverme atrás como un muchacho ó como un mentecato?

—¡Mas si mi padre os hallase aquí, insistia el ama, desdichado de vos! ¡desdichada de mí!

—¡Oh! ¿creeis que si no pensase que es vuestro padre, quisiera yo salir de esta casa con las manos limpias?

Ermelinda temblaba de piés á cabeza.

—Vamos, pues, aun tengo amigos que nos escoltarán, hasta que os haya dejado en lugar seguro: tambien abajo aguarda un caballo para vos: en Bérgamo os daré el anillo. Hasta allí haced cuenta que estais con vuestro hermano, que estais en la iglesia.

—Yo me habia agarrado del vestido de la señorita y la rogaba al oido: ¡No, no, cuidado con lo que haceis!

Has de saber que él lo habia reparado, pues poniéndome una mano á la espalda me dijo:

—Anda, Mariana, déjala estar.

Las palabras no fueron mas, pero me las dijo con una voz, con una cara y con unos ojos, que me sentí helar hasta los huesos; estendí las manos y quedé encantada como si me viese un basilisco.

Entonces Ermelinda, animando un poco el habla, empezó á suplicarle:

—¿Quereis que huya de mi casa, de noche, de esta manera, como una mala mujer? ¿Que haga mo-

rir de dolor y de vergüenza á mi pobre madre? ¡Ah, no! ¡dejadme, matadme antes, matadme vos mismo, lo consiento!

Márcos estuvo un momento ensimismado, en seguida salió afuera murmurando ciertas palabras significativas de que si ella no le seguia, no queria haber hecho el viaje en balde, y que iria en busca del padre. Tal vez no lo dijo sino para amedrentarla y hacerla ceder á lo que él queria; pero el ama, que tomó la cosa de veras, empezó á temblar, arrojósele delante anegada en llanto, rogándole y suplicándole que no dijese aquello, que desechase aquel pensamiento, que no quisiese darle tanto que sentir, y decia tales cosas, y con tanta pasion; mas él nada: esforzábase siempre para desasirse de sus manos: consiguiólo una vez, y se dirigia á la puerta. Saltó en pié Ermelinda como furiosa, le agarró de un brazo, y echó á gritar:

—¡No, no saldréis de aquí sin matarme antes; le defenderé yo, yo le defenderé!

Lo mismo que echar una cuba de agua en el fuego, Visconti se paró de golpe, y no hizo ya mas fuerza.

—Vamos, dijo con una sonrisa de hielo, capaz de hacer helar á cualquiera, vamos, tranquilizaos, ya veis, aquí estoy, no doy un paso, no temais que huya, meted ruido, despertad la casa, clamad al asesino, yo no me muevo.

—No puedo esplicarte cómo quedó la señorita al oirle: dejó caer los brazos, retrocedió, estuvo un

momento en atencion escuchando si se habia despertado alguno, y apenas se satisfizo de que todo estaba tranquilo, juntó las manos:

—¡Ah, Márcos, perdonad, decia, es mi padre! ¡Y vos, por qué hablarme así! ¡si supieseis cuánto mal me haceis! ¡Oh, sabe Dios cuán gustosa daria mi vida por salvar la vuestra! ¡Por piedad, idos, huid de aquí! ¿Quién sabe si alguno lo habrá notado? ¿Quién sabe? ¡huid, huid, por Dios! ¡Si alguna vez me habeis amado, huid!

Frío como un mármol, por respuesta le alargó la mano, y dijo:

—Vamos, pues.

Mas al ver que ella se retiraba.

—¿No? ¿no quereis venir? Pues bien, sabed que yo no salgo de este cuarto sino con vos: observad, y se sentó encima de la mesita, echando una pierna sobre otra, y cruzando los brazos sobre el pecho, como uno que está resuelto á no moverse.

—Aguardaré hasta mañana, seguia diciendo, es claro que vendrá alguno, tal vez vuestro padre: si quereis librarle de todo riesgo ya sabeis el modo. Asomaos á la ventana, gritad que Márcos está en vuestro cuarto, que vengan, que vengan en tropel, yo no me muevo.

—Figúrate nosotras, ¡qué susto, qué desolacion! Yo llorando por una parte; Ermelinda por otra rogándole como quien ruega á un crucifijo; ¡pero ya! tanto servia como si hubiésemos querido mudar el Leñon de su puesto.

Viendo el ama que no habia remedio, le dijo:

—¿Conque absolutamente quereis precipitarme? Pues bien, iré con vos.

Arrodillóse ante una imágen de la Vírgen que tenia colgada en la cabecera de la cama, oró un momento, y levantándose me dijo:

—Dirás á mi madre.... y el llanto le ahogó la voz.

Tomóla de la mano el jóven, y seguia ella con un aspecto estático como un sonámbulo. Apenas llegaban á la puerta, oyéronse muchas pisadas escalera arriba. Paróse Márcos un momento. Luego se hizo atras, dióse una puñada en la frente y esclamó:

—¡Ya no es tiempo!

En un cerrar de ojos entornó la puerta, aseguróla por dentro con un cerrojo, abrióse con una mano el pespunte, y sacó un puñal; con la otra se quitó del cuello una cadena de oro, de un tiron la rompió por medio, volvió á cultar en el pecho la una mitad, y puso la otra en la mano de Ermelinda, diciéndole con afan:

—Será la prenda de nuestra fe: pronto volveré de otra suerte que ahora: de todos modos, guardaos de faltarme á lo prometido; mientras no os traigan la otra mitad de esta cadena rota que os dejo, señal que vivo, y solo pienso en haceros mi esposa.

Aun estaba hablando, cuando llamaron precipitadamente á la puerta. Abrió Márcos una ventana que daba al jardin, dió un salto, y estuvo abajo.

Yo corrí para abrir á los que seguian batiendo la puerta como si quisiesen derribarla. Entran siete ú ocho armados, y empiezan á buscar por todas partes; pero oyendo ruido en el huerto, despejan atropellados y corren abajo.

Nosotras nada supimos en toda la noche, oyóse mucho gritar, mucho correr, mucho golpear, y despues se restableció el silencio.

Por la mañana en Milan se hacian lenguas de aquel caso. En el huerto de Crivello se encontraron muertos dos de sus domésticos. Se contó que Márcos se habia puesto en salvo fuera ya del cancel, cuando reparó en que le faltaba la celada, volvió atras, precipitó el caballo encima de uno que habia alzado del suelo aquella pieza de armadura, descargóle un puñetazo en las sienes, que lo derribó medio muerto; apeóse, recogió el perdido arnés, volvió á montar, y todavía tuvo tiempo para escaparse.

Aquí llegaba Mariana de la historia, cuando cortando el hilo, dijo á su hija:

—Te lo acabaré de contar en otra ocasion, porque ya ves hace rato que estás aquí, y la señorita puede necesitarte; anda pues, anda, hija.

—No, respondió Laureta; no necesita nada, ya la he acostado, y me ha dado permiso hasta mañana, proseguid, contadme en qué terminó.

—Eres una bendita, hija, que todo lo quieres á tu gusto, y cuando te da un capricho....

—Vamos, mamita, contádmelo, sed buena.

—A lo menos, que te sirva de ejemplo, y aprende que los hijos....

—Sí, sí, pasad adelante.

—Ahora vienen los desastres para la pobre Ermelinda, dijo Mariana anudando el hilo.

—Oirás cuánto le tocó padecer á la pobre cristiana, y aun á mí de rechazo, ya verás. No se le escapó á Crivello que Márcos habia venido para llevarse á su hija, y creyendo que en aquella tentativa ella estaba de inteligencia, se puso furioso cual nunca, presentóse á ella con el furor pintado en el rostro, y protestó que á Márcos se le quitase de la cabeza, que nunca se casaria con él; dijo tantas pestes de éste y de su familia, que hacia horror, y en conclusion, que escogiese, ó dar la mano luego, luego al conde del Balzo, ó pudrirse en el fondo de una torre, donde no hubiera visto más la luz del sol. A decir verdad, tambien Crivello habia hecho mal, que cuando vió que el enlace no era factible, no debia permitir que su hija hablase ya á Márcos; pero lo hizo para enredar más á Visconti: esto en mi pais se llaman picardías de á marca.

—¿Y despues? decia Laureta, para reanimar la narracion.

—Y despues, Ermelinda, no pudo oir que se la hablase de faltar á la fe de Visconti, el padre cumplió su palabra, y la hizo encerrar en una torre. Hasta aquí es lo que suele suceder: la hija encaprichada, el padre duro; ¿pero yo qué tenia qué ver?

¿Por qué culpa debia yo andar en la danza? Mala cosa es, hija mia, estar con estraños, principalmente con señores: ahora viene lo mejor. Cierto dia, sin decir cómo ni cuándo, me pillan, me encierran en un camaranchon como una cárcel, y empiezan á hacerme sufrir toda suerte de incomodidades y amenazas, y todo porque querian saber de mí los secretos del ama. Yo me estuve tiesa algun tanto; pero despues poco á poco me dejé sonsacar, y empecé á declarar cuanto sabia, desde sus primeras relaciones con Márcos, hasta la última comparecencia de éste en casa de Crivello, sin callar cosa alguna, ni de la fe que nuevamente se habian jurado, ni de la señal de la cadena, que guardaban mitad cada uno: en suma, todo, todito. Desde aquel dia me pusieron con mas anchura, me dieron un trato algo mas cristiano; pero en cuanto á salir de prision, no fué cosa tan fácil. Aun me tuvieron encerrada seis meses, al cabo de los cuales me hicieron entender que Ermelinda se habia desposado con el conde del Balzo, ese mismo, nuestro amo, que pedia por mí, y que si queria volver á ella como antes, estaba en mi mano.

¡Figúrate tú si me hice de rogar! Condujéronme á Limonta, y hallé á mi ama que no parecia una novia, sino mas bien un cadáver desenterrado: ¡tanto se habia desmejorado y afeado, que no parecia la misma! Me acarició mucho, y me dijo, que Márcos le habia enviado la señal de la cadena: mostrómela, era idéntica: yo misma la confronté con la

otra mitad; no habia qué decir. Contóme entonces cómo la habia hecho llegar á sus manos.

Mientras estuvo confinada en la torre, cada dia la permitian salir un poco al terrado para respirar. La torre daba á un patio al que no entraba nadie sino la familia del castellano: solo un dia, al cabo de cerca de cuatro meses, permitieron entrar un juglar, el cual empezó á hacer mil juegos, y al fin hizo uno de tirar al aire cinco naranjas una tras otra, y volverlas á coger siempre, y volverlas á tirar, mientras bailaba una morisca al son de un pífano. Pues mientras ella sentada entre las almenas contemplaba hácia abajo aquellas maravillas, sintió caer en su regazo una de las naranjas, sobre cuya corteza vió escritas estas palabras. Márcos á Ermelinda. Abrióla, y halló dentro una carta y el pedazo de cadena que te he dicho.

—¡Mirad qué impostor! esclamó Laureta; y fué él quien la abandonó despues de tantas promesas y tantos desatinos!....

—Espera, no tanta furia, ahora lo sabrás. El ama me leyó la carta, que tambien en aquel tiempo y tan jóven como era sabia leer como un clérigo. Decia, pues, que habia sabido lo mucho que el padre la atormentaba por él, y que no queria ser causa de su muerte. Que á él tambien le estrechaba mucho su familia para que se casase con una hija del señor de Verona, el cual prometia ayudarle á recobrar la señoría perdida, y unas cosas y otras, y acababa, soltando á la señorita la palabra, envián-

dole la señal convenida, y hasta le rogaba él mismo que se casase con el conde del Balzo, que decia, cuando menos, no es enemigo de los Visconti.

—Conque, ¿bien tenia yo razon? insistia Laureta.

—¡Si no me dejas acabar!

—¡Sí, sí; decid, decid, ya no resuello.

—Al cabo de un año, cierto dia Ermelinda habia ido á cazar en la llanura de Colico, y como se separase de la comitiva, vió llegar hácia ella un caballero armado, con la visera calada, el cual la detuvo, diciendo:

—Vengo á pedir á la condesa del Balzo, la seña que Márcos dió á Ermelinda.

Desde luego conoció ella la voz, y estuvo á pique de caerse del caballo; pero aun tuvo valor para sacar del pecho la carta y la cadena que llevaba siempre consigo, y presentársela al caballero.

—¿Era Márcos, no es verdad?

—El mismo. Leyó el escrito, observó la cadena, y rechinando los dientes como una fiera esclamó:

—La carta es falsa, la cadena me ha sido robada: nos han vendido á entrambos. Adios, Ermelinda, quizás no nos volveremos á ver. Si este delirio que me acompaña me deja todavía vivir algun tiempo, oiréis hablar de mí. Volver la rienda, meter espuela al caballo, y desaparecer entre las ramas, fué cosa de un punto.

—¡Pobre jóven! esclamó entonces la hija toda conmovida, ¡pobre jóven!

—Con el tiempo, continuaba Mariana, se supo

que la cadena se la quitó del cuello á Márcos, mientras estaba enfermo á pique de morirse, y se la envió á Crivello, ¿no dirás quién? aquel mismo palafrenero que llamó á mi puerta en la aciaga noche, y que escapó con Visconti y entró á servirle. El picaronazo, por la golosina de una buena suma que Crivello le hizo ofrecer, vendió á su nuevo amo, como habia vendido al anterior; pero no fué á Roma por la penitencia, no, á fe: Márcos corrió á buscarle hasta mas allá de Francia, donde habia ido huyendo, y lo mató con sus propias manos.

—Le estuvo bien, dijo Laureta, me alegro; ¡bribon!....

—Tambien al padre de Ermelinda le costó cara la traicion, pues Márcos muchos años despues, como lo pillase en Frezzo, al pasar el Adda, le atravesó de parte á parte con su lanza.

—Ahora comprendo, decia la hija, por qué causa la señora, al oir hablar de este Márcos, se conmueve toda y se le inflama la sangre. Pero, ¿cómo fué aquello del juglar y las naranjas?

—¿No lo adivinas? Aquello fué una doble picardía de Crivello, para dar mas colorido á la cosa, y hacer caer á la hija en el lazo.

—¡Oh! ¡cuántos enredos, cuántos rodeos para asesinar á una pobre criatura! dijo entónces Laureta; y dando gracias á la madre por su condescendencia, corrió á contárselo todo á Bice.

Llegados al punto en que este Márcos de quien tantas veces hemos hablado, empieza á parecer en

la escena, á mezclarse con nuestros personajes, á tomar parte en los acontecimientos que vamos á referir; es preciso presentar á nuestros lectores el bosquejo de su retrato y biografía.

Márcos Visconti, hijo segundo del grande Mateo, siempre habia seguido á su padre con amor y fidelidad, tanto en la prosperidad como en las adversidades, y habia siempre sido el predilecto. De carácter generoso, talento despejado, elegantes formas, el primero siempre en todos los ejercicios propios de caballero, segun los usos de la época, se hacia perdonar de los émulos su incontrastable superioridad, á merced de sus modestos modales; virtud mas apreciable en él, atendido el lustre de su cuna, la hermosura de su rostro, y la gallardía de su persona. Pero, ¡ay del que osase contrastarle! ¡del que pusiese obstáculo á sus impetuosas pasiones, indómitas en la ira y en amor! Solo el padre, mientras vivió, pudo contenerlas con la autoridad de su palabra. Valiente y afortunado capitan, adquirióse con el tiempo un nombre glorioso entre los primeros caudillos del siglo. Entre sus muchas empresas fué muy celebrada la del sitio de Génova, que plantó y sostuvo con una pericia y obstinacion reputadas por maravillosas, contra los esfuerzos de las armas de la Iglesia, de las principales ciudades güelfas de Italia, y del rey Roberto de Sicilia. Como en aquella coyuntura le intimase este príncipe que si no se retiraba aprisa del territorio genoves, le veria bajo los muros de Milan; respondió que sin

andar tanto podia verle cuando quisiese bajo los muros de la misma Génova, y le desafió formalmente á singular combate: con lo cual irritóse aquel rey, segun dicen los historiadores; pero tomó el partido de contentarse con esto.

Galeazzo, su hermano mayor, que despues de la muerte de Mateo sucedió al padre en el señorío de Milan, se resentia agriamente de la fama que el hermano menor iba adquiriendo, y se quejaba al padre porque confiaba á Márcos la flor de sus guerreros, encargándole las mas brillantes empresas: á causa de esto conservaban siempre una secreta enemistad. Pero cuando Mateo falleció en circunstancias aciagas, descomulgado por el papa, mal seguro de la fidelidad de los suyos, acosado de enemigos por do quiera, conocieron sus hijos la necesidad de estar unidos. Márcos se reconcilió con su hermano mayor, y le fué de grande ayuda en todas las guerras que por espacio de muchos años tuvo que sostener contra la Iglesia y los bandidos.

Galeazzo, luego de reintegrado en los dominios de su padre, con sus procedimientos tiránicos, con las exorbitantes exacciones, se hizo odioso á los milaneses, y estos iban adelantando á pasos agigantados en el deseo de la libertad, de su anterior constitucion civil. Márcos, mal avenido con el imperio del hermano que queria dominar solo en un Estado conservado y aumentado á costa de su sangre, unióse á los descontentos para procurar alguna innovacion, y cuando los gefes gibelinos de muchas

ciudades de Italia acudieron á Ludovico Bávaro, electo emperador, para que bajase á defenderles, Márcos (segun algunos cronistas) fué con ellos á Trento, y ante aquel príncipe acusó á su hermano de secretas inteligencias con el papa para reconciliarse con la Iglesia, y hacer traicion á la causa de los gibelinos y del imperio.

A consecuencia de tales acusaciones, siguen diciendo los cronistas, llegado Ludovico á Milan, hizo prender á Galeazzo, á su hijo Azon, y á los dos hermanos Lúcas y Juan, y encerrarlos en la cárcel de la fortaleza de Monza, y reformó el pais bajo el señorío de un su vicario el baron Guillelmo de Monteforte.

Disienten algunos autores contemporáneos, y afirman ser el mismo Márcos el que fué preso por el Bávaro, y encarcelado con sus hermanos y sobrino: hay quien dice que logró escapar, y otros pretenden que el mismo Ludovico mandó soltarle.

Lo cierto es, que poco despues, cuando el emperador pasó desde Lombardía á Toscana, y de allí á Roma, donde hizo la tan famosa necedad de deponer al papa Juan XXII, para nombrar otro á su gusto, Márcos Visconti era de su séquito, y muy favorito del monarca, al cual no cesaba de rogar, ya personalmente, ya por medio de sus amigos, en especial de Castruccio Castracani, señor de Luca, que sacase de tanta miseria á sus parientes.

Atendiósele al cabo, y á los ocho meses de padecimientos, los Visconti salieron de las célebres

cárceles llamadas los hornos de Monza. Eran unos como nichos colocados uno encima de otro en los varios altos de la fortaleza. Entrábase en ellos por un agujero abierto en la bóveda, enteramente oscuros, el piso convexo y escabroso, tan bajos y tan estrechos, que no podia caberse de pié ni tendido, era preciso estarse acurrucado ó enroscado con imponderable padecer. El propio Galeazzo habia mandado construir tan horribles estancias, para atormentar en ellas á los reos de Estado, y él fué quien las estrenó, cumpliendo así una prediccion que corrió al tiempo de construirlas. Consumido por el padecer de tal encierro, murió junto á Pistoya, á pocos meses de recobrada su libertad. Entonces en Milan, donde el baron de Monteforte ya se habia hecho insoportable, se desplegó un considerable partido á favor de Márcos.

Ya sea que á Ludovico Bávaro le hiciese sombra el renombre de aquel formidable capitan, y el afecto que le profesaban los milaneses, y no le quedase esperanza de dominar á su grado tamaño genio, ó sea que no osase alterar el órden de sucesion establecido por la costumbre, ó que los señores gibelinos le hiciesen sospechar de la fidelidad de Márcos, ó finalmente, que los dos hermanos de éste, Lúcas y Juan, los cuales debian preferir el dominio del jóven sobrino Azon, hubiesen sabido con cuantiosas promesas de dinero, alucinar al emperador, siempre codicioso, y á la sazon necesitado á mas no poder; es el caso, que Ludovico de Baviera nom-

bró por su vicario en la ciudad y distrito de Milan á Azon Visconti, hijo de Galeazzo, el cual se obligó á pagarle una crecida suma por la investidura.

Mucho desagradó á los milaneses, y Márcos incomodado contra el emperador, contra sus mismos hermanos y sobrino, contra los señores gibelinos, empezó á entablar algunas secretas conferencias con la ciudad de Florencia, y con el cardenal Beltran del Pogetto, legado del papa en Lombardía; y consiguió, segun parece, abundantes promesas de gentes y dinero para ayudarle á conquistar los Estados paternos.

En este punto lo coge el hilo de nuestra historia.

VIII

Conferencia de Márcos y Ottorino.---Viaje de la familia del Balzo.

Ottorino, que al llamamiento de Márcos habia corrido á Milan, llegado al palacio de Este, dejó á Lupo en una sala con algunos soldados, y penetró á un gabinete interior donde el amo de casa estaba á la sazon dictando una carta á un viejo secretario. Márcos era alto: la edad que contaba entonces, poco más de cincuenta años, y las incomodidades de una vida agitada y tempestuosa, habian robado á su rostro la primitiva frescura, el primer ardor, aquel

fulgor juvenil rebosante de alegre lozanía; y sustituido en su lugar una severa, aunque dulce gravedad, un apacible orgullo, un aire de melancolía que significaba su habitual descontento interior, pero sin amargura ni mezcla de hiel.

Sobre aquel rostro algo descarnado y pálido, quizás en demasía, resaltaba el negro de una mórbida y poblada barba, de dos prolongadas cejas, y dos centelleantes ojos: alguna vez se teñian sus mejillas con un vivo encarnado, en testimonio de interna conmocion, y en tales momentos parecia remozarse: aquel fugitivo tinte le restituia cierto no sé qué de su primitiva hermosura, con una mezcla singular de soberanía y encogimiento.

Mas el que observase aquel rostro desfigurarse de repente en un acceso de cólera, convirtiéndose la palidez habitual en un ceniciento mas subido, arrugarsè la frente, ponérsele sombríos los ojos y brillar de un modo siniestro; parecíale la tersa y bonancible superficie del lago cuando una ráfaga de viento la agita de improviso y levanta la tempestad. Llevaba puesto un ropon de terciopelo negro abierto por delante, forrado de marta zibelina, y debajo un vestido de seda ceñido á la cintura con una faja y rica hebilla de oro, y un largo puñal con mango guarnecido de rubíes: uno de aquellos puñales, llamados entonces *la misericordia*, porque una vez derribado el contrario servian para despacharle pronto, dándole el golpe que apellidaban *de gracia*.

Tenia la cabeza descubierta, y ostentaba el cabello negro, partido sobre una frente ancha y majestuosa, desde la cual le bajaba igualmente por entrambos lados hasta junto á la oreja siguiendo los contornos del rostro.

Viendo entrar á Ottorino, invitóle con la mano á que se sentase, y le dijo:

—Un momento y soy contigo.

En seguida se acercó al secretario que, con la pluma suspendida, miraba á la cara de su señor en ademan de quererse retirar.

—No, no, le dijo, proseguid; aquí mi primo debe saberlo todo; y continuó dictando las últimas cláusulas de una carta para Bolonia al legado del papa. La carta iba en tosco latin de aquel tiempo, y sus últimas palabras, las que oyó Ottorino, y que hemos traducido, decian lo siguiente: "Castel Le-
" prio y la Martesana aun conocen mi voz." (Aque-
" llos distritos eran feudo de Márcos). "Los ami-
" gos de la República no han muerto, el leon duer-
" me, cuando yo le haya despertado, hará oir sus
" rugidos hasta el Vaticano: *El lampiño borracho*"
)con tales apelativos denotábase en Milan á Ludovico de Baviera), "pronto tendrá que morderse los
" puños. Viva la Iglesia y mueran los traidores á
" la patria: es mi antiguo grito de alarma."

Para comprender la fuerza de estas últimas palabras, conviene saber: que Márcos las habia apellidado ocho años antes, en ocasion en que, destrozadas las tropas del papa, perseguia á algunos ban-

didos milaneses que combatian en aquellas filas: palabras que entonces consiguieron mucha celebridad, y todavía dejaban entrever que Visconti, allá en sus adentros, no era enemigo de la Iglesia por mas que empuñase contra ella las armas.

Concluida la carta, salió el secretario, y Márcos dijo á Ottorino sonriéndose:

—¡Volviste al fin! Aguardabas que te enviase el embajador, ¿no es verdad?

—Yo no creia..... empezaba el jóven para escusarse.

—Basta, basta; ya estás aquí, y todo te lo perdono.

Medió algun otro pequeño diálogo, y en seguida Márcos, echando familiarmente una mano sobre el hombro del sobrino, se puso á referirle los motivos que le habian determinado á reconciliarse con el Pontífice de Aviñon, y le comunicó todos sus proyectos nuevos.

—¡Conque, viva el papa Juan! esclamó Ottorino. Pero, ¿y qué haremos de Nicolás V., por quien nos hemos esforzado hasta ahora?

—En realidad no es mas que un cismático, un hipócrita.

—¿Conque será preciso que tambien nosotros vayamos á aprender en la escuela el guirigay de los güelfos?

—A este precio seremos reconciliados, dijo Márcos.

—Sí, pero en seguida nos descomulga el otro, replicó Ottorino.

Entonces el célebre capitan, recobrando su gravedad, comenzó:

—En suma, tú mismo conoces bien que el verdadero y legítimo papa es el de Aviñon. Ha perseguido á mi padre, á toda la familia, á todos nuestros amigos, nos ha descomulgado, nos ha hecho todo el mal posible; pero no por esto ha dejado de ser el verdadero Pontífice. ¿Piensas que en tantos años de enemistad he gozado paz conmigo mismo, sintiéndome fulminado por la Iglesia?

El jóven, que nunca habia sospechado tales sentimientos en su glorioso primo, lo miraba fijamente, estático y maravillado, y el otro proseguia algo turbado:

—La memoria de mi pobre padre siempre ha anublado la alegría de todos mis triunfos. Aquella cabeza venerable, blanco por tantos años de los rayos del Pontífice, bien sabes cuán gloriosa habia descollado sobre todos los príncipes de Italia. Vencedor de las armas temporales de su enemigo, se burló con escarnio de las espirituales; pero cuando agobiado por los años, sintió aproximarse su último dia, vió desaparecer el mundo á sus ojos, y temió al que habia ridiculizado toda su vida. ¡Oh! no me saldrá de la memoria aquella noche en que, agitado de horribles fantasmas, hizo acudir á S. Juan toda su familia y todo el clero de Monza, y arrodillado ante el altar, recitaba el símbolo de nuestra fe, protestando querer morir en el seno de la Iglesia, llorando amargamente el no poder reclinar su

cadáver en tierra sagrada. ¡Si hubieses visto aquel rostro, antes apacible en medio de los peligros, y sereno entre los pesares del destierro, dominado entonces por un misterioso decaimiento!....

Ottorino no sabia volver en sí de la admiracion, y á no ser por el sentimiento con que Márcos revestia tales razones, hubiera quedado dudando si hablaba ó no de veras.

—Yo, dijo finalmente el jóven, siempre habia creido que la cosa era como se decia, á saber: Juan, papa herético, y Nicolás, el bueno; así lo oia de todos nuestros doctores y aun de vos mismo que, soldado como sois, podeis dar leccion á los mismos doctores; desde niño no he hecho mas que combatir contra aquel bendito papa, que decian falso, y que ahora viene á ser el bueno. En fin, no sé qué decirme.

Márcos ensayó cierta sonrisa, y replicó:

—Debemos agradecérselo á estos viles y necios gibelinos que por fuerza nos han empujado hácia la buena senda. ¿No sabes que el mismo Pontífice me ha abierto generosamente los brazos? ¿Que me ha prometido las fuerzas de la Iglesia para ayudarme á conquistar los Estados paternos? No pienses por esto que me fio ciegamente en las manos de un hombre que siempre me ha sido enemigo; fio en la fuerza de los acontecimientos que le precisan á hacer liga conmigo para su utilidad. El poder del Bávaro va menguando cada dia, muchos de sus parciales, á cuyas cabezas ha puesto talla, á quienes ha chupa-

do su sustancia y alevosamente vendido, abandonan sus banderas, Milan todavía le es fiel, pero yo puedo hacérsela rebelde. Los milaneses empiezan á conocer de qué parte está la justicia y la fe, están cansados de la censura.

—Con todo, replicaba Ottorino, la ciudad está aún llena de predicadores que recorren las calles y las plazas alborotando y diciendo mil pestes de Juan XXII. He oido á uno aquí cerca hace poco, que las disparaba de marca mayor, llamándole homicida, y nigromántico, y ¡qué sé yo que cosas peores!

—Pues bien, pronto oirás otro son.

—¿Por ejemplo?....

—Oirás predicar contra Nicolás y á favor de Juan.

—¡A fe mia deseo verlo! no dejará de ser gracioso.

—Oye, decia Márcos en ademan de confianza: el papa ha dado licencia á algunos sacerdotes para entrar en el distrito al objeto de que me ayuden en la empresa sin que la conozcan ni la sospechen tan siquiera. Les gobierna secretamente por medio del abad de S. Víctor, un dia de estos empezarán á derramarse por ahí, para reducir á los estraviados al buen camino.

—¿Pero y si Azon, preguntó Ottorino, manda echar el guante á los primeros que se atrevan, y les pone en estado de que no puedan hablar mas?

—Se guardará mucho, teme demasiado al pueblo; y si no, que lo haga, peor para él: la sangre de

aquellas víctimas brotará numerosos vengadores. ¿Crees que ellos teman la muerte? ¿Qué es la muerte en sustancia? ¿No la arrostramos nosotros tantas veces en el campo, por un palmo de tierra, por un nombre vano, por un capricho pueril? Los que se proponen un premio eterno.... Al llegar aquí se detuvo un rato en silencio con la cabeza baja. Al levantarla habia desaparecido de su rostro el primer entusiasmo; volvióse al primo, y con un aire frío, y cierto tinte amargo y casi maligno añadió:

—Ademas, Aviñon ha hecho antes tantos mártires para volcarme, que bien puede ahora hacer alguno mas para volverme á levantar: ¿querrias hacerle cargo de conciencia?

—Pensad.... solo decia.... por lo demas.... bien sabeis que yo soy una espada en vuestra mano.

—De la cual me valdré confiado, pues tiempo hace que conozco su buen temple. Despues te esplicaré cuánto se ha convencido nuestro primo Lodrisio. El comenzará á armar sus vasallos so pretesto de ayudar en caso necesario á su hermano, abad de S. Ambrosio, el cual envia una partida á Limonta para castigar la rebelion de sus villanos: ¿tú que vienes de allí, estarás enterado de este embrollo?

—Perfectamente, y en verdad compadezco á los pobres montañeses, que ciertamente han sido arrastrados á ello como por los cabellos, y si se pudiese....

—¿Qué quereis? es un capricho del abad carde-

nal, ¡y en este momento nos viene tan de molde!

—Mucho sentiria, insistia el jóven, que el conde del Balzo, habitante allí cerca, tuviese por ello algun disgusto.

—Hombre, precisamente, dime algo del tal conde, ¿todavía es el mismo bufon que cuando jóven?

—¡Pobre hombre! respondió Ottorino que no podia decir que no, ni queria decir que sí.

—¿Y Ermelinda su mujer la habrás visto, eh?

—¡Toma! estuve en su casa cerca de quince dias, es un ángel, puramente un ángel de bondad!

Levantóse Márcos y dió algunos pasos por el gabinete, luego añadió:

—¿Conque Bice se le parece tanto?

—La mismísima estampa de su madre, sin discrepar ni un cabello.

—Mucho me la elogiaste en tus cartas desde Varenna.... Oyes, aquel tú.... ¿cómo le llamas?.... aquel Pelagrua tu recomendado le he colocado en mi castillo de Rosate: tiene traza de despabilado, y tal vez me pueda servir.... Por lo demas, no me sientan muy bien los grandes elogios que haces de Bice, huelen á deslealtad hácia la hija de Francisco Rusconi, que segun tengo entendido está loca por tí: basta, quiero que se estreche pronto este parentesco, así tendrémos tambien á Como mas seguramente de nuestra parte.

Ottorino no contestó palabra.

—Me ocurre otra idea: dime, tu conde del Bal-

zo, ¿es todavía güelfo implacable como en su juventud?

—En sumo grado.

—Pues hacerle venir á Milan, decia Márcos: en estos tiempos un gentilhombre rico, de una familia ilustre, que habla de todo á diestro y siniestro, que pica de entendido en leyes y decretales, y siempre ha sido güelfo hasta los huesos, es un oráculo: arréglate de un modo que le hagas venir.

—¡El caso es que quiera! Es tan medroso, y vive tan tranquilo en su montaña.

—Quieres decir con esto, si no me engaño, que tendrá miedo de meterse en la ciudad siempre gibelina? Pues bien, miedo por miedo, juégale otra mas pesada, y vendrá: dile que una banda de furiosos marcha hácia Limonta, que hará las del diablo y aun peor, que el abad de S. Ambrosio está persuadido de que él favoreció la revolucion de sus vasallos, en fin dale el empuje, y hazle que tome el vuelo hácia acá.

—No quisiera, replicaba Ottorino titubeando, que luego por mi causa le sucediese alguna desgracia.

—¡Qué timorato te has hecho, querido primo! decia Márcos mirándole hito á hito. ¡Cuán tiernamente te interesas por el bien de tu amigo! Basta, si viene, en buen hora, y si no, solo te digo que el abad, y es lo cierto, le aplicará la penitencia mayor que la culpa. La cuadrilla que envía á Limonta sabe bien que en el castillo hay dinero y alha-

jas; conque reflexione, y elija lo que le convenga.

En esto calló en ademan de no querer mas hablar ni oir, por lo cual Ottorino, inclinando reverente la cabeza, tomó el permiso y se retiró.

Al pasar por la sala donde habia dejado á su escudero, paró de repente la grande algazara que movian; los donceles y soldados saludaron respetuosamente al primo de su señor, y Lupo le fué siguiendo.

—¿Sobre qué era tanta bulla? preguntó Ottorino al llegar á la escalera.

—Nada, respondió Lupo, era Bellebuono, guardia de vuestro primo Lodrisio, que ignorando que yo fuese limontino, charlando y bebiendo segun costumbre, dió en decir mil pestes de mi pais.

—¿Y qué decia aquel animal salvaje?

—Decia que son herejes y cobardes, en suma, un monton de vituperios; que tiene comision de ir á ponerlos á raya, que los repartirá uno á uno á cada lanza de las que lleve consigo, para que cada cual enfile el suyo, reservándose él una docena para ahorcarlos.

—¡El grandísimo deslenguado! decia Ottorino; ¿y tú te la tragaste?

—Yo le he respondido que el oficio de verdugo le iba de molde, que ya era de tal su facha y sus costumbres, que al poner la mano sobre uno de mis montañeses se le estremecerian los dedos: una palabra llama la otra, nos hemos calentado tanto, que le deslicé una puñada que le levantó un chichon

sobre el ojo: de aquí nacieron aquellos gritos como si le hubiese acogotado.

—Hijo mio, eres demasiado listo de manos.

—Cierto, reconozco que hice mal; ¿pero quién hubiera podido contenerse? Un manco andara á mojicones, y á serme decoroso, no estorbándome el respeto á la casa, ¡vive Dios! que le hubiera requerido el trasero con un par de recios puntapiés á medida de su gusto.

¡Diablo todavía! ¡Dígote que sí! ¿Conque aun querias hacerlo peor?

—Bien, bien, concluyó Lupo, aun puede que nos topemos en Limonta si lo quiere su mala suerte: entonces le ajustaré la cuenta.

Efectivamente, no tardaron mucho en encontrarse, y Lupo le cumplió la promesa. Hasta allí le acompañaremos á su tiempo, ahora nos conviene andar solos para hallar al conde del Balzo.

En uno de aquellos dias recibió un espreso de Milan con el cual conferenció largamente en secreto, luego anunció terminantemente á su mujer que al otro dia debian partir á la ciudad, y toda la casa anduvo atareada en los preparativos del viaje. Admirada Ermelinda, y disgustada de aquella imprevista resolucion, procuró en vano averiguar la causa. Al tratarse del camino que habian de tomar, propuso ella ir por el lago hasta Leco, y de allí á Milan, que habia camino abierto, un camino, ya se supone, á la buena de Dios, todo hundido y fangoso, que á trechos parecia un torrente, donde

un caballo se sumergia hasta la barriga, tal como eran entonces todos los caminos: con todo, el mejor que podian escoger. Mas el conde, que desde el susto en el escollo de Morcate detestaba el lago y las barcas, peor que detesta el vino y las botellas un bebedor bisoño al otro dia de una borrachera; no quiso oir hablar de ello, y resolvió tomar las sendas del monte arriba por la Valsasina, hácia Canzo, Inverigo y hasta Milan.

Tambien por esta parte habia su malandanza: prescindiendo del peligro que corrian las caballerías subiendo y bajando ciertos senderos estraños y azarosos precipicios, mediaba un cuidado mas grave, á saber, el riesgo de ser despojados por los pequeños señorones del contorno, pues en aquellos tiempos cualquiera particular que tuviese á su sueldo cuatro bergantes, queria hacer la guerra; y no pudiendo de otro modo, la hacia á los caminos como Dante lo refiere de Renato de Corneto, y de Renata Pazzo. ¡Pobres tiempos! No se habia llegado á deslindar que lo malo de ciertas cosas solo consiste en su pequeñez, y es como el aire, que si le tomas por un agujero, te da un dolor, un ataque de cabeza ó de pecho, y á dos por tres puede enviarte al otro mundo: pero si te pones en medio, afuera, en campo libre, y al raso, te reanima y te vuelve la vida.

El conde y su familia emprendieron el viaje muy de mañana en comitiva de casi veinte personas. Subiendo y bajando por las tortuosas veredas del mon-

te, ora doblaban el desigual anfiteatro de un pequeño valle, ora atravesaban el álveo de algun torrentillo enjuto sembrado de blancas peladillas, ora se perdian en la espesura de verdes bosquecillos de olivos, laureles y murtas. De cuando en cuando algun impedimento les hacia perder de vista el lago, de repente al superar una altura, al trasponer un monte, ó al dejar súbitamente la espesura de los árboles, volvian á descubrirle ya abierto y despejado, ya cortado por los ramajes, entre los cuales se divisaba, y sus hermosas vistas eran siempre variadas por las ensenadas, promontorios, y barquillas que marcaban largo rastro en la superficie tranquila, cabañas y pequeñas aldeas que se espejaban en él desde la ribera.

Conmovida Bice más que nunca al aspecto de tantos objetos queridos que abandonaba por primera vez, con cierto medroso placer volvia la imaginacion hácia el porvenir á que caminaba espontáneamente. De cuando en cuando echaba atras una ojeada hácia la antigua torre del castillo de su padre, para saludarla aún otra vez, como si presagiase que no habia de volver á verla.

Al llegar nuestra caravana al puente de la Malpensata sobre el Lambro, encontróse con dos pescadores de Vassena, los cuales al regresar de Monza con el dinero de la pesca de la semana, habian sido robados allí cerca. Uno de ellos, referida su desgracia, dijo al conde que traia una carta para él,

pero que tambien se la habian quitado los ladrones, con el sayo robado.

—¿De quién era? preguntó el conde.

—De quien fuese no lo sé, respondió el pescador, á mí me la ha dado el hijo de vuestro halconero en el mercado de Monza:

—¿Conque Lupo estaba en Monza?

—Allí estaba justamente, en compañía de aquel caballero.... aquel jóven que estuvo tanto tiempo en vuestro castillo.

Estremecióse Bice, pero no dió señal alguna que pudiese manifestar su turbacion: únicamente cuando la comitiva estuvo para continuar el camino, dijo á su madre señalando á los dos pescadores:

—¡Pobres hombres! No tendrán pan para sus hijos: ¿me permitís darles algo?

—Dales en nombre de Dios, que es muy grata caridad.

La muchacha sacó una moneda de oro, y la alargó á aquel de los dos que habia llevado la palabra:

—La mitad para cada uno y rogad á Dios por nosotros. La última vez que hablamos de Ermelinda y Bice, las dejamos enmarañadas, la madre no hablaba á la hija resentida de que hubiese ido á la caza contra su parecer, y ésta, mas cabezuda, se mantenia tiesa y despechada. Pero la niña no pudo soportar mucho tiempo la constancia de la madre, más afligida que severa, y al segundo dia despues de la salida de Ottorino, la contó de qué suerte

se habia ido adelantando á desobedecerla sin querer; de manera, que ella misma no sabia cómo hubiese sucedido, le descubrió toda su alma, hasta le enseñó la carta hallada entre las hojas del Dante.

Leyóla Ermelinda, y vió que Ottorino confesaba en ella haber mediado algun tratado de matrimonio con la hija de Francisco Rusconi, pero no con tal compromiso de su palabra que no creyese poderla retirar con decoro: que estaba en la firme resolucion de no querer á otra mujer que á ella (Bice á la cual se dirigia la carta). Disculpaba lo indecoroso de escribirle antes de pedirla á sus padres, asegurando que lo habria hecho luego de poder esperar que no seria contra su gusto.

Ermelinda prometió á su hija hacer todo lo posible para contentarla; la exhortaba, sin embargo, á no confiar mucho, porque tal vez no seria tan fácil como al jóven le parecia el desconcertar aquel contrato, segun voces, entablado por Márcos señor enojadizo, no acostumbrado á ver contrariada su voluntad, y que ademas tenia añejos motivos de resentimiento contra la casa del conde. Por fin, la encargaba que se dejase gobernar, y la hija prometia no separarse un ápice de su obediencia.

Así se habia reconquistado toda la primitiva ternura de la madre, y ahora entretenia el viaje en familiar conversacion con ella segun costumbre.

Separado el conde de los dos pescadores de Vassena, empezó á discurrir sobre cuál podria ser el

contenido de la carta que le traian. ¿Si habria ocurrido en Milan alguna asonada, y Ottorino le avisaba para que por entonces no pusiese los piés en ella? ¿Tal vez?.... ¿tal vez?.... La conclusion fué abandonar el camino derecho, y rodear hasta Monza, para verse con el jóven antes de tomar una resolucion.

IX.

El mismo asunto.---Devastacion de la catedral de S. Juan en Monza.---Declaracion de Ottorino.---Llegada á Milan.

Llegaron á la plaza de S. Juan de Monza, á hora de vísperas, y vieron un numeroso concurso apiñado alrededor de un cura que subido en un banquillo, predicaba con mucho calor. El pueblo, al ver la cabalgada abandonó al predicador, y corrió á rodear á los forasteros, con la curiosidad de saber quiénes eran, de dónde venian, y adónde caminaban. En un momento nuestros viajeros se hallaron envueltos en una nube de curiosos importunos. Ermelinda, para librarse de aquella incomodidad y opresion, observando que la iglesia estaba abierta, dijo á su marido:

—Nosotras, mujeres, os aguardaremos allá dentro, mientras vais á ver á Ottorino; despachad pronto, para que podamos marcharnos, y llegar á Milan, si es posible, antes de la noche.

—¿En una iglesia quereis entrar en tiempo de interdicto? observó el conde, pero en voz baja por ignorar la opinion de aquella grosera multitud, que le rodeaba, y no querer esponerse á recabarse algun fracaso.

Su mujer, empero, sin hacer caso del escrúpulo, tomó el brazo de la hija, hizo seña á Laureta, á Mariana y al halconero, para que la siguieran, y atravesando el concurso se entraron en S. Juan.

Tenia el altar mayor sus ornamentos, encendidas estaban las velas y las lámparas, y se oian en el coro los canónigos salmodiando como en tiempos ordinarios; pues tambien en Monza todo el clero era partidario del anti-papa Nicolás V; y habiendo depuesto legalmente á Juan XXII, despreciaban el interdicto que éste habia fulminado.

Ermelinda estuvo dudando un momento si debia retroceder, por temor de la excomunion en que incurrian los que asistiesen á los Oficios divinos celebrados por sacerdotes cismáticos durante el interdicto; pero luego dijo entre sí: Yo entro aquí únicamente para descansar, como me entraria en una casa ó debajo de un pórtico: y sin hacer reverencia ni persignarse, se acomodó en un banco é hizo sentar á la hija á su lado.

Al verlo la madre de Laureta, plenamente fanatizada por las máximas de otro hijo suyo, que habia aprendido cuatro *quis vel qui* de un cismático monje de S. Ambrosio, se sintió arder en indignacion, dió un fuerte tiron al vestido de su hija, que

habiendo visto sentarse las señoras, iba á imitarlas, y se la hizo arrodillar á su lado; luego echó una mirada de basilisco á su marido que habia quedado en pié, y con las manos atras se entretenia en contemplar las sibilas y los profetas pintados encima de la cornisa; finalmente, no pudiendo más contenerse, empezó á murmurar entre dientes:

—¿Es modo de entrar en la iglesia? Como si entrasen en un establo; ¡es vergüenza!

—Callad, que no os oigan las amas, le decia Laureta al oido.

—No quiero callar, y tú mas valdria que te persignases y rezases alguna oracion; y aquel tu padre está allí encantado mirando arriba como un babieca!

—Vamos, callad, le repetia la hija; si vos quereis rezar la oracion, rezad; pero callad al menos.

—¡No quiero! ¡es una vergüenza el ver cristianos en la iglesia de ese modo! ¡Si hubieses oido lo que decia anoche tu hermano, si hubieses oido!..... Mas no le quieren escuchar.

La hija, conociendo que con replicar, no hacia sino estimularla cada vez más y hacerla hablar mas alto, tomó el partido de callar y dejarla desahogarse. En efecto, con tal retirada la vieja fué gruñendo menos y mas bajo, hasta parar en un absoluto silencio.

Entretanto Bice estaba toda desconcertada; no sé si por la esperanza ó por el temor de ver comparecer dentro de poco á Ottorino. Cada vez que sen-

tia abrirse ó cerrarse á su espalda la puerta de la iglesia, pensaba: ¡él es! y le subia una llama á las mejillas, y un estremecimiento se difundia por sus miembros; fijaba la atencion en el ruido de piés que se iba adelantando; parecíale conocer las pisadas de su padre, y el conocido son de otros pasos; se le dificultaba la respiracion, y el corazon se le queria saltar del pecho: los que hacian el ruido llegaban á ella, la rozaban, pasaban adelante, no eran ellos: entonces volvia á respirar, reanimaba el rostro para volver luego á nuevas palpitaciones, á nuevos sacudimientos si oia otra vez abrirse la puerta y entrar alguno.

De repente la alternada uniforme cantinela de los sacerdotes que rezaban detrás del altar, quedó sofocada por el estrépito tumultuoso que se levantó en la plaza. Los que estaban en la iglesia se vuelven á mirar atrás; algunos se levantan y salen; los canónigos quedan un momento en silencio; avánzase uno de ellos hasta la barandilla, registra lo largo de la iglesia, todo está tranquilo: vuelve al coro, y empieza otra vez la cantinela: cuando hé aquí que se oye un ruido junto á las puertas que se abren con furia de par en par, y una oleada de pueblo, armado con palos y piedras, se abalanza dentro de S. Juan, á manera de un rio que ha roto los diques.

Encabezábalo el cura que habia predicado en la plaza: viejo macilento, con el cabello desordenado sobre la frente, un crucifijo en la izquierda, y una es-

pada en la derecha, gritaba con voz atronadora, que se estendió á pesar de todo el alboroto de la turba.

—¡Afuera, cismáticos! ¡Fuera, hijos de Belial, sacerdotes de Moloc!

Y la turba borrascosa, á manera de eco, gritaba tambien:

—¡Fuera, cismáticos! ¡fuera, judíos! ¡fuera! y corrian por do quiera rompiendo bancos, tirando pedradas á las historiadas vidrieras de los ventanales, rasgando las toallas de las mesas, derribando candeleros, cruces y cuanto hallaban á mano. Llegados al altar mayor, allí fué el desconcierto, la destruccion y el desastre: aquellos furiosos corrieron al coro, arrancaron de sus asientos á los canónigos y los echaban á puntapiés y á puñadas: veíase uno bajar rodando por los escalones, otro arrastrado por los cabellos: do quiera volaban sotanas, pellizas, bonetes y breviarios.

El que habia suscitado aquel temporal, luego que vió concluido el desocupo, subió á una mesa, y se puso nuevamente á predicar ensalzando al populacho por tal hazaña, y exhortando á suspender ya la devastacion: mas, bien podia predicar, nadie le escuchaba, seguian recorriendo la iglesia como un pais tomado por asalto, y ya los mas resueltos, penetrando en la sacristía, á golpes de maza quebrantaban los armarios, sacaban los ornamentos y vasos sagrados, y se los repartian tumultuariamente como un botin.

Corrió allá el mal aconsejado.

—Hermanos, gritaba, habeis coronado una obra santa: ¿por qué quereis mancharla con el sacrilegio? dejad esas alhajas.

—Tambien están descomulgadas, gritó uno de buen humor.

—Es menester echarlas de la iglesia.

Y todos lo aplaudieron.

En esto el predicador, atisbando un mozo que se escurria con un cáliz escondido debajo de la capa, se le plantó delante gritando:

—En nombre de las dos potestades figuradas por este crucifijo y esta espada, te mando, hombre malvado, que vuelvas atras.

Pero él, dándole un coscorron, que le hizo girar como un trompo, le respondió:

—Y yo en nombre de esta autoridad te mando que me dejes.

—¿Qué tal te ha dado las dos potestades, eh? le gritó entonces otro.

El sacudido inflamóse á lo sumo, y empezó á imprecar todas las maldiciones del cielo sobre aquellos miserables, los cuales le dejaron charlar un rato, pero en fin, emprendieron contra él á arañazos, á puñadas y á coces, y lo echaron todo molido y estropeado.

Mientras tanto, afuera sucedia otra mas estravagante. Bernardo, hijo del halconero, que habia venido de Limonta con la comitiva, al entrar por la puerta de Monza se habia detenido con un conocido suyo hallado al paso, y así cuando llegó á la pla-

za de S. Juan, estaba armado ya el barullo que acabamos de referir. Vió que algunos clérigos ensangrentados y maltrechos escapaban por derecha é izquierda, preguntó qué era, y supo que eran los canónigos de la catedral arrojados de ella de aquel modo por su obstinacion en no querer abstenerse de oficiar durante el interdicto. ¿Cómo? dijo entre sí, ¿un pais que siempre ha estado por Nicolás V, por la buena causa, precipitarse de repente á tanto esceso? Creyó que aquello no seria sino un hervor pasajero, y confió poder conseguir que aquellos hombres traviesos se reconociesen. La indignacion y la vanidad le ofuscaron un momento, y lo que nunca habia hecho en Limonta, donde todos los corazones estaban endurecidos con el cisma (segun solia decir) y no habia esperanza de hacer fruto, quiso probarlo allí. Tal como se hallaba vestido, con un peto de hierro puesto encima del sayo, una cofia de acero que servia de cornijal á su facha descolorida y atontada, un lanzon en la mano, de suerte que parecia ni mas ni menos un espantajo de cuervos, subió sobre un banquillo, y echóse á predicar.

Lo bueno fué cuando vió salir de S. Juan al cura que habia levantado la tempestad y luego no habia sido hombre para abonanzarla: nuestro Bernardo, al observarle tan destrozado y seguido de la plebe que iba aullando tras él, sacó por consecuencia que no podia ser sino uno de los canónigos perseguidos por la buena causa; y así bajando del escaño se en-

caminó hácia el malparado, y le besó el vestido y la mano. Mas como uno de los concurrentes, penetrado de la equivocacion, le gritase, que el clérigo no era canónigo de Monza, antes bien el que les habia acarreado á los canónigos toda la catástrofe, retrocedió horrorizado esclamando:

—¡Conque he besado una serpiente venenosa, creyendo besar una paloma!

—Tú eres el áspid, el dragon, el basilisco, echó á gritar el otro con voz mas fuerte.

—Tú, fautor del cisma y de la herejía.

Allí fué el vocear á competencia con todos sus pulmones, allí el provocarse á diestro y á siniestro sin ceder un ápice el uno al otro, y el populacho reir y atizarles. Por último, un bribon dió por la espalda tan fuerte empellon al hijo del halconero, que le tendió patas al aire entre los aullidos y aplausos que rompieron de todas partes, mas ruidosos que nunca.

Oyéronse algunas voces que aquietaron de golpe aquella barahunda.

—¡Eh! ¡largo! despejad, ¡abrid paso!

Era Ottorino que llegaba á caballo con el conde del Balzo y una escolta de unos treinta soldados. Al llegar los caballos, dispersóse la chusma escabulléndose poco á poco unos por un lado, otros por otro. Lupo al lado de su señor, pronto reconoció al hermano que estaba sacudiéndose el sucio vestido, y recogiendo de tierra la celada, le dijo:

—No quieres contener la lengua entre dientes, te está bien.

—Si hubieses llegado un momento antes, repuso Bernardo, me hubieras prestado tu brazo.

—Antes necesitas que te preste un poco de seso, respondió Lupo.

Entretanto Ottorino con sus caballos habia entrado en la iglesia, y recorria á galope la nave arriba y abajo por dentro y fuera de las capillas, penetraba en la sacristía y en el coro, y á fuerza de golpes que iba repartiendo con su espada de llano, y con el mango de su lanza, arrojaba la canalla de ladrones que se habia apoderado.

Nuestras mujeres, que dejamos en la iglesia en el punto de entrar por la puerta la primera oleada de gente, se refugiaron en una capilla, cuya verja cerró el diligente halconero, para tenerlas á salvo durante la destruccion y el saqueo. Tambien allí acudieron algunos pícaros vomitando amenazas para que abriesen; pero Ambrosio echando mano de su valiente azagaya, pegaba á las manos de los que no podia despedir de bien á bien.

Tambien mandó á su hija que derribase sobre la mesa los candeleros, la cruz, las sacras, pues tentaban á los pícaros á que quisiesen penetrar en aquel asilo, lo cual obedeció pronto Laureta, por mas que gritaba su madre, que no queria tener parte en la profanacion, y que era caso de preferir el martirio.

Permanecieron encerradas allí un buen rato,

hasta que afortunadamente algunos del séquito del conde, que habian acudido á la iglesia, repararon en ellas, y corrieron á colocarse delante de la verja con las armas preparadas, á cuya vista pasóseles á los devastadores la gana de forzar aquel punto.

Sentimos haber tenido que ocupar tanto á los lectores con la pintura de locas y malvadas profanaciones, y no quisiéramos que se nos culpase por no haberlas presentado con aquel aire de gravedad que hubiera sido conveniente. Al poner en escena, como por muestra, uno, y ciertamente no el mas escandaloso de los tantos escesos que sucedian diariamente en aquellos desdichados tiempos, hemos procurado tejerlo de manera que el lector pudiese formar un concepto tan aproximado á la realidad como fuese dable.

Nos hemos dedicado á conseguir que le produjesen una impresion ingrata y fastidiosa, como la que causa la lectura de las crónicas contemporáneas: impresion que para ser tal, no debia templarse con reflexion ni moralidad alguna, pues la moralidad le ocurre despues por sí misma al que quiere deducirla.

La familia del conde y su comitiva continuó el viaje hácia Milan, y Ottorino, no teniendo quehaceres en Monza, se ofreció á acompañarles, como es de presumir.

—Os aseguro que no; no os he escrito otra carta despues de la que recibiste en Limonta por mano

de un criado mio, decia el jóven caballero al padre de Bice, que montaba á su lado.

—Con todo, replicaba el conde, los pescadores de Vassena que os he dicho, afirmaban traer una carta vuestra, y aun añadian habérsela entregado Lupo, aquí mismo en la plaza del mercado de Monza.

Llamaron á Lupo, y se sacó en limpio que él la enviaba á su padre para advertirle que se pusiese en salvo: se la habia hecho escribir en Monza por un cura conocido suyo, y entregádola á los pescadores.

—¡Ah! ya entiendo, decia el conde, y continuó en voz baja al jóven caballero; esplicadme un poco que me escribisteis, que el abad de S. Ambrosio....

—Está del todo fuera de quicios, decia Ottorino; y ahora aquí en Monza he sabido que esta noche embarcará en Lecco las sesenta lanzas que envia á esterminar á los pobres limontinos.

—¡Misericordia! pero yo ¿qué pito toco? No ha consistido en mí el que aquellos obstinados montañeses no se sujetasen á la absoluta voluntad de su señor.

—¿Qué quereis que os diga? si el cardenal está montado tambien contra vos.

—¡Ay, pobre de mí! Pero yo repito, que ni entro ni salgo: dice que les protejo; juzgad vos mismo, ni de vuestra carta, ni de lo que me añadió verbalmente el portador, he dicho una sola palabra á alma viviente.

—¡Cómo! ¿Conque en Limonta nada saben?

—Nada.

—Siendo así, conviene despachar corriendo alguno que avise, dijo el jóven.

—No, por caridad; si les hallan apercibidos, ¿quién le sacará de la cabeza al cardenal que yo he sido el autor?..... A mas de que me tiene ya ganas....

Pero Ottorino, sin atenderle, dijo á su escudero:

—Es menester que vueles á Limonta para avisar á tus paisanos de la tempestad que va á descargar sobre ellos, vuelve atras, toma un caballo descansado, y echa á correr.

—No, no, replicaba el conde; ¿quereis arruinarme? El abad sabe que Lupo es hijo de un criado mio.

—Es mi escudero, repuso Ottorino; yo cargo con todo.

—Pensad, añadia el conde, que á estas horas ya lo saben todo.

—¿No me habeis dicho vos, que nada sospechaban?

—Es decir.... yo propiamente no lo sé.... Pero, probablemente, desde Lecco habrán tenido algun aviso; ¡oh, sí! le han tenido, le han tenido seguramente, apostaria á que le han tenido.

De todos modos, es mejor asegurar el partido, replicaba el jóven caballero.

—¡Así á oscuras, el pobre Lupo entre aquellos precipicios!.... insistia aún el conde.

—Eso no os dé cuidado, saltó el hijo del halconero; dejaré el caballo en la primera aldea donde me pille la noche, y seguiré á pié: qué, ¿no haré diez millas trotando como puede trotar un rocin, cuando va en ello la vida de tanta gente?

Y dicho esto, volvió la rienda al caballo, y le echó al galope.

Ottorino entonces se acercó á Ermelinda, le contó cuanto acababan de hablar, y le dió razon del imprevisto retroceso de Lupo. Al mismo tiempo, iba estudiosamente ensayando un modo de dirigir la palabra á la hija, y dar tal giro á la conversacion que la precisase á tomar parte; pero Bice no abrió la boca, ni siquiera le dispensó el favor de dirigir hácia él la vista, que tenia baja y recogida; hasta la misma madre una vez enterada de lo relativo al asunto de Limonta, pareció hacer estudio en cortar toda otra conversacion con respuestas secas y frías cuanto permitia su natural urbanidad.

El jóven, afligido por tal reserva, se perdia en un laberinto de conjeturas.

—¿Si Bice no habrá recibido mi carta? ¿si desprecia mi amor? ¿si desagrada á la madre tal alianza? ¿si tal vez la tendrán ya destinada á otro esposo?

Para salir de una vez de tantas dudas, separó al conde de la comitiva, empezó poco á poco á hablarle de su hija, y andando la conversacion, que no queremos prolongar, se la pidió clara y redondamente por esposa. El padre de la muchacha se es-

playó en elogios del jóven y de su familia; pero finalmente, empezando á tartamudear, vino dar á entender, que por ningun estilo quisiera tener desavenencias con Márcos, el cual, segun le habia dicho su mujer, traia entre manos el negocio para casarle á su gusto.

Repuso Ottorino que confiaba verificarlo con absoluto consentimiento de Márcos; el cual, en tal asunto, no tenia mas mira que contentarle; pero que en cualquier caso, él era dueño de su persona, y por más que respetase á Márcos, no era vasallo, ni hijo, que no podria privarle de casar con la persona que le acomodare, tanto si gustaba á aquel como no.

A semejante final hizo el conde un cierto visaje que significaba:

—Amigo mio, haz el guapo tú si quieres; yo por mí no me siento con gana de romperme los cascos contra la pared. Pero con la boca solo respondió:

—Bien, hablaremos mas despacio.

El jóven reparó en la torcida impresion que habian producido sus últimas palabras, y procuró desde luego enderezarla: comenzó diciendo, que al saber Márcos que aquella por la cual se resolvia á desconcertar el primer contrato, era hija del conde del Balzo, no sabria qué oponerle; y siguió esplicándole que le habia preguntado por él y manifestado vivos deseos de verle en Milan, donde al parecer empezaba á encarrilarse la cosa á favor del papa Juan. Por fin dejóle columbrar oscuramente

y como entre sombras que se habia pensado en él por el crédito de que gozaba allí.

No hay que decir si se hinchó nuestro amigo, si la boca se le hacia toda agua al buen hombre, como á quien, acostumbrado á loarse él mismo, no suele oirlo mucho de boca ajena, le irradiaba por todo el rostro aquella importuna sonrisilla que escitan las cosquillas del elogio, aquella sonrisa que, por ser el testimonio de una demasiado necia vanidad, todos menos él procuran sofocar y esconder, que parece sobresalga y rebose á despecho, como si lo hiciese adrede para presentar al hombre grosero y descompuesto en los momentos mas preciosos de la vida, y envenenarle aquella pequeña dulzura que se paladea tan rara vez y tan dificilmente.

—Oid, respondió finalmente el conde: Márcos, á la verdad, me hace mas honor del que merezco..... por lo demas, ya os lo he dicho que fuimos amigos desde niños. Bien, si algo valgo, aquí estoy todo á su disposicion.... En cuanto á lo que hablamos de Bice, os repito, que no habiendo inconveniente por su parte, desde ahora os la prometo, y me felicito de colocarla tan ventajosamente y á mi satisfaccion, que bien sabeis cuánto os estimo y cuánto aprecio vuestras prendas.... Ermelinda misma, os aseguro, que tambien ella ha de dar gracias al cielo.

En esto llegó á Milan la comitiva, el conde fué á apearse en Brera del Guercio, donde estaba su casa, y el jóven corrió en derechura al palacio de Márcos Visconti.

X.

Noticia de Lodrisio Visconti.--Banquete de Márcos.

Márcos, que estaba solo en su gabinete examinando unos papeles, apenas vió entrar á Ottorino, se puso en pié y se adelantó muy cortés á recibirle.

—¿Ya de vuelta? le dijo; y bien, ¿cómo van las cosas en Monza?

—Todos malcontentos, respondió el jóven; pero nadie osa levantar el gallo por miedo del duque de Tech.

—¿A quién has hablado?

—A los gefes güelfos que me indicaste, Gunzino, Gavazza, Monegrino, Zeva y Berusio Ravia, el cual luego que pueda, sin ser observado, vendrá á conferenciar con vos lo que convenga hacerse.

—¿Y qué nuevas me traes del pueblo?

—Malísimas: podrá informaros vuestro clérigo Martin, que enviaste allá para que hiciese el apóstol. Por milagro ha escapado vivo de entre las uñas de aquel populacho que habia emprendido catequizar.

—¿Tan fanáticos son por el anti-papa Nicolás?

—No es que sean partidarios de éste mas bien que de Juan; sino que son una cuadrilla de pícaros y solo buscan pescar á rio revuelto.

En esto, contóle Ottorino cuanto habia acaecido en la iglesia de Monza.

—¡Canalla! repetia Márcos sonriéndose, al oir aquellas hazañas. ¡Canalla! Pero siempre es así, y en todas partes lo mismo: basta, lo que me importa ahora es descomponer y enredar la madeja, que despues á su tiempo la peinaremos. Conque el pobre Martin....

—A fe mia que le han quitado la gana de predicar, y le quedará recuerdo para mucho tiempo.

Por lo demas, á decir verdad, replicó Márcos, tambien ha procedido muy necio: ¿se necesitan canas para saber que el pueblo sublevado es una mala bestia? ¿y que cuando menos ha de hincar la uña en el vestido? ¡Dejarle hacer!.... ¡Qué diablos!.... y luego, ¿tan malo es que de cuando en cuando vuelva al bolsillo de la pobre gente en forma de marcos, de torzuelos ó de libras imperiales un poco de la plata y oro que se va almacenando por las sacristías en forma de lámparas, cruces y candeleros? ¿No se puede ser buen cristiano con lámparas de vidrio ó de barro, y cruces de madera? Al fin y al cabo, todo aquel oro y plata, pregunto: ¿de dónde ha salido? Del bolsillo de la pobre gente. Lo que me da cuidado es, que sean cismáticos de corazon.

—Sobre este punto podeis estar tranquilo, pues á mi ver, no saben lo que es papa ni lo que es anti-papa. ¿Quereis mas? despues de haber puesto tan mal parado al pobre Martin, que predicaba por Juan contra Nicolás, empezaban ya á hacer otro

tanto con un segundo que se habia alzado á predicar por Nicolás contra Juan. Era un montañés venido de Limonta con el conde del Balzo, y á no llegar yo á tiempo, le ponen tambien como de pascua.

—¿Conque ha venido el conde del Balzo?

—Acabamos de llegar juntos.

—Mira cómo ha obrado buen efecto la receta que te indiqué. Ahora que está aquí, mal haya si no saco partido de él. Convendrá empezar por.... haz una cosa.... Ha traido consigo la familia, ¿no es verdad?

—En efecto, toda la familia.

—Mañana doy una pequeña comida á mis amigos; ¿no podrias arreglarte de manera que viniese contigo? Ermelinda.... ciertamente no tengo esperanza de verla; pero.... aquella Bice que me has subido á las nubes, si pudieses hallar medio de que acompañase á su padre....

Ottorino, que no hubiera sabido pedir cosa mejor, contando con que si su señor deseaba tanto ver á su querida jóven, le perdonaria fácilmente el que rehusase la hija de Rusconi, prometió desde luego hacer todo lo posible para complacerle.

Al dia siguiente, fué muy de mañana á decir al conde, que Márcos le aguardaba aquel dia acompañado de Bice, y no se descuidó en ponderarle el grande crédito que le daria en Milan un favor tan distinguido, y que no quedaba arbitrio de escusarse.

La misma Ermelinda no tuvo que oponer cuan-

do el conde se lo participó como cosa ya resuelta y determinada, pues la muchacha parecia quedar garantida con la compañía de Ottorino que la habia pedido formalmente, y era justo y natural que desease presentarla á su señor para que aprobase gustoso aquella union, y permitiese romper todo empeño anterior, en el cual habia mediado él mismo. Mas á pesar de todo esto, al figurarse su hija en la presencia de Márcos, sentia un secreto terror, sostenido de recuerdos y presentimientos, y al dar licencia á Bice, que tambien se mostraba turbada por lo que habia oido referir de aquel personaje, le pareció pronunciar una sentencia fatal que decidia la suerte de toda su vida. Al verla partir se le arrasaron de lágrimas sus ojos.

Hallábase Márcos Visconti en un salon de su palacio, rodeado de la mas brillante juventud de Milan, aguardando la hora del banquete. Siempre espléndido en obsequiar á los amigos y señores, llevaba entonces su magnificencia hasta el lujo y la prodigalidad para adquirir parciales y fascinar á la juventud que fácilmente se deja deslumbrar por todo lo reluciente. Observan los historiadores, que en lo suntuoso de las fiestas y banquetes, en los adornos de sus trajes y caballos, en la pompa de sus donceles, pajes y escuderos, escedia en mucho á su mismo sobrino Azon, creado señor de Milan.

Uno de los principales personajes de aquel cortejo, era Lodrisio Visconti, hermano del intruso abad de S. Ambrosio, el consejero mas valido de

Márcos, el forjador de todas aquellas secretas intrigas que éste habia entablado: hombre de bella presencia, que rayaba á los cuarenta años, valiente y esforzado, pero de espíritu inquieto y turbulento, que habia dado ya bastante materia á la fama, y estaba destinado para adquirir despues una celebridad demasiado odiosa. De mucho tiempo aborrecia á Ottorino, no solo por envidia al verle predilecto de Márcos, en cuyo ánimo hubiera querido dominar esclusivamente, si tambien por cierto litigio que habia tenido con su jóven pariente, disputando la sucesion del feudo del castillo sobre el Tichino, que definitivamente fué adjudicado á Ottorino. Márcos habia procurado reconciliarles, y desde algun tiempo parecian algo amigos; pero Lodrisio conservaba su antiguo rencor, y siempre estaba alerta para aprovechar la ocasion de perder á su rival.

Anunciada por un paje la venida del conde del Balzo, todos los ojos se volvieron hácia la puerta, y se le vió entrar conduciendo de la mano á su hija. Levantóse á recibirla Márcos, no poco turbado, porque á la primera vista de Bice, que avanzaba con los ojos bajos y el rostro teñido del bello carmin de la modestia, creyó ver á la madre, á la verdadera Ermelinda, y al instante sintió rebullir su sangre. Pero supo dominarse, y recibió al padre con cortesía y dignidad, con aspecto y mirar afable, que acariciaba á un tiempo y se hacia respetar, hizo á la hija los honores correspondientes á una gentil don-

cella, entreteniéndola en alegre conversacion hasta que los pajes avisaron estar ya puesta la mesa. Pasaron todos á otra sala y Márcos, al tomar asiento, colocó á Bice á su derecha, al conde del Balzo á la izquierda, y los demas se fueron acomodando alrededor de la mesa.

No entraré á describir el órden y maestría de aquel banquete, menos espléndido ciertamente que los acostumbrados entonces en las ocasiones solemnes de mesa franca; pero con todo, era tal, que en nuestros dias podria hacer honor á las mas ricas y suntuosas cortes de Europa. Finísimos manteles y servilletas con ricas bordaduras, franjas y borlas, representando en el centro el blason de la serpiente, vasijas preciosas, lucientes platos de plata y oro, viandas de toda especie aderezadas con caprichosas salsas de varios colores, peces dorados, aves artificiosamente revestidas de sus propias plumas, y al parecer vivas; pero con tanto arte preparadas, que al tocarlas los cuchillos de los maestresala, al momento se las veia desnudas y humeantes, pájaros y piezas de caza, un cachorrillo con el pelo sutilmente plateado, uñas y dientes de oro y fuego en la boca. A cada plato se servian olorosos aguamanos, y hervian esquisitos vinos en hermosos cálices de preciosos metales, primorosamente grabados, y elegantes copas de cristal labrado, pintadas de flores, animales y rayados en forma de redecillas.

Cuando se apuraban las últimas copas, entraron

en la sala doce mancebos con jubon y medias de dos colores, á saber, encarnado y blanco, quienes traian los regalos de la fiesta. Cuál conducia un par de lebreles, álamos ó galgos con collares de terciopelo bordado y traillas de floreado marroquí, otro llevaba en la mano nobles azores, gavilanes, sacres y gerifaltes, adiestrados en varias suertes de caza con las pihuelas coloradas, los fiadores blancos, la cabeza recamada de perlas, cascabelillos de plata, y en el pecho una lámina del mismo metal, en que estaba grabada la serpiente; otro tenia una espada con guarnicion dorada; cuál una celada de acero, capas y sobrevestas de raso bordadas, con corchetes de seda, botoncitos de perlas y borlas de oro [1].

Al llegar los pajes con los regalos, advirtió Márcos que no habia cosa que regalar á una noble don-

1 La magnificencia y profusion, se hallan en la descripcion que los cronistas hacen del banquete que dió Galeazzo en la plaza del Arringo, por la boda de su hija Violante con el príncipe Lionelo, hijo del rey de Inglaterra. La primera mesa, á la cual con los príncipes y principales barones se sentó el Petrarca, se cubrió diez y ocho veces, y á cada una venian regalos.

Omitiendo los vestidos y ricas ropas forradas de preciosas pieles, los capacetes, las armaduras de plata maciza, vasos y fuentes de plata y oro esmaltado, que fué un dispendio largo de referir; se distribuyeron 20 piezas de telas de seda y oro, una porcion de flores de perlas, rubíes y diamantes, doce gordos bueyes, sesenta y seis caballos, seis magníficos caballos de guerra, y seis de justa; finalmente, dos de Berbería llamado uno el *Leon* y otro el *Abate*, que fueron regalados al esposo.

cella: llamó con una seña á un escudero, el cual salió un momento y volvió á la sala con una corona de perlas en una bandeja de oro. Púsose en pié entonces el señor, y cogiendo con ambas manos la corona, dobló una rodilla á los piés de Bice, y vuelto á levantar se la colocó graciosamente en la cabeza, diciéndola:

—Dios guarde á la reina del banquete, y todos los comensales respondieron con aclamaciones de aplauso. Luego rogó á la doncella que se sirviese (repitamos sus palabras), honrar aquellos pequeños dones ofreciéndolos con su graciosa mano á los caballeros y barones que le habian favorecido. Levantóse Bice, y con ella todos los convidados. El mismo Márcos, sirviéndola de escudero, la dirigió alrededor de la mesa, y recibiendo de mano de los pajes las prendas una por una, se las iba alargando á ella, que con mucha gracia las ponia en manos del que tenia enfrente; éste recibia el obsequio con una rodilla en tierra, y besaba la orla del vestido de la bella donadora. Tocóle á Ottorino un yelmo de acero con la cimera esmaltada, y no faltó quien notase que, al ofrecérselo la mano de la donosa reina, tembló más de lo regular; pero por entonces se atribuyó al peso de aquella arma, escesivo para el delicado brazo de una tierna doncella.

El último á recibir el presente fué el conde del Balzo, para el cual habia reservado Márcos un soberbio halcon neblí. Tambien como los demas con la rodilla en tierra lo recibió de mano de su hija,

y la besó la orla del ropaje; pero al levantarse, no pudo contener el ímpetu de su satisfaccion paternal, y echándola los brazos al cuello, la besó en la frente diciéndola:

—Dios te bendiga, hija mia, y se levantó una nueva voz de aplauso por toda la sala.

Cuando hubo cesado el rumor, dijo Márcos á la doncella:

—Muy bella amabilísima reina, entre tantos vasallos vuestros ¿seré el único á quien no alcancen vuestros favores? Si mi peticion no es demasiado altiva, podré obtener de vuestra mano una cinta, un cordoncito, un hilo, una señal cualquiera de que me aceptais por vuestro caballero y vasallo? Confusa quedó y como espantada la doncella, pero su padre le dijo, pronto quítate cualquier cosa, aprisa, uno de estos brazaletes.

—Obedeció ella, y quitóse del brazo izquierdo una cinta de seda bordada de oro, que Márcos recibió de su mano doblando la rodilla.

Levantadas las mesas, dividióse el concurso en varios corrillos, hablándose de las novedades del dia; y como se soltase alguna espresion sobre papa y anti-papa, el conde del Balzo se apoderó del auditorio, y tuvo campo donde sacar al sol todo su latin, ostentando cuanta doctrina canónica habia embaulado; y aquellos jóvenes, cuyos conocimientos no se estendian mas allá de su espada y su caballo, se maravillaban de tamaña erudicion; pero al fin se cansa uno de admirar, y tal vez no hay cosa que

mas pronto fastidie, mayormente cuando la admiracion es al fiado. Acordáronse los oyentes que tambien ellos poseian el don de la palabra, y uno por aquí, otro por allá, empezaron á soltarse del círculo que rodeaba al parlanchin, tanto que el auditorio quedó reducido á tres ó cuatro, y aun estos, en la primera pausa que el conde tuvo que hacer, se escurrieron bonitamente, y fueron á unirse al nuevo grupo que habian formado los desertores del primero.

Hablábase allí de la justa publicada aquel dia para festejar la promocion de Azon Visconti, electo vicario imperial. Despues de varias preguntas y respuestas Lodrisio sacó del seno un pliego y empezó á decir:

—Ved aquí el cartel, tal cual le han publicado los pregoneros; y habiéndosele apiñado alrededor todos los circunstantes, leyó en estos términos:

" Ora oid, señores príncipes, barones y caballe-
" ros, que os hago saber el grande y digno paso de
" armas, el festejo y la justa que se celebrará en
" Milan un mes despues de la data de la presente.

" Para sacudir el ocio, ejercitar el cuerpo, y ad-
" quirir gloria en el ejercicio de las armas, y la gra-
" cia de las nobles bellezas que servimos, y al mis-
" mo tiempo para ostentar el alegre bullicio de la
" ciudad y territorio por la promocion del magnífi-
" co é ilustre Azon Visconti á vicario imperial, no-
" sotros los caballeros infrascritos hemos resuelto
" sostener un asalto de armas y una justa, en la

" cual, desde salir hasta ponerse el sol responderé-
" mos á cualquier caballero forastero ó milanés, de-
" bidamente cualificado.

NOTA DE LAS EMPRESAS.

" Primera empresa, á caballo en la liza, cuatro
" golpes de lanza, y uno por la dama.

" Segunda empresa, con espada á caballo uno á
" uno, dos á dos, ó todos juntos al arbitrio de los
" maestres del campo.

" Los sostenedores suministrarán las lanzas de
" igual grueso y longitud, y la espada á eleccion
" de los contendedores.

" Si alguno da al caballo, será arrojado de las
" filas.

" El que rompa mas lanzas y mejor se porte, lle-
" vará en premio una armadura.

" Los contendedores deberán venir á tocar á al-
" guno ó algunos de los escudos colgados á la tes-
" tera del palenque, los que les pluguiese, ó todos
" si les place, y habrá un oficial de armas que los
" recibirá para inscribirlos.

" Otro sí: tambien deberán los contendedores
" traer ó mandar traer por un caballero á dichos
" oficiales de armas sus escudos con sus propios
" blasones y armas para colgarlas antes de empe-
" zar la justa, en el paraje susodicho, y en caso de
" que no estén colgadas á su debido tiempo, no se
" admitirán sin el consentimiento de los sostenedo-

" res y del ilustre y magnífico señor vicario impe-
" rial.

" Y en señal de verdad hemos escrito nuestros nombres.

—Detúvose aquí el lector.

—¿Y las firmas? preguntaron algunos: á ver, á ver.

Ved ahí las firmas:

—Sacramoro Liprando.—Ottorino Visconti.—Bronzin Caimo.—Pinala.—Pedro Maravilla.—Un Tanzo.—Dos Biragos.—Dos Bossio.—Berton Cacatossi.—Lorencito de Landriano.

" Dado en Milan de Lombardía, año del Señor
" 1329, el mes.... el dia...." ¿Quereis más?

El conde del Balzo, que durante el banquete habia estado absorto y como en sujecion con la natural majestad del aspecto y maneras de Márcos, sin hacer otra cosa que responder poco y mal á las preguntas que le dirigia el huésped de cuando en cuando; ahora que se hallaba lejos de él y fuera, por decirlo así, de la esfera de su accion, estaba de temple por los honores hechos á su hija y por la atencion con que habian escuchado tanto rato su primer discurso; no cabia en sí, y apenas observó que se habia concluido la lectura, adelantando la cabeza entre el grupo de jóvenes que la habian atendido, dijo con aquel tono interrogante que no pide respuesta, y solo es un asidero para meterse en la conversacion ya entablada:

—Se trata de justas y de torneos, ¿no es verdad?

¿Sabeis lo que significa justa? Yo os lo diré: justa viene de *juxta*, lo mismo que cerca, porque es un combate que se hacia de cerca, cuerpo á cuerpo.

—¿Y quiénes serán los jueces del campo? preguntó entonces uno del corro, que parecia hacer poco caso de aquella erudicion. Pero el conde, sin dar tiempo á que contestasen, iba prosiguiendo:

—Y sabed que es antiquísimo el uso de la justa, antiquísimo, del tiempo de la guerra de Troya, como si dijéramos mucho antes de la Tabla redonda y del rey Arturo, y por esto es que nosotros la llamamos *Troyæ ludus*, que significa juego de Troya, y aun guerra de Troya, porque los romanos llamaban *ludus* á la misma guerra, como si fuese cosa de juego.

Nadie resolló; pero el orador debia conocer por la cara y movimientos de sus oyentes, que no les daba mucho gusto el estudio de las etimologías, por consiguiente que le convenia cambiar de registro; y así, comenzó á hablar en tono magistral de armas y combates, materia á la cual parecia rodar naturalmente el discurso. Entonces desembuchó las mas enmohecidas cosazas, sobre el modo de comportarse en un paso de armas ó en una justa; enseñó él cómo debe un caballero aguantarse sobre los estribos, cómo abajarse y enristrar la lanza, manejarla, quitar un fendiente ó una estocada; citó muchos autores, trajo á colacion varios lances; finalmente, dijo tantas y tantas cosas, bastantes á que un erudito le tuviese por un valiente paladin, y por....

digamos solo por erudito, las personas del oficio, como lo eran cabalmente todos aquellos, los cuales de cuando en cuando se miraban al soslayo comprimiendo la risa entre dientes. Tal es la manía de todos los sabiondos: no hay medio de que quieran tener la bendita discrecion y cautela de no hablar con los ignorantes, precisamente de una cosa que es la única que estos saben.

Márcos no se habia separado de Bice, con la cual se entretenia en honesta y afable conversacion. Cuando á la hora de retirar presentósele el conde para despedirse, acompañó á la doncella hasta la puerta de la sala, y allí entregándosela al padre, le hizo de ella grandes elogios, acarició á maravilla, y le despidió diciéndole que esperaba que con sus visitas le indemnizaria del mucho tiempo que habian pasado sin verse.

Salió el conde tan embriagado de contento, que no tocaba en tierra. Llegado apenas á casa, refirió á su mujer el mucho honor con que le habia distinguido á él y á la hija, lo cual consoló bastante á Ermelinda, porque creyó que Ottorino habria comunicado á Márcos su desposorio con Bice, y que los obsequios de éste, eran señal de su complacencia.

No tardó mucho en comparecer Ottorino, tambien estraordinariamente alegre, y viniendo á conversar sobre los placeres de aquel dia, conoció que el conde y la condesa estaban en el concepto de que habia obtenido ya el consentimiento de Már-

cos, y no trató de despreocuparles. Contando seguro su negocio, despues del buen recibimiento que habia presenciado, pensaba hacer, en la primera coyuntura de hallar solo á su señor, lo que no habia osado en medio de tanta concurrencia. Pasó pues á tratar con los padres de Bice sobre las bodas, como cosa ya segura y próxima, y en pocas palabras quedó todo concertado.

Entonces el conde hizo de ojo á su mujer, y volviéndose á Bice, que al empezar la última conversacion habia enmudecido y ni aun osaba alzar la cabeza.

—Oye un poco la dijo, con una sonrisa entre necia y maliciosa, que tenia acostumbrada al ir á disparar un chiste: escucha, nosotros hemos echado la cuenta sin la huéspeda, te hemos prometido sin pedirte consentimiento, ¿y tal vez tú estas muy distante de pensar en semejantes niñerías?

Bice se puso encarnada como una grana, tomó la mano de su madre, y no respondió palabra: mas Ermelinda significó al conde que dejase las burlas, y luego dijo risueña á Ottorino:

—Aunque en estas cosas no caben preceptos, quiero que por ahora os contenteis con el sí que la madre os da por ella.

En esto se despidió el jóven, y la muchacha al verle partir levantó la cabeza, y sin dejar la mano de la madre, le dijo:

—Mañana vendréis, ¿no es verdad?

—¡Ah! ya cayó, ya cayó la melindrosilla, gritó

el conde riendo á carcajadas: ¿eh? ¿qué te parece? ¡Y la hubieras equivocado con una santa Lucía! ¡Ah mosquita! ¡mosquita!

Partió el jóven contento como unas pascuas, y ni mas ni menos lo estaban los que quedaron.

XI.

Conjuracion.--Delirio amoroso de Márcos.--Cabalgata.--Cabaña del barquero.

Un velon de plata con tres mecheros, iluminaba el gabinete reservado de Márcos Visconti, y esparcia en torno un suave perfume. Lodrisio sentado en un taburete de brazos sin respaldo, con un codo apoyado sobre una mesita, y la mejilla en la palma de la mano, estaba hablando al amo de casa, que le escuchaba con aire distraido, y como agobiado de algun otro pensamiento.

—De esto podemos estar seguros, decia el astuto consejero, hoy el duque de Monteforte ha tocado los veinticinco mil florines de oro que Ludovico Bávaro le libró contra vuestro sobrino Azon y mañana emprenderá hácia el Tirol con sus alemanes para no volver. El emperador, que le aguarda en Toscana con el dinero, tan esprimido como está, cuando sepa mañana que su conde se la ha pegado, ¡por vida mia que ha de quedar tonto! ¡Sabeis que

este ha sido un golpe maestro! ¡desembarazarnos de esa familia! ¿Y quién podia emprender cosa hasta que nos los hubiésemos sacudido de encima?

—¡Ciertamente! respondió Márcos distraido.

—Con todo, seguia el otro, teneis mil razones en lo que me deciais esta mañana, que conviene dejar que los clérigos y frailes enviados por el papa hayan tenido tiempo de hacer su efecto; conviene que el Bávaro se debilite mas y mas, en gente y en dinero, como le va sucediendo ahora. ¡Oh, á propósito primo! los ochocientos caballos alemanes, que dijeron desertados porque no les andaban corrientes las pagas, se han fortificado en el valle de Nievole, castillo de Ceruglio: decidme, ¿aun no se sabe en el palacio del vicario?

Márcos, que en aquel momento tenia la cabeza en otra parte, habia percibido las últimas frases, á poca diferencia como uno que se está cayendo de sueño, y sus oidos perciben el sonido material de las palabras, sin que el entendimiento comprenda el sentido; y de la misma manera que el soñoliento, dispertado por el que le habla, torpe y casi fuera del mundo como está, de las últimas palabras que conserva en el oido deduce á bulto la materia del discurso; así Márcos, por la palabra Ceruglio, cuyo sonido le ondeaba aún en las orejas, y por el acento interrogante de Lodrisio, adivinó de qué se trataba, y disimulando su distraccion como si siempre hubiese estado atento, respondió:

—¿La tropa de Ceruglio, eh?

—¿Sí, decia, si vuestros hermanos, si el vicario lo ha olido aún?

—Se lo ha avisado el mismo Bávaro, respondió Márcos: ademas, el emperador reune mucha gente alrededor de mi sobrino, para recabar el dinero de la investidura, con el cual cuenta reducir á la obediencia aquella tropa rebelde.

—¡Está fresco! si lo espera de allí, tardará á contarlo, respondia el otro.

—¿Sabes, empero, continuaba Márcos, sabes lo que ha proyectado Azon? ¡Adivínalo por tu vida! enviarme á mí al Ceruglio en vez de dinero.

—¿Cómo?

—Lo que te digo, quisiera que yo fuese á plantarme entre los rebeldes para tenerles quietos hasta que él haya podido recoger el dinero para pagarles.

—¿No se esplica mal el niño, dijo Lodrisio con socarrona risa.

—Ello es así, proseguia Márcos, hoy mismo por la mañana me ha tocado esta tecla, diciéndome que yo seria el salvador en este negocio; que solo yo puedo sacarle del berengenal en que se halla metido, porque aquellos alemanes me conocen, y fiarán en mi palabra; ponderaba mis hazañas....

—¿Vuestras hazañas, eh? podiais decirle que aun le falta ver la mejor. En esta parte no es tonto, quisiera arrancaros de aquí donde le hace sombra vuestra nombradía: lo veria un ciego.

Sonrióse Márcos, y añadió:

—¿Sabes lo que me habia ocurrido pensando en esto?

—¡A ver!

—Cogerle en su misma red; irme al valle de Nievole como él quiere, ganarme aquellas ochocientas lanzas, toda es gente que por mí se echaria al fuego (en esto acertaba mi sobrino), tomarlas bajo mi sueldo, tú aquí para dar el golpe, y cuando el Bávaro acudiese á reponer su criatura, hé ahí que me le echo encima por la espalda con las ochocientas lanzas de Ceruglio, y con los refuerzos de Toscana que habré reunido entretanto.

Lodrisio saltó en pié esclamando:

—Primo, ésta vale á peso de oro, ¡oh! no hay que dudarlo, le haremos la barba.

—Basta, dijo Márcos, lo trataremos mas de espacio. Me parece que se puede sacar partido: esta noche no tengo mucha gana de ocuparme de ello. Hasta mañana.

—Repito que es escelente proyecto, seguia Lodrisio encaminándose á la puerta.

—¡Y qué manejo podrá darse á las negociaciones entabladas con Florencia, una vez que esteis en el valle de Nievole, al frente de ochocientas lanzas!

—A propósito de Florencia, dijo Márcos para cortar la conversacion, me haces venir á la memoria que esta noche tengo que escribir á aquella señoría.

—Primo, Dios te guarde.

—Adios, pues, añadió Lodrisio, y se marchó.

Márcos quedó solo, y siguió un rato paseando la sala á lo largo y al traves con paso precipitado y con la cabeza baja: rodeábala de cuando en cuando, y hacia con la mano cierto ademan de querer desprenderse de alguna cosa incómoda: finalmente, se paró de golpe, y en alta voz, como si se impusiese á sí mismo un precepto, dijo:

—Es preciso escribir á la señoría de Florencia. Desprendió la espada del cinto para estar mas á su placer, y la colgó en la pared; mas al empuñarla por la guarnicion, reparó en el favor de Bice, en aquella cinta, que él mismo habia atado al acero; contemplóla un momento, y luego retiró los ojos casi con desden: acercóse al escritorio, desdobló un pliego de pergamino, destapó el tintero, mojó la pluma, y como al probarla pintase grueso, se puso á arreglar los gavilanes, pero dale vueltas, corta y recorta, no hacia cosa buena, pues andaba revuelto su cerebro. Cuando Dios fué servido tornó en sí, como advirtiendo lo que hacia y lo que queria hacer, tiró el trozo de pluma hallado entre manos, cogió una nueva, cortóla perfectamente, y escribió:

" Nobilibus dominis sapientibus, etc. et Commu-
" ni Florentiæ amicis diligendis precipue Marcus
" Vicecomes, cum sincera dilectione salutem. "

Hecho esto, apoyóse en el respaldo del asiento, alzó la cabeza y se puso á discurrir las frases con que dar principio á la carta; pero fijo en aquella postura, no separaba los ojos del techo, y la carta

no se adelantaba. Al fin, retirando con desembarazo un grande monton de pergaminos que tenia delante, y levantándose otra vez, dióse una palmada en la frente, y volvió á pasearse, diciendo entre sí:

—¿No lo sabia ya que se parecia tanto á Ermelinda? ¿no me lo habia escrito y esplicado de palabra tantas veces Ottorino?.... ¡Aquel calavera!.... ¡Hasta la voz es toda suya! la sonrisa, el garbo, la espresion de sus ojos..... ¡Pobre paloma!.... A tal aspecto, al sonido de aquella voz me parecia tornar á mis primeros años, á los años de esperanza.... ¡Oh! ¡qué se hicieron aquellos felices dias! El maligno soplo de la iniquidad aun no habia contaminado mi corazon.... al lado de Ermelinda toda la naturaleza me sonreia, en cada hombre veia yo un amigo..... y luego..... ¡Cuántos pesares, cuánto fastidio! ¡Tambien yo me he engolfado en el lodazal, tambien me he embriagado de sangre! no creia haber nacido para esto.... ¡Bice! ¡bello nombre!....

Al llegar aquí soltó una sonrisa sardónica, cual si hubiese sorprendido á un inferior en lance vergonzoso.

—¿Y eres tú, proseguia, eres tú aquel Márcos de quien tanta parte de Italia espera la decision de su suerte? ¿Tú sazonado con tantos años de amarguras, endurecido con tan recias y trabajosas adversidades?..... Ya en el borde de aquel vasto y oscuro porvenir hácia el cual te adelantas ufano, dis-

traerte en delirar por una niña? ¿Qué diria Lodrisio..... aquel espíritu burlon? ¡Ea! disípese esta niebla fatal, y vuelva á brillar mi estrella con todo su esplendor.... ¡sí, lo quiero!

Volvió á su carta comenzada, y no la dejó de mano hasta haber llenado cuatro largas páginas de una letra metida, y hecho, fué á acostarse con la fantasía llena de güelfos y gibelinos, papa y emperador, intrigas y armas.

Pocos dias despues Ottorino, de vuelta de Pavía, adonde habia sido enviado al objeto de tratar con algunos conjurados, presentóse á su señor resuelto á declararse sobre la marcha y pedirle su consentimiento para casarse con Bice; mas á primera vista ya le observó tan ceñudo, mal humorado y desabrido, que no pudo resolverse. Dió el jóven cuenta de todo lo concerniente á su comision, y en seguida, para dejarse caer á lo de su interes personal, empezó á hablar del conde del Balzo, con motivo de una disputa que éste habia tenido con un fraile sobre la ilegalidad de la deposicion del Pontífice Juan: disputa larga y acalorada que terminó conviniendo el fraile en las ideas del conde, cosa que metió mucho ruido.

Rióse Márcos en sus adentros al oir la relacion de un lance que él mismo, con industriosa sutileza, habia ido preparando de lejos, y que es tiempo ya de esplicar á los lectores. Luego de llegado á Milan el conde del Balzo, queriendo Márcos sacar provecho de él, habia procurado que su casa fuese fre-

cuentada de ilustres caballeros y doctores, y que se hablase allí de los asuntos del dia; y no queriendo dejarle reducido puramente á las armas de su latin, que tal vez no eran del mejor temple para contrarestar á los que podian usarlas mas fuertes, le habia disimuladamente reforzado con algunos valientes campeones, entre los cuales se contaba nuestro conocido antiguo el abogado de los limontinos, y venian al auxilio del amo de casa, siempre que en la pelea veian deslizársele de entre manos la espada.

Figuraos cuánto se ahuecaba y se regocijaba el conde no cabiendo en sí de placer por la vanidad de predicar todo el dia á un auditorio atento y obsequioso, y por la añadidura de hacer conversiones.

A propósito de estas conversiones, conviene que aquí para entre nosotros y confidencialmente, participemos al lector otro secreto. Ellas no eran por lo comun fruto de la dialéctica del orador, sino de otra lógica mas eficaz y concluyente que venia cada dia con las cartas de Toscana dando por desesperada enteramente la causa del anti-papa Pedro de Corvara, y anunciando que retoñaba cada dia mas ufano el crédito del pontífice Juan: ademas otra especie de argumento *ad hominem*, solia estar en boga, y producir milagros sobre la mente de los mas obstinados: salia de las cajas de Márcos, siempre bien provistas de dinero y siempre abiertas.

Muchas veces despues de resumido con la mano

el argumento, si el convertido era persona acreditada por su saber ó por otra causa, era admitido por la noche en casa del Balzo, y allí, despues de disputar un buen rato con el amo, mostraba rendirse á la fuerza de las razones contrarias, y con el peso de su autoridad arrastraba tras sí á los mas sencillos.

Era una bellaquería refinada en aquellos tiempos rudos y bárbaros mas bien que maliciosos: en nuestra era en la cual los ingenios se han adelgazado en el sutil y maravilloso arte de enredar al prójimo, seria una simpleza y un juego de manos para embobar niños y mujercillas.

Volviendo á Ottorino, que habia nombrado al conde para ir á parar á la hija, al acabar de referirse la conversion del fraile, vió apuntar en el rostro de Márcos un rayo de aquella risa interior que hemos dicho antes, risa de efímera satisfaccion por el buen efecto de sus artimañas: observóla y se reanimó; pero el otro, anublándose otra vez, le dijo con tono de mal disimulada mofa:

—Yo te hacia entre los bravos de tu clase divertidos en manejar lanzas y espadas, y conversar de caballos y torneos, y tú te metes con los clérigos á disputar de papas y de cánones.

—Es que, respondió el jóven algo confuso, aunque contento de poder en algun modo encarrilar la conversacion:

—Como hace tan poco tiempo que el conde está

en Milan y le debo tantos obsequios, y..... á la verdad.... tambien á la familia....

No prosiguió, porque notó en su oyente una atencion sombría y fúnebre.

—Pobre de mí, decia en su interior, no le he pillado en buena coyuntura: ¡si le bailará en la fantasía algun proyecto diferente!.... Varió pues la conversacion sin poder ocultar lo embarazado del que va mendigando palabras para no quedar como tonto en el momento de tener que retirar las que tenia en la punta de los labios.

Márcos le dejaba hablar, estudiándole en silencio aquel aire desconcertado, aquel afan y aquellos circunloquios, y le observaba friamente, clavándole una mirada fija cual si quisiese penetrarle; mirada que los ojos mas serenos no podian resistir sin abajarse. Por dicha del jóven vino á librarle de aquel conflicto un paje que asomó á la puerta anunciando al abad de S. Ambrosio.

—Que pase adelante, dijo el amo, y el jóven se marchó algo despechado de tal proceder; pero sin hacer mucho caso, pues lo atribuia al humor fantástico de su señor, y se prometia salir á cabo de su intento en pillándole de buen temple.

Entretanto pasaba la mayor parte del tiempo al lado de su prometida esposa, hablándola de su amor, de sus primitivas esperanzas, recorriendo deliciosamente todos aquellos dias que habian pasado juntos en Limonta, todos los lances del naufragio y de la caza, exigiendo con alegre rigor la esplicacion de

aquel aire de despecho con que tanto le atormentó; todo se le convertia en placer, pues á un suave reproche hecho por la risueña madre á Bice, á una palabra truncada, á una tinta encarnada que la modestia hacia despuntar en las mejillas de ésta al renovar tales recuerdos, el enamorado doncel se confirmaba en la certeza de ser correspondido.

Cierto dia convidóle su señor á acompañarle en una cabalgata por la ciudad, eligiéndole entre la multitud de caballeros para estarle al lado; favor que ardientemente ambicionaba toda la juventud admiradora de aquel hombre singular. Márcos, al paso que con una inclinacion de cabeza ó con un movimiento de mano, iba contestando á las demostraciones del concurso apiñado en las calles, terrados y ventanas para verle pasar, dispensaba á su primo las mas amorosas caricias, como si con la estraordinaria benignidad y con aquel agrado poco comun, quisiese indemnizarle y escusarse de la austeridad con que le habia tratado en su última entrevista. Oyes, primo, le dijo al cabo de un buen rato: tengo que ir pronto á Toscana, y tú me acompañarás.

Quedó el jóven todo desconcertado con tan imprevista noticia, y respondió titubeando:

—¡Tanta merced! mas.... al presente....

—¡Qué! ¿Tienes acaso otra cosa que te interese mas que tu señor?

—No, estad seguro; pero....

—¿Pero qué?

—Ya sabeis que debo ser uno de los mantenedores de la justa, y que ha corrido el cartel con mi nombre entre otros.

—Si esta es toda la dificultad, fácilmente la zanjaremos. ¿Tan menguada es mi corte que no pueda sustituir otro caballero en tu lugar?

—Cuando la utilidad del señor motiva la falta, queda disculpada.

—Ya comprendo, añadia luego sonriendo, pero con afectada sonrisa; ¿á que adivino la causa de tu repugnancia á esta repentina marcha? Es porque han de llegar pronto á Milan, Rusconi y su hija.... Vaya, esta vez el deber no perjudicará al amor. Antes de partir le darás el anillo.

Ottorino, puesto en tal aprieto, conoció que no era tiempo de vacilar, sino resolverse y hablar claro, y así dijo:

—Mucho sentiria disgustaros, pero os ruego por la fidelidad con que siempre os he servido....

—¿Adónde vas á parar con esta charla? interrumpióle bruscamente Márcos: ¿habrias variado tal vez?....

—En verdad, prosiguió el jóven; nunca he dado mi palabra á la hija de Rusconi.... no hubo mas que conversacion al aire, y me creo dueño de mí mismo....

En tanto la comitiva llegada á la Brera del Guercio pasaba por frente del palacio del Balzo, Márcos y Ottorino á un tiempo levantaron la vista hácia el balcon, donde estaban padre é hija: fácilmen-

te adivinará el lector en cuál de los dos caballeros se fijarian las miradas de ésta, mientras el padre se deshacia con todos los brazos fuera del antepecho haciendo á Márcos repetidos besamanos y acatamientos. Cuando hubieron pasado, quiso el jóven anudar el interrumpido razonamiento; pero su señor muy severo le señaló con la mano, que se quedase atras con el estandarte del cortejo que iba siguiendo, y en seguida abandonó las riendas sobre el cuello de su caballo, metióle espuelas, echándole á todo escape hasta el patio de palacio, donde echó pié á tierra, subió la escalera sin desplegar los labios, y no estuvo visible en todo el dia.

No le sepa mal al lector retroceder un poco hasta Limonta, donde hemos dejado algunos amigos, sobre los cuales iba á descargar la tormenta: nada menos que las sesenta lanzas capitaneadas por Bellebuono para hacer un escarmiento en el pais.

Mientras aquellos salteadores, embarcados la víspera en la ribera de Lecco, navegaban silenciosos la vuelta de Limonta llevando en su corazon la rapiña y el estrago; mientras que por otra parte, Lupo corriendo á reventar, subiendo y bajando las tortuosas y quebradas sendas de la montaña, con esperanza de llegar á tiempo para persuadir á la fuga á sus amenazados paisanos, ó prepararles á la defensa, los limontinos, ignorando lo que pasaba, se habian retirado, segun costumbre, cada uno á su casita para las acostumbradas tareas de la tarde.

La cabaña del barquero, padre del ahogado, es-

taba situada, como hemos dicho, fuera de la aldea, hácia Cierzo. Desde el lago solo se descubria de ella un pedazo de techo de paja con una cruz de madera en el vértice; el resto quedaba oculto entre dos añejos castaños que parecian inclinarse para abrazarla. Por dentro, presentaba una estancia sin enladrillar, el techo enrejado, y las paredes ennegrecidas de humo. Tenia en un rincon una camilla cubierta con una gruesa y tosca colcha de las que llamaban *catalanas*, por trabajarse en Cataluña, y aun conservan su nombre en algunos lugares del lago de Como. Era la cama del malogrado Arrigozzo, sobre la cual estaba tendido á la sazon su fiel perro.

Distaba pocos pasos del pié de la cama una maciza caja llena de tierra, en la cual se encendia el fuego, segun la costumbre entonces general en Europa (pues era aun muy reciente la invencion de las chimeneas), y á la sazon tenia puesto á hervir un puchero colocado sobre una trébedes; mas adelante, precisamente en medio del aposento, descollaba una mesa de haya, cuatro taburetes de paja, media docena de remos, un rastrillito de troncos, y sobre él, puestos de parada, algunos platos; tres escudillas de barro y tres cucharas de laton, lucientes como un oro, una arca, una fisga y una nassa componian todo el ajuar.

Sentada junto á la mesa, sobre la cual colgaba un candil de hierro, asido á una estaca pendiente del techo, estaba hilando la vieja Marta, madre del

ahogado. Su cara, enjuta mas bien que descarnada, sulcada de pocas arrugas, su cuerpo, todavía tieso, y la agilidad de sus miembros, mostraban una complexion robusta y briosa, que no habian rendido aún las incomodidades de una vida pobre. Pero aquella frente, de cuyo fondo espiraba una aura de serena tranquilidad, se veia á la sazon anublada de un pesar reciente y desusado. Quien la hubiese visto por primera vez, podia fácilmente notar en sus mejillas una palidez que no debia serles habitual, y unas arrugas frescas aún, hubiera adivinado que aquellos ojos hinchados y abatidos de tanto llorar, no estaban acostumbrados á derramar lágrimas. Movia visiblemente los labios diciendo sus oraciones, pero de aquel silencioso rezo no se percibia sino el roce de las últimas sílabas que morian en su boca con un ligero silbido acompañado de frecuentes y fervorosas inclinaciones de cabeza.

De cuando en cuando volvia los ojos á la camilla, luego los levantaba al cielo en ademan de desconsolada piedad, manifestando la secreta súplica que dirigia al Señor para que se dignase llamarla á sí y reunirla á su Arrigozzo.

Miguel, sentado de espaldas á la mesa y junto al fuego, algo inclinado sobre éste, con una cuchara en la mano, meneaba un puchero de panizo en leche, que estaba hirviendo. Oscurecia su rostro un dolor más áspero, más duro, con cierto tinte de furioso y despechado. Adrede volvia la espalda á su mujer para no exasperar su dolor con la vista del

dolor materno, y continuaba su tarea sin volver nunca la cabeza. Al cabo de una media hora, levantóse la mujer, quitóse del costado la rueca y sacó del fuego el puchero: en seguida, vuelta al rastrillo, preocupada todavía con el fervor de su oracion, vióse delante las tres escudillas, cogiólas maquinalmente, y practicando del mismo modo en su preocupacion todo lo demas acostumbrado de tantos años las colocó todas tres encima de la mesa, puso al lado de cada una la correspondiente cuchara, derramó en ellas la vianda y llamó:

—¡Miguel! venid á cenar.

Mas á lo que Miguel obediente se acercaba á la mesa, apercibióse la consorte de que habia puesto un cubierto de más, cogió precipitadamente una de las tres escudillas, y la puso en tierra queriendo figurar que la habia llenado para el perrito; pero no se le escapó al marido aquella accion solícita y turbada, reparó en la tercera cuchara que quedaba aún sobre la mesa en el puesto acostumbrado, y adivinando la amorosa distraccion de la madre, volvió el rostro para ocultar su conmocion, tomó su plato y cuchara, y se restituyó al primer puesto. Marta inclinó la cabeza sobre el pecho, estuvo un rato para reanimarse, y luego llamó por su nombre al perro que, levantando apenas la cabeza de entre las piernas, meneó ligeramente la cola y no se movió, por lo cual acercóse ella á la cama, acarició́le, y levantándole, fué á colocarle junto á la vianda.

Al perro nunca le habia mirado ella con devo-

cion, puede decirse que siempre le habia tenido ojeriza, y por su causa habia regañado al hijo alguna vez, porque en años tan miserables le sabia mal recargar á la pobre familia con aquella despensa; pero desde la muerte de Arrigozzo, el no dispensar al animalito todos los cuidados que solia recibir del hijo, decirle una palabra áspera, ó hacer una mala accion, le pareceria una cosa fea, un delito, un sacrilegio.

El perrito, á su modo, y con un débil aullido, semejante al gemir de una persona, agradecia al ama la desusada solicitud; finalmente, arrimó el hocico al plato, lamió un momento, y en seguida saltó otra vez sobre la cama, acurrucóse, y quedó quieto.

—Hasta este pobre animal quiere morir tras él, dijo entre sí la vieja que le habia estado observando. Sentóse, persignóse, y empezó á comer. Tomaba una cucharada de aquel cocido despues de haberle meneado un rato por la escudilla, pero parecia crecerle en la boca; no podia tragarlo: solo cuando vió que volvia el marido á dejar su plato sobre la mesa, engulló de prisa dos ó tres cucharadas, una tras otra, para hacerle creer que comia de gana.

Un momento despues, advirtió que la escudilla del marido aun estaba casi llena; tomóla, acercóse á él que se habia sentado otra vez junto al fuego, tocóle la espalda, y dijo:

—Vamos, Miguel, come, por Dios; ¿cómo quie-

res aguantar? Mira, si haces esta vida..... en todo el dia puede decirse que no te has desayunado.

El barquero se encogió de hombros toscamente sin responder, y ella prosiguió con voz desmayada:

—Vamos, á lo menos come un poco: ¿quieres dejarte morir de debilidad? En conciencia estás obligado á conservarte: hazlo por mí, que si me llegases á faltar..... Un raudal de lágrimas le ahogó la voz.

—¡Eh! gritó entonces el barquero, ¿no acabarás nunca con tu llanto? ¡todo el dia, todo el dia, y siempre lo mismo! y enjugándose tambien él los ojos con el sobre de la mano:

—Le resucitarás, ¿no es verdad? ¡Por mi vida, que ya no puedo aguantar más!

La desolada vieja retiró las lágrimas, que volvieron al corazon mas amargas y dolorosas, enjugóse los ojos con el delantal, y se puso otra vez á hilar.

Ni uno ni otro resolló durante un buen rato: la mujer, sin interrumpir su trabajo, echaba de cuando en cuando alguna ojeada al marido, que sentado en una baja tarima con los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos, parecia estar llorando. Levantóse éste por fin, y acercóse á su mujer como si quisiese decirla algo para consolarla y remediar con algunas caricias la pena que la habia causado poco antes su hablar descompuesto, pero únicamente dijo:

—Y bien, Marta, haré lo que quieras; comeré por complacerte á tí.

Y efectivamente se puso á comer.

—Escucha, Marta, añadió á poco rato: mañana tengo que llevar á Dervio, el síndico de la aldea; con el dinero del barcaje le haremos celebrar una misa.

—La haremos decir en Lugano, que no hay interdicto.

—La misa ya se la he hecho decir yo, repuso la mujer: y alzando el dedo á la mazorca: ¿Ves esta lana? decia, precisamente es del monseñor de Lugano, el hilar va en descuento de la misa.

El barquero comprimió los labios, que sobresaliendo por la repentina conmocion, se le habian puesto agudos y trémulos, y conteniendo con mucho trabajo las lágrimas, sintió por su vieja compañera una compasion, una ternura, una pena con cierto no sé qué de más fuerte, más santo, y aun más suave, que el ardiente amor de sus floridos años.

XII.

Devastacion é incendio de Limonta.---Travesura de Lupo.--Conferencia de Márcos y el abad de S. Ambrosio.

Era de noche; oíase solamente el bajo mugir del lago, sofocado de cuando en cuando por el zumbido del viento entre las ramas de los castaños que

cubrian la cabaña del pescador; cuando el perro, recogido sobre la cama, levanta el hocico, aguza las orejas, y comienza á gruñir; luego salta, corre á la puerta regañando y ladrando mohinamente. Miguel y su mujer, aplican el oido, no oyen cosa particular, nada mas que el acostumbrado rumor. El marido quita la tranca, abre la puerta, sale al raso, y siente á lo lejos á la derecha por la parte de Limonta, el ladrar de otro perro, el perro del pescador, sube á una peña detras de su casilla, mira hácia la aldea, y ve el cielo todo rojo, las peñas mas altas reflejan una luz vária y movediza, luz de incendio.

—¡Fuego en Limonta! grita de repente, y párte corriendo para prestar el auxilio que requiriese el caso.

—Guárdate de mal y vuelve pronto, le grita su mujer, y se arrodilla á rogar á Dios.

Miguel, andando, oyó algunos gritos procedentes del lugar, y luego otros esparcidos en lo alto de la montaña y hácia la playa; distinguia unos de otros en términos de poder indicar de qué casa y de qué cabaña salian, pero poco á poco se multiplicaban, se mezclaban, se confundian en una sola gritería.

Llegado á una eminencia, pudo cerciorarse de que el fuego habia sido puesto adrede, pues vió arder á un tiempo dos casas situadas en los dos estremos del lugar. Aguzó la oreja, aplicóle detras una mano abierta para recoger mejor el sonido, y en-

tre aquel confuso estrépito pudo distinguir algunas voces de amenaza y blasfemia: dirigió atentamente la vista por encima del cementerio, y entre gran confusion, apercibió el reflejo de corazas y lanzas; sospechó entonces lo que podia ser, y adivinólo.

Crecia entretanto el incendio; en un momento todo el pais fué una sola llama. El lago parecia de fuego, veíanse algunas barquillas desprenderse de la ribera á fuerza de remos, al principio ellas y la gente que llevaban presentábanse rojas y como inflamadas; pero se iban apagando á medida que se hacian adentro, y teñidas de un albor muriente, ora se perdian de vista, ora volvian á parecer entre las últimas ráfagas de luz agitadamente esparcidas sobre las aguas, hasta que desaparecian del todo en la inmensidad de las tinieblas.

El barquero casi estaba para pasar adelante y precipitarse en medio de aquel estrago; pero contenía-le el recuerdo de la que acababa de dejar sola en su pobre cabaña.

Mientras se detenia de esta suerte, oyó un ruido, un pisoteo como de cosa viviente que se le iba acercando; retiróse detras del tronco de un viejo olivo, y al resplandor de las llamas hasta que llegaba allí, distinguió una mujer que llevaba un niño á cuestas, y á su lado una niña asida del delantal andando detras de una ternera. La bestia displicente, volvíase á mirar hácia la aldea, atraida quizá por el amor del pesebre abandonado y mugia; entonces

se oyeron alrededor á diferentes distancias y direcciones muchos mugidos que respondian á aquel primero: señal de otros desdichados que trasladaban huyendo, la familia, la ternera y su poco haber.

Miguel reconoció pronto á la mujer; salióle al paso, llamóla por su nombre, y le preguntó:

—¿En qué está la cosa? decidme, ¿puedo prestar algun auxilio?

—Los soldados del monasterio han puesto fuego al lugar, respondia la cuitada, y matan á los que encuentran: estamos destruidos, estamos perdidos todos: ¡ay misericordia! ¡qué cosa me ha tocado presenciar! esta es la última noche de Limonta: Dios quiere castigarnos de algun gran pecado. Miguel, añadió con tono suplicante, ya que la Providencia os ha enviado, ayudadme á hacer caminar á esta bestia, que es cuanto me queda para sustentar á mis pobres hijos.

El barquero cogió la soga con la derecha, púsose debajo del brazo izquierdo la muchacha que antes seguia llorando á su madre, acompasando con fatiga sus pequeñitos pasos con los apresurados de ésta, y así se dirigieron juntos á Bellagio.

—Dios os lo pague, decia la infeliz, y las benditas almas: la caridad que haceis á esta pobre viuda la hallaréis en el otro mundo, y será en sufragio de la bendita alma de vuestro Arrigozzo.... ¡Ah! Miguel, vos erais la compasion de todo el lugar, no se hablaba mas que de vuestra desgracia; pero mañana, ¡cuántos tendrán que llorar á un hijo, cuántos

os envidiarán el haberle perdido del modo que le perdiste!

Él iba andando con el corazon oprimido, y echando alguna ojeada, ora á la aldea incendiada, ora á su cabaña, á la cual volvió luego que hubo puesto en salvo á la viuda y su familia.

Apenas puso el pié en ella, vió venir hácia sí un hombre medio vestido de hierro, y creyéndole uno de los salteadores que asolaban el lugar, echó mano á la tranca arrimada detras de la puerta, y le embistió resueltamente; mas el soldado gritó:

—Miguel, ¿no me conoceis?

—¡Ah! ¿Eres tú, Lupo? ¿Tambien tú has venido con esos perros?

—¡Dios me libre! he corrido para libraros de ellos, mas no he llegado á tiempo, se han apoderado del pais; todo es llamas, y los nuestros ó han muerto ó han huido: ahora, ya que no se puede á la fuerza, es preciso recurrir á algun ardid, á lo menos para impedir el mal que no hayan hecho, librar de las garras de esos condenados á los que han cogido vivos y que quieren ahorcarlos mañana, segun me ha dicho Estéban el pescador, que le he encontrado á la subida en la orilla del lago.

—¡Santo Dios! En cuanto á mí, yo iria, pero.... y luego, ¿qué podemos dos contra tantos? dijo el barquero.

—No somos los dos solos, algun otro hay que nos aguarda, y tengo discurrida ya una estratajema, pero necesito que me ayudes; á propósito he

venido á buscarte porque sé que eres hombre de corazon.

—¡Santo Dios! repetia Miguel.

Reflexiona.... mas su mujer adivinando el amoroso cuidado que le tenia indeciso, díjole resuelta:

—No pienses en mí, el ángel de la guarda velará sobre esta casa; y si acaso.... si aun.... es caridad al prójimo, y estamos obligados.... Marcha, marcha.

Miguel solo le respondió:

—Dios te guarde, y echó á correr con Lupo. Este, sobre el camino, le esplicó su proyecto, hicieron entre los dos algunas variaciones, y cada uno se preparó á desempeñar su parte. Llegados cerca del pueblo, Lupo, por una senda transversal, fué á buscar tres ó cuatro limontinos mas que le estaban esperando escondidos en una zanja, armados de hachas y cuchillos; Miguel, del todo inerme, sin un solo palo siquiera, siguió de frente hácia el cementerio, donde estaban los soldados. Apenas le descubrieron, cuando uno de ellos corrió con la espada desnuda para herirle; mas el barquero sin aguardar á tenerle encima alzó ambas manos gritando:

—Busco á vuestro gefe: ¿no se llama Bellebuono?

—¿Y qué tienes que departir con Bellebuono?

—Es un secreto.... ea.... enséñamele, es bueno para él y para tí.

—Cuando menos, decia entre sí el soldado, es un mirlo que ha venido á enfilarse él mismo: será un cirio mas para la fiesta de mañana.

—Vamos pues, añadió en voz alta; villano, ven conmigo: y dicho esto, condújole á la capilla, depósito del miserable botin del lugar, y donde estaban con las manos atadas á la espalda los infelices caidos vivos en poder de aquella desenfrenada soldadesca, y los guardaban para mas escarnio. El limontino reconoció entre tantos al pobre cura, y al entrar vió que un soldado le descargaba una puñada en la cabeza.

—Ahí tienes á Bellebuono, dijo á Miguel su guía, señalando al agresor.

Dirigióse á él nuestro barquero: de pronto pareció quererle tragar vivo, pero amansóse al son de ciertas palabras al oido: hablaron un rato en secreto, y despues el gefe de las sesenta lanzas cogió cuatro soldados y siguió al limontino hácia una casita, poco separada del lugar, junto al valle de Roncate.

—¿Por mas de trescientos florines, me has dicho? preguntaba Bellebuono á su conductor, mientras los dos caminaban ocho ó diez pasos delante de los cuatro soldados de la escolta.

—Sin duda, respondió el preguntado, es la plata de la iglesia, y sus ahorros de mas de veinte años.

—¿Pero la casa del cura no es aquella junto al campanario?

—La que buscamos es de un sobrino suyo, y allí está el tesoro.

—¿Cómo diablos no lo han olido mis soldados en el saqueo de toda la noche?

—¡Si es imposible! ¿A quién quereis que le ocurra buscarlo en el paraje que os he indicado?

Así conversando, llegaron á una casita situada en el vertiente, y Miguel dijo:—Esta es.

—Hola, Ribaldo y tu Vinciguerra, mandó entonces Bellebuono; quedaos acá fuera de centinela, y que nadie salga sin mí, y á mi primer aviso daréis un grito para llamar mas gente, si fuere necèsario, y vosotros adelante.

—Oid, dijo el barquero al gefe, de manera que pudiesen oirlo los cuatro soldados:

—¿Conque me prometeis dar libertad á todos los prisioneros?

—Sí, te lo he prometido, te los daré todos menos el cura que me tiene fastidiado con sus malditos sermones: precisamente le quiero amugronar para ver si el bellaco tendrá tanta charla cuando esté colgado cabeza abajo.

—No, no; replicaba Miguel, todos me habeis dicho, el....

—Bien, bien, te daré el cura y todo, con tal que el muerto no sea de menos valor del que le figuras.

Los que habian recibido la órden, quedaron de centinela en la puerta: Bellebuono, Miguel y los otros dos lanceros subieron la escalera, y se hallaron en un pequeño pasadizo que daba frente á una puertecita.

—Si quereis que baje yo tambien, dijo el limontino al gefe, os enseñaré el paraje.

—¡Bribon! respondió éste, ¿tendrás allí alguna

salida y querras escaparte y plantarme con un palmo de narices? No, no; quédate aquí con estos dos amigos que te harán compañía.—Soldados, por lo que pueda tronar, no le dejeis de entre manos hasta que yo vuelva.

Los lanceros colocaron entre los dos al barquero que no hizo la menor demostracion; solamente dirigiéndose siempre á Bellebuono, que con una linterna en la mano se adelantaba hácia la indicada puerta, añadia:

—No se puede errar; despues del segundo aposento, una escalerilla de caracol, debajo del cuarto tonel, una piedra cuadrada....

—Sí, sí; ya me acuerdo de todo, respondió Bellebuono.

—Con todo, si quereis que yo vaya tambien, insistia el barquero.....

—Yo me arreglaré.

Estas fueron las últimas palabras del pícaro, introducido ya en la segunda estancia: oyéronse sus pasos escalera abajo, la luz de la linterna iba retirándose y desapareció del todo: pasaron algunos momentos de silencio, luego se oyó abajo en lo profundo de la bodega un rumor sordo, como si hubiese caido alguna cosa muy pesada.

Temblaba el barquero de piés á cabeza, el corazon se le queria saltar del pecho, y quiso su buena estrella que en el pasadizo no habia bastante luz para que los dos guardias pudiesen observar el desfallecimiento en sus ojos y rostro.

—¿Qué puede ser aquel ruido? decian entre sí los dos soldados, teniendo siempre en medio á nuestro Miguel.

—¿Habrá tropezado Bellebuono ó removido alguna cosa?..... ¿Si habrá alguno escondido? ¿Vamos á verlo?.... ¡Vamos! Pero no; ha dicho que aguardásemos aquí.... A bien que éste nos ha de dar cuenta de él.

Mientras así discurrian, al escaso resplandor de alguna casa, aun ardiendo, vieron á Bellebuono asomarse á la puerta por donde habia entrado, y llamar con una seña al barquero: acercósele éste, hablaron algunas palabras en voz baja, y luego, alzando la voz de modo que pudiesen oirla los centinelas, dijo:

—Conque yo he cumplido mi promesa, ahora toca á vos cumplir la vuestra.

Salieron, llevándose de paso á los otros dos que habian quedado á la puerta, y se encaminaron todos al cementerio. Cuando estuvieron en una senda, el barquero, que se habia quedado algunos pasos atras con el hombre al cual las cuatro lanzas seguian obedeciendo como á su gefe, se afanaba en limpiarle una manopla toda ensangrentada.

—¡No le hace! decia en voz baja el ensangrentado, en una noche como esta, mas bien podria ser indicio una manopla limpia que la sucia de sangre.

Susurraron entre dientes alguna otra palabra, y

luego el barquero llamó á los cuatro lanceros que iban delante de él, y les dijo:

—Escuchad: ahora vuestro gefe baja un momento á la ribera á dejar en la barca lo que lleva debajo del brazo, y vuelve en seguida. Entretanto, vosotros vendréis conmigo, y haréis que me suelten los presos.

Entonces el hombre, que no habia hecho sino murmurar con Miguel, dijo á media voz á los soldados:

—Toma tú, Ribaldo, y tú Vinciguerra, y vosotros dos, y dió á cada uno un puñado de monedas de plata: esto es en prenda, y hacer soltar luego á los presos.

Dicho esto tomó por la cuesta abajo y desapareció.

Siguieron adelante el barquero y los cuatro soldados, y el uno de estos decia á su compañero:

—¿Has oido que voz tan alterada tenia Bellebuono? no parecia el mismo.

—Es porque llevaba calada la visera, respondia el preguntado.

—Mas bien es otra cosa, decia un tercero.

—Es por causa del envoltorio que llevaba debajo del brazo.

—¡Qué demonio! dijo otro, nosotros soldados no estamos acostumbrados á ver tanto dinero reunido y nos espanta....

—Y ha dicho que quiere darnos parte, ¿no es verdad? preguntó el primero á Miguel.

—Justamente, respondió éste, la una mitad la quiere para él, como es justo, y la otra os la partiréis entre los cuatro.

—Bravo, villano, tornó á decir el primero, tampoco tú has de quedar con las manos vacías, pues eres un buen hombre, amigo de los valientes soldados.

—Para mí no pido sino lo que me ha prometido vuestro gefe, ahora si vosotros quereis darme algo, haréis una caridad.

—Toma, villano, toma, toma, y cada uno le puso en la mano, una pieza de aquellas monedas que acababan de recibir, haciéndoles liberales en tal punto la esperanza de la gruesa parte que les habia de distribuir Bellebuono.

Llegaron al cementerio, entraron en la capilla, y los cuatro lanceros mandaron á los centinelas en nombre de Bellebuono, que dejasen salir á los presos, y se apresuraron á cortar los cordeles con que estaban atados. Luego que estuvieron sueltos y en pié, Vinciguerra dijo al barquero:

—Anda, buen hombre, que ya estás satisfecho.

En tanto que Miguel se encaminaba al monte con los libertados, que todos, enajenados de gozo, le abrumaban á preguntas, se difundió por el cementerio la voz de aquel caso, y un grupo de soldados corrió á impedir que se escapasen los presos.

—¡Es falso! gritaban por todas partes, ¡es falso! No puede ser que Bellebuono lo haya mandado.

—¡Sí, sí, es cierto! ¡me lo ha dicho á mí, nos lo

ha dicho á nosotros! respondian los cuatro lanceros.

—¡No, no, todo son embustes! replicaba mas fuerte otro fulano.

—Y si no, mira, al partir de aquí con vosotros poco hace, Bellebuono se ha parado un momento detras para decirme al oido que preparase una soga más para festejar á la vuelta á este villano.

—¡Pero si nos lo ha dicho á nosotros! insistian los cuatro, nos ha mandado hacer cuanto quisiere este buen hombre y soltarle los presos.

—¡No, no, no es cierto! ¡Aquí hay trampa! gritaba la mayoría de aquella canalla, y ya algunos empezaban á poner mano á los presos y al barquero, cuando se oyeron muchas voces á la vez repitiendo:

—¡Bellebuono! ¡Bellebuono! ¡Aquí está Bellebuono!

—Y hé aquí que se vió su figura venir corriendo: el hombre iba todo encerrado en la armadura, con la visera calada y empuñando su robusto lanzon. Llegado entre la turba, no hizo mas que enarbolar el duro y pesado fresno, y repartir á diestro y siniestro sendos garrotazos á lo ciego, á quien toca toca, mientras gritaba, ó mejor rugía, entre dientes:

—¡Ah pícaros! ¡Ah pícaros!

Los apaleados se hicieron á la espalda humildes y confusos, procurando cada uno á competencia hacer valer humildemente sus escusas.

—No se creia que vos lo hubieseis mandado.

—Como antes me habiais dicho..... mas él no cesaba de menudear los garrotazos.

Dispersados todos, él mismo dió el brazo al cura, hizo señal á los demas libertados que le siguiesen, y se alejó con ellos por el primer sendero monte arriba, dejando que los soldados en el cementerio de Limonta se maravillasen, riñesen, se echasen unos á otros la culpa, y se sacudiesen de encima los garrotazos.

Cuando hubieron subido un buen trecho, el cura volvióse á su libertador que le daba aun el brazo ayudándole á subir, y rindiéndole aquellas gracias que mejor supo, le dijo que ya podia volverse, pues ya estaban en salvo. Tambien los demas salvados, se apiñaron alrededor del supuesto Bellebuono, confesándoseles deudores de la vida. Entonces éste, quitándose el yelmo, descubrióse por quien era. Rato hace que mis lectores lo han adivinado: era Lupo.

Aguarda aquella noche, aguarda mañana, y nada que Bellebuono bajase de la montaña; bien podian aguardar. Los cuatro que le habian acompañado en su última espedicion, volvieron á la casita, bajan la escalera por la cual le habian oido bajar, salen á un aposentillo á flor de tierra, bajan más y dan á una bodega, y de ella á otro camaranchon, donde le encuentran en tierra difunto.

Entonces comprendieron la astucia del villano, que así le llamaban, y calcularon, que en la bodega debia de haber gente apostada, y aun se halló

de ello una prueba material, como dicen, un jubon y un sayo que algunos de los asesinos de Bellebuono dejaria allá abajo para ocultarse dentro de la armadura de aquel grandísimo pícaro, y en tal disfraz descargar sobre los soldados del monasterio con aquel despejo que hemos visto.

Es fácil de figurarse la rabia y la ignominia de aquellos redomados bribones.

—¡Ah villano traidor! decian espumando de coraje.

—Si das en nuestras manos....

—Sí, pero ahí se estará quedo el villano traidor; él se ha puesto en salvo con su mujer, como lo han hecho, quién por aquí, quién por allá, todos los escapados de aquella tremenda noche.

Las sesenta lanzas permanecieron en Limonta cuatro ó cinco dias desahogando su rabia contra aquellas casas solitarias, contra aquellos pobres campos; pero luego acosados tambien ellos á su vez por las correrías de los prófugos al mando de Lupo, se reembarcaron finalmente para Lecco, no sin haber dejado ocho ó diez de los suyos á adobar los campos que habian devastado.

La nueva de tal suceso llegó á Milan, y á oidos de Márcos Visconti, precisamente en la noche del dia de la cabalgata con Ottorino, esplicada mas arriba, dia para él el mas fúnebre y tenebroso de cuantos habia pasado.

Llegó al palacio el abad de S. Ambrosio bufando de coraje, y le hizo relacion de toda la ocurrencia.

El abad de S. Ambrosio, hermano de Lodrisio, como se ha dicho, era muy adicto á Márcos, el cual se valia del crédito de aquel, y se proponia utilizar las fuerzas del monasterio para sus fines particulares, que el lector conoce ya, pero enteramente ignorados del abad, puesto en juego y manejado por su mismo hermano. No se le escapaba á Márcos y Lodrisio que el abad no hubiera querido romper con el anti-papa y el Bávaro, á favor de los cuales desde simple monje se habia remontado á tanta grandeza; por lo tanto no habian reputado útil dejarle entrar en el secreto. Por mas que uno sea tu amigo, que te respete y te tema, siempre es demasiado exigir que se dé de cabezadas al solo objeto de complacerte; y Márcos conocia demasiado á los hombres para pretender jamas tamaño sacrificio.

El abad, despues de haber contado punto por punto y con gran calor, toda la historia de Limonta, concluyó:

—Lo que nunca hubiera creido es, que todo fuese obra de un pariente vuestro, de una hechura vuestra. Sí, aquellos villanos han hallado quien les proteja á la sombra de vuestro nombre.

Márcos, que habia dejado desfogar al abad su mal humor sin interrumpirle, á las últimas palabras sintió subírsele la mostaza á la nariz, y dirigiendo al orador una severa mirada, respondió:

—¿Con qué despropósitos me salís ahora, decidme, monseñor? Tened entendido, que como no su-

fro que ninguno de mis súbditos traspase ó se esceda un ápice de mis preceptos, tampoco suelo permitir que nadie les ofenda injustamente.

—Perdonad, dijo el abad en seguida, advirtiendo que se le habia escedido, no es que entienda hablar de alguno de vuestros fieles súbditos; decia uno de los vuestros, solo por decir, pues es un criado de una hechura vuestra, pero es indigno de serlo, nació de un guiton, y como tal se porta.

—¿En suma?.... preguntó Márcos.

—Es un escudero de Ottorino, un tal Lupo, hijo de un hálconero del conde del Balzo; él ha sido el matador de Bellebuono; creo haberos ya dicho que junto al cadáver, se halló un jubon y un sobretodo, ¿no es así?

—En efecto, me lo habeis dicho.

—Pues bien, ha sido reconocido por ropa de Lupo, y me aseguran que pronto volverá á Milan y á casa de Ottorino, como si nada hubiese hecho. Por lo demas, repito que estoy persuadido de que Ottorino no entra en ello: aun prescindiendo del parentesco que une su familia á la mia, él no ignora que gozo de vuestro favor, y no habria querido disgustarme. Ademas, bien claro se echa de ver que aquel villano ha obrado de su caletre, que como es limontino, ha querido ayudar á los suyos.... Y así habia venido á pediros permiso.... á suplicaros que permitais....

—¿Y qué?

—Que el monasterio de S. Ambrosio, como con-

de de Limonta use de su derecho de señoría, castigando á un vasallo traidor.

Márcos parecia vacilar en responder, pero el otro le iba estrechando mas y mas: si se tratase de un agravio personal á mí, podria perdonarle, mas ya veis que va en ello el honor y el interes del monasterio.

—Sí, sí, la acostumbrada cantinela, dijo Márcos interrumpiéndole. Por lo demas, haced lo que os acomode: ¿qué tengo yo que ver en esas farsas?

—He dado este paso para manifestaros mi consideracion, y el agradecimiento que debo á tantos favores, decia el abad; no creais que pueda olvidarme de que las dignidades que me ensalzan, han sido un presente vuestro.

En cuanto á la dignidad de abad era cierto: Márcos se la habia alcanzado del Bávaro, mas en la reciente de cardenal no tenia la menor parte; habíasele venido á la mano por un *motu propio* del antipapa Pedro de Corvaro, el cual viéndose menguar cada dia, con repartir cargos, dignidades é indulgencias, todo menos monedas, pues no tenia ni una, buscaba hacerse partidarios interesados en sostenerle, ó por si iban mal dadas, compañeros en la caida.

Márcos, no obstante, aceptó todo el cumplimiento sin escrupulizar en reducir á la medida justa la gratitud de su cliente, el cual marchó haciéndole grandes protestas de obsequio, ofreciendo á su servicio y al de sus amigos su misma persona, sus monjes, y todos los feudos del monasterio.

Este nuevo accidente enconó mas á Márcos contra Ottorino, aunque ante el abad mostró ofenderse de que se sospechase tan siquiera que uno de los suyos hubiese tenido parte en aquel suceso. En su interior concluyó terminantemente que de cualquier modo Ottorino no podia ser en ello inocente del todo; que Lupo á lo menos no le habia tenido ignorante de lo que proyectaba; pensó que su familiaridad con la casa del Balzo podia haberle inducido á emprender algo á favor de los limontinos, acordóse de Bice y sintió abrasarse mas y mas de rabia y de celos.

XIII.

Celos de Márcos.—Esperanzas de Bice y Ottorino. Prision de Lupo.

Sí, de celos. Desde el dia en que Márcos vió por primera vez á la hija del conde del Balzo, la imágen de la bella y modesta vírgen le estuvo siempre fija, constante y obstinadamente clavada en la imaginacion, como una vision en los sueños de un enfermo. Ella se aparecia siempre en medio de las tempestuosas conferencias, de los agitados arcanos, de los placeres y esperanzas de aquella alma indómita; ora ajustándose al brillante porvenir de gloria que veia preparársele, le inundaba de una dulzura, de un placer, de una paz celestial; ora rebe-

lándose contra el suave delirio de su imaginacion, parecia cortarle todos los nervios, engolfándose en un oscuro y helado desierto, donde las riquezas, el poder, la fama y cuanto solia agitarle, resolvíase en una insípida vanidad; era como si en el calor de un baile cesara de repente la música, y quedara reducido á una locura necia y sin gracia.

En aquella edad, lozana sí, pero de una lozanía madura, curado de las ilusiones de la juventud, quebrantado por los muchos años de vivir en el desenfrenado libertinaje de la soldadesca, macerado por las adversidades y la iniquidad de los hombres, ¡abandonarse al amor! Y se habia abandonado al amor con toda la inconsiderada confianza de un jóven bisoño, y con la fatal resolucion de un hombre criado entre las armas y sangre.

Márcos no habia amado de veras sino á Ermelinda. Con el tiempo y la pérdida de toda esperanza, habia ido desvaneciéndose aquel amor, y dado lugar á los furores de partido, á la sed de dominio y de venganza, y á todas las demas pasiones, ya magnánimas, ya viles, que le hicieron figurar en la escena del mundo, como el cúmulo de todo lo mas glorioso y criminal que nos ha trasmitido la historia de su tiempo. Sin embargo, el corazon nunca se habia desprendido enteramente de Ermelinda; su recuerdo le templaba algunas veces en los tempestuosos arrebatos de cólera. Perdonando á un enemigo suplicante, levantando á un abatido, le parecia volver á ser el amigo de aquel ángel, el jóven

Márcos, aquel Márcos del cual le habian hecho tan diverso los acontecimientos y las pasiones.

Finalmente, bien conocia que echa madre de prole ya crecida, debia haber ajado su primitiva hermosura; con todo, cuando pensaba en ella, ¿cómo podia figurársela sino cual la conoció en la primavera de sus dias, alegre, risueña, con aquel rostro, aquellos ojos en que solia embriagar su juventud? Desde entonces no la habia visto, y el tiempo no podia marchitar la imágen grabada en la mente, como no marchita las bellas facciones de un rostro jóven pintadas en el lienzo. Mas cuando vió á Bice por primera vez en Milan, y la halló tan parecida á la idea que le habia quedado de la madre, fué avasallado por un irresistible poder; su corazon la admitió como cosa ya propia; aquel corazon entibiado, y aun helado de tanto tiempo, renovó la primitiva llama, palpitó con las antiguas sensaciones, y reconoció el yugo acostumbrado.

En los primeros dias creyó que solo fuese un hervor momentáneo de la fantasía agitada por tantos recuerdos, indignóse consigo mismo, se propuso vencerse, y estuvo seguro de conseguirlo: pero revolviéndose trabajosamente en el nuevo lazo en que se hallaba enredado, no hacia mas que írselo apretando cada vez. Cansado finalmente de tanta pugna, se dejó deslizar poco á poco hácia la esperanza de dar honesto término á aquel amor que tanto le costaba vencer: pensó que no solo el conde del Balzo, si tambien cualquiera príncipe de Italia,

tendria á grande honor el aceptarle por yerno. En cuanto á Ermelinda, pensaba que si bien la habia privado del padre, habíalo echo en justa guerra, y en merecida venganza de aquel furioso amor á ella misma, y que el odio que pudiese profesar al autor de tal esceso, iria templado con la idea del motivo que le impelió, y no hay mujer de tan austera virtud que no se incline secretamente á perdonar culpas procedentes de tal orígen.

Por otra parte, en aquellos tiempos de continuas facciones, las iras estaban siempre en el disparador; prontos los agravios y las venganzas, la sangre se pagaba con sangre, y eran demasiadas las familias rivales para que dejasen de verse á menudo, el matador enlazarse con la familia de su víctima.

Estas ideas le halagaron, empezó á acariciarlas, á complacerse, á entretenerse deliciosamente en ellas, y el veneno amoroso iba cundiendo en su sangre, circulaba por todas sus fibras, le penetraba, le inundaba todo.

Parecióle haber hecho la paz consigo mismo, sintióse reanimado de una lozana y nueva vida, presentósele más bello, más risueño el porvenir, en pos del cual iba corriendo; nunca con tanto fervor habia deseado la señoría de Milan; nunca con tanto anhelo se apresuraba en la carrera que debia conducirle al término; nunca como en aquellos pocos dias en que al fin de todas sus imaginaciones hallaba á la Bice, á cuyos piés lo hubiera puesto todo, hasta su misma vida.

Mas bien pronto le despertaron de tal sueño las primeras sospechas del amor de Bice y Ottorino. Toda comparacion seria menguada para pintar el delirio de aquella alma asaltada por los celos. Estuvo vacilando algun tiempo, ora pareciéndole fundados, ora no, aquellos temores; quiso cerciorarse completamente, y lo consiguió en la cabalgada que hemos referido.

Ideada á la sazon y arreglada con Lodrisio toda la trama para quitar al sobrino Azon el señorío de Milan, Márcos habia resuelto dirigirse á Ceruglio para tomar á su sueldo las lanzas alemanas rebeladas, y debia marchar cuanto antes; mas tan luego como hubo descubierto el amor de los dos jóvenes, todo se desconcertó. Si verificaba la marcha, cómo habia de templar aquella fiebre que le consumia? Llevándose á Ottorino? el jóven iba violentado, y aun cuando se hubiese conformado espontáneamente, Márcos no hubiera podido soportar su presencia. ¿Enviarlo so pretesto de algun tratado á pais remoto, donde debiese detenerse hasta la vuelta del mismo Márcos? No podia aparentar afecto y confianza con la víbora que le habia envenenado la sangre. ¿Dejarle junto á Bice para hallarlos tal vez ya casados cuando volviese glorioso y coronado sus designios? Esta idea le ponia rabioso, y levantaba en su interior mil fantasmas de furor y de sangre. Despues de largos vaivenes, entre mil proyectos diversos, se atuvo á uno mas suave: resolvió partir á todo trance, pero llamar antes al conde del Balzo y

meterle mucho miedo de Rusconi ó de cualquier otro espantajo en caso de que por Bice faltase Ottorino á su palabra: conocia muy bien á nuestro hombre y sabia que podia fiarse.

Tomado este partido, brillóle otra vez un rayo de esperanza, dió cabida á razones que en algun modo contrastaban la anterior certeza. ¿Quién le aseguraba que Bice correspondiese al amor de Ottorino? ¿Tenia de ello mas prueba que el tan natural rubor que manifestó saludando desde el balcon al jóven cuando pasaba á caballo con él? Ello bastó para trastornarle el seso; ¿pero no pudo haberse engañado?

Resolvió salir de dudas, ver á Bice, interrogarla, y penetrar en su corazon. Hizo publicar un festin para la víspera de la partida, convidó al conde significándole que le aguardaba sin falta acompañado de la hija.

Mientras tanto se iba sazonando una nueva ocurrencia, que fácilmente hubiera conducido á Márcos á su objeto por otra vía. Esplicarémoslo cuando hayamos tratado de Ottorino.

Aunque rabioso y despechado por la severidad con que le trató su señora en la última entrevista, habia vuelto á casa de éste para justificarse y escusar la irresolucion que manifestó al proponérsele el viaje de Toscana, ofrecerse á acompañarle y suplicarle que no le privase de tan alto favor; mas siempre se le habia negado la entrada, y por último se le habia intimado que no osase pisar más aquellos umbrales.

No hay que preguntar si lo sintió. Muy distante de sospechar la verdadera causa de aquel maltrato, lo achacó sencillamente al haber rehusado la hija de Rusconi; y verdaderamente podia ser suficiente culpa para perder del todo la gracia de un hombre como Márcos. Comenzó á discurrir con formalidad sobre su posicion: renunciar á Bice no era cosa susceptible de reflexionarla, pero ¿y cómo reconciliarse con su señor? Verdad es que viniendo de Monza se habia gloriado con el conde (no sé si se acuerda el lector) de ser árbitro de sí mismo y dueño de casarse con quien le acomodase á gusto ó á despecho de Márcos: mas aquello fué propiamente una fanfarronada, y ahora á sangre fría no tenia valor para romper con tal hombre, nada menos que Márcos Visconti. Ya le conocemos un poco, pero él le conocia mucho mejor que nosotros, y aun dejando aparte el terror que racionalmente podia infundir en cualquier ánimo mas intrépido y confiado la enemistad de un hombre de aquel temple, Ottorino no podia soportar la idea de caer en el odio del que le habia siempre amado como á un hijo, del que habia guiado sus primeros pasos en la carrera de las armas, del que le habia armado caballero, del que habia mirado siempre como su modelo, su guía y su antorcha.

Otra razon más: á querer el jóven echarla de guapo, saltar la barrera, como suele decirse, y tomar á Bice contra viento y marea, el conde se la negaria; bastante claro habia dicho que no queria

controversias con Márcos, y aunque no lo hubiese esperado era fácil de adivinar.

Combatido Ottorino de tantas ideas, se fué poniendo cada dia mas fúnebre y mal humorado, y no podia menos de dejar traslucir su desgracia á Ermelinda y Bice, con las cuales pasaba la mayor parte del tiempo.

Estrechábanle ellas para que les revelase la causa de aquella nueva desazon, y él huia el cuerpo, ó con callar, ó con prometérselo, ó con variar la conversacion: de manera, que una y otra entraron en sospechar alguna cosa grave.

¿Y el padre de la doncella? ¿Quién? ¿El conde del Balzo? ¡Pobre hombre! embriagado de tantos triunfos, de los cumplimientos que gustaba á todas horas, de las reverencias y cortesías que le llovian por do quiera como á un amigo íntimo de Márcos, casi no se acordaba de tener una mujer, ni una hija; estoy por decir que ni sabia que existiesen, y ¡ay de Ermelinda si alguna vez se proponia hacerle descender de su elevacion gloriosa, para ocuparle un momento en las cosas de acá abajo; ay de Ermelinda si le hablaba de Bice, del matrimonio que no se adelantaba, de las sospechas que le habia infundido el continente de Ottorino, ay de ella! ponía se furioso.

—¿Y qué prisa corre? Deja que las cosas anden por sus pasos: ¿no está todo allanado? ¿Qué dificultad puede suscitarse? A su vuelta le daré el anillo: ¡no parece sino que te tarda el quitártela de encima!

Algunos dias despues comenzó Ottorino á aventurar alguna palabra relativa á su deseo de apresurar el enlace todo lo posible, insinuando, aunque muy remotamente, que convendria tenerlo secreto. Puesto en aprieto por Ermelinda, que se resolvió á quererlo sacar en claro, dijo entre dientes alguna cosa de Márcos, como significando que tal vez podria disgustarle el que se publicase en seguida, para que no pareciese que habia roto con Rusconi. Podia ser así, mas ello no la satisfizo, pues á su ver aquella sola mira no hubiera sido bastante causa del sentimiento que mostraba el jóven. Conque dió en sitiarle, en estrecharle y atribuirle tanto, que al fin se dejó caer á contarlo todo punto por punto, tal como era, ó como él creia que fuese. Si Ermelinda se desanimó y espantó, no hay que decirlo.

Despues de esto, siempre que la amorosa madre se hallaba sola con la hija, y la observaba triste y taciturna, adivinando el tormento roedor de su corazon, ¿qué podia decirla? ¿que no pensase en el tal matrimonio? ¿que olvidase á Ottorino? Aun no creia el caso tan desesperado, y ademas conocia que era demasiado tarde: ¿dar pábulo á una llama que luego no pudiese apagar? ¿una llama que la consumiese?

Creyó, pues, que lo mejor era esplicárselo todo. Desde entonces, Ottorino, estando á menudo en secreta conferencia con ellas, las alucinaba con esperanzas.

—Márcos, decia, debe ir pronto á Toscana, don-

de segun parece, tendrá que detenerse mucho tiempo; la distancia y las nuevas intrigas de que se hallará envuelto le evaporarán estos rencores. Se ve claramente que solo es querer mostrar un empeño, un capricho momentáneo: el hombre tiene este genio, mas cuando Bice sea mia, todo se compondrá; ya veréis, una cosa trae otra, y el tiempo lo gobierna todo: hasta su vuelta ¿quién sabe? Podria suceder que á él no le importase el reñir con Rusconi, y que á éste le conviniese tanto su amistad, que no se diese por ofendido de una cosa al aire: porque, repito, no he dado mi palabra, ni aun Márcos ha contraido el menor empeño.... Luego mi fidelidad, los servicios que le tengo hechos.... él no acostumbra olvidar esas cosas.

Bice parecia aquietarse á estas y otras razones semejantes; pero la madre no quedaba tranquila.

Añadíase la pesadumbre de pensar que si el conde llegase á brujulear la resistencia de Márcos, todo iria al traves. ¡Dios nos libre! antes que esponerse al peligro de disgustar á aquel hombre, se hubiera sujetado no sé á qué pacto me diga. Conque, silencio todos, y en la inteligencia de que se verificaria el enlace luego de salido Márcos para Toscana, fueron pasando hasta el dia en que vino á casa del Balzo un escudero de Visconti, convidando en nombre de su señor, al conde y á la hija para la fiesta que hemos indicado.

Mucha satisfaccion causó á Ottorino; y aunque tanto sintiese quedar escluido del festin, impugnó

todas las razones que Ermelinda ponia en juego para oponerse á que el marido se llevase á la hija, todas las razones que la misma Bice alegaba para no ir, tanto que fué preciso resolver que tambien ella aceptase el convite.

En la misma tarde destinada para la fiesta, el conde pasaba por una sala de su casa arreglado ya y adornado con gusto. Llevaba puesto un vestido de terciopelo floreado, y un par de zapatos con las puntas mas largas que el pié, encorvadas hácia arriba, y sostenidas por una cadenilla de oro, sujeta con un lazo debajo de la rodilla. Paseaba pavoneándose grandemente por hallarse tan elegante. Una hermana suya, que debia acompañar á Bice en vez de la madre, estaba sentada junto á ésta, impacientándose porque la muchacha se iba entreteniendo, ora por una escusa, ora por otra, y que finalmente, visto que se le habia desarreglado una cinta de la cabeza, se la hacia componer por su Laureta.

Un secreto terror se habia apoderado de la jóven al acercarse el momento de presentarse á Márcos tal vez porque sabia que Ottorino habia caido de su gracia: temblaba al solo pensar que debia hallarse delante de aquel hombre, bajo sus investigadoras miradas, y necesitaba que le infundiesen algo de valor, la presencia y las palabras del jóven en cuyo favor, principalmente, habia condescendido á tanto; mas el jóven no comparecia, y ¡cosa rara! no se habia dejado ver en todo el dia.

Arreglada la cinta, levantóse la tia, y dando una

mano á Bice, que ya no supo cómo escusarse de seguirla, echó á andar en compañía del conde. Ya estaban en la puerta de la sala, cuando entra precipitadamente Ottorino todo afanado, con el rostro alterado, gritando:

—¿No sabeis? los satélites del abad de S. Ambrosio han preso á Lupo de noche á traicion mientras dormia: está condenado á muerte, y mañana será su último dia.

—Laureta, al oir la situacion de su querido hermano, medio muerta del susto, corrió á avisar á sus padres; todos los restantes quedaron como encantados.

—He rogado, he prometido, he amenazado, proseguia Ottorino; todo en vano: es preciso confesar que el abad debe estar seguro del ascenso de Márcos, de otra manera no hubiera osado poner las manos sobre un escudero mio.

—Lo veis, Ottorino, decia el conde tartamudeando; yo bien os lo decia, quisisteis obrar á vuestra guisa....

Pero la mujer y la hija ambas á un tiempo le cortaron la palabra en la boca, advirtiendo que no debia perderse el tiempo en inútiles querellas, cuando importaba buscar un remedio.

—¿Por qué no correis vos á Márcos? dijo el conde á Ottorino. Vuestra es la injuria, vos sois su allegado por sangre y por amistad....

—He ido á su casa, pero se niega á oirme.

—¿Cómo, cómo? ¿qué habeis dicho? ¿Márcos no quiere oiros?

El jóven en su arrebato, olvidando todos los respetos, desmenuzó la cosa con todas sus circunstancias, y que ya hacia dias que no se le permitia ver á Márcos.

—¿Conque estais en desgracia de Visconti? esclamaba el padre de Bice; ¡ah! ahora entiendo lo que hace poco Ermelinda me iba embrollando; que no demostrase nada á Márcos, que no le hablase palabra del concertado matrimonio, ni de vos, ni nada. Ya estoy, hé aquí todo el misterio escondido, y á mí no se me dice nada, ¿eh? Bien, bien, siendo así no me meto, me lavo las manos, yo ya no entro.

—¿Y dejaréis morir el hijo de un criado vuestro sin emplear una sola palabra para salvarle la vida? ¿Aquella vida que tan generosamente ha espuesto por su pais y por vos mismo? le dijo Ermelinda.

—¡Santo Dios! considerad que al abad ya le soy sospechoso.... y luego, ¿qué influjo tengo yo? ¿qué poder sobre el corazon de Márcos, para confiar tanto en mí.

Entonces la hermana del conde entró de refuerzo á los suplicantes.

—¡Cómo! le dijo, ¿no sois vos el amigo mas íntimo de Márcos? ¿Su mas querido confidente? ¿No lo habeis dicho mil veces vos mismo? ¿Y luego no es cosa que lo sabe todo el mundo? ¿Y os haréis de pencas cuando se trata de salvar á un criado vuestro?

—¡Pero, por Dios! si yo pudiese....

—Podeis y debeis hacerlo, insistia la hermana.

—Escuchad, decia Ottorino; en la noche que Márcos se despide de sus amigos, en el placer de un festin, no podrá negaros la primera gracia que le pidais.... él es humano.... Decidle que es un valiente condenado á morir por haber salvado su pais, por haber librado á unos inocentes de las uñas de la canalla desenfrenada: decidle que es un soldado, que ha combatido bajo el estandarte de la serpiente, y le ha teñido con su sangre, que no permita que un valiente muera la muerte de los malhechores, que Lupo tiene un padre y una madre....

En esto el conde volvió la vista hácia la puerta por donde habia oido adelantarse un son de llanto y gemidos: al momento se abrió de par en par, y entraron en la sala el halconero, Marta y Laureta, todos anegados en lágrimas, pálidos y abatidos por la angustia y el espanto. Ambrosio se arrojó á los piés de su amo, le abrazó las rodillas y, dirigiéndole al rostro una vista toda desconcertada, intentó pronunciar algunas palabras; pero solo producia un gemido interrumpido y mal articulado; veíansele temblar los labios descoloridos, y se oia el convulsivo choque de sus dientes unos contra otros. Sobre él estaban fijos los ojos de todos; su misma mujer y su misma hija parecian haber suspendido su propio dolor para atender únicamente al intensísimo que él manifestaba.

—¡Mi hijo! ¡mi hijo! esclamó al cabo, pronuncian-

do con pena estas doloridas palabras: ¡Oh, salvadme el hijo!

Inclinóse el conde para alzarle del suelo, mas él rodando la cabeza y sacudiendo una mano al aire:

—No, gritaba, dejadme, dejadme morir aquí, no me levantaré hasta que no me hayais prometido salvarle.

—Haré cuanto pueda; vamos, levantaos, Ambrosio, cobrad ánimo, os prometo que rogaré, que suplicaré, vamos, sosegaos.

—¿Habeis oido? dijo entonces Mariana; el amo os lo promete, y así sosegaos, confiemos en el señor y tranquilizaos.

—¿Me lo prometeis? ¿me lo prometeis? ¡Ah! decidle á aquel hombre que tiene en su mano la vida de mi Lupo, á aquel hombre que con una palabra puede volvérmele salvo, decidle que se acuerde de su mismo padre ya que era el hijo predilecto..... Y si el abad quiere una satisfaccion, aquí estoy yo, la misma sangre, la misma carne..... yo que le aconsejé y tengo la culpa: él obedeció á su padre.

—Reparando entonces en Ottorino, que en el primer trastorno habia dejado de advertir, levantóse de repente y encarándosele con ademan mas resuelto que respetuoso:

—A vos os toca salvarle, dijo, á vos que le habeis puesto en el punto en que se halla.

—¿Te parece? atajóle en seguida la mujer con tono de reprimenda, ¿te parece que este sea modo de

tratar á un caballero tan bueno, que hace todo lo posible por él, y que precisamente por esto ha venido aquí?

—¡Oh! ¡Dios os lo pague! esclamó Ambrosio todo confortado; perdonadme, tened compasion de un desdichado padre que está fuera de sí, y no sabe lo que se dice, ni lo que se hace. Presto, no perdais tiempo, id, id.... id, y volved á darme la vida.

Enjugóse los ojos el conde, y aun añadió:

—No lo dudeis, haré cuanto pueda como por un hijo mio.

Hizo seña á su hermana y á Bice y echaron á andar. Mas Laureta, que hasta entonces no habia hecho otra cosa que llorar y sollozar, corrió delante de Bice, que salia de la sala, apretóla una mano y se la besó inundándola en lágrimas: no pudo proferir ni una palabra, pero la súplica estaba en sus ojos, en su rostro y en toda su persona.

Apenas pasaron la puerta, hallaron en una segunda sala á Bernardo, hijo tambien del halconero, parado como un tonto, que estaba aguardando.

Debe saber el lector que Mariana, para la cual todo el mundo consistia en aquel su hijo mimado, á la primera noticia que Laureta fué á darles en su casa donde se hallaban todos congregados, saltó en pié gritando:

—A tí, Bernardo, á tí te toca, corre á casa del amo, tú que sabes esplicarte. Nosotros somos gente ruda; pero tú le dirás las cosas como deben decirse.

El fantasmon comenzaba á titubear, ¿y qué? ¿y cómo? mas Ambrosio corrió por la escalera arriba, y la mujer y la hija tras él.

Mientras el desolado padre á los piés del amo suplicaba con las palabras que dicta el corazon, á las cuales todo corazon responde, el arte las admira y las observa con respeto para imitarlas; la mujer con su terca necedad estaba pensando:

—¡Santo Dios! no hace sino llorar y lamentarse, eso ¿qué vale? para esto yo tambien soy buena: si hubiese venido Bernardo, él sí que hubiera sabido lo que debiera decir. Mas cuando al salir de la primera sala con los demas, le encontró allí al paso, se consoló toda y cogiéndole de un brazo:

—Vamos, habla tú, habla, instábale con afan; que nosotros no hemos sabido decir nada.

Entonces se puso él delante del conde, y con el tono y las frías maneras de uno que recita un sermon aprendido de memoria, empezó:

—Aunque Lupo..... Si bien aquel descarriado hermano mio....

Mas el padre, agarrándole por un hombro, le dió un fuerte tiron, gritándole:

—Deja que vaya en nombre de Dios.

El amo, viéndose libre, siguió adelante, y el necio de Bernardo quedó allí tieso en su puesto como una estatua, con los brazos caidos hácia los muslos y la vista en los salientes.

XIV.

Festin.---Entrevista de Márcos y Bice.---Declaracion.---Fuga de Márcos.

Entretanto en las salas del festin, iluminadas por el resplandor de innumerables antorchas, reflejado en varios brillantes colores sobre el oro y los cristales de las paredes, de los brazaletes, diademas y ceñidores que adornaban las bailarinas, entre el alegre tumulto y el armonioso estrépito de los instrumentos músicos, Márcos, roido de un cuidado secreto, y el ánimo abrumado de un disgusto impaciente é iracundo, se indignaba maldiciendo aquella necia alegría, tan disonante con el tono de su espíritu, y en la cual debia, sin embargo, aparentar, que tomaba parte. De cuando en cuando salia á la antesala, asomábase á una ventana, miraba al patio por si veía llegar al conde del Balzo, aplicaba el oido por si apercibia en la calle algun ruido de caballos; mas solo oia el bullicio del festin, que se estendia por afuera á gran distancia. Volvia al primitivo puesto á contemplar el baile, á hablar de la justa que debia abrirse al otro dia, á recibir los votos y felicitaciones de los amigos por su viaje á Toscana; pero el corazon estaba siempre enajenado.

Tal vez, cansado de tanto aguardar, desaparecia de la vista de los convidados, se encerraba en su retrete mas retirado, y se violentaba á permanecer allí lo mas que pudiese, esperando que al volver á las salas encontraria á la persona deseada: finalmente, se engolfaba adrede en los corros mas bulliciosos para pasar el tiempo que le parecia perezoso y sempiterno.

Casi dos horas habia consumido en este tormento cuando entró en la sala el conde, acompañado de su hermana y de su hija. Márcos, que casualmente se hallaba en el estremo opuesto, vió asomar la muchacha pálida y abatida, y le sobrecogió tal ímpetu de piedad, amor y desden, que se sintió estremecer. Durante el corto tiempo que ocupó en atravesar el salon, ora le parecia que iba á presentarse á un ángel, ora que iba á encontrar á un enemigo: hubiera querido postrársele á sus piés, hubiera querido atacarla con palabras ásperas. Con todo, nada dejó entrever de su turbacion. Despues del acostumbrado recibimiento, la tia cogió á Bice de la mano, y la fué á colocar entre un grupo de damas y doncellas que admiraron ó envidiaron la belleza de la muchacha, aquel candor natural que habia traido de su montaña, aquella sencillez acompañada del talento, aquella no estudiada gracia de sus acciones, de su porte y de su rostro, sobre del cual el interes por la vida de un hombre derramaba á la sazon un nuevo rayo de indefinible hermosura.

El conde del Balzo habia quedado solo con Már-

cos. Ambos deseaban hallarse juntos, ambos hubieran querido que se entablase entre los dos una conversacion para ir á parar al punto que cada uno se proponia; pero ambos callaban esperando cada uno que el otro fuese el primero en romper el vado, y decir algo que diese pié. Márcos se habia puesto á pasear, y el otro le iba siguiendo sin saber á qué lado inclinarse: preparaba en su idea mil exordios, los desechaba, á cada momento iba á abrir la boca sin acabar nunca de resolverse.

Finalmente se animó, y soltó alguna palabra alusiva á la fiesta; pero el compañero dejó terminarse pronto la conversacion; así es que el padre de Bice pensó que era preciso atajar por el camino mas corto. Hizo la magnánima resolucion y comenzó:

—Escuchad, Márcos; tal vez os parecerá que me tomo demasiada franqueza, pero vuestra nobleza me infunde confianza: yo.... quisiera pediros una gracia....

—¿Una gracia? ¿á mí? respondió Márcos dirigiéndose al hueco de una ventana, donde el conde le siguió: estas palabras fueron pronunciadas con una voz de fría y admirada altivez que estancaron en la boca del cuitado á quien se dirigian, todas las que tenia á punto de desembuchar.

Despues que Visconti hubo guardado un momento de silencio como aguardando una respuesta á aquel altivo *á mí*, respuesta que no vino:

—¿No podriais pedirla mas bien á Rusconi la tal gracia? preguntó con una sonrisa llena de hiel y de

veneno; él que debe estaros tan obligado, quizás se hallaria mas dispuesto á concedérosla.

El conde sintió helársele la sangre, y todo embarazado respondió tartamudeando:

—¿Cómo? ¿qué decis? Yo no sé que haya ofendido á nadie; cabalmente á Rusconi, ¡figuraos! Apenas le conozco.

—¡Oh! no dudeis, replicaba Márcos, que él se os dará á conocer: Rusconi no es hombre que guste de guardar obligaciones, y no sepa galardonar los servicios que recibe hasta á los mismos desconocidos: y dicho esto, hizo ademan de retirarse, pero el otro, acercándosele mas y mas....

—Os ruego, le decia, que me hableis claro: decidme, ¿qué hay?.... pues yo verdaderamente no sabia.... A no ser por causa de aquel jóven..... de Ottorino....

Márcos, que queria obligarle á esplicarse mas, sin responderle continuaba haciendo ademan de dejarle.

—Oidme, oidme, suplicaba el conde, siempre con mas empeño; yo nada sé, mirad, yo no tengo la menor culpa.... es verdad que el muchacho.... sí, no puedo negarlo, ha dado á entender que se hubiera casado gustoso con mi hija; pero yo le dije claro y terminantemente, que no queria disgustaros.... y que nunca me resolveria á dársela sin que antes....

Márcos, que estaba en ascuas, no pudo contener su impaciencia, é interrumpiéndole, preguntó:

—¿Pero, y Bice?

—Ella hubiera aceptado el esposo que le diesen sus padres, tal como fuese..... es tan sencilla la pobrecita, tan inocente, es una paloma, os lo aseguro; no tiene en su corazon sino á su madre y á mí.

—Conque, replicaba Visconti, ¿creeis que ella no tendria gran sentimiento de que se desconcertasen esas bodas?

—¿Qué sentimiento? ¡Imaginad! no es muchacha de embelecos: sé bien el carácter de mi hija, la conozco, la conozco, y por esto no me da el mas mínimo cuidado.

Oyendo estas benditas palabras, Márcos sintió tal placer, tan intensa y repentina benevolencia, que hubiera abrazado de buena gana al que las pronunció: pero se contuvo, pensando que lo que no habia sucedido pudiera suceder mientras él estuviese en Toscana, si no hallaba medio de tener al jóven separado de la casa del Balzo; que el medio mas seguro era el ya indicado, de abrumar al conde con el miedo de alguna cosa misteriosa que le conservase en terror; por lo que, con aire menos tenebroso que antes, pero bien distante de dejarle percibir su serenidad en aquel momento, respondióle:

—Siendo así, mejor para ella y aun para vos: hubiera sentido veros indispuesto con un señor de tal poder y temple como Rusconi; y aun por mi parte, os confieso que me pesaba el contar entre mis.... entre aquellos que me son contrarios y

que no puedo mirar con buen ojo, á un compañero, á un amigo de mis primeros años. Y tomando un tono de mas confianza, pero confianza señoril de uno que se humilla y te levanta hasta él para hallarse un momento á tu igual, le puso una mano sobre el hombro y añadió:

—Quizás no estais enterado de que yo he manejado los tratos del matrimonio de Ottorino con la hija del señor de Como, ahora el jóven parece hacérseme de pencas y querer retroceder; pero llegada la cosa á tal punto, ya interesa mi pundonor. Basta; si continuais en vuestro propósito, todo marchará felizmente, y Ottorino no querrá hacerse el impertinente, ya sabe que no le iria bien al chocar conmigo.

—¡Oh! estad seguro, dijo el conde, que por mi causa nada se os estorbará; y si antes hubiera sabido cómo estaba la cosa, á buen seguro no hubiera permitido al jóven que frecuentase mi casa por todo el oro del mundo; aprecio yo vuestra gracia y mi tranquilidad.

—Bien, echar tierra sobre lo pasado y no mentarlo mas, però en adelante....

—En adelante os doy palabra de que no pondrá los piés en mi casa, aunque hubiese de hundirse el mundo.... Podeis estar seguro.

En esto, hubiera querido Márcos aventurar alguna indicacion de su proyecto acerca de Bice, mas no pudo resolverse sin examinar antes el corazon de la jóven. El obtenerla por autoridad paterna sin

estar cierto del voluntario consentimiento de ella, á aquella alma iracunda y apasionada, le parecia peor aún que perderla para siempre.

Como ya habia conseguido atraer al buen hombre hasta el punto deseado, despidióse diciéndole:

—Basta, conde, celebro que nos separemos mucho mas amigos de lo que creiamos antes de hablarnos: apretóle una mano, y se adelantó al medio de la sala internándose en un grupo de caballeros que rodeaban á la bella recien llegada.

El conde, sin salir del hueco de la ventana donde aun permanecia, comenzó á sus solas á montarse de cólera contra su mujer, contra su hija, y contra Ottorino, que le habian enredado en aquel berengenal.

Digerida un poco la grande rabia, apaciguado el grandísimo miedo, y consolado el hombre con la idea de que al fin y al cabo habia ya remendado el descosido, acordóse de Lupo y de la gracia que debia pedir á Márcos: así dejando reposar el agua agitada y turbia, se van depositando las heces que iban nadando, y vuelve á verse hasta el fondo.

Acordóse de Lupo, de los padres, de la hermana de éste; volviéronle á la memoria aquellas palabras de dolor, aquellos rostros, aquellas lágrimas; recordó la promesa que les habia hecho, sintió una intensa compasion, un vivo remordimiento, y aun vergüenza; pero nada de todo esto pudo hacerle vacilar un punto acerca del partido que debia de tomar.

¿Hablar á Márcos por un escudero de Ottorino despues de aquella poca galantería? ¡Es chanza! decia entre sí, no, no, no me pillan, piérdase Lupo y todos los suyos, no quiero mediar por nadie.... Se alborotará mi casa, Ermelinda y Bice gritarán.... ¡cuanto les diere la gana! yo gritaré mas que ellas. Por lo menos no soy hombre de tolerar tanta superioridad y altivez. Volviéndosele á remover la bílis con esta idea, salió de la ventana en que habia estado fijo tanto tiempo, y dejóse ver en la sala con aire pensativo y rostro amostazado.

Bice, que desde su puesto vió el largo coloquio de su padre con Márcos, se figuró que le hablaba de Lupo, y palpitó inquieto su corazon aguardando el resultado. Con una tímida y ansiosa mirada que disimuladamente dirigió á Visconti, cuando éste dejando al conde se mezclaba en el concurso, procuró leerle en el rostro la suerte de su protegido; pero no habiendo podido conseguirlo, aguardaba que el padre se aproximase. Acudió éste al cabo de un buen rato, con aquel aspecto que hemos dicho, y que á la muchacha le pareció un fallo contrario, y la dejó toda aturrullada.

—¿Y bien, qué os ha respondido? preguntóle ella luego que le tuvo cerca.

—¿De qué?

—¿Cómo de qué? del perdon de Lupo que le habeis pedido.

—¿Qué perdon, ni qué calabaza? yo no pido gracias para nadie.

—¡Oh buen Dios! ¿Conque os ha dicho que no?

—No me ha dicho sí, ni no; este no debe ser negocio mio ni tuyo, ¿entiendes? y cuida de tener la lengua quieta, no sea acaso que con tus habladurías nos vayas á precipitar á todos.

—¿Pero ya no sois el de antes?

—No, no soy el de antes desde que he llegado á saber lo que antes no sabia.

—En suma, ¿no habrá remedio? ¿precisamente deberá morir?

—Ea, silencio digo, aturdidilla, no me hagas publicidades.

—Bien, pues le hablaré yo, me arrodillaré á sus piés, le rogaré tanto....

—¡Qué locura! ¡no faltaria otra cosa!

—¿Pero cómo? ¿por qué? esplicaos pues.

—Te he dicho lo bastante, ten juicio, y atiende á lo tuyo.

Diciendo esto el conde, se metió entre la multitud, y la hija quedó allí tan aturdida, que le parecia estar soñando.

Márcos, que no la habia perdido de vista, al observar que el padre se apartaba, acercóse á la silla en que estaba sentada, y la preguntó con permiso de la tia, si queria hacerle el honor de dar con él una vuelta por las salas del festin, le enseñaria los caballeros que debian ser los mantenedores en la justa. Bice, que tanto deseaba hallarse con él para tener oportunidad de pedirle el perdon de Lupo, con beneplácito de la tia, aceptó la mano que Már-

cos le ofreció tan caballerosamente, y marchó en su compañía.

—Los mantenedores serán doce, como sabeis, decia Visconti á la jóven paseándola por las salas; os enseñaré los once, pues todos están aquí, pero el duodécimo no lo encontraréis: ya sé que no necesitais que os lo enseñe, pues le conoceis tiempo hace, ¿no es así?

Púsose Bice toda encarnada, y no respondió palabra.

—Ví que le saludasteis con mucha dulzura un dia de estos, cuando pasaba conmigo por delante de vuestra casa; sé tambien que estuvo buena temporada en Limonta, y que ademas....

—Sí, es verdad, le conozco, dijo la niña bajando el rostro con alguna timidez, y tiene un escudero por el cual....

—No hablemos del escudero, si os place, interrumpió Márcos, hablemos un poco de él.

En esto la señorita, que siguiendo á su conductor, entraba en una larga sala despues de la última del festin, volvióse á mirar atras, y vió á su padre que, cruzando el dedo sobre la boca con grande espresion en el rostro, la señalaba que callase y anduviese con cuidado. Este incidente aumentó mas y mas el temor y la turbacion de la pobrecita, ya tímida y turbada por hallarse sola con aquel hombre, del cual habia oido decir tantas cosas, por oirle espresiones que atentaban al delicado y ruboroso secreto de su corazon, por verse sobre el momen-

to de tenerle que suplicar cosa de tanta importancia. Reclamando empero su virginal valor, que nunca le faltaba en los lances mas dificiles y apurados, comenzó con voz trémula y suplicante:

—Señor, ¿puedo esperar que sea atendida mi humilde y fervorosa súplica?

—¿No me habeis admitido por vuestro caballero y vasallo? respondió Márcos, ¿y os corresponde conmigo este lenguaje? no os toca dirigirme súplicas, sino indicarme vuestra voluntad.

Callaron un instante mientras atravesaban otras tres ó cuatro salas y salian á una estancia retirada, fuera de la vista de los concurrentes al festin. La niña, toda embebida en lo que tenia que pedir á Visconti, y éste enardecido por la pasion que le deslumbraba, distaban mucho de parar la atencion en lo estraño é indecoroso que era el separarse así del concurso, y puede decirse que ni uno ni otro lo habian advertido.

Bice, al hallarse en aquel lugar solitario, miró alrededor, de pronto algo desalentada; mas en seguida, cayendo de rodillas ante su conductor, dijo sollozando:

—Una palabra vuestra puede salvarle: tened compasion de una familia desolada: ¡oh si pudiese yo llorar como lloraba poco há su desdichado padre! ¡Si Dios pusiese en mis labios aquellas palabras suyas! Segura estoy de que no podriais negaros.

Así hablaba ella suponiendo que el conde ya le habia informado de todo, segun habian convenido;

mas Visconti nada sabia, y viéndose suplicar de repente con tanta pasion, sin adivinar el objeto, al principio quedó pasmado, entrándole pronto la piedad, el amor, la confusion de ver arrodillada y en tan humilde postura la reina de su pensamiento, olvidó toda otra cosa, inclinóse para levantarla, y le decia todo agitado:

—¿Qué haceis? No absolutamente, no: vaya, alzad: ¿vos postrada ante una criatura humana, vos?

Ella, empero, no dejaba su postura y continuaba suplicando, juntaba las manos, y le dirigia al rostro los ojos bañados en llanto, con tal ademan, que Visconti, en aquel momento creyó ver en la vírgen la mismísima madre que así se habia arrojado á sus piés, así le habia suplicado tantos años antes, en aquella noche en que fué á arrebatarla de la casa paterna. Sintióse enajenar, levantó á viva fuerza á la suplicante, la hizo acomodarse en una silla, y mientras Bice, cubriéndose el rostro con ambas manos, lloraba amargamente de congoja, de vergüenza y de desaliento, en términos de vérsele destilar las lágrimas por entre sus blancos dedos, él sin osar aproximársele,

—¡Oh! proseguia: decidme vuestro deseo, y os juro por mi eterna salvacion, que haré cuanto en mí quepa para dejarle satisfecho, todo, aun á costa del Estado, de mi vida, de mi honor mismo. Decidlo, pues, libradme de tanto tormento, decid cuál es la persona que puedo salvar?

—Lupo, respondió sollozando la muchacha.

—¿Quién? ¿Aquel vasallo del monasterio de S. Ambrosio condenado á muerte?

—Sí, es hijo del halconero de mi padre, es hermano de mi querida doncella.... ¡Oh, si los hubieseis visto!....

—Vaya, enjugad el llanto. Lupo es libre, os le doy.... así pudiese con mi sangre redimir una de esas lágrimas vuestras!!... ¡Vamos, Ermelinda, Ermelinda!.... vos me haréis delirar. Bice, no lloréis más, Lupo no morirá:

—¿Decís que no morirá?

—Sí, y os lo juro por mi vida.

—La jóven, al oirlo, se alzó de repente, y lanzándose hácia aquel salvador queria postrarse otra vez para darle gracias; pero no habiendo podido, porque él cogiéndola por la cintura la detuvo á viva fuerza; confusa, conmovida y desmayada por la fuerte impresion del repentino gozo, se dejó caer enteramente en sus brazos.

Márcos sentia temblar sobre sí aquella preciosa carga, correr ardientes sobre su mano las lágrimas de la hermosa vírgen, y palpitar aquel tierno corazon contra su agitado pecho. Exaltado y fuera de sí, inclinóse sobre aquella blonda cabeza y besóla. Bice sintió el beso, pero no la alarmó más que un beso de su padre, levantóse tranquila, dejando entrever la sonrisa del reciente gozo en aquellos ojos colorados aún y bañados de lágrimas, y aquel rostro alterado todavía: del mismo modo tras la lluvia se muestra hermoso y luciente el sol entre los

enrarecidos celajes de la vaporosa atmósfera de primavera.

El héroe estaba á discrecion de una muchacha. Arrimóse Márcos á una mesita, y en pié escribió al abad de S. Ambrosio pocas frases en términos ambiguos de ruego, de precepto y de amenaza, para que pusiese luego luego en libertad aquel Lupo del cual habian hablado pocos dias antes. Cerró la carta con una cinta de seda, puso su sello y el sobrescrito, y alargándosela á Bice, hacedla llegar al abad, dijo, y Lupo os será devuelto.

—El Señor os recibirá á cuenta esa sangre inocente que acabais de ahorrar, dijo la jóven, tantas lágrimas que enjugais: toda aquella familia rogará por vos siempre, y se encaminaba hácia la puerta para marcharse.

—Bice, dijo Márcos, y le señaló que se detuviese, os pido todavía un instante: la carta teneis tiempo de enviarla hasta mañana por la mañana..... Escuchad: esta noche parto á un viaje largo..... mas el recuerdo de estos momentos.... de vos... Bice..... creed que os tendré siempre en mi corazon.

—¡Oh! ni yo olvidaré jamas la gracia que me habeis hecho; tambien yo rogaré por vos..... ¡Y me daba tanto miedo el presentarme á vos!... bien me lo decia mi madre que teneis un corazon bueno y generoso.

—¿Conque puede no aborrecerme vuestra madre? ¿Conque me ha perdonado?..... Y vos, Bice,

¿me perdonais vos tambien? ¿podeis no aborrecerme?

—¿Yo? ¿qué decis?.... mi gratitud.... el obsequio....

—No me basta, no es esto lo que quiero de vos, exclamó Visconti cogiéndole una mano entre las suyas trémulas. ¿A qué disimular por mas tiempo? Sabed, Bice, que desde el momento que os ví.... se fijó mi destino invariablemente.... tambien yo palpitando espero de vuestra boca una palabra de vida ó de muerte.

La muchacha temblaba como una hoja, y forcejaba para librarse de él. Mas interrumpiéndose Visconti, como repentinamente herido de una nueva idea, aflojó las manos, y Bice pudo retirar la suya: con el rostro muy diferente de antes, despues de un momento de silencio, preguntóla con voz severa:

—Decidme: ¿este Lupo es escudero de una persona que me habeis nombrado poco há?

—Sí, escudero suyo.

—¿Suyo? ¿de quién?

—De él..... de aquel primo vuestro..... de aquel caballero.... respondia la doncella, y no sabia resolverse á pronunciar el nombre.

—Decid, de quién.... le intimó con fiereza.

—De Ottorino, dijo Bice, poniéndose al punto toda encendida.

—Ahora respondedme como responderiais al confesor en el trance de la muerte, seguia Márcos con voz trémula y entrecortada:

—¿Es por complacer á éste por lo que habeis venido á pedirme el perdon de Lupo?

—Mi padre era quien debia pedíroslo.

—No es esto lo que os pregunto. Decidme por vida vuestra si ha sido él quien os ha impulsado á este paso.

—Sí, tambien él ha rogado á mi padre, porque caido de vuestra gracia, no se atrevia....

—¡Ah! ¡vos sabeis todos sus secretos!..... ¿Y cuándo le habeis visto?

—Pocos momentos antes de entrar en vuestra casa.

—¿Y le veis todos los dias, no es verdad?.... Y la palabra.... la palabra que le diste.... decidme.... ¿salia del corazon? ¿estais prendada de él? decidlo.... decidlo por Dios.

Bice, toda espantada, callaba.

—¡Conque no lo negais!

—No, no lo niego, dijo débilmente la muchacha, él.... debe ser mi esposo.

—¡Maldicion, muerte! esclamó Márcos con violenta voz de trueno; y arrebatando la carta de las manos de Bice, se precipitó furioso hácia ella como si quisiese despedazarla. La cuitada sintió vacilar sus rodillas, oscurecérsele los ojos, y cayó al suelo desmayada.

Visconti la estuvo contemplando un instante con ojos fieros y sanguinarios; la mano corrió maquinalmente al puñal; pero retiróla al momento, metió la carta entre el ceñidor de la amortecida, y sa-

lió precipitado bajando una secreta escalera que conducia á un pequeño patio interior. Sintiendo entonces una poderosa necesidad, un frenesí de moverse, de agitarse, de respirar en campo libre, montó en el corcel, allí preparado para él mismo, que debia partir aquella noche, y lo precipitó por el primer camino que se le ofreció delante. Entre tantos escuderos que debian acompañarle, uno solo, tuvo apenas tiempo de echar tras él, y sin poder alcanzarle, fuéle siguiendo desde lejos. Tal era el temple de aquella alma: en el primer hervor de la pasion, lo presente le quitaba toda sensacion de lo pasado y del porvenir, y le reconcentraba todo en un punto.

Partió como quien huye de un enemigo que le va persiguiendo, mas el enemigo montaba en su grupa, iba con él, y no le dejaba solo un momento de paz ni tregua.

En aquella furiosa carrera entre tinieblas, sintiendo dar en su rostro la fresca brisa de la noche, parecíale gozar algun refrigerio: galopaba como un frenético sin oir en torno mas ruido que el pisoteo del caballo, y el silbido del aire impetuosamente roto, que le hacia volotear sobre la frente los cabellos empapados de sudor. El generoso corcel con la rienda suelta, y los ijares ensangrentados, se lanzaba furibundo, devoraba el terreno sin verle, galopaba al derecho y al traves, perdia enteramente toda trillada senda, atravesaba campos, vegas y bosques, saltando céspedes, matorrales y fosos con

peligro de estrellarse contra el tronco de un árbol, ó caer en un barranco ó en alguna acequia.

El ginete en el inevitable sacudimiento de los saltos y vaivenes percibia la vida material que le acrecentaba la dolorosa sensacion interna, no cesaba de azuzar el caballo con la boca y con las espuelas, desapiadadamente clavadas en la carne: abandonándose con la idea de cierta fantástica embriaguez, se deleitaba en desear hundirse, desaparecer del mundo para siempre caballo y caballero.

Galopaba sin cesar, hasta que advirtió que estaba solo.

El escudero no habia podido seguir su desenfrenada, loca carrera. Sintió que el pobre animal gemia abatido del cansancio, al resplandor del crepúsculo le vió todo cubierto de espuma, humeante y ensangrentado, arrojar por sus abiertas narices el aliento denso, detenido é inflamado: recogió las riendas, y le paró en una vasta y desierta hondonada. Alzó los ojos hácia el sol que empezaba á despuntar, y su vista le contristó; disgustóle la luz del dia que le descubria á la vista de los hombres y á la suya misma: la oscuridad de la noche era mas análoga á su dolor, recorríala el espíritu á su placer, ocupaba la vasta inmensidad, y hallaba cierta sensacion misteriosa en la idea de lo infinito y eterno, en cuyos vértices se perdia.

Mas al amanecer, al volver el alma en su acuerdo, al caer otra vez en la vida, y al topar con la rígida y concreta realidad de las cosas, por fortuna

vino una idea á moderar aquella enojosa avidez, á resucitarle el valor: fué la idea de que todavía le quedaba algo que hacer; podia vengarse.

Dió un grito al caballo, y volvió á caminar paso á paso tomando por direccion un campanario, que descubrió de lejos por encima de las copas de un bosque. Al paso que iba adelantando, parecíale reconocer el pais. Al revolver de una vereda, á que hacian sombra dos hileras de sauces, encontró á una aldeanilla, que con una varita en la mano iba detras de una vaca, cantando á gaznate tendido. Preguntóla si el lugar que se descubria era Rosate; pero la rapazuela asustada dió un chillido, y echó á correr por los campos llorando. Márcos, inclinada la cabeza sobre el pecho siguió su camino, hasta que por entre los árboles llegó á divisar las torres del castillo de Rosate, uno de sus feudos, como se ha dicho. Vió ondear el pendon cuadrado, distintivo de los caballeros mesnaderos, vió el yelmo con la serpiente enarbolado en el mas alto torreon, llegó á la barbacana del foso que circuia los almenados muros, tres veces con la guarnicion de la espada hirió el acerado pomo del arzon, bajóse el puente levadizo y le atravesó.

Al entrar en el segundo patio encontró al castellano que corria á aguantarle el estribo. Era Pelagrua, aquel procurador del monasterio de S. Ambrosio arrojado de Limonta, colocado allí por Márcos, y nombrado despues castellano. Este no tuvo tiempo de prestarle el servicio á que se habia apre-

surado, pues Márcos apeándose de un salto, le dejó en la mano las riendas, mandándole que guardase secreto acerca de su llegada.

La alteracion del rostro del amo, el desórden de toda su persona, y el estado lastimoso del caballo, le hicieron nacer al bellaco estrañas sospechas, distantes mil leguas de la verdad.

XV.

La capilla.---Gracia y libertad de Lupo.

Bice, vuelta del desmayo, se halló acomodada sobre una cama en una estancia desconocida, y á una doncella que tenia al lado la preguntó por su padre: mas como en aquel momento reparase en él que la estaba mirando desde el estremo opuesto, se incorporó, saltó en pié, y agarrándole de un brazo le dijo:

—Salgamos de aquí, vámonos, vámonos pronto.

Llegados á la calle, pidióla el conde la esplicacion de todo aquel enredo; mas ella apresuraba el paso sin responder, ansiosa de llegar á su casa, donde solo creia hallar seguridad. A poco rato acordóse de la carta, se la halló en el ceñidor, sacóla, y la enseñó á su padre diciendo:

—Aquí está.

—¿Qué es?

—El perdon de Lupo, una carta para el abad escrita por Márcos.

—Pero bien.... yo no comprendo.... si te ha concedido lo que le pediste.... ¿No me hayas hecho algun disparate mayor? ¿Si se te habrá escapado de la boca el nombre de.... de Ottorino?

—Él mismo me ha preguntado.

—¿Y tú qué le has respondido? ¿cómo te has portado?.... vamos, habla.... suelta ese pico.

—Ah, dejadme, dejadme.... todo lo diré lo diré á mi madre....

—Hé aquí en qué paran todas vuestras gazmoñerías. Basta, atiende bien lo que voy á decirte: no debes verle mas ¿entiendes? jamas has de verle.

Bice no resollaba, y toda trastornada aún, no estaba para atender bien á la importancia de aquellas palabras, ni para acongojarse por ellas.

Todo el camino pasó el conde regañando, unas veces recio, otras en voz baja. En la puerta de su casa dijo á la hija:—Dame acá la carta, ella obedeció, y entraron.

Los padres de Lupo, Ermelinda, Ottorino y la familia, los estaban aguardando. Apenas les vieron asomar al zaguan, corrieron á recibirles con luces; mas al notar el rostro de Bice y el de su padre, nacióles á todos un mismo pensamiento: contaron á Lupo despachado para el otro mundo, y levantaron un alarido y un lamento general.

El conde, desprendido de la hija, que se arrojó á los brazos de la madre, hizo seña á Ottorino de

que le siguiese, y al estar en una sala baja, púsole en la mano la carta de Márcos, diciéndole:

—Esta es la gracia de vuestro escudero; andad, Dios vaya con vosotros; pero contad uño y otro, que mi casa no debeis pisarla jamas. Dicho esto, dió media vuelta, y corrió á encerrarse en su cuarto.

Ottorino mira la carta, reconoce la mano, el sello de Márcos, y el repentino gozo por la salvacion de su fiel escudero, amortiguó y casi disipó del todo el primer sentimiento de la rara y cruel intimacion que acababa de oir. Corrió á una sala, donde entretanto se habian reunido los demas, y enarbolando una mano con la carta de Visconti, gritaba:

—¡Gracia! ¡gracia! hé aquí la carta de Márcos. Todos se le echaron encima para ver y tocar aquella bendita carta; gritaban, lloraban, se abrazaban mutuamente.

El padre de Lupo quiso tenerla en la mano, la besaba, regábala con sus lágrimas, é iba alrededor enseñándola á su mujer, á Laureta, y al otro hijo.

—¡Pronto, á caballo, gritó Ottorino, el tiempo urge! Listos dos palafrenes, uno para el halconero que quiso acompañarle, tendiéronse al galope hácia Chiaravalle.

—Dame á mí la carta, dijo el caballero á Ambrosio, dámela que la guardaré.

—¡Ah! dejádmela, respondió éste suplicando; mirad, la tengo aquí sobre el pecho, si no la sintiese, si no la tuviese debajo de mi mano, me pareceria haber perdido el corazon.

En todo el camino, como era natural, no hablaron mas que de Lupo.

Mientras tanto éste paseaba por una estancia baja de una de las torres del monasterio de Chiaravalle, sin mas muebles que una mala mesa de nogal, con un velon encendido, un crucifijo de madera colgado en la pared, y delante un reclinatorio. Cuatro soldados hacian centinela á la puerta, y habia otro dentro acompañando al preso. Este quinto era Vinciguerra, uno de los que acompañaron á Bellebuono en su última espedicion de Limonta, que hemos referido.

El reo conservaba la firmeza de su paso, la serenidad de su frente, y estaba hablando con Vinciguerra del hecho por cuya causa se veia en aquella capilla.

—Vaya, cómo nos la pegó el pícaro villano, decia Vinciguerra.

—Eh, respondió Lupo, cuidado con la lengua.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, que si hemos de ser amigos, no quiero oir hablar mal de los valientes.

—Sí, vosotros todos sois unos, para ayudaros uno á otro no sé qué hariais: ¡ya! al fin son montañeses.

—Mas vale ser gavilan de peña, que ánade de charco.

—Sí, sí, tú eres de Limonta y yo de Chiaravalle; pero al cabo estamos patas, ambos somos vasallos del monasterio, no es cosa de tener tanta soberbia.

—Vasallo del monasterio, sí, por mis pecados, pero nunca los he servido. ¡Qué gracia! ¿eh? verse mandar por una mano que se alza empuñando el aspersorio, ó una cabeza con cerquillo! verdaderamente ha de ser un gusto.

—¿Qué te parece? respondió Vicinguerra, ¿crees que á mí me haga buen estómago el sueldo que me dan? ¿Te acuerdas cuando combatiamos juntos á las órdenes de Márcos Visconti.

—¡Viva Márcos! esclamó Lupo, herido de aquel nombre, que solia hacer palpitar á cualquier soldado lombardo. ¡Aquel es hombre! siempre delante, el primero en hacer maravillas con su brazo, ademas afable, accesible, amigo del soldado, cuando habia, habia para todos, y en pasando miseria, bostezar todos juntos; no como estos tuyos..... que hartos y rellenos hasta el gollete, te gritan desde el refectorio, ¡avancen! ¡avancen! Sí, ¿eh? ¿Por amor á sus lindas fachas? ¿para que puedan engordar la corteza? y luego ¡qué gloriosas empresas! como la última de Limonta: gente armada que de noche y á traicion se echa encima de infelices inermes: ¿estos son hechos de soldado?

—Tienes mucha razon.

—Con todo, mira, si hubiese yo llegado á tiempo de reunir aquellos desdichados; sábete, que de otro modo hubiera andado el juego, y aun podia costaros caro.... Basta, no quiero pensar en ello, que me duele demasiado.

—¡Pobre Lupo! ¡siempre fuimos amigos, hemos

sido compañeros de armas, y que me toque ahora hacer este papel!

—Cumple tu oficio.

—Sí, pero cree que tener que guardarte aquí dentro, y saber dónde te he de conducir luego, no lo puedo digerir.

—Vamos, vamos, remédialo con un vaso de vino, dijo el reo, y llenando él mismo dos vasos de un grande frasco, cogió uno, alargó el otro al compañero, y brindó, á la salud de Márcos.

—Eso no es contrabando, respondió el centinela, Márcos es amigo del monasterio y primo del abad, conque bien puedo aceptar el convite y dar buena cuenta. ¡A la salud de Márcos y á la tuya! dicho esto, ambos vaciaron el vaso de un sorbo.

—¿Has dicho tambien á la mia? replicó el limontino en acabando de beber. ¿Quisiste decir la del alma, no es verdad? porque la del cuerpo, en el punto en que me hallo, tiene poco que hacer. Mira, y observó por una ventanilla: el cielo empieza ya á blanquear, dentro de poco.... ¿No ha de ser una hora despues de salido el sol?....

—¡Pobre desdichado! sí, una hora.

—Oyes, añadia Lupo, ¿no somos soldados para hacernos despachurrar si conviene? ¿pues? morir de un hachazo que te abra el cráneo como una manzana, ó de una lanzada que te atraviese de parte á parte como un renacuajo.... ó.... en suma, como mueras haciendo tu deber, todo es igual, y yo muero por haber cumplido el mio..... Es decir,

absolutamente igual no, lo confieso: por mas que procure suavizarla, todavía la encuentro algo dura; pues aquello de acabar tus dias sobre tres palos, atado como un ladron, delante de toda la canalla que corre á verte como corre á ver á un asesino, no es lo mismo que morir en el campo de batalla cabalgando el arzon sobre el esforzado caballo, repartiendo desesperados tajos á derecha é izquierda, con la música de las trompetas en el oido, y la esperanza de la victoria en el corazon.

—Lo que queria decir yo; por lo demas en cuanto al morir, morir hoy, ó morir mañana, ¡qué se me da! Con todo, ¿te parece que si yo pudiese evitarlo, añadia Lupo, no lo haria de mil amores? pero ya que es preciso beber este trago, paciencia, resignarse, y poner buena cara á la muerte que Dios envia.

—Vinciguerra exhaló un suspiro, rellenó los dos vasos, apuró el suyo, y con la mano indicó á Lupo que hiciese lo mismo.

—No, no; respondió el reo, el poco juicio que Dios me ha dado, quiero aprovecharle en este momento, y pasar el último trance como buen cristiano, sabiendo lo que me hago.

—Mira, ¿quieres te llame al padre Atanasio que desechaste poco há?....—No, no, lo que debia hacerse, ya está hecho. Aun estaria aquí, pero empezaba á romperme los cascos, me salia con unos cuentos que.... en fin, le he dicho guapamente que se me quitase de delante.

—¡Qué diantre! querria recordarte el bien de tu

alma para que te pusieses bien con Dios, hacerte rezar algunas devociones, y son cosas que conviene hacerlas el que está para irse al otro mundo. ¡Si no es esto! mientras me habló como buen religioso, le escuché; mas luego viniendo á Bellebuono, se empeñaba en que aquello fué un asesinato: y en verdad que si no tuviese otros pecados.... En fin, le he dicho claro y redondo, que no repararia en volverlo á hacer sin el menor escrúpulo de gravar mi alma.

—¡Oh! aquí te quiero, compadre, aquí te quiero, el religioso tenia razon.

—Tú tambien eres un alcornoque: te pondré un ejemplo.

—Veamos.

—Si yo, decia Lupo, llego á Limonta una hora antes, y por medio de un aviso falso á tu Bellebuono consigo atraerle á él y á todos vosotros á una garganta del monte, donde emboscado yo con mis valientes paisanos os caigo encima, y os cazamos á todos como ratones, ¿hubiera hecho pecado mortal? ¿tenia que confesarme? ....

—No, porque aquello es un ardid de guerra.

—¿Y el mio no fué un ardid de guerra? con la diferencia de que en vez de cogeros á todos, no cogí mas que á uno.

—¡Oh! ¿qué tiene que ver?

—Mucho; y ademas, ¿la razon no la cuentas para nada? ¿la razon de haberle cazado para defender á tanta pobre gente de mi pais, y á nuestro buen

cura que él queria desollar y asesinar por diversion?

—Amigo, ahora sí que la has dicho gorda: ¡ir á buscar la razon!.... ¡y eres soldado!

—Lo sé, mas yo lo decia por comparacion, que aquello no era una cosa justa, sino una cuadrilla de ladrones y asesinos que se nos echaban encima.

—¡Alto ahí! poco á poco con esta gracia de motejar á la gente, contestó bruscamente Vinciguerra; sábete que yo siempre hice el soldado, y nunca el ladron ni el asesino, y á no ser por que....

Pero Lupo echando á reir:

—¡Ea, anda bufon! le dijo, ¿vendrás ahora á pegártelas conmigo? ¿con uno que dentro de media hora ya estará en el otro mundo? Ya harias la tuya: ¡con un pobre en agonía!

—¿Qué vienes á sacarme ahora? respondió el soldado todo turbado por aquellas palabras, y por la frialdad con que eran pronunciadas.

—Ya lo sé que contigo.... y luego siempre fuimos amigos; mas.... ya ves que ciertas espresiones.... no se pueden tolerar....

—Y tú, ¿no ves que solo lo dije por ejemplo?

—Si lo has dicho por ejemplo, vaya con Dios.

—Quiero que quedemos amigos, ¿eh? añadió Lupo alargándole la mano.

—Ciertamente; amigos de todo corazon, respondió el otro apretándosela afectuosamente, y añadió en seguida:

—Estrecho la mano de un valiente soldado y

buen compañero, y volvió el rostro para ocultar su conmocion, llenó otro vaso, apurólo, y llevando una mano á la boca, como para enjugar el vino de los bigotes, la deslizó hasta el lagrimal haciéndola ir y venir dos ó tres veces.

En esto, retumbó la silenciosa mazmorra á los toques fúnebres de una campana. Lupo pareció estremecido un momento, pero recobrándose pronto, dijo:

—Veo que no me queda tiempo que perder; escucha Vinciguerra, quiero decirte una cosa: la hubiera pedido al confesor; pero me ha hecho subir tanto el humo á las narices.... Ademas, es mejor hacer este encargo á un amigo que me conoce de mucho tiempo, y sabe que al fin todos somos hombres.... si estos viesen un soldado.... podrian creer teme morir.... Escucha pues; me esplicaré en dos palabras. La primera vez que vayas á Milan, busca la casa del conde del Balzo, en la Brera del Guercio; allí encontrarás mi familia, mi padre, mi madre.

Al pronunciar tan sagrados nombres sintió desgarrársele el corazon, dió una vuelta por la estancia, y vuelto á Vinciguerra le preguntó:

—¿Lo harás?

—Te prometo hacer tu voluntad; así Dios me dé salud en esta vida y descanso en la otra, respondió el centinela.

Lupo se quitó del cuello una cadena de plata, y alargándosela:

—Diles que la lleven en memoria mia. A mi hermana, que mire aquel estante que hay en el cuarto, junto á la muda de los halcones: allí encontrará una cajita de boj con una sortija de oro dentro, resto del botin de Toscana; se la guardaba para cuando se casase y.... guárdela por mi amor.

—Escucha, díjole Vinciguerra: yo no soy rico, pero gracias á Dios aun tengo conmigo algunos sueldos, hélos aquí, y sacó de un bolsillo un puñado de monedas grandes y pequeñas: ¿qué quieres que haga de ellos? me ahorrarás media docena de borracheras; aceptándolos harás una obra de misericordia, los llevaré á tu padre, tal vez tendrá necesidad: de todos modos, siempre le serán de mas provecho que á mí.

—No, no; te lo agradezco.

—Vamos, hazme este favor, dame este consuelo: te juro que más me place poder dar ahora este poco, que no me hubiera complacido parte del botin de Limonta que nos habia prometido aquel tú.... aquel hombre. Tambien yo estuve una vez á pique de irme al otro barrio, y sé cuán caros son en aquel lance todos los de la familia, mayormente el padre y la madre, y cuán dolorosos son los disgustos que, quién mas, quién menos, todos hemos causado á nuestros padres, esto ya se sabe; me acuerdo del grande sentimiento que tuve por no hallarme con cosa alguna que poderles enviar en memoria mia.

Lupo le puso una mano sobre el hombro, y le dijo:

—Sé que me lo ofreces de buena gana, y entre nosotros soldados se da y recibe con la misma voluntad; pero gracias á Dios mis padres nada necesitan.... y aun mira, si quisiese enviarle dinero, tambien tengo; y diciendo esto, volvió del reves la faltriquera de su ropilla, y derramó encima de la mesa un buen puñado de monedas: en vuestra compañía sois sesenta soldados, ¿no es así?

—Así era, pero se nos quedaron once sobre vuestros campos de Limonta, en aquella linda empresa; conque, si no yerro la cuenta, debemos ser ahora cuarenta y nueve.

Lupo alzó la cabeza, y despuntóle en el rostro una sonrisa de complacencia oyendo mentar aquella gloria de sus queridos paisanos.

—Pues bien, añadió: ¿los que quedan no desdeñarán echar un brindis por el reo?

—Ni aun dos, respondió Vinciguerra; mas yo no probaré tal vino: mi parte la emplearé en hacer rezar bien por tu alma.

—¡No á los monjes de S. Ambrosio! replicó Lupo, guárdate bien, pues no quiero que me venga nada de esos poltrones cismáticos. A propósito, se me olvidaba una cosa: tambien tengo un hermano con el cual nunca hemos estado muy avenidos; pero en el trance de la muerte no es menester que le deje del todo en un rincon, cuando no fuese por otra cosa que por el amor de mi madre que le quiere como á las niñas de sus ojos; es menester que le envie tambien algo: aquí tengo este pequeño cru-

cifijo de plata, mas pensaba dártele á tí en memoria, y no sabré....

—¿Un hermano tuyo? dijo Vinciguerra, bien, hélo aquí todo arreglado; yo pillo tu crucifijo, y te doy esta reliquia para enviársela, mira: y se la mostraba desatacándose el brial: es una astilla de la columna de S. Simeon Stilita, yo mismo se la quité con mis propias manos á un peregrino que venia de Tierra Santa, y que desbalijé una noche en Romagna.

—¡Bravo! dijo Lupo, aceptado el trueque; se la llevarás, como te he dicho, en nombre mio; conque toma, y quitándose del pecho el crucifijo de plata, se le alargó, echóle los brazos al cuello, y dióle y recibió el beso de la última despedida.

—Ahora ya tengo arreglado todo lo de acá abajo, añadia el limontino; ya es tiempo de pensar solo en el alma. Dirigióse al crucifijo que colgaba de la pared, y se puso de rodillas en oracion.

Vinciguerra, para no estorbarle, se retiró á la puerta desde donde referia á los otros cuatro soldados de guardia todas las palabras del reo, les enseñaba el dinero que le habia dado para repartirlo á la compañía, acabando con estas palabras:

—Por lo que hace á mí, ya le he dicho que la parte que me toque irá en sufragios por su alma.

—Pon tambien la mia.... y la mia.... la mia tambien, fueron gritando todos, despues de lo cual quedaron en silencio aguardando el doloroso momento de tener que conducir al patíbulo al desven-

turado: que á todos dolia ver morir de tal suerte á un soldado jóven, valiente y buen mozo, cual Lupo. Si de cuando en cuando se hablaban alguna palabra, era en voz baja; circunstancia respetuosa de poca importancia en sí misma, pero muy notable en aquella gente áspera, únicamente acostumbrada de toda su vida á padecer y hacer padecer.

El patio del palacio monacal, el pórtico que lo circuia y al cual daba la puerta del aposento de Lupo, estaba todo lleno de curiosos; gente desocupada que, como en todos tiempos y en todos los paises, acude á presenciar el último suplicio de un hombre, como una fiesta, y con una algazara verdaderamente salvaje: tal vez á impulsos de aquel gusto misterioso que se siente sin saber por qué, al contemplar la humanidad en sus situaciones mas fuertes y terribles, ejercitando el ánimo al terror, á la compasion, estudiándose á sí mismo en el paciente, y considerando el misterio de la vida y de la muerte.

Habia dado ya la hora en que el reo debia ser conducido al patíbulo, y el loco populacho empezaba á murmurar del retardo. A Vinciguerra roíale las entrañas aquella estúpida y feroz impaciencia, y se hacia el desentendido, dando con el asta de su lanza en los brazos y en los hombros de los mas osados, á pretesto de conservar despejada la puerta del calabozo.

Oyóse, finalmente, un murmullo que se iba propagando, las voces de ¡ya vienen! ¡ya vienen! Em-

pujábase la gente, aumentaba las oleadas, alzábase sobre las puntas de los piés volviéndose hácia la puerta esterior del patio. Vinciguerra corrió á dentro del calabozo para hallarse pronto al servicio que se le habia señalado; y Lupo, como despertando al ruido de los pasos cercanos, se puso en pié, hizo la señal de la cruz, y con rostro sereno dijo: ¿Llegó la hora?

En esto se abre la puerta, y entran dos de los cuatro guardias que estaban de centinela, y tras ellos un monje con una carta en la mano. Lupo miró por encima del hombro de éste, y observando que le seguia otro hombre, sospechó quién pudiese ser, bajó en seguida la vista por un terror involuntario. Mas hé aquí que de improviso se siente abrazar por la espalda, mira, y se halla en brazos de su padre, que apretándole al pecho no podia hablar ni llorar.

—Habeis hecho mal de quererme ver en este trance, dijo Lupo, luego que la conmocion dejó libre vado á la voz. Ya no pensaba sino en Dios y en la eternidad: habeis hecho mal para vos y para mí.

Ambrosio, no pudiendo con la voz, le señalaba que no con la cabeza y con las manos; finalmente, despues de un largo esfuerzo, pronunció sollozando estas palabras:

—No, no morirás.

—¡Ah! sí moriré! respondió el hijo, lo siento por vosotros, en cuanto á mí, ya habia arreglado todas mis cosas.

Mientras el halconero, apretándole siempre mas y mas, iba señalándole con la cabeza que no, que no, que no, adelantóse el monje y dijo á Lupo:

—Vuestro padre dice verdad, el abad os ha hecho gracia.

—¡La gracia! ¡la gracia! gritaron entonces los guardias en el calabozo; ¡la gracia! repitieron los centinelas de la puerta, y este grito repitió de boca en boca, bajo el pórtico, en el patio y en las calles inmediatas al palacio, la multitud que hormigueaba en todas partes.

—Agradecedlo á la clemencia del abad, repetia el monje al reo.

—Hemos venido Ottorino y yo, dijo el halconero, con una carta de Márcos Visconti al abad, pidiéndole la gracia.

—¿Una carta de Márcos? dijo Lupo; ¡viva Márcos! y la vida le parecia mas preciosa recibiéndola de tal señor.

—¡Viva Márcos! repitieron los centinelas.

—¡Viva Márcos! ¡viva Márcos! resonó por defuera en todo el contorno.

A consecuencia corrian entre la multitud mil habladurías: ¿Qué será? ¿qué no será?

—Es que Márcos Visconti ha venido en persona á librar al reo que es pariente suyo.

—El pariente es aquel otro caballero que ha traido la carta.

—No, que ha venido él mismo, y tiene ahí fuera de lugar una buena porcion de guardias vasallos su-

yos, y el abad ha tenido á buena cuenta el complacerle.

—Dígote que Márcos ha enviado una carta del cómo y cuándo debia ponerse en libertad al enjaulado.

—No es así.

—¡Pero si acaba de decirlo el padre Buenaventura!

—¡Si no puede ser!

—¿A mí me lo quereis enseñar?

Todos estos discursos y otros semejantes, se convirtieron en una aclamacion general, luego que se vió al reo salir libre asido del brazo de su padre, atontado de alegría. La algazara, el placer que manifestó todo el concurso, hubiera hecho honor á la sensibilidad de las mas humanas asambleas de nuestros dias.

Pero eran las mismas personas que poco antes habian acudido á presenciar la ejecucion, y murmuraban del retardo. Sí, las mismas eran. ¿Qué quereis? ¿No es que verdaderamente se complaciesen en el suplicio del pobre Lupo, que ni sabian quién fuese, ni lo que habia hecho para merecer aquel fallo: querian.... qué sé yo, sensaciones fuertes, estraordinarias, y acababan de conseguir su objeto por otra vía?

Al traves del concurso, que apenas podian los guardias tener á raya, llegaron Lupo y su padre á la plaza de Chiaravalle. Frente de la iglesia encontraron á Ottorino con algunos aldeanos que tenian

de la rienda á tres palafrenes. El jóven caballero echó los brazos al cuello de su fiel escudero, resonaron en todo el contorno los vivas y aplausos. En un momento estuvieron los tres en la silla.

—¿No venís á dar gracias al abad? dijo el monje á Lupo. Este miró al rostro de su amo, y viendo cierta espresion, y que al mismo tiempo se encogia de hombros y como si dijese: ¡eh, no te pares en ello! respondió:

—Por ahora tengo mucha prisa.

Vinciguerra que hasta allí acompañara á Lupo, púsole al cuello la cadenilla de plata, sacó de la faltriquera las monedas que debia de repartir á la compañía, y dijo:

—Toma tu hacienda; pero el limontino respondióle:

—Quédate con el dinero, y bebedlo esta tarde á mi salud.

—Qué me place, replicó el guardia, esta vez sí que te prometo terciar en la salva.... ¡Oh! á propósito, ¿y tu crucifijo de plata? me olvidaba de restituírtele.

—Guárdale, guárdale en memoria mia, respondió Lupo apretándole la mano, y echó á andar en compañía del padre y de Ottorino entre la multitud, que se dividia delante de ellos para abrirles paso.

Al estremo de la plaza, como doblasen hácia la izquierda para embocar en un caminito, vió Lupo la

horca que le tenian preparada, y saludándola con la mano, dijo en alta voz:

—¡Adios, prenda querida! con lo cual hizo soltar la risa á todo el concurso.

Al pobre Ambrosio le parecia un sueño el tener á su lado el hijo sano y salvo: como si necesitase cerciorarse de la realidad, no le quitaba la vista de encima, lo tenia estrechamente cogido de una mano, y le iba diciendo con voz baja y con la zalamería de un niño:

—¡Aturdido! ¡travieso! ¡buen susto me has dado! ¡no me has tenido en mal aprieto! Vamos, vamos, haz como yo, déjalo correr este maldito oficio de soldado; vuelve á tu casa, y vivamos juntos en buena paz, con lo poco que Dios nos ha dado, en compañía de tu madre..... Pobrecita, tú que tantas veces te lamentabas de que no te queria..... si la hubieses visto á la pobre mujer, si la hubieses visto....

—¡Ah! lo sé, lo sé; nunca he dudado de su amor.

—Pero digo que te quiere tanto, tanto, que ni yo te puedo querer más: y Laureta.... ¿y tu hermano? tambien él, mira, tan frío como parece....

—Sí, sí, estoy agradecido á todos.

—¿Conque harás la resolucion? ¿darás este contento á tu padre en sus últimos dias?

—Despues hablaremos, ya veis, es preciso que lo consulte tambien con mi señor.

—¡Oh! sí, sí, es muy justo, demasiado justo, le debes tanto, y si supieses lo que ha hecho por tí, y

con qué interes.... hasta el conde, y la condesa, y la señorita, y todos, todos, en mi desgracia he tenido el consuelo de ver y palpar con mis propias manos cuánto te quieren todos.

Ottorino, que conocia cuán molesta habia de ser la presencia de un tercero en los primeros momentos de entusiasmo paterno y filial, iba adelantado algunos pasos, fingiendo ocuparse en otros objetos; pero despues de unos momentos de desahogo, que le parecieron suficientes, detuvo el caballo, se dejó alcanzar por los dos, y cortándoles en la boca las gracias que empezaban á tributarle, dijo á Lupo:

—Convendrá apresurarnos para llegar á tiempo á la justa, ya sabes que hoy es el primer dia, ¿bien querrás servirme de escudero?

—Sin duda: ¿lo creeréis? pensaba en ello allá en Chiaravalle, tambien por esto me disgustaba aquella ceremonia que querian hacerme, puesto que me robaba el gusto de serviros en la liza.

—Te querian hacer el obsequio aquellos lindos padrecitos; mas por esta vez han tenido que contentarse con las ganas: si hubieseis visto qué fiero visaje y qué cara de perro ponia el abad al leer la carta de Márcos! hacia mil contorsiones á manera de un murciélago chamuscado con azufre. En verdad, me divertí como un loco, viéndole en el apuro de comerla amarga y escupirla dulce.

—Por otra parte, decia Lupo; ha sido una grande dignacion, una gracia muy estraordinaria de aquel hombre: todo un Márcos Visconti.

—Ha sido por amor del amo, terciaba Ambrosio; por amor del amo que espresamente fué á suplicarle en compañía de Bice.

—Quedo eternamente obligado y á disposicion del conde, respondia el jóven algo mortificado por no poderse gloriar de que Márcos hubiese pensado en él espontaneamente; lo cual le hubiera dado orgullo, y se hubiera pavoneado un poco. Pero ante todo tendré que ir á dar las gracias á Márcos.

—Esta noche ha marchado á Toscana, le dijo Ottorino.

—Lo siento á fe, hubiera dado cualquier cosa por el honor de besarle aquella mano gloriosa, y protestarle que mi vida estará siempre pronta á sacrificarse por él.

Ambrosio, oyendo espresion de gratitud tan claramente entusiasta por Márcos, conoció que su hijo aun era el mismo de antes, que no le habia salido del cuerpo el diablo guerrero, y bajando descontento la cabeza, dijo entre sí:

—Si ni la horca puede curarle, ya no sé qué más hacerle.

El hijo leyó, por decirlo así, aquel pensamiento sobre el rostro desapacible del padre, sintió haberse deslizado á decir cosas que hubiesen podido disgustarle, y queriendo de algun modo repararlo, y darle una prueba de su ternura filial, despues de haber discurrido un poco lo que podia decirle de mas afectuoso y mas grato, y dejar á parte el punto en que discordaban, salió preguntándole qué tal

estaban los halcones que habian quedado en Limonta.

Ottorino echó una mirada á Lupo, pasmado de una pregunta que le pareció tan estraña é intempestiva; pero el padre, que estaba enamorado de su oficio de halconero, y nunca habia podido conseguir aficionar á Lupo, que deseaba fuese su sucesor, y jamas le habia oido hablar con gusto de un halcon, de un señuelo, tanto le repugnaba aquella caza por efecto de los mismos esfuerzos que se habian hecho para hacerle entrar en ella, sintió vivamente todo el afecto, toda la delicada ternura de tal pregunta, y respondiéndole:

—Están escelentes, le dió un apreton en el brazo, y se le asomaron las lágrimas.

Llegados á Milan, el jóven caballero dijo á Lupo:

—Dentro de un par de horas estarás en el palenque bien prevenido; allí me encontrarás: y saludó con la mano á sus dos compañeros de viaje que le volvieron el saludo inclinando sus cabezas hasta la cerviz de sus respectivos caballos.

Ya se figurará el lector qué recibimiento se hizo á Lupo, por lo mismo solo diremos que la madre por primera vez en su vida se disgustó de la frialdad de Bernardo, el cual comenzó ya reprendiéndole su obstinacion en el cisma, queriendo sacar por consecuencia que de allí le nacia toda la desgracia ocurrida.

—Cá, calla, le dijo la madre con aire algo amos-

tazado, tiempo tendrás despues para decirle esas cosas.

Lupo preguntó desde luego por los amos. Bice estaba en cama con una ardiente calentura, y Ermelinda velaba á su hijita enferma.

—¿Y el conde?

—Se ha encerrado en su aposento y no quiere ver á nadie, le respondió un paje.

—¡Qué! ¿Yo no he de poder darle las gracias? dijo el hijo del halconero, y echando por una escalera arriba, atravesó cinco ó seis salas hasta llegar á la puerta del cuarto del amo. Todos le iban siguiendo para tomar parte en la alegría, como habian participado del dolor. Llamó ligeramente, y el conde, que por el ruido del patio, el pisoteo y las voces de la escalera, habia adivinado lo que fuese:

—Andad, decia desde dentro; andad, no estoy para nadie.

—Conde, señor, amo mio, soy yo, soy yo, vuestro Lupo: permitidme besaros la mano.

—Anda, anda, Dios te bendiga, respondia él desde dentro.

—Sé que fuísteis á pedir mi vida á Márcos, permitidme, permitidme....

—Abrid por Dios, suplicaba Ambrosio.

—Abrid, repetia Mariana; que podamos abrazar vuestras rodillas; dadnos este consuelo.

—Abrid, abrid, gritaron todos. ¡Viva el conde del Balzo! ¡Viva nuestro amo!

Vencido de tantas importunaciones, entreabrió

un poco la puerta, y por la estrecha abertura dejó ver una cara entre espantada y gloriosa, con puntas de bellaquería. Unos se echaron á sus piés, otros le besaban la mano, quién le daba gracias, quién lloraba; pero él despues que se gozó un momento en aquel triunfo, dijo á Lupo retrayendo las manos:

—Basta, basta, me alegro de verte sano y salvo; ahora anda con mi bendicion, y no metas mas los piés en mi casa.

En seguida, volviéndose al halconero:

—Y tú, si no muda de vicios, haz cuenta que te lo ha prestado la horca.

Dicho esto, retiró la cabeza y volvió á cerrar, dejándolos á todos encantados y como quien ve visiones.

Lupo, no sabiendo qué pensar, fué á vestir sus armas, y despues de saludar á sus padres iba á montar á caballo para llegar al palenque segun lo convenido, cuando en un pasadizo se le presentó su hermana Laureta, que con un dedo sobre la boca, le dijo muy quedito:

—Saluda á Ottorino en nombre de mi señorita Bice, y dile que se porte con valor, y que ella espera que, á pesar de la ausencia, no la olvidará.

—¡A pesar de la ausencia! ¿Qué cuento es este? Yo no sé que Ottorino se marche.

—Ya, mas el conde le vedó entrar en casa.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué?

En esto oyeron ruido de pisadas. Laureta, otra

vez con el dedo sobre los labios corrió de puntillas á esconderse en un retrete inmediato, y el hermano hizo su camino.

XVI.

El palenque.—La Quintana.—El ariete.—Bufonada de Tremacoldo.—Canto del trovador.

Al salir por la puerta de Algisto, que estaba donde está ahora el puente Beatriz, Lupo echó hácia el monasterio de S. Simplicio, en cuyas inmediaciones se levantaba el palenque.

Por todos los caminos fluia gente á un espectáculo tan apreciado en aquella época: era un hervidero de hombres, mujeres y niños, todos con sus mas lucidos trajes. Entre la multitud se distinguian los lanceros por su gorra blanca y una especie de vara de verguear, que llevaban en la mano: los maestros armeros, que en solo Milan eran mas de diez mil, distinguíanse por el delantal de piel, cuyo color diferente clasificaba los fabricantes de corazas, los de espadas, espuelas, escudos y yelmos; y aun entre los de una misma escuela, que así los llamaban, diferenciábanse los aprendices de los maestros, y éstos de los mandones, distinguíanse los oficiales menores, los cónsules y el abad.

Las damas y caballeros ostentaban sus herrerue-

los de seda con capuces de terciopelo, y anchas mangas recogidas: largos trajes mujeriles de escarlata ajustados con un ceñidor, cadenas, gargantillas y diademas de perlas ó piedras preciosas, ropas forradas de pieles de ardilla, de zibelinas ó de martas, dijes, adornos y galas todas prohibidas á los plebeyos y productivos artesanos, los cuales debian contentarse con los andrajos, lanas y medias lanas, pieles de carnero, de conejo, de zorra ú otros animales comunes, y no podian usar hebillas, corchetes ó botones sino de hueso, laton, acero ú otros metales innobles. Tan contrario era del presente el espíritu de aquel siglo. Tanto se afanaban entonces para distinguir como ahora para igualarlo todo.

Llegado nuestro escudero al frente de la iglesia de S. Simplicio, que como saben los milaneses estaba un buen trecho afuera de la ciudad, observó mucha gente parada á contemplar los escudos que estaban allí colgados. Era costumbre poner de manifiesto en la pared de una iglesia ó claustro cercano á la estacada las insignias de todos los caballeros que debian jugar las armas, para que fuese fácil distinguir por ellas á cada uno el dia de la prueba, y tambien para que si habia que oponer tacha á alguno de los destinados á combatir, ó alguna dama ó doncella tuviese que hacerles reclamacion de honor, pudiese con tiempo notificarla á los jueces del campo, los cuales escluian al acusado si juzgaban suficientes las pruebas y el caso bastante grave.

Nuestro Lupo, despues de ojear un escudo cuar-

teado de rojo y blanco, con una víbora en el centro (era el de Ottorino), siguió adelante, y á cada paso veia crecer la multitud y el estrépito.

Aquí un ministril cantaba al son de una bandurria, allí un juglar hacia danzar perros y monas al són de un pífano ó tamboril, mas adelante un saltimbanco despachaba reliquias y crucecitas contra las fiebres, exaltando la admirable virtud de las yerbas de S. Pablo y de santa Apolonia; do quiera barracas con juegos de dados, de azar y otros peculiares de aquel tiempo llamados de la *polveretta* y de la *correginola*, juegos que, si bien prohibidos por los estatutos, ejercitábanlos continua é impunemente los fulleros para enredar á los tontos. Alzábanse de trecho en trecho tableros cubiertos, tiendas portátiles, en las cuales se vendia carne de carnero, de jabalí, de morueco, adobadas y guisadas de mil maneras, pan de trigo, de centeno y de cebada, malvasía y garnachas y otras especies de licores y manjares.

En una dilatada plaza, á la izquierda del palenque, habia feria de caballos de batalla y de justa, se oian las voces de los picadores que los hacian correr, revolver y dar corvetas por el recinto. Junto á éste, dos campos menores distribuidos en un número de encierros, estaban destinados al mercado de halcones y perros, á cuyos ladridos y graznidos, se mezclaban las voces de los vendedores que exageraban el valor de sus mercancías.

—Un par de sabuesos de Tartaria, de la ver-

dadera raza que trajo á Francia San Luis, gritaba uno.

—Perros de presa y de ayuda, que no rabian.

—Gavilanes viejos y en plumon, de Inglaterra, Alemania y Noruega, chillaba otro.

—Un gerifalte, el rey de los pájaros, enseñado á cazar la liebre, que asalta al lobo y al jabalí.

A la derecha de la valla, estaba el mercado de las armas, á manera de un campamento; barracas y tiendas de todas formas, de todos colores, provistas de corazas, escudos, grevas, guijotes, manoplas, cascos, lanzas, espadas, mazas herradas, misericordias. En el centro de cada una de aquellas tiendas móviles se veian las armas mejores y mas ricas, arregladas sobre un palo clavado en tierra, de modo que parecian un guerrero: en algunas el guerrero era ecuestre, y las gualdrapas hasta el suelo, la cervellera, el collar de malla, la silla forrada y la grupera escamada, cubrian tan completamente el castillo de madera revestido de estopa, que el figurado animal podia pasar por verdadero: á veces estaban dos, puestos de frente uno á otro, y parecian acometerse cubiertos con las armas; veíanse caprichosas representaciones de encuentros y caidas, ardides usados por nuestros armeros al objeto de tentar á los compradores, que sobre todo en ocasion de justas y torneos, acudian de todas partes á proveerse de armas en Milan, donde estaban las mas acreditadas fábricas de Europa. Cada barraca tenia su cartel con el nombre del fabricante.

—¿Jacobillo, cómo van los negocios? preguntó Lupo á un hombre regordete y colorado, que dentro de una tienda, y con los codos apoyados sobre la barra que cerraba la entrada, estaba ociosamente contemplando á los transeuntes.

—Así, así, respondió el preguntado, que era Jaime Birago uno de los mas acreditados fabricantes de coseletes.

—Por el puesto que me ha tocado, y los tiempos que corren, hasta ahora no pinta mal.

—¿Has enviado la coraza á Ottorino?

—Sí, yo se la llevé esta mañana, se la he probado, y le va pintada: sábete que es un arnes para honrar á cualquiera, una plancha á punta de puñal, templada por mi mano, y luego trabajé unos arabescos de oro en medio del pecho, que no porque sea obra mia.... Mira, en cuanto á estos adornos galantes, dos higas á Blasillo, á Pedro de Erminulfi, y á Ectore Casato.

Llegó en esto un viejo cubierto con una esclavina color marron, con el capuz calado, y la punta de la esclavina echada sobre el hombro opuesto, y dijo á Jaime:

—Maestro, quisiera un morrion de primer temple, con gorguera y la visera clavada: es decir, de aquellos que se abren por detras, y no por delante.

—Entiendo, son cosas viejas, y yo no tengo: el morrion, ahora se hace con su buena visera, que el caballero pueda calarla y alzarla cada y cuando guste, si quereis los tengo de las mejores fábricas, mi-

rad, y diciendo esto se dirigia al centro de la tienda; mas el otro le dijo:

—No, no, no os molesteis, maestro, precisamente quiero uno de la forma que os he dicho: ¿dónde podré hallarle?

—¿Podeis probar allí á cuatro ó cinco tiendas mas abajo, ¿sabeis leer?

—No.

—Bien, no podeis errarlo, preguntad por Ambrosio Carino, y cualquiera os lo dirá: allí puede que halleis, que él suele tener tales antiguallas, si no, ya podeis decir que volveis de vacío.

—Y si lo hallare, ¿cuánto puedo dar por él?

—Oh... oh... oh, respondió Birago arrastrando la voz y encogiendo los hombros, es lo mismo que preguntar cuánto vale una reliquia. Cuesta mas ó menos, segun la devocion del que la compra y la conciencia del vendedor.

—Perdonad si os he estorbado, dijo el de la esclavina, y se marchó.

—Qué casta de morrion quiere aquel, dijo Lupo anudando la conversacion con el armero.

—Son morriones, respondió Birago, que usaban antiguamente los que querian correr una justa ó herir un torneo sin ser conocidos; como son todos de una pieza no hay peligro de que un bote de lanza, alce la visera y descubra el rostro del combatiente.

—¡Ya entiendo!.... Ahora, dime, ¿el vicario no ha llegado aún, es verdad?

—No, todavía corren la sortija; en llegando él se empezará el torneo.

—¿Tanto se hacen aguardar? replicó Lupo.

El armero no respondió, sino con apretar los labios y rodear al mismo tiempo la cabeza; mas al momento con voz muy baja dijo:

—¡Repara qué raza de señores! ¡Si fuese Márcos! y dió un profundo suspiro.

—¡Oh si fuese él! respondió el limontino suspirando á su vez.

—¿Pero á qué marcharse? proseguia el armero, bajando mas la voz.

—Aquí debia estar, aquí que todos somos de su parte: en cuanto á nuestra escuela, desde el abad al último aprendiz, todos nos echariamos al fuego por él.

—¡Y los soldados! recalcaba Lupo, ¡y la nobleza! y todos; ¿mas quién sabe si en esta su marcha hay cola? yo tengo para mí que no es tan pelada como parece.

En todo esto, el coloquio fué interrumpido por la presencia del hombre de la esclavina, que volvia con un morrion en la mano.

—¡Buen hombre, hola! gritó el armero llamándole, ¿ya habeis hallado?

—Sí, respondió el otro aproximándose, y alargándole el yelmo, que llevaba puesto sobre del puño, le hallé donde vos me dijisteis.

Abrióle Birago, examinólo minuciosamente por defuera, por dentro, y dijo:

—Es de las fábricas de Inglaterra: ¿y cuánto te ha llevado Carino?

—¿Cuánto diréis?

—¿Ocho grandes ambrosinos de plata?

—Más.

—¿Una libra imperial?

—Aun más.

—Ea, dilo pues, dilo, que yo no lo adivinaria.

—Me ha costado dos florines de oro.

—¿De oro?

—Pues, de oro, de á treinta sueldos imperiales cada uno.

—El armero iba á decir ¡qué ladron! pero se mordió la lengua, y restituyendo el yelmo al desconocido añadió:

—Debe de medir los florines á hanegas el que tira dos para comprar estos andrajos de fierro viejo.

—¿Para quién es? preguntó Lupo bonitamente y sin ceremonia: pero el desconocido se puso un dedo encima la boca, y se fué por donde habia venido la vez primera.

Nuestros dos interlocutores siguiéronle con la vista hasta que desapareció entre el concurso; y entonces el armero dijo á Lupo: Ello es para alguno que quiere presentarse de incógnito en la justa de mañana.

—Si no me aguardasen, replicó Lupo, tendria la curiosidad de seguirle para ver adónde pára ese avestruz.

—Como llegase un forastero para comprar á Bi-

rago no sé qué puñales, éste, levantando la tranca le hizo entrar en la tienda, y el limontino que le vió ocupado, se fué con Dios.

Todavía dió un buen paseo entre el concurso, antes de llegar á uno de los estremos de la liza que por la parte de la ciudad estaba formada de palcos y castillejos de madera á varios pisos, y por la parte opuesta lindante con los bosques, de un sencillo estacado. Entró Lupo, y vió los palcos guarnecidos de guirnaldas, banderolas, estofas, cendales, telas de plata y de oro, vió sentados en el puesto adelantado los caballeros, damas y nobles doncellas, y á la espalda de éstos los escuderos y pajes en pié: por do quiera se observaba un tremolar de plumas, el moverse de gorros y capuces, y el relucir de armas y de joyas. Un grande palco con el techo sostenido por un órden de columnas, todo colgado de raso blanco bordado de oro, estaba vacío todavía en medio de tanto concurso, y era el destinado para el vicario imperial y su corte: brillaba encima la serpiente dominada por el águila negra; es decir, las armas de los Visconti y las del emperador magníficamente recamadas.

En el vasto campo que quedaba despejado en medio de la estacada, estaba plantado sobre una columna un busto de guerrero armado con escudo sobre el brazo izquierdo, y una gruesa y pesada lanza en la mano derecha: esta figura era el blanco que tiraban á herir los que, teniendo un caballo á su disposicion, gustaban de probar su destreza. Lla-

mábase correr la quintana, y tambien correr el sarraceno desde que se empezó á vestir el estafermo con traje morisco. En aquella época y durante muchos siglos, fué una fiesta popular, y una escuela de armas en la cual aprendian los jóvenes á herir, como decian, entre los cuatro miembros, esto es, en el pecho ó en la cabeza del adversario; únicos golpes que eran tenidos por buenos y legales. Los jueces de la quintana suministraban las lanzas, todas de igual grueso y longitud; el que rompia mayor número y daba el mejor golpe era proclamado vencedor.

Lo mas gracioso y divertido era cuando no le daban de lleno al estafermo; por poco que se resbalase el golpe, la figura, en virtud de ciertos resortes y contrapesos ocultos, giraba violentamente sobre un perno descargando sendos garrotazos encima del inesperto agresor.

En el estremo opuesto de la liza y de frente á la quintana estaba colocado otro juego que vamos á describir. Un grueso tronco hincado en tierra y de la altura de un hombre regular, tenia atravesada en su estremo superior una viga que al menor impulso daba vueltas sobre un perno de fierro. El hombre á caballo, corriendo á todo escape debia dar con la lanza en uno de los estremos de la viga, y la habilidad consistia en saber evitar el golpe que la misma viga girando venia á pegar con el otro estremo. En este juego se corria peligro de la vida, por cuya razon los obispos, papas y concilios, le

habian prohibido muchas veces, así como las justas y torneos; pero obispos, papas y concilios predicaban en desierto.

La tal máquina se llamaba ariete, porque comunmente los estremos estaban trabajados en figura de una cabeza de carnero, y se decia correr el ariete lo mismo que correr la quintana.

Lupo se habia presentado á Ottorino, acomodándole el coselete nuevo de Birago, repasado uno por uno y minuciosamente todos los arneses, examinando con mucho cuidado el caballo, las monturas, las armas, y hallado todo corriente, entraba en el pabellon de los escuderos colocándose en un estremo de la liza, para contemplar desde allí á los que corrian la quintana; cuando ve encaminarse hácia allá un hombre vestido de piés á cabeza la mitad bermejo y la otra mitad amarillo, de tal suerte que visto de lado era todo de un color, traje muy comun en aquel tiempo; pero lo que tenia de raro el personaje era una línea de cascabeles de plata, colgantes en toda la orla del gorro, que sonaban al dar un paso.

—Adios, Tremacoldo, dijo nuestro escudero, cuando el otro se le hubo aproximado lo bastante para que pudiese reconocer al juglar que bendijo las armas en el juicio de Dios.

—¿Eres tú, Lupo? respondió el bufon, mucho me alegro de hallarte; precisamente venia á la tienda de los escuderos para que alguno me proveyese de un peto de fierro y un caballo con que correr un

poco el sarraceno; y así tú me harás este favor.

—¿Quieres correr el sarraceno? ¡Tú desvarías! míralo bien, que no es cantar un lamento. ¿Ves aquella percha que tiene en la mano? pues ha castigado á otros menos locos que tú.

—Déjalo á quien las tañe, y no te metas en honduras: he hecho una apuesta con Arnaldo Vitale, me ha vencido en cantar una reyerta amorosa, y yo le he desafiado al sarraceno.

—¿Pero no sabes que Arnaldo Vitale es escudero, y que sabe correr la lanza como los principales justadores?

—¿Mas tú no sabes las condiciones del desafío? Él debe romper la lanza sobre el sarraceno, yo gano con solo tocarle, sin probar el palo que empuña.

—¿Conque no es á pactos iguales?

—¡Iguales dices! ¡ya va que me estoy peinando! algo loco soy, pero no de atar.

—¿Y no te dá vergüenza?

—¿De qué? ¿de ganar sin trabajo un hermoso caballo?

—¿Y tú en cambio qué has apostado?

—Un trozo de aquella cadena de oro que tu amo me dió en Bellano; el otro me lo he jugado á las tablas.

—Pobre cadena y pobres de tus espaldas: en fin, haz como gustes.

—¿Conque me prestas el caballo y el peto de fierro?

—Entendámonos, por una sola carrera.

—Por supuesto.

—Corriente; ven acá dentro y te aviaré de todo.

Vistióle Lupo una ligera coraza con su correspondiente ristre en el pecho, hízole montar á caballo, dióle una lanza y le dijo:

—Esta para probar: veamos, mete el estremo aquí dentro, señalándole el ristre, procura apretar bien las rodillas é inclínate adelante sobre el arzon para que el golpe no te desmonte: así, un poco mas bajo.... aprieta bien la lanza, alarga mas el brazo, procura llevar buena puntería, y encomiéndate á tu santo protector.

—Déjame hacer á mí, respondió Tremacoldo, y marchó al trote hácia el centro de la plaza.

—Deja que te calce las espuelas, le gritaba Lupo.

—No las necesito, respondió el bufon.

—Déjalas.

Un trompeta dió vuelta á la estacada anunciando el desafio de Arnaldo Vitale con Tremacoldo, y los pactos. Todos conocian la cabeza destornillada del desafiante, y se disponian á ver alguna de las suyas.

Depositadas las prendas en poder de los jueces, dos lacayos vestidos de piel de oso, é imitando con el paso y con las maneras tamaño animal, se acercaron á los competidores para darles una lanza á cada uno; mas así que Tremacoldo alargaba la mano para tomar la suya, el caballo que montaba aguzó las orejas, ensanchó bufando las narices, olió con aire sospechoso y fiero el pelo del oso, y espantado retrocedió y empinóse; con que el pobre ginete

estuvo á pique de dar un batacazo contra el suelo. Al ver el peligro apretó las piernas, se agarró como un gato á la crin del embravecido animal, y valióle el no llevar espuelas, y el acudir al momento Lupo, que cogiendo al caballo por el freno, llamándole por su nombre, acariciándole el hocico, y palpándole el cuello y la grupa, pronto lo puso manso como un cordero.

Calmada la risa que escitara el lance, el heraldo gritó en alta voz:

—Corre, Arnaldo Vitale.

Hé aquí que el trovador, todo armado, con un liso coselete, y las espuelas de plata, distintivo de los escuderos, toma campo, se dispara hácia el sarraceno, y lo hiere de lleno en medio del escudo, con tan fuerte ímpetu, que hizo temblar toda la máquina, y la lanza saltó en astillas. Era la tercera que se habia roto en aquel dia, pero aun nadie habia dado en el *brocco*, es decir, en aquella punta de hierro que salia del centro del escudo, por lo cual vino á llamarse broquel: fué juzgado el golpe mejor. El heraldo gritó, embrocado: y levantóse un general aplauso.

Un momento despues el concurso empezó á gritar:

—¡Toca á Tremacoldo! ¡que corra Tremacoldo!

—Aquí estoy, no me escaparé, respondió el bufon.

—Listo, enristra la lanza, le dijo Lupo que estaba á su lado y le servia de rey de armas, que ahora llamariamos padrino: listo, vuelve el caballo y dale carrera.

Mas el tramposo, que no se sentia de humor para correr así desesperadamente y á ciegas, habia discurrido una de sus tretas, para salir, como se dice, por el hueco de la llave; y en vez de poner la lanza en ristre, se la colocó debajo del brazo y tomó carrera hácia el espantajo, haciendo monadas y zarandeándose que era gusto el verle. Llegado á tiro, empujó la lanza y dió en el colgajo de un manto de púrpura que el sarraceno tenia puesto. No era buen golpe, con todo cruge la máquina, se dispara, y da una vuelta redonda, llevando con furia el palo que venia justamente á dar en mitad del cuerpo de un hombre á caballo. Todos esperaban ver al bufon echado en tierra; pero apenas dado el golpe, habia soltado la lanza, y como un galápago tendióse sobre el cuello del palafren, de manera, que el baston le rozó la cabeza, cogióle la punta del gorro, y se lo arrojó á buena distancia con grande risa y estraordinaria algazara de la multitud noble y plebeya en todo alrededor.

Luego que estuvo fuera del alcance, Tremacoldo todo acurrucado alzó poco á poco y de costado la cabeza, y se le vió reir solapadamente: acomodóse bien en la silla, volvió el caballo, y fué á plantarse ante el sarraceno que entretanto habia vuelto á quedar quieto en su puesto con el palo enarbolado, y allí con sus visajes de juglar, abriendo mucho los ojos, torciendo la boca y sacando la lengua, se puso á gritar al estafermo.

—¡Mamola! ¡mamola! mocoso, ¿pensabas pegár-

mela ¡eh! perro moro? ¡calabaza frita! á Tremacoldo no se la pegas, no, perro renegado.

—Tremacoldo, le dijo entonces uno de los jueces de la quintana, segun los pactos, has perdido.

—¿Cómo perdido? si el palo no me ha tocado.

—Mira allá el gorro por tierra que atestigua contra tí, replicaba el juez.

—¿Qué se me da á mí del gorro? Es un bufon; vamos al decir, y se le ocurre la humorada de querer dar cuatro volteretas sobre la arena, ¿tengo yo la culpa?

El juez queria replicarle, pero intevino en la pendencia Arnaldo Vitale, que satisfecho con la gloria de haber dado el mejor golpe, se puso de por medio, y dijo:

—Tiene razon Tremacoldo: hemos hablado de la persona, y no del gorro; y dirigiéndole la palabra, toma el caballo que es tuyo, pues le has ganado en buena guerra.

Gustó á los espectadores tal rasgo de cortesanía, y colmaron de elogios al valiente y generoso trovador, al cual, *nemine discrepante*, fué adjudicado el premio de la quintana, á saber: una espada con guarnicion de plata.

Entretanto habia llegado el vicario imperial Azon, acompañado de Lúcas y Juan Visconti sus tios, con una numerosa y espléndida corte de barones, escuderos y donceles.

Apenas se le vió asomar en el palco, levantáronse á derecha é izquierda algunos gritos de ¡viva

Azon! ¡viva el vicario! ¡viva el señor de Milan! Pero eran demasiado fríos; un rumor sordo sofocó luego aquellas voces, y finalmente, en algunos puntos se oyeron claros gritos de ¡viva Márcos! tanto, que Lúcas, despues de haber dado una ojeada alrededor, acercóse al oido del sobrino diciendo:

—¡Felizmente le hemos dado buen recado á tiempo!

El vicario imperial, vestia un largo y rico ropon de damasco floreado, cerrado por delante con una hilera de botoncitos de oro. Una tira de armiño no mas ancha de tres dedos le ceñia la frente, y recogia un negro cendal bordado de estrellas de plata, del cual le caian á uno y otro lado dos faldas cuadradas hasta la mitad de la oreja, y lo restante colgaba por detras hasta la espalda en forma de birrete ó de gorro, moda señoril y elegante que le guarnecia el rostro, y hacia resaltar hermosamente su natural blancura.

Azon, naturalmente humano y apacible, hacia entonces mayor boato de elegancia y cortesía para conquistarse la multitud, que no ignoraba serle poco afecta. Sacaba medio cuerpo fuera del palco contestando á los saludos de los nobles y caballeros mas cercanos; saludaba con la cabeza y con la mano á cualquier artesanillo, á cualquiera mujerzuela que le hacia reverencia: moneda que cuesta tan poco á los grandes, y entre los pequeños parece tan apreciada.

Como Azon reparase en Arnaldo Vitale en el pun-

to en que éste, quitándose del lado su espada la regalaba al juez de la quintana, y se ceñia la que acaba de ganar; se volvió á un escudero que estaba en pié detras de su dorado sillon, y le dijo:

—Hola, Lampuñano, baja al palenque, y condúceme aquí al trovador que ha ganado el premio de la quintana.

Mientras el jóven iba á cumplir la órden, el vicario decia á sus dos tios, que tenia á los dos lados:

—En tanto que se despeja la liza, y los combatientes se aprestan al torneo, le haremos que cante algo. Lúcas hizo un gesto de indiferencia; mas su hermano Juan, que si bien obispo, y reciente cardenal, era amigo de todos los pasatiempos, de todas las pompas, de todos los placeres de la vida seglar de aquellos tiempos, preguntó al sobrino:

—Decidme: ¿es tal vez aquel Arnaldo Vitale que pocos años hace ganó en Tolosa el premio de la clavellina de oro fino que le adjudicaron los siete mantenedores de la gaya ciencia?

—Precisamente, respondió Azon.

Empezó entonces el prelado á decir de él maravillas, que le habia oido celebrar en todas las cortes de Italia, y sabia de memoria algunas de sus canciones: y como no se le habia escapado el ademan displicente de Lúcas, á quien á menudo le reprendia por rústico y topo en materia de bellas artes, púsose á tejer el elogio de los trovadores y ministriles; dijo que los príncipes ganaban fama y esplendor con tenerlos amigos; que el pueblo gustaba

más de quien fuese mas liberal con tal casta de gentes, que en parte debia Márcos el gran favor de que gozaba á la generosidad que siempre habia usado con los cantores; en suma, dijo tantas y tantas cosas, que seria nunca acabar.

Generalmente en la época de que hablamos, los trovadores, ministriles y juglares de que hormigueaba la Europa, eran una casta de holgazanes que paseando de un pais á otro con un laúd ó bandurria al cuello, se recreaban en todos los banquetes, en todas las fiestas, palacios y castillos escitando y honrando la necia prodigalidad de los magnates. En un siglo en que las comunicaciones entre reino y reino, entre provincia y provincia eran tan escasas, lentas y dificiles, ellos circulaban las noticias de los sucesos públicos y particulares, se introducian en todas partes, en todo metian su cucharada, hablaban de armas, de intrigas, de amores, cantaban las glorias ó revelaban las torpezas de los grandes, muchas veces se ensalzaban hasta el cielo los delitos, y arrastraban por el fango la virtud, segun les daba el capricho ó el gusto de quien los pagaba: viles y despreciables instrumentos de la fama y de la infamia, se halagaban, se mecian, se arrullaban mutuamente, ó ya llegábanse á las manos y á los dientes, se arañaban y se mordian á despedazarse; hacian ni mas ni menos como hacen en nuestro tiempo algunos..... no quiero decirlo, y vivian á guisa de perros, á los cuales uno les da un pedazo de pan y otro un puntapié. Mas entre tanta chus-

ma no faltaba algun hombre de pro, algun buen poeta, y de estos pocos era ciertamente uno nuestro Arnaldo Vitale.

Presentóse en el palco del vicario con traje de trovador, pues dejando el coselete y demas arneses, se habia vestido una ropilla y calzones listados de blanco y celeste. Cubria su cabeza un gorro cuadrado, tambien azul, adornado con dos blancas plumas que le caian de lado haciendo sombra á la mejilla izquierda. Mostraba como unos treinta años: hermoseábale una espesa y ensortijada cabellera de color castaño, y su aspecto era apaciblemente severo.

Rodeáronle todas las personas que estaban en el palco del vicario, y todas las de los palcos vecinos sacaban sus cuerpos fuera de la barandilla para mejor verle. Dió en derredor una mirada á la noble comitiva, y haciendo una reverencia á Azon, le pidió un tema.

Muchas veces oí mentar, dijo el vicario, á mi padre, que habia estado tanto tiempo en Francia, las aventuras de un tal Folgueto de Provenza que, hijo de un herrero, llegó á ser conde de Narbona, y despues murió fraile en un convento de España: tú que has estado tanto tiempo en aquellos paises, estarás bien enterado de tales pormenores: ahora, pues, si te place, cántame aquella historia en un serventesio.

Haré cuanto pueda para obedecer dignamente á tan magnífico señor, respondió Arnaldo: colgó de

su cuello el laúd que tenia en la mano, templó las cuerdas y dijo:—Improviso la música y la poesía. Entonces en melodiosos preludios y artificiosos pasajes, se puso á preparar el ánimo del auditorio para aquel género de conmocion que queria causarle con la letra. Entretanto, recogido en sí mismo, á guisa de hombre meditativo, miraba á lo alto, asomaba en sus mejillas una ligera llama, la frente parecia abrirse al rayo de la creacion que en su imaginacion se encendia, el rostro y toda la persona se agitaba al poder del númen. No se oia alrededor una mosca, todos estaban vueltos hácia el trovador en reverente y ansiosa espectacion, y él, acompañado de una patética melodía del laúd, con voz al principio mal segura, pero que por lo mismo resultaba mas suave é interesante, cantó con espresion los siguientes versos.

SERVENTESIO.

Folgueto, paje gentil
De Raimundo de Tolosa,
Es bello como la rosa
Entreabierta al sol de Abril,
Diestro en armas, con valor,
Y eminente trovador.

Quien le ve enristrar la lanza
Disparado al par del rayo
Metiendo espuela á su bayo

Que al palenque se abalanza,
Con San Jorge le compara
Cuando del dragon triunfara.

Si al son de su láud doliente
Suelta su voz lastimera,
Y la blonda cabellera
Cubre en sortijas la frente,
Encanta, no es ya mortal;
Es criatura angelical.

Se disputan el doncel
Los grandes de mas poder,
No hay en Provenza mujer
Que no suspire por él;
Mas el paje, fiel, solo ama
A su señor y á su dama.

Es Nelda, hija gentil
De un baron salamanquino,
Un negro cabello fino
Orna su tez de marfil;
Doncella no hay en Tolosa
Mas gallarda y desdeñosa.

No humilla su altivo pecho
Del paje á la bizarría.
"Huele á fragua todavía"
Dice entre sí con despecho.
"No es tan bajo corazon
Para la hija de un baron."

Llora el paje y se querella
Con el laúd noche y dia,
En sus trovas y armonía
Tan solo canta á su bella:
Corre cañas, rompe lanzas
Sin mejorar de esperanzas.

Muriera, si le abandona
Su señor, que con esmero
Le armó noble caballero,
Le hizo conde de Narbona,
Y el mismo dia, en esposa
Le entregó la desdeñosa.

Fuerte estruendo de guerra se aduna
De Tolosa en el campo: domallo,
Sujetar á un rebelde vasallo
El señor de Provenza juró.
Ya no falta bandera ninguna
De baron ni ciudad sometida,
Marcha á Antibo la hueste aguerrida,
Ya á su vista las tiendas plantó.

A Folgueto, que monta á su lado,
Dulcemente Raimundo le dice:
—¿Por qué siempre afligido? Felice
Dentro poco verásla llegar.
Un correo á buscarla mandado
De Narbona el camino ya pisa:
Separéte del bien muy aprisa
Compadezco tu amante penar.

Pasa el dia que á Nelda se espera
Y otro mas, y otro mas de esperanza,
Pasa el cuarto, ¡terrible tardanza!
No se ve la belleza venir.
La ciudad combatida cayera,
El rebelde pendon se ha rendido,
Ya Folgueto el deber ha cumplido,
Impaciente se apresta á partir.

Todo el dia camina, y se afana,
Llegar pronto al castillo desea;
Al caer de la tarde una aldea
Entre olivos acierta á mirar:
De un meson á la pobre ventana,
Cuyo pié baña mar procelosa,
Apercibe una bella llorosa
Con la vista tendida en la mar.

Por el talle y gallarda persona,
Por el rostro y el traje sospecha,
Palpitando se acerca y acecha,
Ella es, Nelda, no hay duda, la ve.
El caballo á la puerta abandona,
Corre allá, la sospecha le agita,
"¿Tú, mi esposa, aquí sola?—le grita,
—¿Y llorando? dí, ¿cómo? ¿por qué?

Suelto el cabello, pálida,
Impávido el semblante,
Pintando el labio trémulo

Un sonrís arrogante,
Se vuelve al que la ofende,
Aparta—dice—atiende.

Linaje noble y rancio
Manchó en mí tu vileza,
Si de la nada alzárate,
No te infundió nobleza
El tu señor villano
Que te donó mi mano.

Sufrir no pude injuria
A mi blason tamaña,
Y de venganza en premio,
A un noble de Bretaña
Entregué ¡desdichada!
Esta beldad odiada.

Él me vende: al estrépito
Despierto sin cautela,
Y veo ya en el piélago
Henchida rauda vela
Del traidor fementido
Que me deja al olvido.

Dos veces ví al sol pálido
Abandonar la esfera,
Errante, sola, en lágrimas
Bañando esta ribera,
Hecha objeto odïado
Del vulgo despiadado.

¿Ya qué me resta? ¿trémula
De un perdon la vileza
Pidiera á quien desprecio?
No es tanta mi bajeza.
Contadle á mi padre vos
Lo que aquí veréis: adios.

Dijo, y corriendo rápida
Del terrado á lo alto,
A las olas impávida
Arrojóse de un salto:
El grito y el estruendo
Fué el eco repitiendo.

Entre las peñas rómpese
Su cuerpo delicado,
Se hunde, flotante mírase
Blanco velo rasgado,
Y la sangrienta ola
En círculos tremola.

No dió una lágrima
El caballero,
De negro acero
Cual está armado,
La costa tétrica
Solo y callando
Siguiendo fué.

Blanquea el piélago,
Murmura el viento:
Desde su asiento
En la barquilla,
Contempla el mísero
La grata orilla
Que huirle ve.

Sulca el Océano
Con fresca brisa,
La playa pisa
Ya de Albion.
Bien pronto encárase
Con el baron
Que le ofendió.

Bajan las lanzas,
Entrambos bayos
Corren cual rayos,
Chocan de pecho,
Con tanta furia,
Que uno deshecho
Muerto cayó.

Al aire suéltanse
Ambos aceros
Y los guerreros
Con golpes crudos
A competencia,
Yelmos y escudos
Hacen sonar.

Es vano obstáculo
El duro peto
Para Folgueto,
Que en la tetilla
Del adversario
La su cuchilla
Llega á clavar.

Pónese lívida
La faz airada:
De honda estocada
Sobre el ojete
La mano apriétase,
Tiembla el pobrete,
Muere el traidor.

Vuelve á la vaina
Su invicto acero,
Al rival fiero
Mira en la arena,
Y el rostro mustio
No se serena
Del vencedor.

Al estremo confin de la España
En la cumbre de monte escarpado
Cuya falda en las olas se baña,
A la fértil Provenza pegado
Hay un claustro que Bruno fundó.

Unos pocos allí reunidos
Que de yerba y raiz se sustentan,
En groseros capuces metidos,
Con cilicios el cuerpo atormentan
Que viviendo dejar les vedó.

Al sonar en los arcos agudos
De ancho pórtico esquila piadosa,
Uno á otro mirándose mudos,
Van los monjes en torno á la fosa
Retratando profundo dolor.

Allí yace una anciana persona
Con los brazos al pecho cruzados:
¿Quién será? El baron de Narbona.
Solo alumbra sus labios helados,
De una antorcha feral resplandor.

Blanca blanca la barba luciente
De la túnica al cinto le baja,
Y al incierto alentar, blandamente
Ondeando, se eleva y se abaja
Como suele la espuma del mar.

Entre santas ideas de muerte,
En la mente del viejo serena
Una imágen asoma mas fuerte,
Que no pudo en los años de pena,
¡Tantos años! no pudo domar.

Cual la viera en el último dia
Con el negro cabello flotante,

Anegada en llorar todavía,
Una infiel se le ofrece delante
Tan hermosa, pero, cual jamas.

¡Santo viejo! ¿y te asoma muriendo
Una mínima gota de llanto?
¿Qué te afana? Ah, te entiendo, te entiendo....
A la bella que amaras, y tanto,
En el cielo encontrar no podrás.

XVII.

Torneo. Victoria de Ottorino.

Es imposible esplicar el entusiasmo que escitó el canto de Vitale. El vicario levantóse de su asiento, corrió á abrazar al trovador, y despues de haberle colmado de elogios, le dijo:

—Sé que vuestra cortesía os ha desmontado, y seria para mí muy vergonzoso el permitiros salir á pié de mis dominios: quiero, pues, que acepteis en mi obsequio un palafren y un rocin.

Volvióse en seguida á un escudero, dándole órden de que tuviese luego prontos los dos caballos, y le previno al oido que añadiese á ellos un rico vestido y una buena cantidad de dinero. El cardenal se quitó del dedo un anillo de oro con una gruesa esmeralda, y él mismo lo puso en el dedo de Vi-

tale. Lúcas, para no quedarse en zaga, le regaló un puñal con el mango tachonado de oro, y á su ejemplo todos los caballeros que se hallaban en el palco compitieron en regalarle quién una prenda, quién otra. Las damas, y hasta las doncellas, que por la admiracion cobraron osadía, rodeáronle tambien, y todas quisieron regalarle alguna bagatela, acompañando la dádiva con palabras y acciones tan modestamente urbanas, que realzaban cien veces su valor y aprecio.

Ciertamente el lector habrá juzgado de poco mérito la cancion, y por consiguiente desmesurado su aplauso; pero debe considerar, que una cosa es estarse solo en su bufete con un librote en la mano deletreando, midiendo y pesando á sangre fría y con detencion (por no decir peor), verso por verso y sílaba por sílaba, sin tener ante los ojos mas que lo blanco del papel y lo negro de la tinta; otra cosa es oir el raudal rebosante en los labios de un hermoso y valiente jóven que, con las variaciones de su animado rostro, retrata las palabras, cuyo interes aumenta el encanto de una armoniosa voz, acorde con las melodías de un laúd pulsado con maestría, ora dulces y suaves, ora fuertes y severas, segun lo exige el sentimiento: melodías tanto mas eficaces, en cuanto al mismo tiempo que el verso, nacen debajo de los dedos del inspirado trovador; y todo en medio de una numerosa y ardiente reunion de jóvenes y doncellas, en la cual la impresion de cada uno de los oyentes se aumenta á la vista de la que

manifiestan los rostros de los demas; y así mezclándose la causa y el afecto, crecen á manera de fueguecillos que, reunidos, levantan una llama de voraz incendio.

Apenas despedido el trovador, Azon se asomó á la baranda del palco, y fué la señal de empezar el torneo. La arena se habia despejado enteramente; el pueblo que, durante la quintana y el ariete entraba y salia á su placer, habia sido escluido. Cerradas todas las barreras del palenque, un heraldo montado dió la vuelta á la estacada, y gritó en sus cuatro costados:

—"Oid, oid, oid, el bando de parte del magnífi-
" co monseñor Azon, vicario del serenísimo señor
" Ludovico, emperador de los romanos. Que nadie
" se atreva á entrar en la liza mientras dure el tor-
" neo, favorecer ni ofender á alguno de los comba-
" tientes con hechos, palabras ó gestos, so pena de
" perder el caballo y la armadura si fuere caballero
" ó escudero, perder la oreja si fuese artesano ó vi-
" llano, el puño si fuese siervo, y el cuerpo si es
" persona infame."

Concluido el bando, seis jueces del torneo, vestidos con largos trajes de seda, se colocaron en una camarilla junto al palco del vicario, delante de la cual se enarboló un estandarte cuarteado de plata y carmesí.

A pesar de ser tan numerosa la concurrencia no se oia un resuello; las gentes se habian apiñado en los antepechos de las torrecillas, aposentos y pal-

cos: todo el círculo de la estacada donde no habia edificio alguno, hormigueba de personas mercenarias cargadas sobre la barrera: todos los ojos estaban dirigidos hácia uno ú otro de los estremos opuestos de la liza, en cada uno de los cuales se levantaban dos ricas y espaciosas tiendas, coloradas las de la derecha del vicario y blancas las de la izquierda.

Hé aquí que al son de una trompeta salen de los dos pabellones blancos doce caballeros con sobrevesta blanca y plumas blancas en la cimera, y otros tantos escuderos con divisa verde; mientras de las dos tiendas opuestas salian otros tantos caballeros y escuderos, aquellos con sobrevestas y plumas coloradas, y éstos con divisas amarillas.

Capitaneaba los blancos nuestro Ottorino, y á los colorados un esforzado jóven milanés llamado Sacramoro. Las dos bandas, que debian combatir con armas embotadas ó corteses, marcharon lentamente á encontrarse, hicieron alto debajo del palco del vicario, y todos saludaron á éste bajando las lanzas que tenian descansadas sobre los muslos.

Los caballos, lujosamente enjaezados, llevaban una punta de fierro en medio de la frente y muchos órdenes de cascabeles colgados del pretal. Cada caballero llevaba el escudo pintado con sus propios colores repartidos en forma de cercos, ó de ondas, ó escaques, ó fajas transversales, mezclados de varias y caprichosas maneras, con las armas de su linaje y sus propias empresas; y así podia fácilmen-

te ser reconocido en la refriega. Ademas, quién de un color, quién de otro, todos llevaban ceñido ó á bandolera un cendal, que se llamaba *el favor de la dama* porque era ó figuraba ser un regalo de la querida, á la cual, segun las leyes de caballería, debia cada uno encomendarse antes de arrostrar algun peligro ó emprender alguna aventura, para que le infundiese valor y fuerza con que dar cima á la empresa.

Hemos dicho que eran verdaderos favores de enamorados, ó figuraban serlo, puesto que no todos los caballeros habrán sido siempre enamorados, ni todos los enamorados habrán hallado gracia en sus bellas; mas como en aquel tiempo la falta de amor en un caballero era vileza, y casi irreligion, el no enamorado figuraba serlo; quien no tenia dama que le ciñese sus colores, se los ceñia él mismo, y dejaba que los curiosos le moliesen con su crítica.

A tal grado habia subido en los caballeros la locura, la fiebre, la rabia del amor, y el prurito de no querer ceder en este particular, como que no era cosa rara el encontrar tal cual necio, todo vestido de hierro, él y su caballo vagando de un pais á otro, y de una en otra corte, retando á singular combate á cuantos caballeros tropezaba, si no confesasen de bien á bien, que la señora de sus pensamientos era la mas bella y virtuosa, y su amor el mas desaforado del mundo: majaderos insustanciales, que por tan raro capricho estropeaban, despachaban para la eternidad á otros, tan majaderos co-

mo ellos, hasta que daban en cierto loco, de hocico mas duro, que con un buen bote de espada ó lanza, les hacia la caridad de quitarles la manía de la cabeza y enviarles á engordar los cuervos.

Al paso que fué menguando en la caballería este lindo pasatiempo, de hacer el enamorado de remate, se trasladó á los poetas, y de aquí nació aquel enjambre, aquella turba de helados, fastidiosos y llorones petrarquistas que durante tantos años inundaron la Italia de sonetos y canciones, á los ojos, á la boca, al pié, á la mano, al cabello, al.... qué se yo, de tantas tiranas, cada una mas bella que las otras. Por fortuna los poetas son de un temple mas benigno, y comunmente solo se las han con los oidos del prójimo, que si no, ¡pobres de nuestros abuelos! ¡ya estaban frescos!

Mas anudemos nuestra historia. Despues de haber saludado al vicario los dos escuadrones que se habian formado en una sola fila de frente al palco, se dividieron, y volviendo grupas á derecha é izquierda, alejáronse hasta llegar á los dos estremos opuestos; de allí volvieron á buscarse, y cuando se encontraron á mitad del camino, saludáronse. Los caballos bufaban como si furiosos é impacientes aguardasen la pelea. Los caballeros con viseras y lanzas levantadas, marchaban unidos de frente, escepto el gefe del escuadron, que iba delante de los otros; los yelmos, las corazas, los escudos, los blasones de oro y plata brillaban á los rayos del sol, apenas llegado á la mitad de su curso; veíanse on-

dear en la carrera las sobrevestas, las gualdrapas, las plumas, penachos y banderolas.

El armero, nuestro conocido, tan luego como vió llegar al vicario, dejó su tienda portátil al cuidado de un aprendiz, y corrió á la izquierda de la estacada, junto á los pabellones blancos, que allí le esperaba su mujer. Media docena de jóvenes operarios suyos le habian guardado el puesto, y le hacian abrir paso luego que vieron despuntar entre la multitud su gorra con la pluma de maestro coracero; con que pudo colocarse cómodamente junto á la consorte, con los brazos apoyados sobre la barrera.

—Mira, si le va ajustado como un guante, dijo Birago á un mancebo suyo, señalándole la coraza de Ottorino que pasaba por delante de ellos, y hubiera respondido el mancebo, á darle lugar la mujer del armero, que cogiendo á su marido por un brazo, le preguntó:

—Dime, Jacobillo, aquel caballero de allí, el tercero de la fila, ¿es ciego de un ojo que lo lleva vendado? ¿y así tan mal parado viene á combatir?

—Tiene ambos ojos tan buenos como tú y yo, respondió el armero, yo le conozco, es Bronzin Caimo, de aquellos Caimos que vivian en S. Ambrosio, y ahora viven junto á la alhóndiga nueva: la historia de aquel ojo vendado yo te la esplicaré. Este hizo algun tiempo el enamorado de una dama de los Lampuñanos, la cual no queria oir hablar de los amores del pobre mentecato, y para quitársele de delante una buena temporada, le hizo entender

que no queria mirar á un mozalbete, á quien nadie conocia fuera de la ciudad. Se lo dijo con mas modos, pero la sustancia venia á ser esto. ¿Qué hace entonces el cuitado? Busca á la dama que paseaba por un jardin, se echa á sus piés, la coge una mano y con ella se hace cerrar un ojo, luego jura y hace voto de no abrir aquel ojo hasta haber derribado tres caballeros, y no parecer ante su dama sino con ambos ojos abiertos, es decir, despues de cumplido el voto.

—¡Qué casta de votos! esclamó la mujer de Birago, ¿y los cumplen?

—¡Yo lo creo! mira, en virtud de esto, ha llegado á ser hombre de alguna consideracion, pues andando por todas partes á caza de pendencias, ha sido arrojado del caballo qué sé yo cuántas veces; una vez tuvo dislocado un hombro; en otra ocasion volvió á su casa con un brazo roto; en otra con una costilla hundida; pero erre que erre y dale que dale en cosa de tres años ó tres y medio, tambien ha logrado derribar á otros dos, y ahora viene aquí, pues nunca falta donde se dan porrazos, y si consigue hacer saltar de la silla al tercero, se descubrirá el ojo, y se presentará á la dama, que no podrá menos de admitirle.

En esto pasaba por delante de nuestra pareja el escuadron de los colorados. Sacramoro, que iba delante, mostraba debajo del yelmo un rostro bronceado por el sol, con dos ojos de gavilan, una cicatriz que le atravesaba los labios junto á la mejilla

izquierda, y venia á terminar en la punta de la barba; ancho de pecho y espaldas, de terrible presencia, montaba un hermoso morillo de Macedonia, con el aire indiferente de un hombre avezado á mayores peligros.

—Mira, mira, dijo Birago enseñándoselo á su mujer, es una de las primeras lanzas milanesas, ha guerreado en Alemania, en Francia y en Palestina.

—Más me gusta el gefe de los blancos, respondió la mujer; muestra tanto brío como el otro, pero tiene mejor facha de cristiano.

—Tambien aquel es un valiente jóven, respondió el marido, y es mi parroquiano; mas te digo que en Sacramoro hallará un hueso de muy mal roer.

—¿Y por qué? replicaba la mujer, ¿por qué razon aquellos dos de allí, y señalaba la fila de los blancos que terminada la vuelta se habian alineado delante de los pabellones, llevan el escudo de un solo color y sin blason alguno?

—Esto significa que son caballeros noveles, y hasta pasado un año desde el dia en que fueron armados, ó hayan hecho alguna hazaña, deben llevar el escudo así de un solo color y todo liso. Pero silencio que se comienza.

En efecto, un trompeta dió la primera señal, y los caballeros formados á los dos estremos de la liza calaron á un tiempo las viseras: sonó la segunda señal, y pusieron la lanza en ristre. A la tercera, el un escuadron gritando, S. Ambrosio y Ottorino, y

el otro, S. Jorge y Sacramoro, se precipitaron á todo escape uno contra otro, y chocaron en medio de la liza con el estruendo de una tempestad. En el primer encuentro rómpense lanzas, vénse caballeros botados de su silla, caballos que dan de pechos uno contra otro, que se enredan las piernas delanteras, que se muerden, que escapan al galope por la arena con los arzones vacíos y las bridas colgando; levántanse gritos de alegría, de furor, voces de mando y de coraje, una confusion, un tropel envuelto en una nube de polvo que confunde los objetos: vénse luego lacayos que corren á coger del diestro los caballos desbandados, escuderos que ayudan á sus señores á reponerse en la silla, criados que sacan del tropel á algun herido, y alrededor de la estacada suenan los gritos, aplausos y preguntas de los espectadores que ignoran de qué parte está la victoria.

Despues del primer encuentro arrojaron las lanzas y echaron mano á las espadas, llamadas *negras*, sin punta ni filo, pero recias, pesadas, tales en fin, que descargadas sobre el yelmo de un cristiano por la fuerza de aquellos brazos que nunca habian hecho otro oficio, si el golpe va bien dirigido, rompian hasta la cabeza que estaba debajo, ó á lo menos, la atronaban en términos de hacerla bambolear un buen rato. Los heraldos, los maestres y ayudantes de campo, que estaban observando si se combatia con legalidad y si todos cumplian con su deber, no cesaban de gritar:

—¡Caballeros! ¡Caballeros! acordaos de quien sois hijos, no degeneréis de vuestros mayores.

Casi mas de una hora duró el combate con vária fortuna; al fin los blancos parecian desbaratados, cuatro de ellos habian sido llevados á las tiendas muy mal heridos; los demas, acosados por los contrarios, iban cediendo el campo, y ya el vicario, que les juzgaba en caso desesperado, queria dar la señal para economizar sangre, cuando Ottorino, acordándose de Bice y de las palabras que por el escudero le habia enviado, se sintió inflamar de vergüenza y de coraje, echóse el escudo á la espalda, agarró furiosamente la espada con ambas manos, se disparó contra el gefe de los colorados que aquel dia habia hecho prodigios, y le gritó:

—Guárdate, Sacramoro.

El amenazado no se descuidó en cubrirse la cabeza con el ancho pavés, dirigiendo al mismo tiempo una estocada que dió inútilmente en la coraza del agresor; mas éste, viéndole defendido de modo que el golpe apuntado á la cabeza hubiera sido inútil, en vez de descargar la espada de arriba abajo, la revolvió en el aire, dirigiéndola transversal, la metió por debajo del escudo de Sacramoro, y le dió en la mejilla derecha del yelmo con tanta fuerza, que le derribó á la otra parte del caballo, y en seguida le llevaron á la tienda de los colorados con la quijada estropeada y poco menos que muerto.

Ottorino entonces se puso á gritar:

—¡S. Ambrosio, S. Ambrosio!

Los acobardados se reanimaron, y los vencedores empezaron á desmayar y perder terreno. Nuestro jóven iba repartiendo espantosos golpes, rugiendo como un leon; y sus compañeros tambien con el último esfuerzo, le ayudaban valerosamente. En un instante se mudó la suerte y el aspecto del combate: fueron derribados del caballo dos más de los colorados, y los que no perdieron la silla, faltándoles un gefe á cuyo alrededor refugiarse, cedian el campo á derecha é izquierda, retirándose en desórden, siempre acosados y siempre combatidos por sus adversarios, contra los cuales era inútil ya toda defensa. El vicario hizo seña con la mano, sonó la trompeta, y cesó la refriega.

Mientras el concurso gritaba, batia de manos, tiraba al aire lienzos y gorros, aplaudiendo y festejando á los vencedores, siete ú ocho, entre heraldos, maestres y ayudantes de campo, se arrojaron á todo escape sobre un caballero del bando colorado, y á palos con el mango de la lanza le echaron del palenque; castigo que, segun las leyes del torneo, se imponia al que no cesase de hacer armas en seguida de la señal.

Los combatientes que podian sostenerse en la silla ó sobre sus piernas, se presentaron ante el palco de los jueces, donde un heraldo les fué llamando por sus nombres uno á uno; y despues del testimonio de los oficiales del torneo, se declaró que todos se habian portado bizarramente como buenos y leales caballeros, esceptuando dos, el uno era de

los blancos, y se le hacia cargo de haber herido á su contrario en el muslo, cuyo golpe no era bueno, pues no daba en los cuatro miembros; el otro era de los colorados, y se le acusaba de haber tirado al caballo. El primero fué defendido por su mismo adversario que habia recibido la herida, el cual espuso que el bote habia dado en el escudo, pero el fierro de lanza, resbalando, habia ido á clavarse fuera del punto asestado, contra la intencion del que le tiró. El segundo logró justificarse, haciendo declarar por un ayudante de campo, que el caballo de su contrario habia alzado la cerviz en el momento de calar la espada.

Fueron tambien nombrados los diez que estaban en las tiendas, siete de ellos heridos, los tres restantes muertos, y se juzgó definitivamente que todos se habian portado bien y con valor.

De los heridos, el mas desdichado, aunque no el mas maltrecho, fué nuestro Bronzin Caimo, el héroe del ojo vendado. En el primer encuentro, el fierro de una lanza entró por la hendidura de la visera que daba lugar á la vista, y (observad cómo el diablo hizo de las suyas), se le clavó precisamente en el ojo descubierto, el único que le servia. ¡Buenas noches! quedó á oscuras, cayó del caballo, y fué llevado al pabellon donde, con devota terquedad, no quiso quitarse ni permitir que le quitasen la venda del ojo que le quedaba. Remitióse el caso á los jueces y no supieron cómo decidirlo. Mucho tiempo fué materia de las conversaciones, se

discutió mucho y con calor entre damas y caballeros, que decian ser un bello lance con la misma frescura con que un abogado dice: esta es una bella causa; y un médico: esta es una bella enfermedad.

Cada parecer tenia sus campeones, citábanse leyes romanas, las de Moisés, autores latinos y provenzales, profetas y romanceros, filósofos y trovadores; se recurria á ejemplos sacados de las historias de los siete hijos de Amon, de Amadís de Gaula, de Giron el Cortés, y de todos los mas famosos paladines de Francia é Inglaterra. La controversia se avocó á las principales cortes de Amor que residian en varias ciudades de Europa, y fué decidida de mil maneras: de estas decisiones se apeló, finalmente, á la corte plenaria de Provenza, la cual, despues de un maduro exámen, de una larga y erudita discusion, despues de haber consultado á los principales doctores, sentenció solemnemente á favor del ojo de Caimo; es decir, que podia destaparse. El timorato amante, que todo aquel tiempo habia permanecido ciego, alzó por fin la venda fatal, volvió á la luz al cabo de cerca de tres años, y á su vida anterior para cumplir el voto de descabalgar al tercero que le faltaba. (¡Qué constancia de los tiempos antiguos!) ¡Descabalgóle tambien cuando Dios fué servido. ¡Qué gozo!.... ¿Y creeréis que aquella tirana ingrata, la cual no gustaria mucho de tuertos, salió todavía á asirse de otro caballero? Díjole, que lo prometido era no presentársele sino con dos ojos

abiertos, y que no teniendo mas que uno, se guardase muy bien de ponérsele delante.

Pero volvamos á la arena. Los noveles caballeros, con arreglo á las leyes del torneo, regalaron á los heraldos del campo los yelmos que llevaron, y en esto se suscitó tambien otra contienda. Uno de los tales caballeros habia corrido una lanza en un paso de armas celebrado en Como poco tiempo antes, por lo cual no faltó quien pretendiese que no debia dejar el yelmo á los heraldos, no siendo aquel su primer hecho de armas; declaróse que el yelmo era debido, en razon de que el primer asalto en que habia tomado parte, no habia sido pelea; es decir, que no se habia combatido con espada, y se trajo á colacion aquella famosa sentencia en materia de justas y torneos: *espada libra lanza, y no lanza espada.*

Los blancos fueron proclamados vencedores; y por votacion, no precisamente de los jueces y oficiales del campo, sino mas bien de las damas y doncellas, se decidió que Ottorino se habia mostrado el mas valiente, y se le adjudicó el premio, que consistia en un caballo blanco enjaezado del mismo color, con un yelmo de plata, y un escudo del mismo metal. Así terminó aquella jornada.

La mujer de nuestro armero quedó tan contenta y tan ufana con las glorias del bello jóven (así ella le llamaba), que no se cansaba de celebrarlas, y las masticó tanto y tanto, que el dulce esposo empezó

á bufar y regañar, y faltó muy poco para que allí mismo le montase malditísimamente el humo á las narices.

XVIII.

Justa.—Alarma.—El caballero desconocido.—Vencimiento de Ottorino.

Aquella misma noche, el abogado de Limonta, Lorenzo Garbañate, llevó á casa del conde del Balzo las noticias del torneo. Bice, que apenas respiraba por el susto de la víspera, por la agonía de todo el dia, pasado entre mil espantosas imágenes de los peligros que corria Ottorino, recogia ansiosamente todas las palabras, y se iba animando de una nueva vida, á guisa de una flor que, alzando su lánguido capullo sobre el marchito pezon, se abre nuevamente al rocío de la mañana. Mas oyendo referir cómo el jóven, despues de la victoria, besase reverente un cendal azul que llevaba ceñido al costado, mostrando que el pensamiento de su dama le habia hecho salir glorioso, la enamorada doncella se sintió casi desmayar por el abundante placer que de improviso inundó su corazon, y robándose por un momento á la vista de todos, cubrióse el rostro con las manos, y se dejó vencer mujerilmente por el llanto. Vuelta á la sala, mil veces en aquella noche le apareció en su rostro una llama, oyendo re-

petir el nombre grato del cual todos se hacian lenguas.

Ella decia entonces consigo:

—Es mio.

Y un tierno orgullo señoreaba voluptuosamente su corazon.

Tal vez le ocurria al pensamiento lo duro de su situacion, la prohibicion de ver al amado doncel intimada por el padre, la imágen de Márcos; pero estas ideas se enrarecian y disipaban vencidas por la plenitud del reciente gozo, como se deshacen al copioso ardor del sol las nieblas del valle.

Gloriosa y contenta por haber puesto su amor en tan digna grandeza, por saberse predilecta del que acababa de adquirir tanto renombre, en aquel momento no cupiera en su imaginacion la idea de un desastre; el ánimo de la doncellita estaba todo abierto á la esperanza, sonreíala el porvenir, dentro del cual paseábase la fantasía poblándole de mil sueños y mil doradas quimeras.

Los caballeros y damas que concurrieron á la tertulia del conde, reconviniéronle, estrañando mucho el que no se hubiese dejado ver en el torneo: hablando de los lances allí ocurridos se vino á tocar el ojo de Bronzin Caimo: en cualquiera otra ocasion hubiera sido convidar al conde del Balzo á su juego favorito, pues donde habia que litigar y sermonear allí engordaba él; pero aquel dia tenia tan mala luna, que no hubo modo de hacerle entrar en calor. Siempre tenia á la vista el rostro de

Márcos, sonábanle en los oidos las palabras de éste, pesábale encima aquel hombre estraordinario, y la noticia del triunfo de Ottorino no habia obrado en él un milagro como en Bice.

Sin embargo, poco á poco se fué recobrando y tomando aliento, y finalmente, sobrevino un conjuro bastante eficaz para encantar los cuidados y resucitarle. Fué el caso, que un viejo baron, amigo suyo, antes de retirarse le llamó á un lado, y le dijo que el vicario imperial habia pedido por él.

Habréis visto tal vez un flaco rocin melancólico y cabizbajo, con las orejas caidas, que no hay medio de menearle por mas que le aguijoneen y puncen, y á lo mejor estando en qué será, qué no será, dispara de repente un par de coces y echa á correr como un potro, á causa de que el carretero le ha estregado precisamente donde tiene una matadura? Pues ni mas ni menos.

—¿De veras ha pedido por mí? preguntaba muy solícito el tímido vanidoso.

—Sí, por vos.

—¿Y qué, qué ha dicho?

—Ha preguntado por qué no habiais asistido al torneo.

—¡Conque será preciso que mañana no falte á la justa! ¿No es la justa lo de mañana?

—Sí, el segundo dia es para la justa, y convendrá que vayais, no se crea..... porque..... ¿estais?.... El saber que sois tan amigo de Márcos,

tal vez podria causar sospechas, ¡qué sé yo! de que no sois amigo del vicario....

—¡Cómo! ¡cómo!

—¿Qué tiene de particular? Todo el mundo sabe que Márcos y su sobrino el vicario no están muy corrientes.

—Yo nada sé de corrientes ó no corrientes, soy amigo de todos, y quiero estar en paz con todo el mundo.

—Ya, precisamente, por esto decia que mañana no debeis faltar; es un espectáculo para festejar el nombramiento de Azon.... y si le repitiese todavía el capricho de preguntar por vos y supiese que no estais....

—¡Oh! estaré, estaré sin falta.

Cumplió efectivamente su palabra: al otro dia acudió de los primeros á un palco junto al del vicario. Aun no se habia preparado la arena, aun no habian acudido los mantenedores, y él estaba ya de cuerpo presente, guapo y estirado, en compañía de la hija y un elegante séquito de pajes y donceles. Cuando aparecieron el vicario y sus dos tios se deshizo en saludos y cortesías; pero nadie dió muestra de reparar en él, ni de distinguir sus obsequios entre los muchos que venian de los palcos vecinos; cosa que empezó á hacerle mucha estrañeza. Acomodados todos en sus respectivos asientos, él con aquella barbita entre blanca y roja, que nunca estaba quieta, lo mismo que sus dos ojillos cenicientos siempre en movimiento, con aquella voz chillo-

na y chocarrera siempre al aire, se afanaba para llamar la atencion; pero nadie le atendia más que á un par de perros que jugueteaban en la estacada corriendo uno tras otro, lo cual acabó por ponerle mohino, como nunca lo hubiese estado.

Dióse principio á la justa: presentáronse muchos caballeros á tocar ora uno, ora otro de los escudos puestos al público en la punta de varias lanzas hincadas en tierra inmediatas al pabellon de los mantenedores; corriéronse muchas suertes pero no se dió golpe notable: quién corrió la lanza en vago, quién perdió un estribo, quién se tendió sobre las ancas del caballo, y no se rompieron mas que dos lanzas.

A Ottorino no se le habia retado, porque despues de la prueba de la tarde anterior nadie osaba medirse con él.

Dos horas habia durado el espectáculo, y la cosa iba tan poco animada, que los espectadores fastidiados é incomodados hasta la cima, empezaron á murmurar, luego á gruñir, y pararon en aullar bestialmente contra los caballeros, que tenian la poca discrecion de no desmondongarse un poco para darles gusto. Así es el pueblo, dócil generalmente, manejable y pastoso; es menester guardarse bien de incomodarle en sus pasatiempos, pues entonces deja de ser cordero para convertirse en oso.

A fin de amansar aquella bestia rematada, presentáronse los heraldos gritando que cesaria la justa y comenzaria el asalto, que consistia en acome-

ter una trinchera ó un castillo de madera: espectáculo de los mas favoritos en aquel tiempo. Mas en el momento que iba á pronunciarse la fórmula de estilo que ponia fin á los retos, oyóse retumbar en el bosque inmediato el sonido de un cuerno. Los espectadores significaron con palmadas que se aguardase al nuevo caballero anunciado por aquel sonido, y despues de algunos momentos de silencio se vió entrar en el palenque uno corpulento, con la visera clavada, armadura de puro acero, sin color, sin blason y sin empresa alguna, montado en un grande caballo padre de Pulla, todo negro como un azabache, escepto la estrella que tenia en la frente, y era trialbo.

El nuevo guerrero llevaba colgado del arzon un escudo liso, como los demas arneses, al objeto de quedar incógnito; pero le seguia un escudero llevando otro escudo cubierto de una funda negra y leonada, colores que significaban tristeza sin placer. Este último dejó á su señor en la estremidad de la liza contigua al bosque, y atravesó el palenque para presentar en la tienda de los jueces el escudo cubierto. Prestaban los jueces juramento de no revelar en ningun caso el secreto del que quisiese combatir incógnito; pero debian por ley reconocer las armas y declarar si era digno de combatir con los caballeros mantenedores.

Esto escitara en la multitud una inquieta y curiosa alegría, que se manifestaba en todo el rededor con recio murmullo. Entrado el escudero en la

tienda de los jueces, sucedió al murmullo un profundo silencio de espectacion. A pocos momentos salieron los jueces con el escudo del desconocido que habian metido otra vez en la funda, colgáronle de una lanza hincada en tierra, doblaron ante él una rodilla, hicieron seña á un heraldo y éste gritó:

—El caballero tiene el campo libre.

Entonces el desconocido que acababa de ser autorizado, atravesó á paso lento todo el circo hasta la tienda de los mantenedores, paróse delante del escudo de Ottorino, y en vez de tocarle con la lanza, segun costumbre, lo arrancó de su puesto, y lo echó por tierra, luego volvió á colgarle, pero puesto al reves, lo de arriba abajo. Era el mayor ultraje que se pudiera hacer á caballero, é importaba un desafio á todo trance.

Alzóse un rumor vário entre la multitud, que habia observado atentamente el hecho, y sabia bien su importancia. No faltaba quien pretendiese acertar con el desafiante y con la causa del odio mortal. Los viejos opinaban que el vicario no permitiria tal desafio; los jóvenes gritaban que seria iniquidad el oponerse; muchos temian por Ottorino, otros, tambien parciales suyos, se alegraban de que se le proporcionase un campo abierto para un nuevo triunfo, algunos envidiosos de su gloria celebraban interiormente el incierto peligro que le amenazaba, y esperaban ver abatida aquella celebridad que hacia sombra á su orgullo; mientras que la mayoría de los espectadores, sin aversion ni amor, se

disponian á gozar del espectáculo en indemnizacion del largo fastidio pasado.

¿Pero qué hacia entretanto, cómo tenia el corazon la pobre Bice? Al abrirse la justa, al presentarse los combatientes á tocar alguno de los escudos, vacilando entre la gloria y el peligro del hombre adorado, ora deseaba, ora temia que fuese tocado el escudo de Ottorino; pero despues se habia ido tranquilizando en vista de tantos asaltos sin sangre; y por fin, ya deseaba con mucha confianza que le tocase á su amado dar muestra de valor, y aun con la imaginacion preocupada paladeaba ya de antemano su triunfo, los elogios de damas y caballeros, y la mal disimulada admiracion del padre. Mas cuando oyó el son del cuerno, cuando vió llegar al desconocido, súbitamente afectada de un arcano presentimiento, tembló de piés á cabeza, y creyó oir una voz en su corazon que le gritaba:

—¡Ay de tu amante!

A la manera que el niño ve avanzarse lenta, lenta, la fantasma en la medrosa oscuridad de la noche, así ella, espantada, miraba al terrible caballero, cuando, atravesando la estacada, iba aproximándose al pabellon de los mantenedores; cada paso del guerrero parecia quitarle una porcion de vida: cuando estuvo próximo al término, ya casi ella no podia volver el aliento; el sonido del escudo, tirado por el suelo, resonó profundamente en el alma de la cuitada, y desapareció por un momento la luz de sus ojos.

El padre, que lo notó, quiso desviarla de aquel trance demasiado penoso, asióla de un brazo, y la incitaba á salir de allí; pero la infeliz, que creia mas insoportable el esperar lejos la noticia del combate con el pensamiento vuelto siempre á lo peor, que no el ver los lances con sus propios ojos, no quiso seguirle.

—¿Sabes quién es el retado? le decia el conde con voz alterada.

—Lo sé, es Ottorino, respondia resueltamente la jóven que, firme en su propósito, habia en aquel punto recogido todas las fuerzas de su ánimo.

—Mas las armas, seguia el padre balbuciente; mas el desafio....

—Las armas, son afiladas y acicaladas, añadia Bice con rostro firme por la desesperacion, el desafio es mortal, todo lo he visto, pero no quiero menearme de aquí.

Durante este coloquio, Ottorino habia salido de la tienda todo armado de fierro de piés á cabeza, acercóse á su caballo de batalla, que Lupo le tenia prevenido, y con todo aquel peso á cuestas, poniendo una mano en el arzon delantero, dió un ligero y espedito salto, y entró justo en la silla.

Los jueces del campo trajeron dos lanzas afiladas con las astas de duro y pesado mesto, los casquillos de plata y las conteras de hierro; y despues de haberse cerciorado por medio de un minucioso y delicado exámen de que eran exactamente iguales en longitud, en peso, en la cualidad de la madera, del

hierro y de las guarniciones; entregaron la una al retador, y la otra al desafiado, previniendo á entrambos que diesen vuelta á toda la arena.

Los dos competidores marcharon en pareja rozando los palcos y la estacada, seguidos cada cual de su respectivo escudero. El desconocido, encerrado siempre en su armadura, con un aire de soltura, y como sin repararlo, refrenaba á su poderoso caballo que, embravecido por el estruendo de los aplausos, se empinaba, daba saltos, y hacia espumar el freno, agitándose y bufando: el ginete, no obstante, se aguantaba firme y tieso sobre la silla con seguridad, con arrogancia y natural donaire. Lupo, que montaba pocos pasos á retaguardia, le observaba con admiracion la gallarda anchura de los hombros, la bella proporcion de todos los miembros, el osado porte de la cabeza y de todo el cuerpo, y no podia menos de entrar en algun cuidado por su amo. Reparando luego en la visera clavada, reconoció ser la misma comprada la víspera por el viejo de la esclavina de color marron. Ottorino montaba al lado de aquel hércules con la visera alzada, de la cual se veia salir algun rizo de negros cabellos y bajar sobre una frente, que rebosaba de modesta y juvenil pujanza. Cabalgaba un hermoso castaño cordobés, no fiero y formidable como el caballo padre de su adversario, pero sí fogoso, delicado, ardiente, dócil á la mano, á la voz, á una seña, y estoy por decir al pensamiento de su amo. Lo manejaba éste con mucha maestría, haciéndole eje-

cutar sobre la marcha ágiles botes, graciosos pasos y corvetas; de modo que parecia prepararse á un festejo de armas ó á un carrosel, mas bien que á un combate mortal.

Llegados frente al palco del conde del Balzo, Ottorino saludó cortesmente al padre y á la hija, aquel apenas dió señal de haberle visto, y aun la misma Bice solo le correspondió con una mirada tímida y fugitiva; pues en aquel punto, atraida como de un encanto prepotente, no podia separar la vista del desconocido: veia el fierro de la lanza de éste, largo, agudo y terso; parecíale sentir la fría punta en medio de su corazon, y le tenia clavados los ojos como si hubiese querido aniquilarle. El desconocido, que no se habia vuelto á ningun lado, inclinó la cabeza hácia el palco del Balzo.

Concluida la vuelta se dió campo á los competidores, dividiéndoseles igualmente la tierra y el sol, como se decia, y se les colocó al uno frente al otro, con cuidado de que ambos distasen igualmente del centro de la liza, y que los rayos del sol, les proporcionasen iguales ventajas, é igual molestia.

El inmenso pueblo apiñado en los palcos, en las barreras, encaramado mas atras sobre bancos, carros y tablados postizos, esparcidos á mayor distancia por los árboles del vecino bosque, por los antepechos, por los tejados de las pocas casas inmediatas, estaba en silenciosa espectacion: no habia corazon que no palpitase de impaciencia, de envidia,

de coraje ó de terror. Iba ya á darse la señal de arremeter, cuando sobrevino una ocurrencia que trastornó toda la multitud, y estuvo á pique de destronar el vacilante poder de Azon.

Lupo, que estaba detrás de Ottorino, equivocando un movimiento accidental de la mano del vicario, creyó que hacia seña al trompeta para que tocase al asalto, y en alta voz, bien entendida de un estremo á otro del palenque á favor del silencio general, gritó:

—¡Viva Márcos Visconti!

Era el grito de guerra de Ottorino, el cual apenas le oyó, alzó una mano cubierta con la ferrada manopla, y repitió:

—¡Viva Márcos Visconti.

Ni él ni su competidor se movieron un punto, por no haber oido el sonido de la trompeta; mas la turba espectadora, secretamente parcial de Márcos, y enterada aunque oscuramente de que se tramaba alguna conspiracion, creyó que aquel grito era la consigna de los conjurados, la voz de alarma contra el vicario, y en un momento millares de millares de voces la repitieron acordes en todos los ángulos. Muchos se vieron echar mano á las armas, moverse y apiñarse, preguntándose mutuamente, y ojear alrededor por si veian asomar una bandera, un gefe, bajo del cual escuadronarse. Si en aquel momento se hubiese presentado Márcos y mostrádose al pueblo, el golpe estaba dado. Los pocos guardias del vicario se reunieron espantados alre-

dedor del palco: hubo un momento en que el mismo Azon, y sus dos tios Lúcas y Juan, se creyeran perdidos.

En el máximo de la efervescencia, cuando la gritería era mas fuerte y mas feroz, el caballero desconocido que no se habia meneado de su puesto, alzó una mano al casco en ademan de bajar la visera como si se hubiese olvidado de tenerla clavada; pero fué solo un primer movimiento, fugitivo y al parecer involuntario, pues volvió á bajar el brazo, y apoyando su cerrado puño sobre el ferrado muslo, quedó contemplando desde lo interior de su babera aquella borrascosa confusion.

Corrian alrededor los heraldos, los maestres y ayudantes de campo, gritando y señalando á la gente que se sosegasen, que volviesen á sus puestos. Calmó poco á poco, fué disolviéndose y desapareció del todo el temporal. Los esforzados jóvenes, que se sentian hormiguear las manos, los cobardes que no querian quedarse á ser pillados en la bulla, los curiosos que eran los que mas atizaban y componian el mayor número, volvieron á sus puestos, unos rugiendo, otros riendo, y otros preguntando ¿qué ha sido?

Restablecida la tranquilidad y el silencio, sonó la trompeta, y los dos combatientes se embistieron, el pecho cubierto con los escudos, y la cabeza replegada detras del escudo, en forma que la cara quedaba resguardada hasta los ojos. El caballero desconocido que ideara correr la primera lanza con

un golpe de destreza, en vez de meter ambas espuelas al caballo, y darle carrera tendida, lo puso á medio galope, y cuando estuvo á tiro, presentó el escudo al contrario, que cerraba contra él á toda furia, é hizo resbalar la lanza sobre el bruñido acero, sin que pudiese herirle, aunque le pasó rozando el costado: pero él, puesta la mira en el azulado cendal que Ottorino llevaba de bandolera, lo agujereó metiéndole la lanza hasta el mango, y al pasar con el caballo, logró quitárselo enteramente del cuello.

Golpe tan magistral, tan diestramente dirigido, no pudo ser apreciado del concurso, que reputándolo casual, empezó á murmurar de que se hubiesen corrido las lanzas en falso. Los dos combatientes pasaron corriendo, y volviendo grupas al llegar al punto de que partiera el contrario, volvieron á embestirse con mayor furia. Esta vez el desconocido tambien venia á todo correr, apretando tan fuertemente las rodillas, que el robusto caballo se doblegaba debajo, y abria la boca para tomar aliento. Chocando con tal ímpetu á mitad de la liza, Ottorino rompió la lanza en la cima del escudo de su adversario, el cual no se dobló un dedo sobre la silla, pero hirió al jóven en la visera y lo arrojó limpio á tierra, como cosa de un tiro de lanza lejos del caballo. Éste, al sentirse descargado paróse sobre los cuatro piés, y volvia la cabeza atrás, como esperando que el amo volviese á montar; mas el amo quedaba tendido en la arena con los brazos

abiertos, sin dar señal de vida. Lupo apeóse de un salto, abrióle temblando la visera, y halló que chorreaba sangre por las narices, boca y orejas. Acudieron dos servidores, y quitándole el yelmo, lo llevaron en brazos hasta la tienda: colgábanle las piernas, á cada paso le oscilaba la cabeza tirada á la espalda, ondeando sus ensangrentados cabellos.

A pocos momentos salió del pabellon un heraldo y gritó:

—¡Está vivo!

Entonces el vencedor, que con el movimiento de la cabeza encerrada en el yelmo, habia acompañado al herido hasta la tienda, de la cual no separara la vista desde que aquel entró en ella; levantó la mano al cielo, y alzóse sobre los estribos, significando claramente el gozo que le causaba tal anuncio, en seguida arrojó la lanza, metió espuelas al caballo y salió á galope del palenque, internándose en el bosque de donde vino. Siguióle su escudero despues de haber descolgado del asta el escudo encapotado.

Recogida del suelo la lanza que arrojó el vencedor, se observó que tenia el fierro roto. La mayor parte pretendieron que se habia roto en el encuentro; pero no faltó quien observase que el caballero desconocido, al oir de su contrario el grito de viva Márcos, se acercó á un palco, é introduciendo el fierro de la lanza entre la trabazon de dos tablas, tiró de lado, y lo hizo saltar roto en redondo. Con-

venian todos en que á estar entera la lanza, era tal la fuerza del golpe que hubiera pasado la visera y la cabeza de parte á parte.

XIX.

Adquisicion de Luca por Márcos.---Reflexiones de éste y su entrevista con Pelagrua.

Aquí nuestra historia saltando el espacio de un mes, se traslada á Luca, cuya señoría en aquel intermedio acababa de adquirir Márcos Visconti, del modo siguiente. Precisado el emperador á abandonar la Toscana por haber ido al traves sus negocios y los del anti-papa, antes de despedirse habia tratado de sacar toda la utilidad posible, y entre muchos ingeniosos ardides, el mas gracioso que discurrió, fué el de vender por dinero contante todas las ciudades amigas. Esta merced habia tocado tambien á Luca: el infiel Bávaro la quitara á los hijos de Castruccio su poderoso bienhechor, para darla á Francisco Castracani degl'Interminelli, el cual le pagó de contado sendos millares de florines de oro. Mas los luqueses, que no podian digerir la treta de haberles vendido como á una manada de corderos, luego que hubo partido el emperador se recomendaron á Márcos, que podia hacer lo que le acomodase; pues habiendo ido á Ceruglio, se habia gana-

do la partida de alemanes rebeldes. Acudió, pues, un socorro de los luqueses con seiscientas lanzas, arrojó á Castracani de sus mal adquiridos dominios, y fué elegido señor y capitan de la ciudad que libertara de un odioso dueño. Ciudad, que gustosa debia entregarse á un príncipe de ilustre cuna y esclarecida fama, é íntimo antiguo amigo del célebre Castruccio, bajo cuya dominacion se habia hecho Luca tan poderosa y formidable.

Seis dias discurrieran despues de esto, y Márcos aun tenia mucha gente continuamente ocupada en recibir los homenajes de los lugares y castillos del territorio que se le entregaban espontáneamente, recorrer y devastar é incendiar los que se habian rebelado negándole la obediencia, y ya urdia nuevas tramas con el conde Fazio para jugar á Pisa la misma treta que á Luca, arrebatarla de manos de monseñor Tartalino de Pietramala que la habia obtenido del Bávaro.

Pasó la mañana de aquel dia en recibir y enviar mensajes á los príncipes, á los comunes de Toscana y de Romaña, que con varios sentimientos de envidia, de temor y de esperanza, veian engrandecerse aquel nuevo príncipe, cuyos proyectos siempre ocultos era difícil adivinar. Lo restante de la jornada la habia consumido entre los cortejos y homenajes que la multitud siempre prodiga á los nuevos príncipes. Sonábanle aún en los oidos las aclamaciones que resonaran en las calles de Luca al recorrerlas con los magnates, barones y cónsules

artesanos para ir á la iglesia de S. Martin á venerar la santa Faz.

Llegada la noche, despues de haber despedido á los concejales y á la nobleza de su nueva corte, se paseaba Visconti por un espacioso salon del palacio del comun, habitado algunos meses antes por su famoso amigo Castruccio, volviendo de cuando en cuando la vista hácia una ventana gótica que daba á la plaza, y desde la cual se descubria una que otra torre, una que otra aguja iluminada con infinidad de luces. En medio de la plaza una grande hoguera derramaba rojo é incierto resplandor sobre el pueblo, que se agitaba en torno, banqueteaba con estruendosa algazara, y cantaba romances y canciones en alabanza del nuevo señor. Veíanse á lo lejos en el anfiteatro de colinas, gran cantidad de fuegos, y en todas partes sonaba el repique de campanas tocando á fiesta.

Paróse Márcos un momento á contemplar aquel espectáculo, como el esposo en el baile de las bodas contempla á la ataviada risueña hermosura de su jóven esposa. Al apartarse de la ventana, tropezaron sus ojos con un retrato de Castruccio, colgado en la pared sobre la chimenea, y aquella vista le aguó todo el placer, le desvaneció todo el encanto. Sentóse en un sillon, y con la vista fija aun en la imágen del difunto amigo, decia entre sí:

—Cuando en Roma, robusto y glorioso, era el ojo derecho del emperador, cuando todas las ciudades güelfas, y el rey Roberto, y el papa mismo

temblaban á su nombre, cuando yo me envanecia de ser su amigo, y esperaba con su favor lograr la señoría de Milan; si un adivino le hubiese dicho: "Castruccio, dentro de pocos meses todo se acaba- "rá, y tú estarás bajo tierra." ¡Qué anuncio! En su edad florida, lleno de vigor, en el colmo del poder.... bien que la vida es tan incierta, tan caduca.... sabia que era mortal: mas, si el adivino hubiese añadido: "¿Ves este que tienes al lado? Este "hombre que procuras engrandecer en la tierra, "este Márcos que te ha ayudado cuanto ha podi- "do para subir á la elevacion en que te hallas, es- "te Márcos que te respeta y te ama mas que un "hermano, ¿le ves? pues sabe que antes de mucho "dominará en tu ciudad, que tu casa será la suya, "que tu viuda, que tus hijos irán errantes de pais "en pais buscando en vano un asilo, que se les ne- "gará mientras él percibirá los productos." ¡Oh! ¿qué hubiera respondido aquella alma altiva? ¿Qué hubiera sentido su corazon? ¿Y yo, yo mismo, qué hubiera dicho?.... Ahora bien, has cuentas sobre el porvenir. ¡Qué miserable criatura es el hombre! De un momento á otro una ciudad tan poderosa é ilustre se te viene á la mano por sí misma, mientras te fatigas tantos años hace tras otra que huye delante de tí como un fantasma. No te pareces á aquellos entusiastas alquimistas que mientras vanamente se derriten en busca del oro, tropiezan en el camino con algun maravilloso secreto de naturaleza que nunca habian soñado?

Asomóse otra vez á la ventana, permaneció un rato mirando á la plaza y alrededor, y despues esclamó:

—¡Qué hermosa ciudad es Luca! mas no es Milan: añadió en seguida suspirando. Ser príncipe donde se ha sido súbdito, mandar donde se ha obedecido, ser grande en medio de los amigos que hallan dulce tu grandeza, hacerles partícipes de ella... y..... si, aun entre los enemigos mismos, verles rabiar y triunfar de su abatimiento, ¡aquello es vida! Aquí deliciosas colinas sembradas de viñas y olivares, tambien espléndida nobleza, gallardas doncellas, riquezas, cortesía, sí, pero todo es mudo para el corazon de Márcos.

Mientras revolvia tales pensamientos, el pueblo que le veia plantado detras de las vidrieras, se apiñó debajo de la ventana gritando: ¡Viva Márcos! ¡viva Márcos! Al estrépito que rompió el hilo de sus reflexiones, contestó inclinando la cabeza y abajando cortesmente sus manos abiertas, luego se apartó con impaciencia, y entrando en un retrete inmediato seguia diciendo entre sí: ¡Estúpidos insensatos! ¿temeis que os haya de faltar un dueño?... ¡Viva Márcos! ¿Y qué esperais de Márcos? ¿Quién es él? ¿Sabeis si podrá ó si querrá lo que esperais? ¡Qué regocijo! ¡Qué alborozo! Si Luca hizo otro tanto por la victoria de Altopascio no fué poco..... ¡Oh, quien fiase en vuestras aclamaciones! En otro tiempo tal vez me hubieran embriagado.... Ahora sé bien cuánto va del domingo de ramos al viernes santo, del hosanna al crucifijo.

Un paje se arrimó á la puerta, y pasando adelante, previo permiso, hizo una profunda reverencia, y entregó á Márcos un paquete de cartas, diciendo:

—Despachos de Lombardía, el correo está abajo en la sala colorada, dice ser uno de vuestros familiares llamado Palagrua.

—Que aguarde, respondió Márcos despidiendo al paje con una señal de cabeza. Arrimado á un velon fué examinando los sobrescritos, y arrojando una á una sobre una mesita las que conocia por el carácter de letra. Detúvose en una que al parecer estrañó, meneó una campanilla de plata, á cuyo son acudió pronto el paje. Preguntóle si las habia traido todas un solo correo, y el paje contestó:

—Todas vuestro doméstico; menos una que dejó en palacio un correo de paso para Roma.

—Bien, dijo Márcos, y el otro volvió á salir.

Visconti entonces echando sobre la mesa aquella última carta, siguió diciendo:

—El magnífico de mi sobrino! ¡no es poca dignacion!

Cogió otra carta que habia puesto aparte en el primer exámen, abrióla, y púsose á leer. Era de Lodrisio su consejero, que le iba informando de cuanto sucedia desde que Márcos dejara á Milan. Cada semana cruzaba un correo con sus cartas y las respuestas de Márcos, escritas en cifras, que habian convenido para conducir de acuerdo la trama entablada y obrar segun las circunstancias.

Esparcida la voz de que el emperador regresaba á Lombardía, Lodrisio instigaba á Márcos para que le siguiese con los alemanes rebeldes de Ceruglio, y le cogiese por la espalda como habia ideado antes: Lodrisio entretanto hubiera sublevado á Milan, y salido á encontrarle con las tropas ciudadanas, enemigas aun de Azon, y que bajo ningun pacto querian admitir las famélicas y ladronas armas del falaz emperador. Pero á la sazon Márcos no estaba todavía á punto. Los soldados rebeldes de Ceruglio, no eran tan suyos que pudiese conducirles á batirse contra su mismo señor natural: ademas, tenia entre manos ciertos tratados relativos á la empresa de Luca, de cuyo buen resultado, solo esperaba conseguir por el pronto, una buena cantidad de dinero, con que hacerse mas afectos y obedientes aquellos tedescos, á cuyo frente se habia puesto. Mas como suele suceder, desperdiciando aquel delicado y fugaz momento de sazon, que debia pillarse al vuelo, las cosas habian ido mudando de aspecto, y en Milan se habia descompuesto la máquina de la conspiracion por nuevas é imprevistas casualidades que no podian recelarse, pues no eran conducidas por humano talento.

El fervoroso afecto que el pueblo profesara á Márcos, se habia ido amortiguando desde que éste no le prodigaba sus larguezas, desde que no le veian pasear por Milan montado como solia, bello, espléndido y cortés, en medio de una lujosa corte de caballeros y escuderos; no oian el ruido de sus ban-

quetes, ni circulaban aquellos sus dichos agudos, que recogidos por sus amigos mas allegados, pasaban rápidamente de boca en boca, y adulaban tanto á la plebe á costa de los grandes.

Tambien los gefes de las ciudades lombardas que le favorecian secretamente habian desmayado viendo que se diferian tanto las cosas sin tomar un partido: ademas, muchos habian comenzado tiempo antes á disgustarse de ciertas rarezas á que Márcos se soltaba fácilmente desde que se engolfara en aquel amoroso frenesí, desconocido aun en sus raices, pero que cada dia daba á luz nuevos retoños.

Quedábale todavía un fuerte apoyo en los sacerdotes que el pontífice Juan enviara á favorecer sus planes; mas tambien estos, al ver que su amigo no se meneaba de Ceruglio mientras que el Bávaro avanzaba á marchas dobles hácia Lombardía, conocieron la necesidad de arrimarse á algun nuevo partido si no querian dar enteramente al traste en aquel pais con la causa de la Iglesia, y hallarse todos ellos en manos de Azon, que ofendido cuando débil, lo hubiera tenido presente luego de reforzado con las armas del Bávaro.

Poco les costó á los sacerdotes el hallar ese nuevo partido; pues si el porvenir era oscuro para ellos, no era muy claro para Azon. Tenia entendido que el emperador avanzaba hácia Lombardía con un ejército indisciplinado y revoltoso, y con la rabia que era natural suponerle principalmente contra él, ya porque no le habia completado el precio de

la investidura y ya tambien porque le sospechaba coligado con Márcos, al objeto de no dejar que volviesen á sus banderas las tropas de Ceruglio. Temblaba el nuevo señor de Milan, y sus dos tios Lúcas y Juan, temblaban tambien.

Con tales disposiciones, no podia ser difícil una reconciliacion. Azon dió los primeros pasos en busca del clero, soltó alguna palabra de sumision, y el clero le recibió con los brazos abiertos. Lo primero que se acordó fué declararse abiertamente contra el de Baviera, y defender el territorio á todo trance. Así el nuevo señor de Milan se salvó con los mismos medios preparados para su ruina; pues aliado con la iglesia, tuvo desde luego á su disposicion y prontas á su defensa las fuerzas que tanto tiempo hacia se iban aprestando contra él.

Todo esto lo sabia ya Márcos, y la carta de Lodrisio le informaba de que Milan se fortificaba á toda prisa para resistir al emperador, que Monza, Lodi y otras muchas ciudades y castillos habian prometido dejarse destruir hasta los cimientos antes de abrirle las puertas, y que por entonces no podian contar con el primer plan desde que todos los particulares se habian aunado con Azon para resistir al enemigo comun: exhortábale á mantenerse pasivo, porque si prevaleciese el emperador, podia congratularse restituyéndole las tropas de Ceruglio, y obtener así el vicariato que irremisiblemente quitaria al sobrino en castigo de su rebelion; y en el caso de que sucumbiese el Bávaro, enton-

ces podia hacerse mérito con el vicario vencedor de haber quitado á aquel las fuerzas de Ceruglio para que no se le echasen encima en su mayor apuro. Decíale que tuviese buen ánimo, que su política no era conocida, que la reconciliacion del clero con el vicario distaba mucho de ser completa y franca, y le escitaba á mantener inteligencias con el cardenal Beltran del Poggeto, con Aviñon y con Florencia, para echar mano de sus fuerzas á su tiempo y coger otra vez los hilos de la conjuracion, debilitados pero no rotos.

Acabada la lectura, Márcos, con enfado, arrojó la carta sobre la mesa, diciendo:

—Siempre fingimiento y doblez. ¡Qué duras doctrinas me va enseñando ese!..... ¡oh! yo no habia nacido para este siglo vil!..... no obstante..... y sin acabar la frase, cogió y abrió la carta de Azon. El sobrino vicario le informaba tambien estensamente de las nuevas ocurrencias, esplicábale los motivos que le precisaran á pronunciarse contra el Bávaro, rogábale que tuviese ocupados á los tedescos de Ceruglio para que no reforzasen á su enemigo, que con sus buenos oficios diese mas valor á las ofertas de amistad y alianza hechas á varios comunes de Toscana y Romaña: concluia pidiéndole algunos consejos acerca del modo de fortificar á Milan.

Las demas cartas de varios señores lombardos, eran todas de un mismo tenor con muy poca diferencia, escusas por haberse aliado con Azon, obli-

gados por la necesidad, protestas de fidelidad á la causa de Márcos, mas ó menos afectadas; pero todas frías mucho mas de lo ordinario. Torcia el gesto Márcos al ver aquellos rodeos, aquellos enredos de palabras y frases con que sus antiguos parciales procuraban ocultar la deslealtad; Márcos conocia demasiado á los hombres para admirarlo ni enojarse.

—Muy abatido me creen estos, decia para consigo; mas cuando sepan que soy señor de Luca, y que las cosas de Lombardía están aclaradas, volverán, volverán á ser mis queridos.

Hizo llamar entonces á Pelagrua. Éste, que no podia volver de la admiracion de haberse hallado á su amo príncipe de tan poderosa ciudad, cuando solo esperaba verle al frente de una cuadrilla rebelde en un castillejo de Valde Nievole; al entrar en la sala repetia profundas reverencias, y queria empezar á espresar su maravilla y su contento; mas Visconti le atajó en la boca las palabras, con preguntarle:

—¿Viste á Lodrisio antes de partir?

—Él mismo me entregó las cartas que he traido.

—¿Y cómo está con el vicario?

—Como quiere, es todo suyo: figuraos, á él se ha confiado la fortificacion del puente del Archetto, que segun dicen es el lado mas interesante de la ciudad.

—¿Conque los milaneses están resueltos á plantar cara?....

—Cara y dientes, y que va de veras.

—¿Y de armas cómo estamos?

—En las tiendas de los armeros no ha quedado nada, se trabaja dia y noche en hacer picas y astas, estaban para concluirse diez y seis ballestas, ocho petrarias grandes, no sé cuantos otros instrumentos bélicos, y se están fortificando los baluartes y se plantan nuevas grandes torres de madera, en cada puerta ondea su bandera, y al toque de la campana grande de la señoría, todos los hombres de armas tomar deben correr á sus respectivos puntos, y en menos de una hora están en las murallas cuarenta mil combatientes.

A tal relacion sintióse Márcos enardecer, centelleábanle los ojos, brillaba en su rostro la alegría y el valor. Nadie mejor que él sabia que aquella union de voluntades, aquel ardor que animaba á todos los ciudadanos igualmente podia (más que otra circunstancia cualquiera) solidar la popularidad del vicario, desordenando para siempre la trama que tanto tiempo hacia iba él preparando con obstinado afan; mas la gloria de su pais nativo, el honor de su dulce Milan era antes que todo.

—Oyes, añadió á su castellano; dirás á Lodrisio.... ya se lo escribiré.... con todo, díselo, que atienda á reforzar los baluartes de Porta Ticinese donde están los molinos, junto al Tesinello, para asegurar á la ciudad el abasto de pan; que haga detener y remontar tanto el agua, que pase sobre el puente de S. Eustorgio; y tú cuida de que mi cas-

tillo de Rosate esté dispuesto á sostener un asalto, por si al Bávaro le picase la mosca de visitaros.

—¿Conque, respondia Pelagrua titubeando, quereis declararos á cara descubierta?.... Lodrisio me habia encargado que os dijese....

—No pido consejos á Lodrisio, y menos á tí, dijo Márcos severamente. Doy órden á mis haciendas de la Martesana y de Castel Seprio para que provean á Rosate de víveres y gente. Pelavicino mandará la gente; tú atenderás á las provisiones, y ¡ay de tí! si el patio de mi castillo llega á ver la cara de un solo soldado del Bávaro mientras puedan tenerse en pié diez de los nuestros, mientras os queden que roer los huesos del último rocin de mis cuadras.

El castellano se apresuró á responder que no faltaria un ápice en cuanto le mandase. Entonces, como el señor le hiciese seña de que se fuese, lo iba ejecutando; pero no llegaba á la puerta, cuando, arrepentido Márcos, llamóle otra vez diciendo:

—¿Qué nuevas me das de Ottorino?

—Desde que le pegasteis aquel soberbio porrazo no ha parecido en Milan; por otra parte, sé de buena tinta que se hizo conducir á su fortaleza de Castelletto, donde tardó en curar quince ó veinte dias; ahora corria la voz de que habia ido á encontrar al Bávaro para ponerse á su sueldo.

—Es falso, dijo resueltamente Márcos.

—Ello hay otros, respondió Pelagrua con sumision, hay otros milaneses que se han pasado al par-

tido del emperador, hay Jacobino de Landriano, Uberto Bregondio, Marino Bescape, hay....

—¡Cuantos quieras, pero no Ottorino: es un cargo injusto, una calumnia infame!

El castellano no osó replicar palabra, y á poco rato Márcos con mas calma le preguntó:

—¿Y el conde del Balzo está aún en Milan?

—En Milan: bien queria escapar á Limonta á los primeros rumores de la venida del Bávaro y del peligro de un sitio; pero se publicó un bando para que nadie pudiese abandonar la ciudad: temíase que marchándose los señores desmayase el pueblo.

—¿Conque Ottorino, insistia Márcos, no ha pisado mas aquella casa?

—Podeis estar seguro de que no ha puesto pié en ella desde el dia de la justa: os diré que, para cumplir las órdenes que me dejaste, he comprado á un escudero del conde, el bribon me cuesta un ojo de la cara, mas no importa, me sirve de amigo, y no se menea una hoja en aquella casa que yo no lo sepa antes de una hora.

Márcos no respondió, y el bellaco continuaba:

—Pero si quereis aseguraros.... y tomaros una satisfaccion.... podiais fiar en mí.... sé bien cómo se aderezan semejantes guisadillos.... cabalmente tambien Lodrisio me encargó deciros..... que vuestro rompimiento con Ottorino no puede menos de hacerle sospechoso.... que al fin el jóven.... está enterado de demasiados secretos.....

es sobrado peligroso.... y convendria.... taparle la boca....

Visconti, que comprendió adonde iban á parar aquellas venenosas indicaciones, respondió con fría sonrisa:

—Dile á Lodrisio que duerma tranquilo, que conozco á Ottorino, y salgo yo por campeon de su fidelidad en cualquier tiempo y á cualquier trance. Puede aborrecerme, puede desearme muerto..... pero venderme.... venderme, no.

—¡Oh! no es que yo.... solo decia.... por lo demas me guardaria bien de tocarle en un cabello.

—Sí, guárdate bien, respondió Márcos, y calló un momento vacilando, como que deseaba traer la conversacion á otro objeto, sin saber por dónde deslizarse que no dejase traslucir adonde queria ir á parar. Finalmente, rompió á secas con esta pregunta:

—¿Y qué se dijo en Milan del caballero que desmontó á Ottorino?

—¡Se ha dicho tanto! Unos opinaban que era el hijo de Rusconi, otros pretendian que era un caballero del rey Roberto; mas él, el jóven herido, tan luego como volvió en sí, dijo á ciertos amigos suyos, que en Italia solo vos érais capaz de un golpe semejante.

—Pero, ¿su persona no sufrió detrimento? Se ha restablecido completamente, ¿no es así? preguntó Visconti con premura.

—Ne le queda un chirlo, lozano y dispuesto co-

mo antes, tanto que por esta parte la hija del conde no ha perdido nada....

—¿Y ella? interrumpió Márcos.

—¿Quién?

—Bi.... la que decias, la hija del conde.

—Yo os lo diré: despues de la justa estuvo cuatro ó cinco dias á la puerta del sepulcro, más dentro que fuera, luego empezó á cobrar aliento; el padre y la madre, sin juicio por tal desgracia, alrededor de ella á arrullarla y hacerla mil monadas, tanto, que entre el déjame estar y el no quiero, la han restituido al ser de antes: al presente aun se hace un poco la fastidiosa, los consabidos melindres de una muchacha mimada, pero no es nada ya.

Visconti, oyendo á su criado hablar con aquel aire burlon de una criatura, á la cual nunca volvia él su pensamiento sin un estremecimiento respetuoso, no pudo contenerse, y alzando la voz esclamó:

—Mira de quién hablas y á quién, ¡miserable deslenguado! ¡ó por la cruz de Dios, te he de dar tal memoria, que te dure mientras te durare la cabeza!

Decir esto, señalarle con la mano la puerta y echarle fuera fué todo uno. Pelagrua, tartamudeando algunas palabras de escusa, se marchó como un perro apaleado, y aguardando que el amo le hiciese llamar para despacharle, se puso á hacer calendarios y conjeturas, sobre aquellas palabras y aquel furor.

Siempre habia creido, como todos, que su amo solo veia en Bice un estorbo del casamiento de Ottorino con la hija de Rusconi: sabia que Márcos deseaba efectuar tal enlace, y conociendo su genio, no podia estrañar cuánto intentase para salirse con la suya. Al verle combatir contra su primo (el castellano era el único que entraba en el secreto; pues Visconti se sirviera de él para proveerse de celada y escudero desconocido en los contornos) creyólo venganza por haber el jóven faltado á la palabra. Cuando Márcos, antes de partir, le mandó celar si Ottorino visitaba la casa del Balzo, nada sospechó Pelagrua, y distaba mucho de imaginar que sus razones debiesen causar tamaña impresion en el ánimo del señor. Pero aquella repentina ira fué como un relámpago que le iluminó en el momento. Conoció que habia misterio encubierto, empezó á pensar que el mismo Márcos podia estar prendado de la señorita, por la cual se mostraba tan quisquilloso y delicado, recorrió con su discurso todos los lances anteriores que le parecieran algo dificiles de esplicar, y con la nueva idea, todo lo halló claro y sencillo.

Márcos, luego de quedar solo, sentóse al bufete, escribió cinco ó seis cartas, hizo llamar al castellano, entregóselas con algunas advertencias sobre el modo de llevarlas á su destino, hablóle otra vez del castillo de Rosate y de la defensa que debia apercibirse, y le dijo:

—Tocante á Ottorino, tengo por seguro que no

se dejará ver en Milan, y que si acaso lo probase, el conde del Balzo no le admitirá en su casa; de todos modos, no le pierdas de vista como hasta aquí, y en ocurriendo novedad, avísamelo corriendo.

—Así lo haré, respondió Pelagrua. Mas, y si llegase á descubrir.... ya, segun voces, la muchacha le habrá sido prometida..... una cruz pronto está hecha.... aunque el padre....

—Impedirla, dijo Márcos.

—¿Pero cómo? porque si....

—A toda costa, replicó Márcos, impedirla, arreglarse á las circunstancias, y enterarme pronto; y dicho esto le despidió.

Salió Pelagrua, y al salir, dirigió una mirada escrutadora al rostro de su amo, sobre el cual se pintaba una turbacion tanto mas visible, cuanto mas se esforzaba en ocultarla.

—Entendíte, y estoy al cabo, dijo entre sí el fullero, bajó al patio, montó á caballo, y chasqueando el látigo, salió de palacio camino de Limonta. Mientras iba galopando, entretenia la soledad y la noche discurriendo entre sí:

—Oh, no hay duda, apostaria un ojo de la cara.... al fin hallé la cuerda de la madeja que me parecia tan enredada, ahora comprendo.... y cuando me compareció en Rosate todo trastornado y fuera de sí como un loco, y cuando queria marchar á Toscana, y luego no, despues sí, y se puso en camino, y volvió atras.... Ya, lo que es estravagante, lo ha sido siempre; ¡pero qué diablo! ¡era demasiado! Po-

brecito, ¡eh! Y no es que sea un niño salido ayer de andadores..... Si fuese al menos..... como quien dice, es una gran princesa, una reina de corona, si dijésemos es un ojo del sol, pero no; enredarse, irse á encaprichar de tal modo por una muchachuela..... que, no diré que tenga la cara al reves..... Sí, es bella, pero, ¡diantre! las hay mejores; y luego, una altiva melindrosilla, y lo que es peor, loca, perdida, enamorada de otro hasta las uñas.... ¡gana me da de reir! ¡aquel grande hombre! ¡Márcos Visconti! no hay más que pedir, parece hecho de otra pasta..... ¿caer tan á ojos cerrados y dar en tales muchachadas? Anda, desdeña al andrajoso, hínchate, empina los cuernos... este tonto de aquí que no le hacen mas caso que á un perro, ahora con el hilo que le has puesto entre manos, te hará dar vueltas como le acomode.... Oh, esto ha de ser mi fortuna, ¡vaya si lo ha de ser! ¡Y cómo se empinaba por la rapazuela! Mira de quién hablas.... ¡Pobres hombres grandes, cuán pequeños sois!

Escitó con la voz al caballo que menguaba su galope, tocóle con las espuelas, y volvió á sus soliloquios:

—Lo que no me cabe en la testa y me haria perder los estribos, es el por qué no se ha montado del todo, y cómo ha podido guardar comedimiento con aquel rompe-cabezas que le roba la ninfa. Al ver que la pelota le baila entre las manos, y que puede quitársele de encima con una sola palabra; y no

señor, es menester que él mismo le defienda, y que salte á los ojos del que se adelanta para servirle.... En cuanto á Lodrisio, no es nada bobo, su caridad tiene cola, le sabria muy bien el deshacerse del primo para poder, entre otras cosas, pescar los bienes de Castelletto; pero quiere endosar las hechuras al amigo, sí, ¡qué no entiendo yo la maula! la entiendo, mucho que la entiendo.... Pero este otro tonto, ¿qué le importa? Cuando puede quitársele de delante, ¿qué mas quiere?.... Vamos, el hombre es loco, tres veces loco.... ¡No quiero que se le toque á un pelo! ¡guardarse bien! pero el matrimonio impedirlo.... ¡Bravo! ¡soy vuestro servidor! y si los dos enamorados están allí para darse las manos, entraré yo, me pondré en medio para separarles: ¡Eh! les diré: señores mios, á la espalda, mas separados, que mi amo no quiere!.... ¡Oh! ¡con Lodrisio ya es otro cantar! derecho por su camino sin tantas niñerías, y caiga el que caiga..... ¡Cuánto va á reirse, cuando le contaré estos amoríos! Basta; oiré su parecer, que á todo evento quiero tener guardadas las espaldas.

Mientras el castellano echaba tales cuentas acerca de su amo, éste se habia acostado; pero no podia pegar los ojos. Corria con la imaginacion detras de su criado que galopaba hácia Milan, ya estaba en medio de su querida ciudad, ya le parecia hallarse en medio del palacio del vicario, y consultar con éste y con sus dos hermanos las disposiciones del sitio, oraá recorrer las calles y plazas, visitar los

arsenales y maestranzas, animar con su voz y con su ejemplo á los ciudadanos para la defensa de los muros; mas entre tantas y tan diversas imágenes de lugares, cosas y personas, habia una siempre fija, inmóbil y pertinaz: entre las muchas y varias sensaciones que se iban sucediendo en su corazon, perseveraba siempre un sentimiento mas ó menos distinto, á veces sombreado de otros afectos, pero siempre fundido con ellos, que los templaba y modificaba todos, un sentimiento que en aquella confusion era, permítase el ejemplo, como el bajo continuo en una sinfonía de órgano.

XX.

Conversacion de los soldados.---Armamento de Milan y sus contornos.---Destacamento de limontinos.---Reconciliacion.

Aturdido y fatigado al fin Márcos Visconti por la larga agitacion de su mente, terminaba aquel turbulento cuidado en un sueño penoso y agitado. Entretanto, del cuerpo de guardia del patio se habian colocado tres centinelas en la primera antecámara del nuevo señor. De los tres soldados uno era luqués y los dos alemanes; el uno de los venidos de Ceruglio con Márcos, y el otro, veterano de la guarnicion de la ciudad, y que habia servido ya en la milicia de Castruccio. El de Ceruglio, mas amigo

de los taberneros que de los aceiteros del pais, molido como estaba de las correrías hechas por la mañana en las aldeas del llano de Luca, se habia acomodado en uno de los dos poyos que usaban entonces en los dos lados del hueco de las ventanas, altos hasta la mitad del antepecho, y puesto el morrion sobre el otro poyo, dormia profundamente, abrazando, permítase el verbo, con las piernas flojamente tendidas y los piés cruzados, el mango de la lanza oblicuamente apoyada al ángulo del sesgo del ventanal, y á no ser su roncar, pareciera uno de aquellos soldados romanos del pretorio de Pilatos, que por viernes santo vemos pintados en los monumentos.

El otro aleman estaba en pié y muy tieso en la puerta del aposento de Márcos, y el italiano media la sala á grandes pasos: de cuando en cuando, al pasar por delante de la ventana, deteníase á contemplar dolorosamente el baluarte de la ciudad, quieta á la sazon y silenciosa. Finalmente, se paró entre el que hacia centinela y el que dormia, y vuelto al primero con aire entre socarron y melancólico, dijo:

—¿Oyes, tedesco, cómo ronca tu paisano? Esta mañana ha hecho la del lobo, y ahora hace la del cochino: ¡qué ladrones, qué asesinos en las aldeas! ¡pobre Campomaggiore! En todo el dia no he podido quitarme de las narices el maldito olor de chamusquina. Anda allá, ronca, ronca, gloton desalmado, que ya reposas de una buena hazaña. ¡Vive

Dios que me hierve la sangre! si estuviésemos.... basta, meciérale yo de modo que dormiria mucho tiempo este bestiaza de tu paisano.

—Tambien yo soy aleman, respondió el otro, y con este somos paisanos: mas el que ha peleado tantos años al sueldo de Castruccio, no debiera pasar por estranjero en Luca, me parece; con que mas valdria, Fazio, que me llamases camarada.

—Pues bien, camarada, como quieras, ¿te ha parecido una bella espedicion esa de Campomaggiore? ¿y crees que ha hecho bien de permitirla monseñor Márcos?

En esto el morrion que el aleman de Ceruglio habia precipitada y distraidamente puesto sobre el poyo muy á la orilla, no sé por qué ligero sacudimiento del techo, vino á caer, y rodando fué á parar á los piés del dormido, que al ruido y al contacto se dispertó, y oyendo que los otros nombraban á Márcos, para meter cucharada y disimular que dormia, dijo con voz áspera y bronca:

—¿Qué decis de Márcos?

—Deciamos, respondió Fazio encolerizado, que la de Campomaggiore fué una partida de ladrones, y que Márcos debia desollaros á todos antes que permitiros....

—¡Permitir! interrumpió el tedesco, ¡me gusta como hay Dios! ¡permitir dice! ¡precisamente dependemos de él! ¿eh? ¡como si la mano necesitase licencia del guante para descargar una puñada!

—¡Vaya! ¡hola, hola! ¡qué malditamente te enso-

berbeces! replicó el italiano. Quien no lo supiera te creeria el capitan, y á Visconti un mochilero, un plaza muerta.

—¿Quién dice que Márcos Visconti sea un guilopo? remachó el otro. Es un soldado como pocos haya, y ahora que Castracani es muerto, le tengo, si quieres, por el primer capitan de Italia; ¿pero esto qué tiene que ver con necesitar nosotros licencia suya?

—¡Ya se ve que tiene! terció el otro tedesco: el capitan de mi escuadron tiene el mando de su gente, y la compañía que no quiere pasar por soldadesca observa disciplina.

—Pues bien, replicó el primero, á nosotros no nos impone la ley todo el que quiere. Hasta que toquemos la paga y lo demas que se nos prometió para traernos aquí, los amos somos nosotros, y Márcos no es señor de Luca, sino por la razon de ser nuestro capitan.

—Conque si monseñor Márcos es vuestro capitan, replicó el aleman de la guarnicion, ¿no debeis depender de él?

—¡Qué material eres! seguia el otro, es nuestro gefe y no es nuestro gefe; le elegimos nosotros así por bien parecer, para acomodarnos á las preocupaciones del pueblo; porque si una partida anda sin gefe, así á la buena de Dios, sin romper los cascos á nadie con trompetas y timbales, les llaman ladrones; mas si los ladrones vienen alineados y con órden, con uno al frente que lleve al cuello una ca-

dena de oro, y un allanador de la sañas en la mano, si uno de ellos lleva un trapajo espetado en la punta de una lanza, si atruenan al prójimo con trompas y atabales, entónces son guerreros, se les quitan los sombreros, y les abren las puertas.

—¿Pero qué interes podia tener Visconti para conformarse á tal partido? preguntó Fazio.

—¿Qué interes? replicó el aleman en actitud de admirado, ¡oh qué gracia! el interes que agita á todo el mundo. Aquellos hermosos amarillos, que hacen parecer blanco lo negro y negro lo blanco, que hacen bailar las viejas y sosegar las jóvenes, que....

—Cesa por favor que me horrorizas, interrumpióle el italiano: ¡Márcos Visconti moverse por dinero! él que es tan generoso, tan liberal, un hombre como él....

—¡Cabalmente á los hombres grandes se les brotan las monedas entre la tierra y el lodo! ¡Poquitos he visto yo que debian tener manos listas, si querian traer algo á casa! Yo no quiero decir por esto que Márcos esté tan apurado, pero precisamente para continuar en ser magnánimo y liberal, necesita tener mas que otro; y luego hay ocasiones en que los grandes señores tienen que soltar mas de lo comun, por ejemplo, cuando alguna basquiña les saca el seso de sus casillas, entonces si se ofrece dar una buena mano á la hacienda del vecino, tambien los grandes hombres la aprovechan, principalmente si los dueños de la hacienda os reciben con flores, y os entapizan las paredes.

En esto el italiano se sintió montar mas en cólera; pero se contuvo para no dar un escándalo, y dió una vuelta por la estancia, como si con el ejercicio de las piernas quisiese engañar el hormigueo de las manos, hasta que templado lo mejor que pudo, volvió á anudar el diálogo en esta forma.

—¿Quién tiene los jarros y los vasos mejor dispuestos, el hostelero de la Canoveta ó el de Gatlaynola? que debes haber empinado bien, segun los disparates que ensartas.

—Oye, prosiguió el aleman, yo por mí nunca he sentido en mi corazon sino mi bolsillo; sin embargo, aunque nunca he caido en el lazo, bien conozco pronto á los pobres bobos que se mueren por unas faldas; y si hubieses visto á Márcos en Ceruglio, cuando nada tenia que hacer, eso sí, en debiendo jugar de manos ó bajar la cabeza, ya es otro par de mangas; mas si le hubieses visto entonces, cualquiera tonto conociera que se habia dejado la moza en casa. ¿Se hacia la cabalgada? estaba en Ponte Petri ó en la vuelta de S. Marcelino, y él pensativo miraba hácia Garfagnana y Lombardía, hubiera querido volar sobre el Apenino para fijar la vista allá bajo en su nido de Otrepo; luego de noche á pasar las horas paseando por el pórtico, ó en la ventana á enamorar á la luna: ¡figúrate tú, un soldado entretenerse en contemplar la luna! ó loco ó enamorado. ¿Y aquel continuo papel de tonto? Si fuese un barbilindo, vaya.... ¡Vamos! que está enligado el tordo.... aun te diré mas....

Hubiera seguido quién sabe hasta donde, mas el italiano que sentia subírsele demasiado la mostaza, le cortó la palabra en la boca, diciendo:

—Oigo armas allá fuera, será el abanderado Virlimbacca; que estaba cargado como una breva, y corrió á ponerse en guardia en el umbral de la puerta, que daba á la escalera. Entonces el tedesco de la guarnicion de Luca tornó á su puesto, y el de Ceruglio, no teniendo quien le escuchase, volvió á acomodarse en su nicho, y reconcilió el sueño interrumpido.

Démosle las buenas noches, y volvamos á ver cómo van las cosas en Milan.

Todos los lugares del distrito ó inmediatamente sujetos á la señoría de los Visconti, ó sobre los cuales conservaban el alto dominio, estaban obligados á voluntad del príncipe, ó con arreglo á los pactos de la investidura, á ciertas prestaciones de dinero, de frutos, de obras, de animales ó de hombres de armas; pero estas obligaciones se cumplian mas ó menos, ó no se cumplian, segun el respectivo humor del que mandaba y del que debia obedecer. Veíase á menudo un baron, un conde, un abad, encerrarse en su castillo, una aldea, una heredad, alzar á sus puertas los puentes levadizos, y recibir á tiros de ballesta á las gentes enviadas para recoger diezmos, peajes, censos ó gabelas, impuestos, tributos, dacios, tallas y diablos.

Azon al principio de su dominio, tan poco bienquisto y tan débil como era, por mas que se inge-

niase y sudase sangre para hacer dinero, nunca pudo recoger lo bastante con que pagar al emperador la suma pactada por la investidura; mas apenas reconciliado con la Iglesia, tuvo cuanto llegara á desear.

Los sacerdotes enviados del papa recorrian el pais y castillos del dominio, predicando jubileo á cuantos acudiesen con la persona ó con los bienes, á defender la ciudad contra el excomulgado Bávaro; y en un momento, particularmente de los campos, se acumularon en la ciudad vituallas, armas, dinero y gente; tanto, que se halló dispuesta á sostener un sitio. Limonta, como sabe el lector, era feudo del monasterio de S. Ambrosio, y el abad hechura del emperador, á quien debia su sér; ya se comprende que no querria alzar contra él sus vasallos. Así es, que habia enviado tambien allí, como á todas las demas tierras del monasterio, un bando fulminante, "que nadie, so pena de felonía y excomunion, se atreviese á favorecer por ningun estilo al partido de Azon, rebelde á su señor natural, rebelde al Sumo Pontífice Nicolás V, y fautor del cismático, del hereje, del homicida, del nigromante, colmo de vicios é iniquidad Pedro Jacobo de Caorsa, el cual se hace llamar temerariamente papa Juan XXII." (No os escandaliceis, eran los títulos de estilo que se daban recíprocamente los partidarios del papa y los del anti-papa).

Amilanáronse un poco los limontinos al primer disparo de aquella grande fulminacion; mas cuan-

do supieron que el reverendo prelado habia tomado el portante, y que en Milan y sus contornos, corria un aire que no le probaba, lo celebraron estraordinariamente. No era pequeño solaz para aquella pobre gente el salir de las uñas de un poderoso que los atropellaba tanto tiempo, que les habia hecho el precioso regalo, la estimada joya, de Pelagrua, que habia enviado las sesenta lanzas á hacerles el consabido obsequio, que amenazaba enviarles de un momento á otro diez veces más para destruir el pais hasta los cimientos, y á colgar del pescuezo á todos los limontinos.

Al punto que los sacerdotes del Pontífice se acercaron aquella parte para escitar á los limontinos á armarse contra el Bávaro, no hay que decir las locuras de aquellos montañeses, con qué arrebatos de alegría les besaban las manos y los vestidos, y los paseaban en triunfo.

Hombres y mujeres, todos cargando con sus pobres alhajas querian correr á Milan, y no costó poco de moderar aquel arrebato, que desocupando la aldea hubiera, en perjuicio de la ciudad amenazada de sitio, apiñado en ella una turba de inválidos. Escogieron los útiles para las armas, y se encargó al cura el capitanearlos. De los escogidos, fué uno nuestro barquero. Marta, su anciana consorte, no rehusaba quedarse sola en la desierta cabaña, con tal que el marido corriese adonde le llamaba su deber; antes bien, siendo tan pobre, queria dar al marido la mayor parte de su miserable haber para

que no tuviese que depender enteramente de manos ajenas, y ofrecia, ademas, alguna cosilla para el servicio comun, al objeto de ganar las indulgencias prometidas. Mas compadecióla y admiróla demasiado el cura, y la dió permiso, ó mejor la impuso en cierto modo el deber de seguir al marido, y esta gracia, este privilegio concedido á ella sola entre tantas que lo habian solicitado, no escitó una sola palabra de descontento: conocian todos que el caso de la pobre vieja, era fuera de la regla general, que su desgracia al par que su virtud la habian elevado sobre los demas, colocándola en posicion privilegiada.

El pequeño destacamento emprendió la marcha hácia Milan, con la poca gracia de Dios que habian podido reunir en la escasez general, sin dejar á los quedados mas que lo puramente necesario. Por el camino se incorporaron con otras partidas de las aldeas comarcanas que se dirigian al mismo punto, provistos todos de víveres y armas á proporcion de sus facultades.

Al llegar á Milan, vieron al pueblo afanado en abrir reductos y fosos, levantar murallas y fabricar máquinas: hervian en las calles los artífices, los hombres de armas, los curas, los frailes blancos, negros y cenicientos; en las plazas, en las encrucijadas habia plantadas postizas fraguas de armeros, donde se trabajaba á competencia agitando fuelles, revolviendo con las tenazas el centellante hierro sobre las encendidas brasas, batiéndole sobre los yunques, y

sumergiéndole chispeante en el agua. Con el sonar de los martillos, el rechinar de las limas, el gritar y el cantar de artistas y espectadores, se mezclaba el lejano toque de los timbales, el sonido de las trompetas y campanas que en todas las iglesias de la ciudad no cesaban de repicar dia y noche.

La tropa de limontinos, al entrar en la ciudad, desplegara su estandarte blanco, con una cigüeña en el medio que llevaba en el pico un báculo y una mitra en las garras, armas del monasterio de S. Ambrosio. Marchaba delante el cura, y seguíanle de dos en dos sus feligreses variamente vestidos, cual en jubon, cual en ropilla, con gabanes y capotones de lana ó de piel de oso ó de carnero, gorros ó capuces de diferentes formas, armados de podones, partesanas, dagas y arcos, á la espalda un escudo de pulido fresno, y en el talego al lado derecho debajo de la pretina, un ancho cuchillo con mango de hueso, que los estatutos de Milan con el barnizado latin de entonces llamaban *cobtellum de garono*, cuchillo de muslo.

Los ciudadanos recibian á los recienvenidos con alegres demostraciones de fiesta y de fraternidad. Los limontinos pronto fueron reconocidos por el estandarte, y no faltó quien se encargase de conducirles á la casa del conde del Balzo donde debian alojarse. Colocada la casa del conde cerca de la poterna de Algiso, ahora puente Beatrice, destináronse á alojar las tropas que debian defender aquella poterna y guardar el terraplen y el foso, que corrian has-

ta el lugar donde está ahora el Pontaccio, y donde estaba entonces la puerta Comacina.

Los limontinos encontraron el primer patio de la casa, y los pórticos de su circunferencia llenos de armas, municiones y gente; tomaron posesion de una sala baja, y mientras sentados en algunos bancos alrededor de una gran mesa, dejaban las armas y se preparaban, digámoslo á la moderna, á hacer juntos un poco de rancho, un lacayo vino por el cura.

Introducido éste á la presencia del conde, le hizo honor de capuz, que así decian entonces, y preguntado, fué nombrando uno por uno los paisanos que conducia.

—Toda vez que mi mala suerte me ha engolfado en un embrollo de esta guisa, decia el conde, á lo menos me sirve de consuelo el hallarme entre alguna gente conocida, y tener alrededor hombres de bien, que en un caso sabrán defenderme; porque, mirad, toda aquella otra canalla que me han metido aquí, ¡misericordia! Y cuando pienso que el Bávaro puede quedar encima, que en eso vendrá á parar, y llegará á saber que mi casa se ha hecho cuartel general de tanta gente! figuraos.... como si yo les hubiese ido á buscar, por el gusto que me dan, ¡ay pobre de mí! y dió un gran suspiro.

El cura, sin contradecirle abiertamente, procuraba tranquilizarle y animarle diciéndole, que el emperador seria rechazado, que veia prepararse una gran defensa; pero el otro no hacia mas que impacientarse.

—¿Qué sabeis vos? respondia bruscamente, vos no sabeis nada..... Basta, lo que me importa es que encargueis muy mucho á los limontinos que sobre todo no me abandonen, que tambien yo, puede decirse que soy de Limonta.... Y aquí en casa ya veis, amigos con todo el mundo, tengo gentes de toda especie.... A propósito, debo advertiros que entre los del monasterio de S. Ambrosio, hallaréis tambien aquellas lanzas que metieron fuego al lugar, y sentiria que entre ellos y los nuestros se suscitase algun disgusto.... Si estuviese aquí Lupo, entre soldados pronto se entienden, él podria hacer las paces; lo malo es que por ahora no sé donde está.

—¿Lupo? dijo el cura. Le hemos visto allí fuera de la puerta sobre una pequeña plazuela que estaba enseñando el manejo de la espada á una partida de villanos; vino siguiéndonos hasta la puerta de vuestra casa, y no quiso entrar, porque dijo que vos se lo habeis prohibido.

—Fué una cierta historia.... mas ahora.... si quisiese venir para lo que os decia, se lo permitiera de buena gana.

—Siendo así, replicaba el cura, haced que le busquen luego; lo hallarán en aquella plaza de mano derecha fuera de la poterna; hay una iglesia grande nueva con la fachada roja....

—La iglesia de S. Márcos, dijo el conde; sí, sí, dejadme hacer á mí.

Envióse corriendo, y á poco rato compareció Lu-

po todo contento de volver á la gracia de su antiguo amo, de poderse hallar en compañía de sus amados padres y de sus paisanos. Hecho cargo de lo que se le exigia,

—Todo consiste, dijo, en que nuestros montañeses quieran aplacarse despues de tanto como han sufrido; en cuanto á los soldados, me encargo yo, ¿cómo queréis que guarden rencor los soldados? estariamos frescos, y luego ¿qué motivo tienen ellos?

Bajó el cura á la sala á preparar el ánimo de sus buenos feligreses para la deseada reconciliacion, y aun no habia acabado su sermon, cuando entró Lupo llevando del brazo á Vinciguerra, y tras ellos siguieron todos los demas soldados que salvaron el pellejo en Limonta, y que Lupo habia vuelto á ver en Chiaravalle cuando le quisieron hacer aquel pesado juego que ya sabemos.

Los soldados fueron los primeros en gritar:

—¡Viva Milan! ¡Vivan los limontinos! Y los montañeses medio persuadidos por la exhortacion del cura, medio conmovidos por aquel grito y el aspecto guerrero que á la sazon respiraba franqueza y paz, se levantaron á recibirles, y se abrazaron á competencia perseguidores y perseguidos, olvidando los agravios y venganzas hechas y padecidas, y cambiando el pasado rencor en repentina benevolencia.

Solo el barquero permaneciera en su asiento, con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos debajo de los sobacos, conservaba una facha ni persua-

dida ni conmovida, una facha dura y malhumorada. Conoció Vinciguerra al villano (así le llamaba) que condujera á Bellebuono al garlito, y dándole familiarmente un golpe en el hombro, le dijo:

—¡Hola! buena pieza, ¿tú tambien aquí?

Miguel sin menearse de su postura, sin responder palabra, le plantó en la cara dos ojos fieros como los del mastin que ha visto al lobo.

—¡Ah, bribon, continuaba el soldado medio riendo, nos la pegaste con aquella gresca de los florines que Bellebuono habia ido á dejar en la barca, y que debiamos repartirnos, y qué sé yo! ¿te acuerdas? ¿Tú no pensabas que nos encontrásemos jamas, eh? Los hombres se encuentran que no las montañas. Ahora estaremos á tiempo.

—Y aquí estoy yo, respondió Miguel levantando la cabeza, aquí estoy para darte cuenta á tí y á todos los tuyos.

—¡Hola, hola! gritó el soldado soltando la carcajada.

—Los cangrejos quieren morder á las ballenas: ea, oye villano, lo pasado pasado, ven aquí, quiero que bebamos juntos.... ¿por qué me pones esa facha de condenado?

—Oid, interpuso Lupo, aquí todos somos amigos, vaya, abrazad vos tambien á este buen compañero.

—Sabes lo que te ha dicho el cura, susurraba entretanto al oido del barquero su buena mujer.

—¿Es este el ejemplo que das á los otros? ¿tú que eres el mas viejo?

Levantóse Miguel, obedeció como por fuerza, y volvió á su asiento.

—Qué maldito villano, decia Vinciguerra á Lupo con el cual se habia separado y paseaba mano á mano por la sala.

—Ve aquí un caso en que el que debe es el que pide, si no fuese por amor de tí yo le enseñaria de urbanidad.

Lupo esplicó á Vinciguerra la desgracia del pobre hombre que perdiera un hijo único en el naufragio, y habia quedado como aturdido del grandísimo sentimiento. Al mismo tiempo el cura contaba á Miguel todo lo que Vinciguerra hizo por Lupo cuando le tenia en Chiaravalle en su poder para llevarle á morir. Tales noticias adquiridas á un tiempo por una y otra parte escitaron un sentimiento de benevolencia en los ánimos naturalmente bondadosos del barquero y del soldado, los cuales encarándose á pocos momentos en medio de la sala, sin hablar una palabra se echaron mutuamente los brazos al cuello, y se tuvieron apretados un buen rato con grande placer de todos los espectadores.

El conde del Balzo mandó algunos frascos de un buen vino blanco, y la nueva alianza fué sellada con brindis que se prodigaron mutuamente las dos partidas. El vino era de Limonta, y los elogios que mereció de los lanceros del monasterio hubieran por sí solo, tenido la virtud de borrar todo rencor del pecho de los montañeses, si alguno hubiese quedado, pero desaparecieron absolutamente.

XXI.

Sitio de Milan.---Hazaña de los limontinos y traicion de Lodrisio y Pelagrua.

El conde destinó para el párroco de Limonta un aposento separado, y quiso tenerle diariamente á su mesa. Tambien agregó á la familia la mujer del barquero, alojóla en la parte de edificio que ocupaba Ambrosio, y quedó encargada de acudir á los quehaceres de la casa con cuatro ó cinco mujeres mas, llamadas espresamente para aquel estraordinario trabajo de levantar y componer camas, hacer coladas, cocer los ranchos y gobernar vidriado para tanta gente.

La pobre mujer, en medio de tanta ocupacion, tenia siempre el pensamiento en sus montañas, no se apartaba de su mente la inmensa y lisa superficie del lago, la serpentina plateada lista del riachuelo entre peñascos, que solia contemplar desde su ventanilla. Cada mañana al despertar se figuraba hallarse en su cabaña, ver sus oscuras paredes, la mesa colocada en medio, los remos arrimados en tierra, los escaños, la pequeña cama..... y entre tantos caros dolorosos recuerdos, revivia siempre uno mas querido y doloroso ¡ay, demasiado dolo-

roso! para el corazon de una madre, aunque ya no era aquel pasmo, aquel puñal de los primeros dias: el tiempo y la humilde confianza en Dios habian derramado algun bálsamo sobre su herida: el hallarse la pobrecita junto á Miguel despues de haber palpitado en secreto por temor de verle separado, el poderle prestar con su propia mano los servicios acostumbrados, el afan con que se esmeraba no menos por los demas sus paisanos, piadosamente persuadida de contribuir tambien ella en cuanto podia á la defensa de su patria y de su fe; todo daba á su corazon un cierto descanso enteramente nuevo despues de su infortunio: hallaba realmente en el trabajo de todo el dia, sentia por decirlo así, nacer de la fatiga, del mismo cansancio corporal, un solaz nunca probado, cierta apacible melancolía que tenia algo de dulzura y suavidad: oraba, y su oracion era más tierna, más afectuosa; lloraba, y su llanto no era árido como antes; corrian plácidas y abundantes sus lágrimas, y parecian quitarle un peso del corazon y recrearla toda.

La buena anciana pronto enlazó íntima amistad con la familia del halconero. Mariana y Ambrosio, Lupo y Laureta le habian puesto amor y la miraban como á una parienta, y ella, sin cesar de traficar por casa, disponiendo, preparando y dando abasto donde convenia, hablaba siempre de su lago y de sus montañas.

Unicamente con Bernardo no pudo jamas avenirse: aquel mariconazo nada habia rebajado de su

terquedad á favor del Bávaro y del anti-papa: no salia de casa para no hacerse romper los cascos en gracia de tales doctrinas, que ya no eran de moda; pero en lo interior de la familia no cesaba de gruñir, regañar y abrumar ya á uno, ya á otro, sin que la huéspeda limontina fuese esceptuada de sus furores doctrinales y cismáticos delirios.

Llegaban en tanto noticias del ejército del Bávaro que venia avanzando; eran dos, tres, cuatro mil caballos y una inmensidad de infantería: Cane de la Scala enviaba en su socorro cuatrocientos hombres; muchos señores gibelinos de varias ciudades lombardas, y aun muchas de las mas poderosas familias de la misma Milan habian enarbolado pendon, y acudian con sus vasallos á engrosar al emperador: sus fuerzas eran enormes, y los preparativos para el asalto espantosos.

Entonces fué cuando Pelagrua llegó de Luca, avistóse secretamente con Lodrisio, y corrió á pertrechar el castillo de Rosate. Llegó poco despues otro correo con pliegos para el vicario, y se esparció la noticia de que Márcos era señor de Luca y su territorio. El cómo se festejó tal nueva en Milan es mas fácil figurárselo que describirlo: creíase firmemente que suceso tan estraordinario era efecto de una trama urdida de lejos con los güelfos de Toscana, al objeto de pillar en medio al falso emperador, y esta opinion contribuyó á aumentar la confianza y el valor de los milaneses.

Pasados tres dias vienen avisos de que el Bá-

varo se ha presentado delante de Monza, y le han dado con la puerta en los hocicos: no cesan dia y noche centinelas y rondas, sucédense las descubiertas y las avanzadas de trecho, en trecho, dia y noche se trabaja á brazo partido en concluir las máquinas y fortificaciones; y entre si llegan hoy si llegan mañana, he aquí que en veintiuno de Mayo se descubren á lo lejos las banderas imperiales, infinidad de hombres y caballos, y una maravillosa brigada de carruajes y animales de carga.

En aquella época Milan estaba circuida de un foso escavado más de siglo y medio antes, para fortificar la ciudad contra Federico Barbaroja, el mismo foso en que mucho tiempo despues de nuestra historia fueron introducidas aguas navegables y tomó el nombre de navío. Donde están ahora los puentes, en 1329 estaban las puertas principales y las poternas de la ciudad.

El emperador puso de pronto su campo en el puente del Archetto, despues avanzó hácia la poterna de S. Ambrosio, y él, con su corte, se alojó en el monasterio de S. Víctor, que quedaba fuera del recinto frente á la misma. Los milaneses sitiados veian de noche brillar aquel vasto edificio con multitud de luces, oian el rumor de los banquetes que daba el Bávaro, y procuraban arrojar allá dentro algunas piedras por medio de una máquina que plantaran en lo alto de la torre existente aun ahora junto al puente de S. Ambrosio, gritando á gaznate tendido estas estrañas palabras que trascribe Fiam-

ma: *ó glarione ebriose, bibe, bibe, ho, ho, babii, babo* [1].

El mayor esfuerzo del Bávaro en aquel sitio, fué dirigido contra el arrabal de puerta Ticinese, al objeto de que, pudiéndose apoderar de los molinos que habia, tuviese que rendirse la ciudad por hambre; pero aquella parte, por advertencia de Márcos habia sido fortificada más que las otras. Ocurrieron muchos hechos de armas, y los nuestros, sin ser nunca desalojados, siempre lograron ventaja sobre los sitiadores [2].

Un mes habia durado el sitio cuando algunos gefes avisaron á Lupo de que por la noche entrarian por la poterna de Algiso algunos víveres que empezaban á escasear: púsose de vigilancia para mandar bajar el puente luego de observar la seña convenida. Habíanle nombrado gefe de los limontinos, y puéstole á guardar aquella poterna, desde que las lanzas del monasterio de S. Ambrosio fueron separadas de allí y colocadas en una torre del arrabal de puerta Ticinese, donde habia mas necesidad de gente disciplinada y aguerrida.

Anocheció; nuestros montañeses estaban derra-

1 Lampiño, borracho, bebe, bebe. Las palabras *babii babo*, probablemente no tenian sentido alguno y se añadian al *bibe, bibe*, para hacer asonancia y formar una especie de verso.

2 Guilini cree que el monasterio llamado antiguamente de las Señoras Blancas debajo de la muralla á la entrada del arrabal de Porta Ticinese, adquirió entonces el nombre de la Victoria, que le hallamos en los papeles desde aquel tiempo, y que conserva aún la iglesia que estuvo unida á dicho monasterio.

mados por lo largo del terraplen hácia puerta Comasina. Lupo, de vigía en lo alto de la torre contigua á la poterna, despues de mucho aguardar, vió parecer una luz en el campanario del convento de S. Simplicio; era la seña convenida, á la cual contestó descubriendo una linterna ciega, y colocándola un momento entre dos almenas de la torre. Hecho esto, bajó al otro piso donde dormian Ambrosio, su padre, Miguel el barquero, con otros cuatro limontinos, y les dijo:

—Arriba; llegó el caso.

Levantáronse, corrieron á las aspilleras, aplicaron el oido; pero todo era silencio en aquella parte, y no se oia mas ruido que el de las pisadas de dos centinelas que velaban al pié de la torre. A poco rato, oyeron adelantarse un rumor sordo, y el estrépito de ruedas y caballos.

—¡Qué diablo! dijo Lupo, parece un carro.

—Un carro es sin duda, respondió Ambrosio.

—¡Qué bestias de villanos! repuso Lupo, ¿tenian necesidad de venir con un carro y meter tanto ruido? ¿No podian llevar las provisiones á cuestas, ó á lo menos en caballerías?

La noche era oscura y la vista no podia alargar mas de veinte pasos. Adelántase un hombre hasta la orilla del foso, da tres palmadas con cierto temple, y dice:

—S. Ambrosio.

—¿Por quién? pregunta Lupo.

—Por Luquino y el pais, replica el primero.

—Esta es la seña, dijo en voz baja el hijo del halconero, y alzando un poco mas la voz:

—¿A qué venís con un carro espuestos á que os cogiesen las rondas alemanas?

—Es heno para las caballerizas del conde, añadió el de abajo.

Bajóse el puente levadizo, y cuatro caballos que tiraban de un carro de heno, avanzaron hasta debajo del arco; de manera, que el primer tiro tocaba ya con las narices el rastrillo bajado: á una voz del gefe limontino, alzóse la compuerta, y escurriéndose fragorosa y sonora entre las muescas de los dos pilares á uno y otro lado, subió á esconderse en la bóveda. Entonces, el conductor del carro hizo dar algunos pasos á los caballos, y en seguida los paró, no sé con qué pretesto.

—¡Adelante! le gritó Lupo.

Mas él, en lugar de obedecer, dió un silbido, y saliendo una porcion de soldados que estaban apostados detras de la iglesia de S. Márcos, acudieron al galope.

—¡Abajo el cancel! ¡abajo el cancel! gritó Lupo.

Levántanse los contrapesos, la compuerta cae, pero da sobre el carro y queda suspendida.

—Alzar el puente.

—No se puede, por de fuera le detienen con cuerdas y puntales.

—¡Traicion! ¡traicion! Ambrosio, Miguel, limontinos, ¡traicion!

El centinela de la torre echa á sonar un cuerno

pidiendo socorro; los dispersos á lo largo de la estacada, acuden por todas partes. Los dos centinelas, el halconero, el barquero y otros cuatro ó cinco, se colocan de repente á los lados del carro, y descargando golpes á bulto, logran detener algunos peones que forcejeaban para entrar. Al mismo tiempo, Lupo salta sobre los caballos atados al carro, y los apalea con el tronco de su lanza, los hiere con la punta, los anima, los aturde con la voz; ellos estribando, arqueando el espinazo y doblegándose de barriga en tierra, llegan á arrancar algo el carro, á pesar de la resistencia que oponian las enormes barras de hierro hincadas en el heno que cediera al peso: bien, gritó aun dos ó tres veces el hijo del halconero, que levantasen algo el cancel para que el carro pudiese pasar adelante, pero con tanta confusion, con tanta barahunda y tanto ruido, no se oyó. En esto, llegan furiosos los caballos alemanes, resuena el puente bajo sus herrados piés, ya han penetrado algunos debajo del arco donde hay una oscuridad, un desórden, una gritería y un cambiar golpes, espantoso; y en medio de tal barahunda, se oye el rechinar de hierros que resbalan, y en seguida se levanta un agudísimo alarido de dolor. Era el caso, que un último esfuerzo acababa de soltar el carro del peso que le detenia; y el rastrillo, cayendo, habia dado sobre un lancero aleman que se encontraba debajo.

Acudieron algunas teas á iluminar aquella escena de horror. Cinco ó seis caballeros alemanes que

habian logrado internarse, murieron á manos de los nuestros; bajo el arco del puente se trabó un encarnizado combate entre los de fuera, que á fuerza de palancas querian levantar la compuerta; y los de adentro, que se esforzaban en impedirlo: herianse unos á otros furiosamente con picas, venablos y azagayas, por entre las cruzadas barras del enorme cancel que separaba los dos partidos; pero los alemanes llevaban lo peor, impedidos por las agudas espigas de que estaba armado el esterior de los travesaños, y en las cuales venian á chocar, á herirse, á enfilarse, hombres y caballos.

Lupo reparó que por el camino de S. Márcos venia un refuerzo enemigo á refrescar el combate, y mandó á alguno de los suyos, que acudian de todas partes, que subiesen á la torre é hiciesen jugar una ballesta. Dentro de pocos momentos empezó á venir de arriba una tempestad de piedras, á bajar de las aspilleras una nube de saetas, y los alemanes tuvieron á buen partido abandonar la empresa y encomendarse á los piés.

Levantado entonces el puente, pues ya no habia quien lo estorbase, y sosegado todo, se trató de volver á calar el rastrillo, y encontraron debajo un hermoso bayo de Hungría, atrapado junto con el ginete. El caballo, al cual se le habia caido el enorme peso sobre los riñones, tenia estropeadas las piernas traseras, el soldado estaba cogido por un pié, y ambos se agitaban y forcejeaban para escapar de debajo de tan doloroso peso. El pobre ani-

mal, con el cuarto trasero aplastado en tierra, las orejas tiezas y la crin erizada sobre la cerviz, los ojos encendidos que le saltaban de la cabeza, las narices ensanchadas, alzaba la cabeza de cuando en cuando, y queria levantarse sobre las manos que esparrancaba y encogia al pecho, encorvándolas y rascando ferozmente, mordia á cuantos se le acercaban, y despedia un relincho de dolor; el ginete, con un pié roto entre las rotas piernas del caballo, y el rastrillo encima, á cada esfuerzo del animal probaba un terrible sacudimiento y tambaleo con inesplicable tormento; hacia mil contorsiones, se agarraba, y ora alzándose sobre una rodilla y juntando las manos, rogaba en su lengua tudesca que le concediesen la vida por amor de Dios, ora recogiendo de tierra la espada, la blandia con fiereza, y tan impedido, tan mal parado como estaba, daba muestras de no quererse dejar matar impunemente. Visto en tal posicion á la luz de las teas, con la cara toda erizada de pelo casi rojo, los ojos cenicientos, centelleantes, atravesados, llenos de rabia, de pasmo y de temor, parecia un lobo cogido en el lazo en el momento en que el pastor le arremete con el garrote alto para descargárselo sobre la cabeza.

Compadeciéronse de él nuestros montañeses, y quitándole de debajo de la trampa, lo llevaron á casa, donde le curó la vieja Marta, que se preciaba de curar dislocaciones y fracturas, y era tenida en Limonta por la mas célebre médica. La pobre mu-

jer, con su corazon sencillo, no creia pecar contra la caridad del prójimo, ejercitándola con un enemigo que, imposibilitado de ofender, recobraba él mismo la cualidad de prójimo.

Aquella misma noche, como cosa de una hora despues de la vana intentona alemana, Pelagrua, embozado en una capa parda, con el capuz hasta los ojos, y la armadura de fierro debajo de los vestidos, acudió á casa de Lodrisio Visconti, cuya puerta halló entornada. Entró, y reconocido por algunos soldados que estaban allí de guardia, pasó á una sala, donde le salió al paso el amo, que le estaba aguardando con inquietud.

—¿Solo y á tal hora? dijo Lodrisio, ¿y bien, cómo ha ido?

—¡Lléveme el diablo, y mala peste á todos aquellos malditos montañeses! respondió Pelagrua desembozándose.

—¡Qué! ¿Habrias errado el golpe?

—Lo peor que podia suceder.

—¡Ah cobarde traidor! gritó el caballero apuntándole á la cara con los puños cerrados; no sé quién me detiene que no te quito con mis propias manos la poca efigie de cristiano que te queda en ese rostro de fariseo.

—Escuchad, decia Pelagrua sin mostrarse muy espantado de aquella ira, por mí no se ha perdido; el condenado de Lupo, el escudero de Ottorino, ya le conoceis, ni me ha dado tiempo de desenganchar

los caballos, y he tomado á buena cuenta poder escapar de sus uñas, y correr á avisaros.

—Y alguno te habrá conocido.

—No, que tenia el capuz hasta los ojos, y ademas no se veia.

—¿Y los tedescos?

—Rechazados.

—¿Por una cuadrilla de villanos, reclutados de improviso? ¿Cómo es posible?

El castellano empezó á contarle el caso con todos sus pelos y señales, y el otro, á la narracion de la brava defensa de los limontinos, sentia nacerle aquella rabia que prueba el cazador contra los tordos que escapan de la red, y son tan malvados que no se dejan romper el cráneo para darle gusto.

—¡Canalla! esclamaba, ¡bribones! Mas yo he sido el necio, yo, que fié tamaño negocio á un gallina: yo tengo la culpa, y me está muy bien: ahora anda, te has jugado tu fortuna. Si yo hubiese obtenido la señoría de Milan, no hubiera habido para tí mas invierno, y no murieras castellano de Márcos.

—Lo que es por eso, mas fácilmente peligraba de que me ahorcasen castellano de lo mio, respondió friamente el ratero; ¿mas qué importa? Ya lo sabia, que no se pescan truchas á bragas enjutas; por esto no me he ahorrado, y por mí, como decia, no se ha perdido. Figuraos entre otras cosas, hubiera tenido tanto gusto en poder freírsela á aquellos pícaros montañeses que me quisieron jugar tan mala pieza en Limonta, y que me obligaron á des-

pejar un pais donde estaba con toda comodidad y placer mejor que un príncipe.

Lodrisio se golpeaba la frente con la palma de la mano, é iba repitiendo:

—¡Echarme á perder un golpe como ese! ¡arruinarme de esta suerte!

—Lo bueno del caso es, continuaba Pelagrua, que nadie sospecha de nosotros, la trama se ha llevado tan sutilmente por medios secretos y tales rodeos, que.... en fin, no porque yo haya andado en ello; pero desafio al mismo diablo á que no descubre la cuerda. Todo el peligro le he corrido yo, y vos....

—¡Está para verse, aciago majadero! gritó Lodrisio interrumpiéndole, tendré todavía que resarcirte los daños, y querrás que haga un retablo porque al caer no me he estropeado sino las piernas, pudiendo romperme el pescuezo. Ea, quítate de mi vista; mañana por la tarde saldrás hácia tu castillo de Rosate, y maldita sea la hora en que te saqué de allí! En tanto trata de espiar lo que se piensa del lance de esta noche, y me lo avisarás antes de partir; anda, que en la prueba me has resultado un imbécil. No tengo que añadirte sino una cosa: cuida que no se te escape la menor palabra de cuanto ha pasado entre nosotros, ó mas te valdria que se te cayese la lengua.

—Sobre esto, respondió Pelagrua, podeis dormir tranquilo como si lo hubieseïs confiado á la pared, punto en boca, y si te he visto no me acuerdo.

Partió el castellano de Rosate, y Lodrisio quedó solo á digerir la rabia que le escitara tamaño contratiempo. Conoció en Rosate á Pelagrua poco antes de que Márcos partiese á Ceruglio, y como dicen que Dios los cria y ellos se juntan, bien pronto se amaron, se supone, sin que ninguno saliese de su esfera, el uno como amo, el otro como vasallo. Unidos de repente cual carne y uña ó cuerpo y alma, acordaron auxiliar con todas sus fuerzas los proyectos de Márcos, en cuyo buen resultado fundaban esperanzas de engrandecimiento; mas cuando el castellano trajo de Toscana la noticia de haber Márcos sido nombrado señor de Luca, los fulleros se hallaron desconcertados, bajo del seguro concepto de que ocupado Márcos en sus nuevos negocios, contento de lo que pescara, no querria entrometerse mas en las cosas de Milan, donde de algun tiempo todo parecia pintarle mal; y en consecuencia, resolvieron acudir por sí mismos á su propio provecho, asiéndose de la primera ocasion que se les presentase. No tardó esta. Desesperando el Bávaro conquistar á Milan con las armas, procuró lograrlo á traicion. Despues que en balde solicitó á varios capitanes, se dirigió á Lodrisio, conocido ya por espíritu turbulento y ambicioso, como que muchas veces faltara á la fidelidad de los Torriani y de los Visconti. Prometióle nada menos que la señoría de la ciudad si se empeñaba en entregarla. El miserable pronto tragó la golosina, hizo entender el negocio á Pelagrua, y éste dejando el casti-

llo de Rosate, manejó toda la farsa, que vino á parar en el desenlace referido.

Ahora Lodrisio pensaba tristemente en el soberbio edificio que veia desplomársele, y en la fatal situacion á que se hallaba reducido.

Errado aquel golpe, ya no le quedaba con el Bávaro otro asidero: desalentadas las tropas alemanas, atribuladas con las continuas salidas de los nuestros, se hallaban en grave apuro; el esfuerzo de Italia (así llamaban á los coligados) falto de pagas y de forrajes, rendido, mal parado, abandonaba el campo en desórden; y bien se echaba de ver que el emperador pronto se hallaria precisado á levantar el sitio y volverse á su casa por el camino mas corto: con Azon no podia esperar hacer bien su negocio, pues conocia que le era sospechoso, aunque le prodigaba todos los dias mil caricias. ¿A qué parte volverse pues? ¿de qué tabla agarrarse en su naufragio?

Cuando Pelagrua, junto con la noticia de haber conseguido Márcos el señorío de Luca, le trajo la otra no menos rara de los amores hácia la hija del conde del Balzo, Lodrisio traslució en aquel amor un hilo con que tener á Visconti amarrado á los negocios de Milan; pero en seguida los tratados con el Bávaro que debian subirle á una elevacion á que no se habia atrevido á remontarse ni en los sueños de su soberbia, le desvanecieron aquella idea, como al abrirse de par en par una ventana, la abundante luz del dia confunde y hace desaparecer el es-

caso resplandor de un pobre garabato que arde en el rincon de un retrete; pero del mismo modo que al volverse á cerrar las ventanas, renace y se hace útil aquella pequeña lucecita, así al apagarse todo otro proyecto en la fantasía del ambicioso, renació el primero aunque de escasa y remota esperanza.

Que un capricho mujeril (así clasificaba el amor de Márcos á Bice), influyese en el corazon del amigo hasta el punto de esponerle á jugarse una señoría como la que acababa de lograr, era idea que no podia hallar la menor cabida en un espíritu del temple de Lodrisio. Eso no, decia él; pero tal capricho podrá mantenerle viva y estimularle la imágen de otra señoría algo mas golosa que la de Luca, de una señoría deseada y ansiada tanto tiempo. ¿No basta á veces un pequeño peso para inclinar la balanza? Pues bien, este pequeño peso se complacia en tenerle en su mano, y se prometia echarle á tiempo en el buque que deseaba sumergir.

XXII.

Liga de Lodrisio y Pelagrua contra Bice y Ottorino. Casamiento de estos. Presentimientos de Bice.

Al otro dia por la tarde volvió á comparecer Pelagrua, y confirmó á Lodrisio en la certitud adquirida ya por varios conductos de que nada habia

traslucido de sus intrigas con el Bávaro, y que éste iba á levantar las tiendas, y á emprender el camino de Germania. Apaciguado así aquel desleal intrigante, y tranquilizado su corazon sobre este particular, se suavizó un poco hasta con su vasallo, y entró á preguntarle de Bice y Ottorino.

—Grandes cosas, respondió el castellano de Rosate, que no creia poder recobrar su gracia: He hallado al escudero del conde que, como sabeis, es hombre mio, y me ha dicho que en su casa de algun tiempo á esta parte hay mucho tráfago.

—Tráfago.... ¿de qué especie?

—Tráfago de bodorrio.

—¿Y consiente el conde? ¿Se le ha pasado todo el miedo que le daba Márcos?

—¡Qué es consentir! él no consentirá, el miedo no se le habrá pasado; ¿pero qué importa, si es tan solemne cuadrúpedo? La mocita se pudre detras de su amartelado, la madre la protege abiertamente, y no seria muy estraño que....

—Aquí es preciso manejarse, interrumpió Lodrisio, y estorbar este matrimonio á toda costa; en buen hora que Márcos haya perdido el seso por dos lindos ojos; mas cuando sepa que no puede ser suya, y que ya no hay remedio, ¡aquí de Dios! Delirará, hará alguna rareza, ¡ha hecho ya tantas! ademas, tan lejos y con la carga y los humos de una nueva señoría, ¿podrá menos de salir á la palestra? Sí, saldrá.

—Ciertamente, replicaba el castellano de Rosa-

te, la muchacha la tiene mas adentro de lo que podeis pensar, y no seria mucho que al saberla en brazos de otro se enfureciese, se emperrase aun más; pero me ocurre una cosa; que aquella furia podria descargar sobre de mí, antes que todo por no haber estorbado el casamiento.... Aun hay otra: dice el amigo haber oido, que los novios deben en seguida tomar soleta y huir de aquí, quién sabe donde: hé aquí que la desaparicion de la muchacha nos deja con tanta boca: Márcos ó enloquece de veras y echa por en medio precipitándose él mismo y á nosotros juntamente, ó conserva alguna miaja de seso, ¿y entonces qué hace? como habeis dicho, se engolfa hasta los ojos en los asuntos de Toscana, al menos para distraerse de pensar en estos lugares, cuya memoria no serviria sino de redoblarle el tormento.

—Conque, manos á la obra para impedir el matrimonio, dijo Lodrisio.

—Pronto está dicho, respondió el otro; tambien él al despedirme en Luca me repitió esa cantinela; pero no quiere que se toque á Ottorino.

—Sobre esto veremos lo que convenga, y tú en cualquier caso estarás á mis órdenes.

—Yo aquí estoy, mas.... si....

—Vamos claros, deja aparte esos escrúpulos, el que quiere seguir un camino, no debe tener miedo á los atajos ni á los resultados.

—Bien, yo no retrocedo; las dificultades no las digo sino antes de aceptar el partido; cuando se

trate de la ejecucion, veréis que no soy hombre de chanzas: hace poco que me conoceis, y hasta ahora no he podido..... en fin, espero resultaros mejor en pan que en harina.

—¡Sí, ya he tenido de ello una prueba en el último negocio!

—¡Oh!.... ¡oh!.... ¡oh!.... concluyó Pelagrua, si el diablo metió la uña, ¿qué culpa tengo yo?

Así terminó el diálogo de aquellos dos malandrines.

Ya es hora de que volvamos á entretenernos con nuestras mujeres Ermelinda y Bice, que tenemos olvidadas rato hace. Desde aquella noche, en que la muchacha volvió del festin con el perdon de Lupo, la madre por algunas palabras que soltara la hija con su espanto, adquirió la fatal certeza de que Visconti se habia enamorado de la hija. Cuál quedaria Ermelinda á tan imprevisto y repentino descubrimiento es dificil figurárselo: temor y compasion por la hija, enojo contra Márcos, y digámoslo, aunque ella no osaba confesarlo á sí misma, una cierta llamarada pasajera del antiguo fuego, le hizo hervir algo la sangre; hubo momento en que su Bice no le pareció tan amable, tan querida como solia. Fué un inesperado descubrimiento de los mas recónditos senos de su corazon; sintió vergüenza, casi temor de sí misma, pero refrenado pronto y vencido cuanto habia menos puro, menos maternal, en aquella estraña mezcolanza, prevaleció el cariño que la hacia zozobrar por su querida hija.

Conocido que ésta amaba perdidamente á Ottorino, y que aun cuando Márcos (lo que no era de esperar), la pidiese para sí, Ermelinda no podia creer hacerla feliz con él, al objeto de evitarla todo apuro imprevisto, pensó apresurar el casamiento ya ajustado con el jóven caballero: de este modo, al paso que se prometia sofocar de un golpe toda esperanza en el corazon de Márcos, ponia á la hija bajo la salvaguardia de un marido. Con tal proyecto, luego que Márcos estuvo en Toscana, Ermelinda empezó á solicitar de su esposo el consentimiento para un enlace que él mismo contratara; mas el conde, figuraos si se irritaba, sin quererse acordar de haber él mismo dado márgen á la hija para que se prendase del jóven caballero, cuando la madre se afanaba en recatarla. Sin embargo, dándole hoy, dándole mañana, venia ablandándose y cediendo un poco por la insistencia de su mujer, que no le dejaba sosegar, un poco por el aspecto continuo de la pasion de Bice, que la queria como á sí mismo, un poco por el tiempo que naturalmente iba amortiguando la primera impresion de susto que le causaran las palabras y el rostro de Márcos, y sobre todo, por saberle distante en un mar de intrigas, y creerle bien ajeno de pensar en él. Lo que le dió mayor empuje, fué la noticia de que Márcos habia adquirido la señoría de Luca. Creyóle entonces tan clavado é inmóbil en Toscana, que dificilmente podria acordarse de las cosas de Milan, y empezó á ceder hasta permitir á Ottorino entrar en la casa,

que se le cerrara por tanto tiempo; mas no se le admitia sino en oscureciendo y con un secreto que Dios nos libre: no lo reparasen los curiosos, y llegasen á silbar la oreja del hombre de Luca. De este modo la noticia del engrandecimiento de Márcos á un mismo tiempo desbarataba las farsas de Lodrisio y su criatura el castellano de Rosate, y componia los negocios de la familia del Balzo.

En cuanto á Ottorino, las dificultades, los contratiempos sufridos por causa de Bice, se la habian clavado mas profundamente en el corazon, y si antes la idolatrada imágen se mezclaba en todos los sueños de su fantasía, ahora llenaba ella sola el vacío de aquella alma enamorada. El vacío de su alma, dije, porque el jóven, despues de los disgustos que le causara Márcos, creyó haber roto del todo y para siempre con su antiguo señor, y por consiguiente vió desaparecer ante sus ojos el objeto de su vida, que hasta entonces solo dedicara en pro de aquel de quien esperaba únicamente lustre y grandeza. Disgustado de las personas y lugares que le recordaban sus pasadas alegrías y el porvenir perdido, y no quedándole en el corazon otra cosa que Bice, tampoco conservaba mas deseo que de lograrla, y en seguida abandonar con ella el pais nativo para ir al Asia á combatir contra los sarracenos. Este era á la sazon el partido que comunmente tomaban todos los que, mal hallados en su patria, no esperaban en ella felicidad.

¿Pero cómo puede pensarse que los padres de la

muchacha le concediesen llevársela á tan largo viaje en busca de una suerte oscura y trabajosa? ¿Lo creeréis? La aprehension que Márcos les causaba todavía, zanjó todas las dificultades. Ermelinda se dejó doblegar á tan duro paso por el ansia de poner á la hija á cubierto de toda tentativa que con el tiempo el amor, ¿quién sabe? tal vez el capricho de Visconti pudiese emprender contra ella; y para alejar tambien el peligro de que Ottorino, llegando un dia á descubrir la verdadera causa del odio de su señor, arrebatado del furor de los celos, viniese á chocar con tan poderoso y formidable rival. El conde se resignaba á tan cruel sacrificio para salvar sus espaldas, para poder á todo evento responder á Márcos que él no habia faltado á su palabra, para dejarle creer que Ottorino le habia robado la hija, ó que ella se habia escapado con él, en fin, para zafarse de cualquier modo.

A tal punto llegaban las cosas cuando pasó entre Lodrisio y Pelagrua el diálogo que se ha referido.

Aplazáronse las bodas para despues de levantado el sitio y acabada la guerra. El conde puso la condicion de que se celebrasen secretamente; los esposos debian marchar en seguida á su fuerte de Castelletto junto á Ticino, que Ottorino poseia como tenemos indicado, y solo debian detenerse allí el tiempo necesario para los preparativos del viaje á la Tierra Santa: acompañábanles Lupo y Laureta, contentos de correr con ellos una misma suerte.

Al espíritu fuerte y animoso de Bice no le espantaban las molestias y peligros de tan larga y penosa peregrinacion, ni la incertitud de su porvenir en un pais estraño y tan distante: cualquiera calamidad, cualquier trabajo le fuera dulce en compañía de su amado, dividiéndole con él, y sufriéndole por amor suyo: ¡mas tener que separarse de sus queridos padres, principalmente de su dulce y amorosa madre, á pais tan remoto y por tanto tiempo, tal vez para no volverla á ver!.... La pobrecita no podia soportar la angustia de tan amarga idea. Nunca habia sido tan tierna, tan cariñosa como en aquellos dias; representábasele con un profundo sentimiento de gratitud todo lo que la madre habia hecho y padecido por ella en tantos años, criándola desde niña hasta aquel punto. Probaba un agudo remordimiento al recordar ya sus rarezas infantiles con que solia molestarla, prevaliéndose de la ciega condescendencia del padre á todos sus caprichos, ya los últimos dias de Limonta en compañía de Ottorino, cuando ella por el nuevo amor hecha indócil é inaccesible á los consejos del celo materno, contristara á su buena madre con sus rarezas y despechada obstinacion.

Vencida de tan amargos recuerdos, la amorosa jóven se echaba al cuello de la madre, é inundada en lágrimas la pedia perdon. A menudo, casi remordiéndole el haber puesto en Ottorino tanto amor que le parecia usurpado á la madre, sentia necesidad de decirla que la queria tanto, no sabia

separarse de ella, y no se saciaba de acariciarla y prodigarle mil frases afectuosas.

Ibase siempre aproximando el momento esperado con tanto sobresalto, con una inesplicable amalgama de terror y de deseo. Ya el Bávaro, desesperado de conseguir resultado alguno favorable con la prolongacion del sitio, convenido en ciertos pactos con Azon, habia alzado el campo. Poco á poco iban desfilando de Milan y regresando á sus hogares las tropas de aldeanos que vinieran de sus tierras y castillos á defender la ciudad en los dias del peligro. Tambien se aprestaban á marchar los limontinos, alegres y orgullosos por la gloria conquistada en aquella nocturna refriega, sin haber perdido mas que cuatro hombres bajo las lanzas alemanas.

Las del monasterio de S. Ambrosio, debiendo quedarse en Milan por disposicion del vicario, vinieron á despedirse de sus amigos. Lupo preguntó por Vinciguerra, que no se veia entre los otros, y le dijeron que habia sido muerto en una salida fuera del arrabal de la puerta Ticinese: algunos de los suyos, desde lo alto de una torre, le vieran precipitado del caballo y defenderse á pié como un leon, dando vueltas á su maza de fierro: perdiérase un momento de vista entre la turba de enemigos que le cerraban por todas partes, se le creyó prisionero; pero poco despues fué reconocida su ensangrentada mollera clavada en la punta de una lanza.

—Murió como buen soldado cumpliendo su de-

ber, dijo Lupo; en paz descanse, y no se habló sino de cosas alegres.

La misma mañana destinada para la salida de aquellos buenos montañeses, su cura fué llamado con gran secreto para bendecir el enlace de Ottorino y Bice. Aunque Azon estaba realmente reconciliado con la Iglesia, duraba todavía en el territorio de Milan el interdicto que no fué levantado hasta algunos meses despues; pero podia bien pasar con tal que la bendicion nupcial se diese así secretamente sin las acostumbradas solemnidades ni la pompa correspondiente á la categoría de los esposos.

Marta, la madre del ahogado, con el hatillo debajo del brazo, vino aquella mañana misma á despedirse de la familia del conde, de la cual acababa de recibir tan cortés y afectuosa hospitalidad. Ermelinda la habia brindado á que ella y su marido se quedasen en casa: él condescendiera de buena gana, pero la buena vieja llamándole aparte le encajó este discurso:

—Oidme, Miguel: para los pocos dias que nos restan, el Señor nos proveerá como lo ha hecho siempre. Cuando nuestro Arrigozzo (que Dios haya) era aun niño, y le tenia á los pechos, os acordais, el mal año era mas fuerte y mas calamitoso que ahora; con todo, ¿nos abandonó alguna vez la Providencia? ¿estuvimos jamas á espensas de nadie? Gracias á Dios no me falta la vista, los dedos están fuertes, hilaré, hilaré todo el dia, hilaré de noche,

si no basta robaré el tiempo al sueño, é iremos pasando. Nosotros somos gente ruda acostumbrados á pasar la vida trabajando, pero los arranques y altiveces de un amo no sabriamos sufrirlos: nos han crecido los callos caminando descalzos entre piedras y malezas, mas los zapatos nos dañarian los piés....

Ademas, si el conde se queda aquí como parece, ¿querriais sepultaros para el resto de vuestros dias entre estas murallas que sofocan? Por mí no me avendria á quedarme aunque me hicieran reina. ¡Oh! nuestras caras montañas! aquel lago que ensancha el corazon, los olivos, los castaños, aquel hermoso cielo espacioso cuanto coge la vista! que aquí es menester alzar la cabeza para descubrir cuatro palmos azules, de modo que desde que estamos aquí, no he podido en tanto tiempo llegar á conocer en qué parte nace el sol ni dónde se pone. ¿Y nuestra pobrecita iglesia que ahora deberá abrirse, pues dicen que el papa quita la escomunion, que no debiésemos verla mas? ¿Con aquel altar nuevo que hicimos voto de consagrar á S. Ginés cuando el pais se haya bendecido? ¿que no oyésemos jamas cómo aquella campanilla toca las Ave Marías todas las mañanas y todas las tardes? ¿y no contais para nada el estar entre gentes que todos hablan como nosotros; mientras aquí hay trabajo en comprender lo que se charla, y para consuelo se burlan de nosotros como si fuesen ellos los que hablan pulido? Al llegar aquí hizo una pequeña pausa, y continuó suspirando:

—¡Pobre hombre! bien conozco lo que os aparta de aquellos lugares: ¡ah! ¿creeis que para mí sean los mismos de algun dia? antes de nuestra desgracia.... cuando aquel pobrecito.... (¡Jesus y María, amparadle!) Mas vaya, no tornemos á llorar: hágase la voluntad de Dios..... Como decia..... ¿creeis que con estar tan lejos del pais, con no ver aquellos lugares, podréis borrárosle del corazon? No, creedlo, no; y aunque pudieseis, no querriais seguramente. Escuchad, Miguel; estaremos allí juntos, pensaremos en él, rogaremos por él, iremos á rezarle ante su cruz, mientras el Señor nos deje acá bajo hacer penitencia por nuestros pecados, y cuando nos llamará á sí, á lo menos tendremos el consuelo de hacernos enterrar junto á él.

Al acabar tales palabras, el marido, enjugándose los ojos decia:

—Teneis razon, Marta, teneis razon; ¡pero sois una bendita! siempre me repetís que es menester resignarse, ofrecerlo todo á Dios, me reñís si alguna vez me sorprendeis llorando, ¡y luego me salís con esos discursos!

La conclusion fué que marcharian con sus paisanos.

Como iba diciendo, la pobre mujer, con el lio de su poca ropa debajo del brazo, habia venido á despedirse de la familia del conde. Hizo una reverencia al amo, y besó la mano al ama, la cual correspondió con muy espresivas demostraciones de afecto, tanto mas apreciables en aquel tiempo, en cuan-

to las diferentes categorías de la sociedad eran tanto mas deslindadas que las nuestras, y la preocupacion, la costumbre y las leyes parecian no permitir especie alguna de parangon entre nobles y plebeyos, como si realmente fuesen de otra pasta.

La condesa habia ya confiado secretamente al cura un buen puñado de ambrosinos de plata para que proveyese de todo lo necesario á la familia de la pobre Marta, con aquella discrecion y modestia que considerase mas prudente, puesto que conocia la delicadeza y esquivez de sus montañeses, y el carácter particularmente muy tierno y muy mirado de la mujer satisfecha de su casta pobreza, no sin alguna especie de orgullo.

Marta, finalmente, se acercó á Bice en ademan de quererle besar tambien la mano; mas ella, retirándola, se la puso sobre el hombro, diciendo:

—Adios, buena Marta; acordaos de mí que tantas veces me habeis llevado en brazos cuando era niña, y encomendadme al Señor. Adios.

Dicho esto, volvióse á otro lado como que la vieja iba ya á marcharse; mas la muchacha, vencida de repente por un rapto de pasion, volvióse á la anciana, y clavándole en el rostro sus dos grandes ojos azules anegados en llanto, esclamó:

—Mañana, cuando veais despuntar la torre del castillo, saludadla por mí. ¡Cuántas veces sentada en su cima, entre la oscuridad de la noche, contemplaba yo el lago, observaba sobre él la carrera de una pequeña luz, y reconocia luego el canto del pesca-

dor. Aquellas dulces canciones que solian aliviar la tristeza de mi corazon en los últimos dias pasados en mi amada soledad, ¡no las oiré ya más! no oiré el murmullo de las olas que van á perderse en la arenosa playa, no oiré más el deseado soplo de la acostumbrada brisa de la mañana y de la noche, ni el ruido de la tempestad precedida de infalibles señales. ¡Ah! saludad por mí aquel nuestro sol, nuestros montes, nuestro hermoso cielo. Y cuando reunidos en la puerta de la iglesia entonareis el canto de la tarde en honor de la Vírgen, acordaos todos de mí que tantas veces arrodillada con vosotros mezclaba mi canto con el vuestro, y tantas veces detenida en el castillo paterno por algun cuidado, aprestaba devotamente el oido con cierta conmocion afectuosa hácia aquella piadosa melodía que el viento me llevaba mas ó menos distinta, trémula y suave: ¡acordaos de mí! Breve es la cuenta de los dias que me destina la Providencia, y cuando os llegue la noticia de haberse concluido mi carrera, conceded una lágrima á la memoria de la pobre Bice, que nacida y criada entre vosotros, esperaba reclinar su cabeza cansada de los pesares de la vida, en su dulce pais, entre las lágrimas y la compasion de sus estimados.

El conde y Ermelinda, pasmados y como avasallados por el genio superior que parecia hablar en la boca de la hija, la estaban contemplando sin osar interrumpirla; mas cuando las últimas palabras vinieron á revelar el vivo íntimo presentimiento de

su cercano fin, no pudieron más contenerse, y prorumpieron entrambos en un copioso llanto.

La mujer del barquero, á la cual se dirigian las palabras de la muchacha, fuera de sí por la admiracion, por la compasion y por la dulzura de oir mentar sus amados lugares con aquel inspirado acento de melancolía y amor, buscaba sollozando la mano de la señorita, cogióla finalmente, y acercándosela con delicada violencia, imprimió en ella sus labios.

Pasaron algunos momentos en silencio: solo Bice no lloraba, la misma inmensidad de afectos impedia el curso de las lágrimas que estaban á punto de reventar. Al fin, descendiendo del entusiasmo que la exaltara, se sintió enternecida, apretó la mano de la vieja que habia cogido la suya, y le dijo otra vez:

—Adios, encomendadme al Señor; y mientras aquella salia, se precipitó en los brazos de la madre, ocultó el rostro en el seno de ésta y lo inundó en ardientes lágrimas.

XXIII.

Partida de los novios. Separacion, rapto y prision.

Cuando el cuerno de los limontinos dió la señal de marchar, Bice, interrumpiendo el llanto, enjugando los ojos, serenando el rostro, se asomó á una

ventana que daba á la calle, y siguiéronla el padre y la madre.

Vieron salir por la puerta el estandarte con la cigüeña, y tras él sus paisanos de dos en dos, encaminándose hácia la poterna de Algiso. Cerraba la fila el barquero y su mujer. Marta alzó la cabeza para saludar á los señores, y quedó dulcemente admirada de ver á Bice, que tranquila, compañaba con la vista el pequeño ejército que iba desfilando.

Determinóse que los esposos partirian para Castelletto á la mañana siguiente. ¿Quién podrá referir el tropel de consejos mezclados con besos y caricias que la madre estuvo dando á su hija en aquel dia y última noche? ¿el afan de mutuas y sinceras promesas que no debian llegar á cumplirse? ¿Quién podrá pintar las lágrimas con que los padres pusieron á su querida hija en manos del esposo, el afecto con que la recomendaron á Lupo y á Laureta que debian acompañarla á la Tierra Santa?

Llegada la hora convenida, despues de una reiterada serie de abrazos y besos, la jóven, mostrando firmeza, se desprendió de los brazos de la madre, y dejándola anegada en lágrimas y sollozos, tomó la escalera, precipitóse al patio, montó en el palafren que le estaba preparado, y echó á andar. Ottorino, Lupo, Laureta y dos escuderos que debian escoltar á los esposos hasta Castelletto, montaron prontamente en sus respectivas caballerías y la siguieron.

En el umbral, halló al halconero y su mujer, que aguardaban para saludar á ella y á sus dos hijos; mas en aquel punto la asustó tanto la idea de un nuevo asalto de ternura y piedad, sintió tan vivo deseo de hallarse al fin fuera de sus paredes, lejos de las personas que dejaba con tanta pena, que inclinando la cabeza sobre el pecho, pasó por delante de ellos, corriendo como si huyese, sin poder aun siquiera responderles adios.

Nuestra caravana anduvo un buen trecho en silencio camino de Sesto Calende. Al fin el marido puso mano sobre el cuello del manso animal que montaba Bice, y sin parar el trote cerrado, la decia:

—¿Te acuerdas, dulce vida mia, de aquellas horas que pasamos juntos sobre el escollo de Morcate? tú sentada entre tu padre y yo, tenias una mano abandonada entre las mias. Entonces fué cuando penetró en mi corazon la primera esperanza de poseerte un dia. ¡Cuántos obstáculos! ¡cuántas penas desde entonces! ¡Pero ya eres mia, mia para siempre! ¡Oh inesplicable dulzura de estas palabras! ¡Tú eres mi único bien! ¡Con qué fidelidad, con qué amor te consagraré toda mi vida para hacer mas soportable tu destino, que has tenido la generosidad de unir al mio!

Con estas y otras semejantes amorosas cortesías, iba el jóven desahogando la delicia que inundaba su alma.

Bice, con los ojos dulcemente alzados al rostro

del esposo, cansada de tanto afan padecido, sin tener bastante vigor para comprender parte por parte todo el significado de aquellas afectuosas palabras, percibia como en globo su sentido, á la manera que percibe el son de una dulce melodía el que está entre dormido y despierto: efectivamente la muchacha se hallaba en un estado, que segun dijo despues ella misma, le parecia estar soñando.

Desmontaron en una posada de Gallarate para descansar algunas horas, y hé aquí que llega un correo con una carta para Ottorino. Abrióla el jóven y enajenóse de alegría al ver la firma de Márcos. Deciale que habia venido de Luca precipitadamente y en secreto, y que le aguardaba presto presto en Castel Seprio para tratar cosas de suma importancia, añadiendo que reconocia haberse portado muy mal con él, y ansiaba el momento de repararlo.

Conmovióse mucho Ottorino, y sufrió una verdadera revolucion. La nueva ocurrencia desbaratába de golpe todos los proyectos que habia formado para lo sucesivo, y le colocaba en posicion muy diferente. El partido que habia tomado de abandonar el pais, era el peor por falta de todo otro recurso; pero siempre le quedaba guardado en un secreto ángulo del corazon cierto deseo, una lejana y confusa esperanza de volver algun dia á la gracia de su antiguo señor. El enojo del jóven contra éste era como el enojo de un amante, es decir, ardiente y pundonoroso, pero dócil á una disculpa, á un acto de agasajo. No sabiendo que hubiese disgus-

tado á Márcos sino en desechar á la hija de Rusconi, y pareciéndole este débil motivo para tanto odio, lo achacaba en parte á los siniestros influjos de alguna lengua enemiga, y creia que algun dia Márcos abriria los ojos, volveria á reconocerle y restituirle á su antigua privanza.

Es decir, que Márcos espontáneamente venia ahora á buscarle, á escusarse con él, á alargarle la mano; aquel hombre tan orgulloso, tan altivo, aquel grande que él habia respetado y amado siempre casi á su despecho aun en lo vivo y reciente del agravio, y entre la rabia y la vergüenza de haberle sufrido sin que la templasen las quejas del ofensor!

—Ahora me conviene llegar á Castelletto,—advirtió Ottorino al correo.—Dirás al que te envia, que antes de la noche estaré en Seprio.

—¡Oh! venid en seguida, respondió aquel, me ha dado tanta prisa el castellano, y luego he perdido ya tanto tiempo buscándoos allá abajo.

—¿Pero cómo has adivinado que yo estaba aquí? preguntó el caballero.

—Supe por un palafrenero del conde del Balzo, que habiais tomado este camino, os he venido siguiendo sin poderos alcanzar hasta ahora.

—¿Y quién te ha dado la carta?

—El castellano de Seprio ayer noche. Llegó allí el caballero, y en seguida se despacharon cinco ó seis correos por varias partes.

—¿Conoces tú al caballero?

—No, porque soy nuevo en este pais; mas debe

de ser algo segun los honores que le hacen. Es un hombre alto, de mediana edad, de bella presencia, el rostro así y así,—é hizo el retrato de Márcos sin faltarle un pelo.

Ottorino pensó que todo retardo á mas de ser indecoroso seria inescusable, segun la importancia de los negocios que podian depender de ello, y resolvió dar una carrera hasta Seprio, y volver en seguida á incorporarse con la esposa.

Castel Seprio distaba poco mas de media legua, y en ida y vuelta no debia gastar mas tiempo del que importaria la detencion en Gallarate. Dijo, pues, al correo, que aguardase, y corrió alegre y jovial á participárselo todo á Bice.

—¿Es Márcos? dijo ella sobresaltada, ¿es Márcos quien te manda llamar? ¡Ah, no vayas, Ottorino! huyamos de aquel hombre, llévame á Castelletto.

—Pero advierte que ya no es el que antes, mira cómo él mismo se me escusa y quiere resarcirme el mal que me ha hecho.

—¡Ah! ¡no, no, no vayas! ¡huyamos de aquel hombre te repito, huyamos mientras es tiempo!

—Atiende, alma mia, dijo Ottorino tomándola una mano; este terror, este aborrecimiento está fuera de razon, al fin entre tú y él ¿qué ha habido mas que mera cortesía? ¿no es él quien salvó á Lupo por tus ruegos y los de tu padre?

Bice, al oir recordar tan directamente aquella terrible noche que tenia siempre delante, fué aco-

metida de un sobresalto de terror, y poniendo una mano sobre el brazo del esposo le dijo:

—¡Ah, Ottorino, tú no lo sabes todo!

—¿Cómo? añadió éste en ademan de admirado. ¿Tú tambien le conociste? Yo creia.... Sí, es verdad, el caballero que me desmontó en la justa era Márcos; ¿pero no sabes tú que mi vida es un don de su generosidad? ¿no sabes que me embistió con la lanza despuntada?

Ella, que con aquellas palabras escapadas en su primera turbacion habia estado á pique de revelar todo el misterio del amor de Márcos, oyendo que su esposo las atribuia un significado menos celoso, tuvo tiempo de entrar en sí, de pensar cuánto convenia el secreto, y recordar cuán vivamente le encargara su madre que no dejase entrever nada á Ottorino para no esponerle á algun encuentro con aquel formidable señor; por lo cual bajó el rostro sobre el pecho, y calló. Entonces el jóven empezó á hablar con tanto entusiasmo de la lealtad de Márcos, de su álta generosidad, manifestó tanta confianza en él, tanto deseo de volver á su amistad primera, de correr á sus brazos, le hizo ver cuán interesante era aquella reconciliacion para su suerte comun, que ella despues de muchas dificultades, de muchas observaciones y respuestas, medio persuadida y medio condescendiente, convino en que fuese á encontrarle en Seprio.

—¿Volverás en seguida, no es verdad? le dijo finalmente Bice.

—Dentro de un par de horas á lo mas estoy aquí, respondió Ottorino.

—No voy mas que á verle y á acordar los puntos principales. Entretanto quédate con Laureta, y con la escolta de Lupo y los dos escuderos de tu padre.

—¿Y tú no quieres llevar á nadie que te acompañe?

—No es mas que una escapada, vendrá conmigo el correo que ha traido la carta, y me sobra; el pais es seguro.

Dicho esto, echóle los brazos al cuello, dióla y recibió un beso, y partió.

Pasan las dos horas prefijadas, pasa la tercera y Ottorino no vuelve. Bice en la ventana, mirando hácia la parte por donde debe venir, á cada cosa que ve menearse de lejos cree ser la blanca pluma de su cimera, cada ruido que oye le parece el pisoteo de su caballo: yendo y viniendo por su cuarto en compañía de la doncella, ora hace llamar á Lupo para oir su parecer, ora se asoma al balcon y observa, ora se sienta sola en un ángulo aguardando dolorosamente: ya se tarda, padece, desmaya; pasa otra hora, y todavía otra, y ya es la quinta, y Ottorino no parece.

—Oid, le dice finalmente el hermano de Laureta, si me dais licencia, iré yo á Castel Seprio á ver, ó mandaré uno de los dos escuderos de vuestro padre.

—Mas vale que tú vayas, respondió Bice. Hazle

venir sin falta, ya será de noche y tú le acompañarás. ¡Mira en qué agonía me dejas! Dile.... no, no le aflijas por mí.... sin duda no habrá podido, dile solo que venga de cualquier modo, ruégaselo, ruégale en mi nombre que no me engañé de tanto.

Lupo salió, y siguiéndole ella hasta la puerta repetia:

—Acuérdate, acuérdate de no volver sin él, y viéndole marchar, desde la ventana le hizo señas con el rostro para inculcarle aún lo que le habia encargado.

Poco tardó en anochecer: aguarda todavía, y vuelve á aguardar un buen rato, finalmente se oyó el ruido de una cabalgada. Bice corrió á la ventana gritando:

—¡Ya está aquí, ya está aquí! y la conmocion del repentino gozo apenas la dejaba respirar. Llega á la posada una partida de hombres á caballo, óyese un ruido de pisadas escalera arriba.

—¿Eres, Ottorino? ¿eres tú? dijo ella saliendo al encuentro del que subia. Mas no era él. A la luz de un velon reconoció á uno de los dos escuderos de su padre, que conducia de la mano al hombre que trajo la carta y que partió con Ottorino. El, despues de una profunda inclinacion delante de Bice, la dijo que venia de Seprio, donde habia dejado á su esposo sano y salvo, que no le habia enviado á decir nada hasta entonces, porque esperaba de un momento á otro poderse despachar y venir en persona, como habia prometido; pero que viendo que

le era imposible desocuparse antes de la mañana siguiente, le enviaba á él con una escolta de seis hombres para acompañarla en seguida á Castelletto con la doncella y los dos escuderos.

—¿Y Lupo? preguntó Bice.

—Lupo toda vez que ha ido allí se le ha quedado para enviarle esta noche á una comision del señor del castillo.

—¿Conque?....

—Conque vuestro esposo me envía á deciros que tengais ánimo, que mañana por la mañana le veréis en Castelletto sin falta.

—¿Y Lupo tambien vendrá mañana á Castelletto? preguntó Laureta.

—Tambien Lupo, respondió el correo.

—Ahora si os parece, dijo el escudero del conde, haré preparar las caballerías.

Bice hizo seña de que sí, y en un momento todo estuvo pronto y emprendieron la marcha. Ama y doncella, montadas en sus respectivos palafrenes, fueron colocadas entre los dos del diálogo que acabamos de referir, los restantes seguian á pocos pasos de distancia.

La noche era oscura y parecia amenazar mal tiempo, no se hallaba alma viviente. Cuando estuvieron un buen trecho distantes del lugar, Bice, oyendo á la espalda entre los hombres de la escolta un alboroto, una gritería y un ruido de golpes, dijo al escudero de su padre que iba á su lado, que corriese á apaciguar la pendencia al parecer susci-

tada; mas él le respondió que era un ataque de salteadores, y poniéndose delante al galope, cogió por el freno el del ama, y se lo fué llevando, mientras el correo que acompañaba á la doncella hizo otro tanto con el de ésta.

—Escuchad, insistia la hija del conde, escuchad: ¡es la voz de Ricardito, corred, corred á socorrerle!

Ricardito se llamaba el otro escudero del conde, quedado atras con los venidos de Seprio.

—No es nada, repetia el primero. Son siete hombres bien armados, ¿de qué quereis que tengan miedo?

Y seguia dando carrera á los caballos como para alejar á la señora del paraje de la pelea y ponerla en salvo, repitiendo que á él se la habian confiado particularmente, y ¡ay de su vida! si la ocurriese alguna desgracia.

A poco rato cesó el ruido y caminaron mas de espacio. Bice queria saber el fin de aquel barullo, queria hablar con Ricardito, y oir de él lo que habia sido. El otro escudero que la acompañaba, despues de hacerse rogar mucho volvió grupas; pero volvió luego corriendo con aire espantadizo á decirles que toda la escolta habia sido dispersada, y que los ladrones les venian siguiendo; y en esto hizo girar las caballerías por cierto atajo que se internaba en un bosque.

Subiendo y bajando por sendas perdidas, atravesando vegas y matorrales, caminaron toda la noche, si bien el término no debia distar una hora de la

última posada. Las mujeres, ya aturdidas por el primer lance, se iban desanimando más á tanto andar sin llegar al cabo; mas los conductores, con acciones y palabras muy modestas, rogaban á Bice que tuviese buen ánimo, que con aquella confusion se habian estraviado y perdídose despues en el bosque, que les perdonase y no les acusase á su esposo, que al fin habian podido orientarse y pronto llegarian á Castelletto.

¡Ah! ¡si la pobrecita hubiese conocido en qué manos se hallaba y adonde la conducian! En vez de guiar á Castelletto, se encaminaban á Rosate, al castillo de Márcos Visconti, y á las garras de Pelagrua.

El escudero del conde, que iba con Bice, era nada menos, aquel traidor que se vendiera al mismo Pelagrua, y el correo era un perro de Lodrisio, así como los seis hombres venidos de Seprio. Todos los sucesos del dia anterior eran obra de los pícaros, con el objeto de robar á Bice. Habíanse propuesto guardarla en su poder para tenerla á disposicion de Márcos; pero querian dar el golpe sin gran susto de la señora, sin que ella conociese de pronto que se hallaba en manos estrañas, tenerla tranquila, é irla despues preparando de lejos al destino que contaban darla.

Por esto, desechando el primer proyecto de asaltar á viva fuerza á Ottorino y á los dos fieles que le escoltaban, despues de varios planes, se atuvieron al que hemos visto ejecutado, esto es, separar

al jóven de su esposa por medio de una fingida carta de Márcos. En cuanto á Lupo, habian ideado pillarle entrada bien la noche, con una supuesta órden de su amo; mas no fué menester, como se ha visto, puesto que espontáneamente fué á meterse en la trampa en Castel Seprio, cual lo habia hecho ya el amo: así la trama vino llana como la palma de la mano. Faltaba el otro escudero del conde, no complicado en aquella felonía; pero, ¡qué cuidado debia darles un hombre solo, sin sospechas, entre tantos! ¿Era tan difícil desembarazarse de él?

A decir verdad, Pelagrua al principio creyó la empresa algo arriesgada: engolfar á una doncella de tal categoría en tamaños lances de rapto y de prision; mas..... Lodrisio, demasiado interesado en el buen éxito, no sin miras de venganza contra Ottorino, supo desvanecerle los escrúpulos, haciendole palpar que en el término en que estaban las cosas, no quedaba otro arbitrio de lograr lo que el amo le encargara tan eficazmente, que la necesidad escusaria la violencia, y el resultado disiparia todo reparo.

—Es, le decia, como si te hubiese mandado pararle una perdiz, y tú se la haces caer en el esquero: ¿quieres que te lo tome á mal?

Finalmente concluyeron, que estaba en su mano dejar á Márcos por algun tiempo á oscuras del tal rapto, observar cómo jugase, estar á la mira de qué partido tomase, dejarle traslucir poco á poco algun indicio para tenerle asido, que no pudiese desviár-

seles, é ir entretanto preparando el ánimo de la prisionera á complacerle, sin comprometerse ellos más de lo necesario.

XXIV.

Llegada al castillo de Rosate. Impaciencia de Bice. Descripcion de Pelagrua. Borrachera fingida.

Empezaba ya á blanquear el alba, cuando Bice y la doncella llegaron al castillo de Rosate, creyéndole Castelletto, como que no tenian conocimiento de los lugares. Atravesaron un ancho patio, todo rodeado de estancias, subieron algunos escalones, entraron y salieron por corredores hasta una sala que comunicaba á otros cuatro ó cinco aposentos, sin encontrar alma viviente. El escudero traidor que las habia conducido hasta allí, las dejó, diciendo que iba á avisar al castellano para que viniese á recibir órdenes de la señora. Las mujeres solas pasaron á las estancias interiores que hallaron muy decentes, con todo lo necesario, magníficas camas, sillas, mesas y espejos, botes de aguas y esencias olorosas, vestidos y adornos, en fin, todos los afeites y comodidades correspondientes á las bodas de una gentil doncella.

Bice, que se creia en su casa propia, cansada como estaba de tanto viajar, se echó en una silla de

brazos, y mientras la doncella se esmeraba en quitarle el vestido de pieles, todo mojado, ponerle otro de duaí leonado, que halló allí prevenido, en quitarle el calzado poniéndole en los piés un par de chinelas de seda, en componerle el cabello, darle agua-manos, arreglarla y aderezarla toda, conversaban de esta suerte:

—Despunta el sol, decia Bice, y no debe tardar mucho.

—Oh, ¿cómo quereis, respondia la doncella, si nosotras acabamos de llegar?

—Y el tiempo que nos han hecho perder por el camino, ¿no lo cuentas?

—Es verdad, ¡oh! escuchad, señora, luego que llegue vuestro esposo, contádselo todo, de aquellos pícaros, sin saber dónde nos llevaban, perder el camino, hacernos malgastar mas de cuatro horas, y tenernos á caballo con aquel tiempo!

—¡Cuatro horas, eh! ¿quieres decir que hemos perdido cuatro horas?

—Sin duda, y aun más: segun me decia mi hermano, de Gallarate aquí, debiamos venir en dos horas; ved cuánto tiempo hemos estado á caballo, y cómo siempre hemos llevado un trote largo.

—Bien, replicaba Bice, en cuatro horas Ottorino se habrá desocupado.... dime, ¿cuánto hay de Seprio á aquí?

—Qué sé yo, ya sabeis que no soy práctica de estas tierras.

—Así á bulto, insistia la esposa de Ottorino, ¿qué

habrá ocho millas? Vamos, dí cualquier cosa: ¿te parece poco, eh?..... pues bien, pongamos doce, quiero contar largo.... ¿doce, eh?

—¡Oh! seguramente, una cosa así.

—Pues bien, ¡gran jornada para un hombre á caballo! pronto están corridas; conque puede llegar de un momento á otro, yo le espero dentro de poco; ¿no le esperas tú tambien?..... dilo por Dios, dilo una vez, ¿no te parece que sí?

—Ya se ve que podria llegar..... mas, con todo.... aunque retardase no habria que hacer caso, ya se sabe que cuando los hombres tienen asuntos que tratar, no pueden mirar delgado por una ó dos horas mas ó menos.

—Dices bien, tambien yo lo entiendo así; y ¿crees que por una ó dos horas me pondria en seguida á presumir desgracias? Sé cuantas casualidades pueden ocurrir, y como digo, no me asustaria; pero sin embargo, puede llegar pronto, y lo espero; ¡se lo encargué tanto! Mas.... calla, ¿no oyes una pisada? ¿si habrá llegado sin que observásemos el ruido del caballo al pasar el puente levadizo?

Diciendo esto saltó en pié para correr á la ventana; pero Laureta, mas inmediata, se asomó antes. La ventana daba sobre una azotea con bóvedas tabicadas, sostenidas por delgadas columnas. Vió al que venia por allí, reconocióle antes que la señora se asomase, y retirando la cabeza de la reja:

—No, no, decia, no son ellos: ¿adivinais quién viene? Pelagrua.

—¿Quién? ¿el procurador del monasterio que estaba en Limonta?

—El mismo, respondió la doncella, y proseguia:

—¿Cómo viene á hallarse aquí ese que no se sabia de él desde que huyó del lugar? Os confieso que aquella facha no me gusta nada; será aprehension... ¡Oh! ¿mas qué voy á buscar ahora?....

—Sí, sí, déjate de estas simplezas, yo sé bien el cómo se halla aquí, ya debia contar encontrarle, solo con que hubiese reflexionado: despues te lo esplicaré.

Bice se acordó de que, estando en Varenna con Ottorino el dia despues del naufragio, éste, á ruegos del cura de Limonta, se encargó de colocar al fugitivo perseguido procurador, y no sabiendo lo demas, creia que Ottorino le habia dado algun empleo en su castillo.

Llamaron á la puerta de la primera sala, y Laureta, á una seña afirmativa que hizo la señora con la cabeza, gritó:

—Adelante.

Abriéronse las puertas y compareció Pelagrua. Quitárase una gorra de terciopelo negro, llevábala en la mano izquierda y avanzaba con la cabeza baja haciendo cortesías.

Pelagrua, si deseais conocerle, era un hombre de cincuenta años, de mediana estatura, flaco y enjuto de carnes, la lívida palidez de sus mejillas no se coloraba por cosa alguna del mundo. Dos largas y pobladas cejas cenicientas, sombreaban sus negros

ojos fulminantes, que de ningun modo podian concordar con la humildad de la frente á que estaban pegados dos ojos indómitos é incivilizables, con cruel espresion de una malignidad y de soberbia, dos ojos diabólicos que hubieran desmentido el rostro de un santo anacoreta. Al entrar los tenia honestamente dirigidos á tierra en actitud humilde, pero los alzaba de cuando en cuando fulminándolos á derecha é izquierda con la rapidez y resplandor del rayo, y parecian evitar las miradas ajenas, como el ladron que teme ser cogido en el hurto.

Acercóse á Bice, dobló una rodilla en tierra, é inclinando la cabeza dijo:

—Dignaos, mi señora, aceptar el homenaje de un humilde vasallo vuestro el guardian del Castelletto.

—¿Conque te ha confiado á tí la custodia de esta señoría?

—Sí, mi señora, así pueda hallar gracia en la ilustre y graciosa consorte y soberana de mi noble amo, á quien he dado mi fe y mi corazon por toda la vida, como la he hallado siempre en su merced.

—Alzad, dijo entonces Bice: Pelagrua obedeció y ella continuaba: mi marido y señor elige á sus fieles, y no pueden menos de serme siempre y del todo gratos sus elegidos.

Dejando en seguida el continente y el tono de dignidad y ceremonia que observaran al escopetearse con aquellas cuasi fórmulas de rendir y admitir homenaje, la jóven tomó un aire mas suelto y natural, y le preguntó:

—Decidme, castellano, ¿os parece que pueda tardar mucho en llegar? Ya sabeis que ha corrido á Seprio.

—Lo sé, y sé tambien que los que os escoltaban han correspondido muy mal á lo honroso de su comision; pero descuidad, mi señora, dejadme á mí, que yo sabré dejarles tal memoria....

—No, no, interrumpió Bice, no quiero que sufran nada por mí, os lo mando espresamente; todo lo han hecho con buen fin, para obedecer á su señor y el mio. Y aunque..... se hubiesen escedido..... vamos, no quiero que se hable mas de esto....

—¡Cómo? prorumpió Pelagrua con aire de admiracion y enojo, ¿cómo? ¿habria alguno tan temerario? Me cuesta el creerlo.... Yo no hablaba sino de su atolondramiento imperdonable en haberos hecho perder el camino; pero si por desgracia, si algun miserable.... ¡sea quien fuese, desdichado de él!

—¡Oh! en cuanto á eso, saltó Laureta, os aseguro que la hija del conde del Balzo, nunca estuvo avezada á..... mas cortóle la palabra en la boca una severa mirada del ama.

El falso castellano, fingiéndose todo horrorizado, decia á Bice con una voz al parecer sofocada, medio de ira por la sospecha del esceso, medio de respeto por la persona que le mandaba olvidarlo:

—Permitid, mi señora, es por el honor del castillo.... Ay, si vuestro esposo llegase nunca á saber....

¡ay de todos, ay de mí! Permitidme que sepa yo quién fué el muy desvergonzado.... y aseguro....

—Ya os he mandado que no se hable mas de ello, dijo la esposa de Ottorino en tono de resuelta dignidad; y volviendo á tomar un aire mas afable, al ver que el pícaro bajaba la cabeza, y quedaba en silencio como confuso y mortificado.

—Lo que os pregunto, añadió, es si Ottorino puede aun tardar.

—Si supieseis, dijo Pelagrua, con una cara al parecer de contricion, ¡si supieseis cuánto siento que la primera noticia que he de dar á mi ama no sea una noticia de súbita alegría!

—¿Qué noticia teneis? preguntó Bice con temerosa solicitud. ¿Sabeis algo de nuevo?

—Ha llegado un correo de Seprio poco antes que vos, respondió el tunante, y trae que no volverá en todo el dia.

—¿En todo el dia? ¿y qué tiene que hacer allí todo el dia? ¿y el correo ha visto á mi esposo antes de partir? ¿le ha hablado? ¿qué manda decir? Pronto, hacedle venir, quiero hablarle, quiero hablar yo misma con él, quiero hablar pronto con el correo, ¿lo habeis entendido?

—Si me permitís, yo puedo informaros de todo; porque en verdad, el correo..... hacerlo venir aquí.... Le habló antes de salir, le ha dejado en el castillo con Lupo y un escudero de vuestro padre, que ha vuelto allá esta noche: están buenos y sanos los tres, el asalto no fué cosa, y dice que es-

teis tranquila, que tan pronto como pueda salirse de ciertos enredos que le detienen allí, vendrá volando.

—¿Pero cuándo? ¿cuándo ha dicho que viene? á todo tardar esta noche, ¿no es así?

—Oh, sí, creo que sí; seguramente; esta noche vendrá sin falta.

—¿Pero no lo ha dicho de cierto?.... Ea, llamadme al correo, pronto el correo, andad; no suelo repetir tantas veces lo que mando á un vasallo mio.

Pelagrua inclinó profundamente la cabeza, encogiéndose enteramente de hombros, como pidiendo perdon, y salió diciendo en su alma:

—¡Hola, hola, la orgullosita! ¡Ea, amánsate.... amánsate, cieguecita!

Todo lo amargo y cruel de aquel interior sarcasmo vino espresado, ó si vale, compendiado en una ojeada que el bribon al salir del cuarto flechó sobre su prisionera. ¿Habeis visto alguna vez que un cazador, despues de haber arrancado de la liga un tierno pintacilgo, contempla un momento al enfadado pajarillo cómo se vuelve á picar la mano, que con un ligero apreton puede desmenuzarle los huesecitos y hacer de él una tortilla? pues lo mismo era, cambiando los estremos.

Luego que el castellano hubo salido, Bice se puso á medir con la fantasía todas las horas que habian de pasar: figurábansele eternas, no sabia cómo llenarlas, pareciale que no llegaria jamas la noche

de aquel dia, y que no le quedaba bastante fuerza para atravesar aquel desierto. Era como el caminante que despues de un largo y desastroso camino, llega fatigado y rendido á la cima de una eminencia que de lejos se figuraba ser el término de su peregrinacion, y descubre mas allá otro collado, detrás del cual le dicen estar el pais de su descanso.

Laureta, que notó el abatimiento de la señora, acercóse á ella, apoyó los brazos entrelazados sobre la mesita donde ella tenia el codo, inclinó la cabeza hácia ella, y fijándole en el rostro dos conmovidos ojos, la contempló un momento en silencio con afectuoso respeto, y despues dijo:

—Escuchad; un dia al fin no es una eternidad: han pasado tantos, pasará tambien este, pondráse el sol cuando Dios sea servido, llegará esa bendita noche, llegará; se trata de pocas horas: conozco que os ha de venir cuesta arriba, lo conozco, ¡pero cuando ya se sabe!.... Vamos, ¡tened buen ánimo!.... ¿si necesitais algo? ¿si quereis que os haga traer alguna cosa?.... me lo ha dicho el castellano en el umbral, que dispongais, que todo está á vuestra disposicion.

Bice, en vez de responder á tales reflexiones, pronunció, como siguiendo con la boca un discurso comenzado en la fantasía:

—¡Oh! ¡ello no hay duda, está Lupo, está el escudero de mi padre!

—Pues, lo que yo digo, continuaba entonces la doncella secundando el desarrollo de tales ideas pa-

ra poder anudar la conversacion: lo que yo digo, no hay duda, está en buena compañía, en tierra amiga, y no debe daros cuidado; solo conviene un poco de paciencia. Lo malo es que haciais paga de encontrarle aquí al llegar, ó bien se os juntaria al instante; por lo demas, ¿no os lo decia yo poco hace?..... pero de repente os enfadais. A nosotras, que estamos aquí aguardando, que nada tenemos que hacer, el tiempo nos parece largo, y nunca acaba de pasar; mas el que está ocupado en negocios y no puede..... En fin, tranquilizaos hasta la noche. Estoy segura de que esta noche vendrán, yo tambien los espero esta noche: oh, llegarán sin falta..... mas si acaso..... por una casualidad.... ¿quién sabe?....

—Eh, ¡basta, parlanchina! interrumpióla Bice, que no podia oir mentar, aunque con tanto recato, una duda que ella tenia demasiado fija en su corazon. Era semejante al que en sus adentros teme padecer una enfermedad de peligro, y se enfurece contra el que en su presencia deja escapar de los labios tan siquiera el nombre del mal. ¿Decir que no haya de llegar ni aun esta noche? alguna vez me harás perder la paciencia.

—Perdonad, dije mal; no es que yo crea..... al contrario, solo era porque.... si por algun acaso....

—¿Qué acaso ni no acaso? Estas no son necedades de pensarse. Aunque le cayese el mundo encima, ha de venir, y vendrá; mas bien se volveria en

seguida, si tanto le precisase, sin bajar siquiera del caballo, estoy por decir, pero al menos dejaríase ver. Basta, oiremos ahora á ese bendito correo..... mucho tarda el castellano en traerlo.... Tambien esta tardanza empieza á incomodarme. ¿Qué hace tanto tiempo?

¿Qué hace?.... ¡Ay, desdichada si lo supieses!... ¡Pelagrua emplea el tiempo en arreglar é instruir un perro de su calaña para que se finja correo de Ottorino, al afecto de manejarla mejor!

Cuando los dos pícaros estuvieron corrientes, se presentaron á representar su papel como habian convenido. El que debia figurar correo, era un perro viejo escapado de la horca, que Pelagrua comprara en una casucha cercana al castillo, donde vivia de limosnas, desde que contenido por la edad, no podia ya vivir de sangre. El miserable era tuerto, con una larga cicatriz que, atravesando la frente y la nariz, se metia en el ojo izquierdo; tenia el cabello rojo, y roja la barba. Al entrar en el aposento de las mujeres, hizo ademan de descubrirse, y vino adelante bamboleando y moviéndose todo á oleadas.

Bice le tuvo miedo y se levantó; mas Pelagrua acercósele, y con el acostumbrado esterior sumiso, señalaba con el dedo al compinche, y le decia en voz baja:

—Mirad, es un buen muchacho; lástima que se emborrache tan á menudo, y entonces..... habla algo en latin.... Por esto no me arriesgaba á pre-

sentárosle.... en fin, estais obedecida. Ya ha venido un poco caliente, y desde que está aquí, bebe que bebe, se ha rematado. Con todo, si quereis interrogarle, espero que aun sabrá responder alguna cosa....

—Preguntadle si ha visto á mi esposo antes de partir, dijo Bice.

Pelagrua se acercó al fingido borracho, y dándole una palmada en el hombro:

—Oyes, Martino, le dijo: ¿Mi señora te pregunta si has visto al caballero por quien veniste de Castel Seprio?

—¿Al caballero? respondió el miserable agrupando y atropellando las palabras.

—¿Si le he visto al caballero? no quieres que le viese, si ha sido él quien me ha hecho traer aquel frasco que te decia: ¡pero qué vino, vaya qué vino! Aun aquí no es malo, un poco áspero.

El castellano le interrumpió preguntándole:

—Qué te ha dicho antes de despedirte?

—¿Te ha dicho?.... nada te ha dicho: te ha dicho.... bebe un frasco á mi salud, y yo le he bebido; y luego, aquí he enviado otros dos á tener compañía al primero, y todo á su salud, que es un buen caballero, y no tiene ganchos en la escarcela, como algunos que me sé yo, que no se les caeria nunca una maldicion.

—Dime, Martino, atiende: ¿estaba algun otro con él?

—¡No lo he dicho que estaba yo!

—Digo, ¿si estaba con él algun otro?

—Si estaba algun otro.... ¿Y quién?

—¡Vaya! era él.

—¿Él? ¿quién es ese él?

—Él, aquel caballero: que el diablo te lleve, ¿quién habia de estar? ¿qué me sé yo?

Pelagrua encogiéndose de hombros, se volvió á Bice como si quisiese decir:

—Ya veis vos misma qué sustancia se puede sacar.

Mas la pobrecita, que deseaba tanto saber algo de su esposo, dijo al castellano:

—Procurad hacerle entender si le ha dicho que vendrá esta noche.

—Probaré, respondió el traidor: y agarró al compinche por un brazo, dióle un fuerte tiron, gritándole al hocico:

—Vuélvete acá, parece que miras al otro jueves, en seguida le preguntó: ¿Aquel caballero ha dicho que vendrá esta noche?

—¡Vaya otra! saltó el pícaro, dando una grande y descompuesta carcajada; ¡dice que es de noche!

Hízose dos pasos atras, estendió un dedo mal seguro hácia Pelagrua, agachándose sobre las piernas y oscilando siempre, gritaba con voz ronca y embarazada:

—Dice que es de noche y aun no es de tarde: ¡uh! quita allá, maricon! te compadezco, que se te vuelve la memoria: ¡vergüenza! ¡tener la turca á estas horas! Mas yo tambien quiero beber, que ten-

go abrasada la gola, como si la soplase el diablo.

—Calla, bufon, y acaba de una vez: ¿te pregunto si el caballero ha dicho que vendrá aquí esta noche?

—¡Ah! ¿si vendrá esta noche? ¿es esto que me preguntas?

—¡Sí, en hora mala!

—Seguro que vendrá esta noche, vendrá esta noche sin falta.

—Bice se sintió toda consolada; pero fué consuelo de poca duracion, porque el castellano acercándose más al pícaro, le gritó al oido:

—¿No me has dicho que vendria mañana?

—Sí, he dicho bien, mañana, seguro, mañana.

—Ten un poco de seso si puedes: en suma, ¿es esta noche ó mañana que vendrá?

—Esta noche y mañana, respondió el falso borracho. Vaya, sí señor, esta noche y mañana; y aquí se puso á cantar con voz de grajo una cancion beoda. Mas Pelagrua, estampándole una manotada sobre el hocico, le gritó:

—Calla, boca de espuerta.

Fastidiada la pobre jóven de un espectáculo tan soez, señaló al castellano que despejase.

—Haced en seguida montar á caballo un hombre de confianza, le dijo; y llevará á Castel Seprio una carta que os entregaré, y que vuelva con la respuesta: dentro de tres horas á lo más debe estar aquí, ó vos me responderéis.

El castellano, con una profunda reverencia, res-

pondió que seria obedecida, y salió arrastrando tras sí por un brazo al malandrin, que se dejaba tirar como un muñeco, tambaleando y cayendo á derecha é izquierda, mientras no cesaba de gritar:

—¿Dónde me arrastras? ¡borrachon! ¡borrachon! ¡borrachon!

Cerrárase la puerta, y los dos bellacos empezaban ya á bajar la escalera, y todavía las mujeres oian aquel vozarron descompuesto y malvado que iba gritando, ¡borrachon! ¡borrachon! ¡borrachon!

XXV.

Fuerte de Castelletto.---Inquisiciones de Tremacoldo.---Fiesta de Riscaldina.---Ardides del juglar.---Libertad de Lupo.

—Tu marido dice que el viaje no puede estar preparado antes de un mes: pues bien, hijita mia, te prometo irte á ver dentro de este término con tu padre; nos despediremos en Castelletto, anda con Dios, dentro de ocho dias á mas tardar volveremos á vernos.

Tales habian sido las últimas palabras con que Ermelinda se desprendiera llorando del cuello de Bice en el dia de la dolorosa separacion.

Llegado el dia convenido, la buena madre montó á caballo al lado de su marido, y con la escolta de solos dos hombres. Salió de Milan antes del al-

ba, y apresurando el paso, en pocas horas llegaron á Castelletto.

El halconero Ambrosio era uno de los dos hombres de escolta, porque aun queria dar otro abrazo á su Laureta y su Lupo, antes que marchasen á la Tierra Santa. Al ganar una llanura que se estendia delante del fuerte, nuestros viajeros vieron las torres, los muros y sus cortinas todo adornado como en festejo de bodas. En lo mas alto tremolaban las insignias de Ottorino, brillaban entre almena y almena escudos de diferentes formas y colores, pintados con sus armas y sus empresas, entre una y otra torrecilla ondeaban banderas, en lo alto de los terraplenes estaban plantados grandes ramos, árboles enteros vistosamente apiñados y enlazados unos con otros por medio de guirnaldas de flores y verde follaje. Levantábanse de trecho en trecho caprichosas glorietas y emparrados de ramas con gallardetes en la cúspide; mas todo aquel alegre aparato, mostraba estar ya muy terminada la fiesta, pues las hojas de los arbustos, las ramas de los emparrados, el follaje y las flores, todo estaba marchito y cayendo.

El conde del Balzo, despues que se paró un momento á contemplar tal espectáculo, se volvió á su mujer todo regocijado, diciéndola:

—Mira, aun está en pié el aparato que sirvió para el recibimiento de la esposa.

Apenas fué vista desde el castillo la pequeña caravana, cuando le salieron al encuentro dos pajeci-

llos en traje ajustado listado de blanco y celeste, con una varilla de plata en la mano. Uno de ellos preguntó muy cortesmente al halconero que precedia de pocos pasos á los señores, quiénes fuesen el caballero y la dama que iban á honrar aquel castillo.

—Son el conde y la condesa del Balzo, respondió Ambrosio.

Al oir tales nombres el preguntante sonó un cuerno, y vióse salir de la puerta una tropa de hombres armados, que se colocaron en dos filas á una y otra parte del puente levadizo para formar calle á los entrantes. Luego se oyó una pequeña campana tocar á fiesta desde lo alto de una torrecilla, y venir del interior del fuerte una algazara, un rumor festivo que sofocó aquel sonido. Los nuestros, pasado un corredor, entraron en el patio; parecia una feria; un nublado de hombres, mujeres y muchachos, todos con sus trajes de fiesta, les salieron al encuentro haciendo resonar el aire con aclamaciones: habia entre la turba juglares que hacian bailar perros, enseñaban juegos, tocaban laúdes, cornetas, tamboriles, gaitas, cítaras y toda suerte de instrumentos de aquel tiempo.

El halconero apeóse de un salto é iba al ama para ayudarla á desmontar, pero vióse correr entre la gente un hombre rojo y pierniabierto, sobre cuyos muslos le bailaba una barriga triunfal. Era el castellano, señaló á Ambrosio que se apartase, y llegó á tiempo de desempeñar su oficio, de aguantar el

estribo á la dama. Todo acezando estuvo un momento sin hablar palabra, y entretanto espresándose con los brazos, encorvándose á hacer reverencias, y echando adelante todo el cuerpo daba muestras de su obsequio y su placer.

—Bien venida, dijo finalmente tan luego como pudo cobrar aliento; bien venida sea la ilustre castellana entre sus fieles vasallos. Y alzando al mismo tiempo la cabeza, hasta entonces baja por reverencia, y mirando al rostro de la señora, quedó confuso y maravillado, mascó entre dientes algunas palabras, y prosiguió con voz clara y tono interrogante:

—¿Será tal vez la madre de nuestra ilustre ama y señora?

—Precisamente, respondió Ermelinda, y el otro se atropellaba para que la gente se retirase y abriese paso á la dama y al baron, que condujo á una sala espléndidamente guarnecida, donde los nuevos huéspedes hallaron doncellas, pajes y lacayos dispuestos á servirles.

Mientras Ermelinda sentada recibia con su acostumbrada urbanidad algunas damiselas que se la presentaban, el conde dió una vuelta por la sala parándose de cuando en cuando con las manos atrás á examinar algunos cuadros colgados en la pared.

—¿No es de Pico este retrato? preguntó al castellano que le iba siempre al lado.

—Justamente de Pico Visconti, padre de mi no-

ble amo, respondió el preguntado con un profundo acatamiento.

—¿Y este otro de aquí? añadió á poco rato el conde; es Mafeo, ¿no es verdad?

Mas en esto el hombre de la barriga habia sido estirado del faldon por un pajecillo que le dijo:

—La dama pide por vos.

—Sí, es Mafeo, tio del amo, respondió el castellano al conde, y continuó: si me permitís, voy á servir á vuestra noble mujer que me llama. Y corrió á Ermelinda que con rostro muy alegre le dijo:

—¿Dónde están los novios? ¿aun no les habeis avisado la llegada del conde del Balzo?

—¿Los novios? respondió el buen hombre no sabiendo creer bien si la pregunta era hecha con intencion.

—Sí, ¿los novios dónde están? replicó la condesa con tono de formalidad que le quitó toda duda.

—¿Pero los esposos no están con vos?

—¡Ah! ya entiendo, han salido á recibirnos, replicaba Ermelinda sonriendo; pues mirad, no nos hemos encontrado. Habrán ido por distinto camino. Pronto, pronto, despachad alguno que vaya corriendo á buscarles.

El castellano algo turbado:

—¡Cómo! replicaba, ¿no estaban con vos? aquí no han venido; bien me avisó mi amo que estuviese pronto á recibirle, hoy hace ocho dias, pero nó hemos visto á nadie; yo les hacia aun en Milan, y en vuestra casa.

—¡Conde! ¡conde! echó á gritar Ermelinda saltando en pié y corriendo toda afanada hácia su marido: ¿sabeis que no están aquí?

—¿Quién?

—Los esposos Bice y Ottorino; dice que no los ha visto, y señalaba al castellano, que aturdido tambien por el súbito terror de la señora, permanecia inmóbil sin saber qué decirse ni qué hacerse.

—¿Qué, qué? pronunció el conde balbuciente, ¿qué decís, castellano? ¿que no están aquí? ¿que no los habeis visto?

—Ciertamente no, yo los hacia en Milan.

—¿Mas no llegaron á Castelleto el sábado de la semana pasada?

—¡Jesus! no señor, ni el sábado ni nunca.

—¿Y no recibísteis ningun aviso? ¿algun correo, algun?....

—Nada, digo que nada.

—¡Es posible!.... si fuesen.... Pero no, de todos modos, un aviso siempre lo hubieran dado... ademas, tenian tantas cosas que arreglar para el viaje....

—¡Ah, qué habrán tenido alguna desgracia! esclamó Ermelinda, habrán caido en manos de salteadores....

—Mi señora, interrumpió el castellano, en cuanto á esto descansad sobre mi palabra, el pais es seguro, tan seguro que un caballero puede recorrerlo de dia y de noche con la pierna sobre el cuello de su palafren (era frase de aquellos tiempos para

significar que no habia peligro de enemigos ni de ladrones), y luego, añadia el conde, no iban solos: una doncella de la novia, un escudero de Ottorino y dos guardias que yo les dí; conque venian á ser dos mujeres y cuatro hombres, cuatro hombres capaces de apostárselas con dos tantos mas.

—¿Pues bien, dónde estarán? ¿dónde pueden estar? insistia angustiadamente Ermelinda.

—Yo hablaba solo, respondia el marido, para haceros entender que no debiais correr desde luego á pensar lo peor; por lo demas, Dios lo sabe dónde estarán.... Seis personas, ya veis que no son cosa de desaparecer así, como el humo.

—¿Y no pueden haber peligrado en Ticino? insistia la señora.

—Oh, no, de ningun modo, en esta estacion no hay avenidas; á mas de que se hubiera oido decir algo: ¿no es así castellano?

—¡Oh!.... ¡oh!.... ¡oh!.... respondió éste arrastrando la voz y encogiéndose de hombros. Parecia que nada le ocurriese que añadir; pero volviendo la vista á la condesa la halló tan consternada por la duda, que al objeto de animarla prosiguió:

—Oh, seguramente, así me parece, peligrado no, se hubiera oido decir.

Entretanto se habia hecho numeroso el concurso en el pórtico, y feliz el que á fuerza de porrazos y empellones podia adelantar hasta colocarse debajo de una ventana que daba á la sala, para subir de

allí sobre los hombros de otro, y ver un momento á los señores.

Unos decian que los recien llegados eran los novios; otros aseguraban que los novios estaban aun en camino, y todos querian cerciorarse de la verdad con sus propios ojos, pero la verdad nunca se descubria bien, pues los habia, que habiendo visto á Ermelinda por la primera vez al traves de las vidrieras, tan de paso, y metida entre otras personas, se obstinaban en sostener que no era la madre de la novia, sino la misma novia en persona, y movian grande contienda entre el sí y el no; uno gritaba: ¡viva el conde y la condesa del Balzo! otro, ¡viva Ottorino! ¡viva Bice! ¡vivan los esposos!

Ermelinda, contristada, trastornada por aquella festiva algazara, rogó al castellano que despidiese toda la gente. Salió él á dar la órden, y en un momento todos los vasallos hicieron su camino; unos perdiéndose debajo de los pórticos por los corredores y patios internos, otros hácia la parte esterior, y no quedaron sino los juglares que venian á ser una docena. Estos, aunque habian sido alojados y abundantemente mantenidos todo el tiempo que se detuvieran allí aguardando á los novios, no por ello tenian traza de quererse marchar con las manos vacías, y esperaban ser despedidos al uso del siglo, con algun regalo.

El castellano mandó traer los regalos prevenidos, y los distribuyó á proporcion de la habilidad de cada uno.

Uno solo entre tantos no quiso aceptar el regalo.

—No es, decia, que esté yo menos roto de vestidos ni menos agotado de pecunia que mis nobles cofrades, que me levante los cascos la soberbia y las gerarquías, no; pero no salgo de aquí sin haber visto la cara del amo; lo que me den, lo quiero de su mano.

—El amo no está, le dijo bruscamente el castellano, si lo quieres píllalo, y le bailaba delante del rostro un capuz forrado de pieles, que era el regalo destinado, si no lo quieres vete.

—¡Cómo! ¿Ottorino no está? insistia el juglar sin dar muestra de querer abandonar sus trece; ¿quién era pues el señor que ha llegado á caballo y que yo mismo he visto de lejos?

—Es el conde del Balzo.

—Bien, condúceme á su presencia, pues es conocido mio; dile que soy Tremacoldo, y que tengo aquí un no sé qué....

Mientras el castellano despedia á los vasallos y distribuia los regalos á los juglares, el conde y la condesa habian despedido tambien á todos los molestos testigos, y quedado solos. Confusos y aturdidos como estaban, se iban haciendo mutuamente mil preguntas, á las cuales ya sabia el preguntante que el interrogado no podia satisfacer; pero se las hacian, mezclaban mil dudas, mil proyectos sin resolverse á ninguno. Finalmente, Ermelinda, ocurriéndole una buena idea:

—¿Quién sabe, dijo, si entre tanta gente habria alguno que pudiese darnos alguna luz?

—Decís bien, respondió el conde, voy corriendo á avisar que lo pregunten antes que hayan despejado del todo.

Salió efectivamente al pórtico á preguntar por el castellano, y le encontró repartiéndolas con Tremacoldo, que no queria dejarle. Apenas el bufon hubo visto al conde del Balzo, le salió al encuentro; y quitándose el gorro, cuyos cascabeles repicó con un sacudimiento, hizo una cortesía á lo juglar mezclada de obsequio y mofa.

—A propósito, empezó, estaba disputando aquí con este gato, pues que queria echarme como si fuese un guiton, mas yo que he venido adrede por haber oido decir que Ottorino....

—¿Qué? ¿sabes algo de él? aquí, aquí, entremos aquí dentro.

Dijo presuroso el conde, y tomando á Tremacoldo de la mano, le introdujo consigo en la sala. Volvióse á Ermelinda, diciendo:

—Este hombre sabe algo de los nuestros.

La condesa corrió al juglar, solicitándole,—decid, decid! ¿qué sabeis? ¿los habeis visto? ¿habeis oido hablar de ellos?

—¿Pero de quiénes? ¿Qué sucede? respondió Tremacoldo muy maravillado del afan con que le aturdian.

—Digo si habeis visto á Bice y Ottorino, repetia precipitadamente la madre.

—No, vistos, no.

—¿Y habeis oido decir algo?

—Sí, he oido decir que aun no han llegado á Castelleto, con que pensé entre mí, durará la mesa franca, y me vine: algo tarde es verdad, pero....

—¿Y qué se decia en Sesto?

—Nada, ¿qué queréis?... Como iba diciendo, y por el camino he compuesto una cancion para estas bodas.

—¿Pero no habia nadie que les hubiese visto, que hubiese oido hablar de ellos?

—Nadie, y siguiendo mi discurso, este matrimonio ya le pronostiqué yo en Bellano; ved si tenia razon mejor que otro cualquiera para componerle la cancion que he compuesto, y aquí está.

Diciendo esto echó la capa atras, puso mano en el seno, y sacó un papel que ofreció airosamente á Ermelinda; mas con tal postura descubrió todo el costado izquierdo, de manera que el conde, allí inmediato, vió brillar el mango de un puñalito que Tremacoldo llevaba en el cinto, y reconoció el puñal de uno de los dos escuderos que diera para escoltar á los novios.

—¿De dónde has adquirido este puñal? le preguntó espantado.

—¿Qué puñal?

—¡El que llevas ahí!

—Sacóle el juglar, y lo puso en manos del conde, respondiendo:

—Ayer lo compré á un armero de Gallarate.

—¿Qué es? ¿qué es? preguntaba Ermelinda.

—Es el puñal de Ricardito, esclamó el conde, á cuyas palabras la señora se quedó como muerta y empezó á temblar.

—Estoy viendo, decia el juglar para sí, que me he metido en algun embrollo, quizás costoso de sacar el pié; arrimóse poco á poco á la puerta de la sala, vió su caballo corriente atado á una pilastra del pórtico, la puerta abierta de par en par, el puente bajo, y estaba para escurrirse; mas luego dijo: No, Tremacoldo puede pasear con la cabeza erguida por do quiera, no quiero que se me sospeche de haber tenido parte en alguna bellaquería, no me meneo de aquí, y quiero ponerlo en claro.

Embestido el juglar con un torrente de preguntas, no sabia responder mas que lo ya dicho, pero de tantas preguntas llegó á colegir el asunto de aquel embrollo que al principio le volvia loco. Entendió tratarse nada menos que de la desaparicion de Ottorino y su esposa, y la comitiva, en la cual vino á comprender que estaba tambien Lupo. Conmovido por el dolor de los desgraciados padres, agradecido á las generosidades de Ottorino y Lupo, atraido por cierto deseo de aventuras tan poderoso en aquel siglo, mayormente si estaba complicada una hermosura, como en nuestro caso, resolvió seguir el hilo sutil cuyo cabo tenia en la mano, para buscar á los desaparecidos, y aclarar si fuese posible, todo el misterio. Manifestó á Ermelinda y al conde tan generosa resolucion, con tanta voluntad é interes, que les enterneció á ambos.

El conde, despues de agradecerle la oferta con espresiones del mas vivo reconocimiento, le dijo: ¿Y no seria bueno que llevases contigo alguno de mis servidores? Ambrosio, si te parece, es el padre de Lupo y de una doncella de Bice perdida tambien con ellos, es hombre discreto y valiente, y puedes figurarte si desea el descubrimiento.

—No, no, respondió el juglar, esos no son enredos para más de uno, y con un criado vuestro, peor que peor; yo, yo, y cuando tenga algo que comunicaros, ¿dónde os podré hallar?

—Vos mismo, respondió Ermelinda. No saldremos de Castelleto en tres dias sin contar hoy, si Dios nos hace la gracia que podais darnos alguna noticia, aquí la recibiremos pronto, y si fuese inútil vuestro cuidado y pudiésemos lograr mas pronto consuelo! Mas si nos quiere sujetar á mas larga prueba, despues de dicho término nos hallaréis en Milan. Escuchad, buen hombre, ya sé que al hacer tal obra de caridad no os proponeis otra recompensa; sin embargo, aceptad la promesa que os hago; en adelante no tendréis que ganar el pan con vuestro laúd. Lo agradezco, respondió el juglar, mas..... ¿qué importa? Dígolo de corazon, diera de buena gana, no el pan que gano con el instrumento, sino el instrumento mismo aunque le quiero como á un hermano, y ademas diera el dedo con que le toco, por veros contenta.

—Dios os lo premie.

—Por lo demas, es fortuna poder emplear mi

laúd en una obra de misericordia antes de trocarle por el salterio como espero hacerlo pronto, y quién sabe si seréis vos quien me agencie esa transformacion.

—El juglar es clérigo, dijo entonces el conde para esplicar aquellas palabras que ella no entendiera; ahora, alzándose el interdicto abandonará este oficio y querrá volver á su beneficio perdido, y espera que le protejais para con el legado vuestro tio.

—Preciso, dijo Tremacoldo, parece que estais en mi cabeza; pero basta, añadió, mientras me dura el oficio quiero ejercerlo con garbo y gracia, alegría, pues. ¡Qué diablo! ¿dónde se ha visto que un bufon se meta así á bachiller, y hable piamente como un franciscano, cuanto más como un canónigo? Es una vergüenza, es un insulto al gorro y al laúd.

—Hizo una cortesía y se marchó cantando:

Ministril es cortesano,
Todo canto y alegría,
Cuando á la muerte cercano,
Se rie de la agonía:
Festivo y siempre jucundo
Aunque se cayera el mundo.

Siguióle el conde, y alcanzándole en el pórtico, le puso una mano sobre el hombro, y le dijo:

—Escucha, Tremacoldo, mientras trabajes por nosotros necesitarás.... es claro.... no eres rico, y

no hay para qué desecharlo, y queria meterle en el seno un bolsillo bien provisto; mas dando atras dos pasos y escondiendo las manos decia:

—No, hoy nada tomo, es decir, no por ser hoy, por este motivo nada quiero.

—Si en vez de dinero prefieres....

—Ni dinero, ni nada; mirad si soy rico; aun tengo un trozo de la cadena que me regaló Ottorino, y se la mostraba colgada del cuello, si no tuviese otra cosa, un anillo cada dia y grandemente: con que ya veis que tengo pagado el hornero para mucho tiempo.

—Dicho esto saltó á caballo, que era el ganado ó mejor el regalado por Arnaldo Vitale en aquella corrida de quintana, arreó hácia el puente, y volviendo á la copla interrumpida, fué cantando:

Jóvenes enamorados
Y viejas de todo el orbe
Que los sesos dais prestados
Al cáncer que se los sorbe,
Ricos y con buen dinero,
Venid todos que os espero.

Cura el laúd del juglar
La lombriz, á los chiquillos,
Y es de virtud singular
Contra celos y bolsillos.
Ricos y con buen dinero,
Venid todos que os espero.

Salió por la puerta, dobló un rebellin, y no se le pudo oir mas. Pasados tres dias sin haber tenido noticia alguna, nuestros pobres angustiados regresaron á Milan: pero entretanto Tremacoldo no se durmiera en las pajas. Lo primero que hizo fué irse en derechura á la tienda del armero que le habia vendido el puñal, y so pretesto de quererle comprar una armadura entera para un caballero, rodando la conversacion se le fué llevando á una taberna. Allí vaciaron un frasco en buena compañía, y cuando le tuvo algo chispado y con flujo de charlar, empezó muy de lejos y haciéndose siempre el ignorante, empezó, digo, á torearle y buscarle la lengua, hasta que le puso en el caso de vaciar cuanto tenia dentro, á desembuchar como suele decirse.

El armero tuviera que vender aquel puñal y algunas otras chucherías, por encargo de un pariente suyo, vasallo y administrador de ciertas monjas de Riscaldina, y al tal pariente le habian tocado por su parte en el botin de no sé qué caballeros asaltados una noche. El paradero de los prisioneros no podia decirle porque no lo sabia.

Con tales indicios, Tremacoldo hubiera querido correr en seguida á continuar el descubrimiento, pero ¿cómo presentarse al administrador? ¿cómo entrarle en materia sin darle sospechas? Entretuvo, pues, al armero toda la semana con el contrato, figurándole siempre que queria cerrarlo, y haciéndole pasar de hoy á mañana hasta llegar al domin-

go. Era la fiesta del lugar; habria juegos, funciones, solemnidad, grande confluencia de gentes de toda la comarca, venia á ser el natural elemento de un juglar, pues donde habia broma y concurso allí era su casa. El sábado, nuestro Tremacoldo con su laúd al cuello, fué á buscar al armero, y ambos echaron á andar. Por el camino supo caer en gracia del armero halagándole y haciéndole aquellas caricias que debian tocarle mas al corazon. El embobado le ofreció la casa de su pariente, y él, despues de hacerse algo de rogar, aceptó el convite. El administrador de las monjas, al cual el armero presentó el juglar como un su convidado y amigo, tuvo grande placer en alojarle. Por la tarde Tremacoldo cantó, tocó el laúd, hizo mil juegos y mil monadas nunca vistas para aquella tertulia. Por la noche durmió allí, y de mañana, como si nada fuese, salió á ejercer su oficio en la feria. Volvió á la hora de comer, halló convidados seis ó siete hombres de armas, y acertadamente calculó que serian los cómplices de su huésped en el negocio que tanto deseaba descubrir. Alerta que ahora estamos á lo mejor.

Siéntanse á la mesa, beben, brindan, gritan y alborotan: Tremacoldo siempre en acecho atiende á todo, observa todas las conversaciones, todas las palabras, todas las acciones; ¡pero nada! Es preciso venir á un desenlace ó desistir.

Hé aquí que por último cubierto, presentan en la mesa un pavo asado. Era plato reservado á los

banquetes caballerescos, pero el administrador, en confianza con amigos y parientes, el dia de la fiesta no escrupulizaba aquel contrabando en obsequio de sus huéspedes.

A mí, dijo Tremacoldo, al juglar toca trinchar el pavo; que nosotros, aunque no somos caballeros, gozamos los privilegios de la caballería, y al decir esto, sacó del cinto el puñal recien adquirido, y lo plantó en el cuerpo del noble animal, como para tomar posesion de él que estaba de cuerpo presente en medio de la mesa. Sobre aquella arma se fijaron los ojos de todos los convidados, al brillo del mango de plata, guarnecido de adornos dorados, y del pedazo de hoja no clavado en la carne; los soldados se miraron uno á otro, y hubo quien dijo en voz clara:

—Ello por ello.

Entonces el amo de casa, haciendo del ojo al que le estaba al frente, á propósito, dijo, ¿qué se ha hecho de los dos pájaros?

—El montañés, respondió el preguntado, aun le tenemos enjaulado aquí en el fuerte, al otro se le ha mudado de jaula, pero pienso que no le durará mucho el canto.

Entiendo, dijo Tremacoldo entre sí, pero no hizo demostracion alguna.

Acabada la comida y alzadas las mesas, los soldados convidaron al huésped y demas concurrentes á beber con ellos un frasco en el castillo que no distaba un tiro de piedra. Fueron allá todos, y el

juglar hizo tantas habilidades con el laúd y con la voz, trovó romances, canciones y motes tan alegres, tan desenvueltos, tan locos, que conquistó el corazon de todos; y cuando por la noche quiso marcharse, le hicieron prometer que volveria el domingo próximo, pues en el castillo siempre habia algo de fiesta y se corria la quintana. Quedaron así convenidos, mas él antes de salir, oliendo y atizbando por todas partes, pillando media palabra de éste y media de aquel, pudo cerciorarse de que Lupo estaba allí encerrado en un calabozo que daba sobre el foso á la parte de cierzo.

Llega la noche, y el juglar, embozado en su capa, ronda por las inmediaciones del fuerte: observa, espía todo el contorno, todo está despejado, sale á la esplanada, dirígese á la ventanilla, se hace oir de Lupo, y le manifiesta su intento de libertarle. La ventana está defendida por dos gruesas rejas de fierro, la pared es maciza y gruesa y no deja arbitrio.

—La puerta del calabozo no es tan desesperada, decia Lupo, que no permita arrancar una tabla, desbotar la cerradura, y salir de algun modo; pero ¿y despues? como si nada hubiese hecho, pues en saliendo de aquí me encontraré en el castillo, con los puentes alzados y las puertas siempre guardadas.

—Para esto ya discurriré yo algun remedio, respondió el juglar, y le hizo entender que el domingo siguiente debia volver, pero que antes iria á verle.

Estudia, discurre, combina Tremacoldo. Mandó hacer dos trajes de bufon perfectamente iguales, con ciertos gorros estravagantes que tenian debajo una redecilla de seda muy espesa, y podia bajarse sobre la cara ejerciendo las funciones de visera. Nadie estrañaba cuanto se pusiesen de ridículo unas personas dedicadas á hacer reir las concurrencias.

En la víspera del domingo, toma Tremacoldo debajo del brazo uno de los dos vestidos y uno de los gorros, dirígese al calabozo de Lupo, llega á la esplanada, y á favor de una estaca, le introduce por la reja todas sus piezas, esplicándole cuanto debia hacer. Se ponen de acuerdo, miden el lugar y el tiempo, establecen sus señas, y ¡buenas noches!

Estamos ya en la mañana del domingo. El juglar llega al castillo vestido de nuevo con un gorro de caprichosa figura, y todos le rodean á festejarle. Él toca, baila, canta, hace mil gestos, se baja sobre el rostro la consabida redecilla, se la levanta, la vuelve á bajar riendo siempre y diciendo mil chistes. Llegó finalmente la hora de correr la quintana, los soldados del castillo se prueban á competencia con los hombres de armas de una fortaleza vecina, y despues de algunos golpes, hé aquí que Tremacoldo se dirige al mas esforzado, proponiéndole correr con él un par de lanzas, apostando cada uno su caballo para el vencedor.

—¡Oh! amigo, le dijo con una voz de trueno el desafiado, que era un moceton negro, velludo y feo como un demonio; no pienses salirte luego con una

majadería de las tuyas, como hiciste allá en Milan el dia del torneo, pues no hallarás al tonto que hallaste entonces.

—¡Toma! necesidad tenias de decírmelo, respondió el bufon.

—La cuba no puede dar mas vino que el que tiene: ¿quién se ha propuesto nunca sacar sangre de un nabo, ni hallar la gentileza de un caballero en el pellejo de un pollino?

Todos rieron de la pulla, menos el animal á quien iba dirigida, el cual, revolviendo los ojos, echó una feroz mirada al bufon; mas éste, sin darse por entendido, se le acercó, y con una risa burlona le dijo:

—Oye, dulce prenda, tienes un caballo mas grande, mi lindo Cecino es mas galante.

—Es verdad, es verdad, dijo uno de los gefes.

—Venga otro caballo para Tremacoldo, y vaya el suyo al pesebre, donde estará secuestrado á disposicion de los jueces de la quintana.

Sacaron un magnífico bayo que era el de Ottorino.

—Ahora bien, dijo el juglar, no hay qué decir; y remedando con locas contorsiones el ademan de un caballero que cala la celada, se echó al rostro la red, y gritó que se diese la señal.

Sonó una trompeta que se hizo oir en todo el castillo, y llegó al oido de un sugeto en quien nadie pensaba sino el juglar, y que á tal sonido, sintió darle saltos el corazon. El desafiado anima las riendas, mete espuelas, devora el terreno y hiere al medio del blanco.

Mientras se le victorea con ¡bravos! vuelve á su puesto, da otra vez carrera á su caballo, asesta la lanza á la visera del sarraceno, y lo coge de lleno. Nuevas aclamaciones, nuevos vivas.

Toca á Tremacoldo, ¿dónde está? ¿dónde está Tremacoldo? no se ve; un muchacho tiene de la rienda el caballo destinado para él, mas él no parece.

—¡Tremacoldo! ¡Tremacoldo! ¿dónde se habrá metido? Será otra bufonada de las suyas. Ya lo he dicho que el desafio no seria sincero, mas á buena cuenta aquí tenemos su caballo. ¡Tremacoldo! ¡Tremacoldo!

Bajar á saltos la escalera, brincar sobre el palafren, empuñar la lanza, precipitarse sobre la quintana, herirla, hacer astillas el palo sobre que está clavada, y derribar por tierra toda la máquina, fué obra de un momento. El juglar, ó, para no andar mas en misterios con nuestros lectores que no habrán dejado de adivinarlo, Lupo, vestido exactamente como el juglar, con su buena redecilla sobre el rostro, habia dado aquel insigne golpe, y mientras suben al cielo los gritos y los aplausos, en un abrir y cerrar de ojos, revuelve el caballo, atraviesa el patio, pasa el corredor y puente levadizo, y va que el viento no le alcanza. La gente corre hácia fuera, y le ve tomar el camino derecho á todo correr.

—¡Tremacoldo! ¡Tremacoldo! ¡el caballo es tuyo, has ganado!

Mas él sigue al galope que le llevan los diablos. Cada uno dice la suya.

—Cree que ha perdido la apuesta, y huye para no pagarla.

—¡Sí, ya baja! ¡mira si el juglar no sabrá mejor que nosotros, que derribar el blanco es el mejor golpe de todos!

—¿Pues qué será? ¿qué será?

—Será alguna treta suya para mofarse de aquel animal salvaje, que pensaba que él hubiera tenido miedo á una cara feota: querrá divertir el concurso á costas de éste.

—¿Quieres decir que volverá?

—¿No ha de volver? ¿ha de dejar aquí su caballo, eh? ¡Si volverá, dice!

Mientras el falso Tremacoldo iba á buen galope, el verdadero Tremacoldo estaba oculto en el castillo. ¿Y cómo salir sin que descubran la farsa? Dejadle hacer, que ya lo ha previsto, ya lo ha prevenido todo.

A mas de la puerta principal tenia el castillo una poterna de socorro que salia á un segundo patio, donde estaban las caballerizas, y sobre ésta habia el juglar ideado su plan. Apenas arreglado el desafio, cogió aparte el guardian de aquella puerta, y diciéndole que iba de burlas, como ya podia presumir, le persuadiera á abrírsela y tenerle allí preparado su caballo, haciéndole entender, que queria salir secretamente y entrar luego de improviso por la puerta principal, para una cierta broma que...

basta, es un juego de moriscos, todo de risa. El compadre, de buen humor y bonazo, no le faltó en un ápice: abrió, dió él mismo un empuje al bufon para ayudarle á montar, volvió á cerrar poco á poco, y corrió al patio principal á esperar que volviese; mas no habia alma viviente, todos estaban afuera en la esplanada mirando á Lupo, que vestido como Tremacoldo y exactamente parecido, corria como el viento. Llegó el babarron á tiempo de poderle aún atizbar de lejos la espalda, y dijo entre sí:

—¿Cómo es eso? ¡Acabo ahora de sacarle, y está tan lejos! ¡Si tendrá el diablo en el cuerpo! ¿Qué tramoya es esta?

Lupo, á todo escape, vía recta, Tremacoldo, al traves por bosques y barrancos, se reunieron al anochecer en Milan en casa del conde del Balzo.

Figuraos cuál quedaron afrentados y pesarosos los bribones del castillo al notar que el juglar no volvia, que el calabozo estaba desocupado, y que les habian quitado el mejor caballo de sus cuadras, considerando para consuelo, el temporal que sobre sus cabezas levantaria el avinagrado amo, al saber tan linda aventura.

XXVI.

Resolucion de Ermelinda.---Lodrisio en Rosate.---Disputa con Pelagrua.---Canto de Tremacoldo.

La buena pieza de Lupo habia escapado ya de tantas y tan buenas, sus padres habian temblado por él tantas veces, tantas veces habian gozado el dulce consuelo de verle salir enteramente salvo de arriesgadas y mortales fechorías, que en verdad parece que deberian haber endurecido con la costumbre; pero no es así, ni piense el lector que esta vez el recibimiento fuese menos cordial que las anteriores. Mas el alborozo de los primeros momentos pronto fué contristado por el recuerdo de la pobre Laureta, de la cual ni Lupo podia dar razon, ni sus padres la menor noticia.

Ermelinda y el conde hicieron repetir al recien libertado todos los pormenores de aquella estraña aventura, en la cual es claro que se halló envuelto como parte secundaria; pero bien poco podia satisfacerles, pues desde que dejara á Bice en Gallarate para ir á Seprio, nada sabia de los desaparecidos. Cogido él mismo á traicion por una cuadrilla de hombres armados, antes de llegar al castillo le habian vendado los ojos, conducido así un buen rato, y finalmente, sepultado en el calabozo de donde lo sacó Tremacoldo.

Todo era misterio, y solo parecia despuntar algun rayo luminoso de la carta de Márcos, por la cual corriera Ottorino á Castel Seprio. Bien es verdad que aquella firma podia ser suplantada por el autor de la trama dirigida á separar los esposos.

Así opinaba Lupo, y el conde, que al oir el nombre de Márcos se habia todo trastornado, admitió aquella esplicacion con la cobarde ansia de un espantado que necesita recobrarse de cualquier modo: mas Ermelinda, que sabia los sentimientos de Márcos hácia Bice, no pudo persuadírselo, y opinó y aun tuvo por cierto que él la habia hecho robar. No quiso empero manifestárselo al marido para no esponerse á que la estorbase con sus miedos, con sus cobardes aprehensiones el camino que se proponia recorrer para llegar á buen término.

Hizo pues llamar á Lupo á su aposento muy secretamente, y le dijo:

—Escúchame, tengo que confiarte una comision muy grave y delicada: ¿querrás encargarte de ella por tus antiguos amos? Nadie como tú me inspira seguridad y confianza.

—¡Oh! ¿qué decís, mi señora? respondia Lupo todo conmovido, y al mismo tiempo algo mortificado por aquel aire de duda y de ruego con que le hablaba la condesa.

—¿No soy yo siempre vuestro Lupo, vuestro criado? El primer pan que he comido, ¿no lo he comido en vuestra casa? Mi padre, mi madre, mi pobre

hermana, ¿no han dormido siempre bajo vuestro techo, vestidos, mantenidos por vos?

—Vamos, ¿á qué recordar ahora?....

—Sí, señora, que quiero recordarlo, y no creais que mal andando como me veis, lo haya olvidado un solo momento: y luego, sin ir mas lejos, esta vida que tengo no me la alcanzó de Márcos vuestro noble esposo, movido principalmente por vuestros ruegos y por los ruegos de aquel ángel.... detúvose advirtiendo la conmocion que aquel nombre iba á causar en el corazon de la angustiada madre, la cual, enjugándose los ojos, respondia:

—Lo sé que eres bueno, lo sé.

—¿Bueno decis? Seria un bien miserable y desalmado bribon. Vamos, pues, mi señora, hacedme esta gracia, decidme en qué habeis pensado emplearme, así fuese mi poder como mi fidelidad.

—Quiero enviarte hasta Luca á llevar á Márcos una carta mia.

—¿Y esto es todo? respondió Lupo, ¡presentarme á Márcos! no sé lo que hubiera pagado para hallar semejante ocasion.

—Escucha, Lupo, bien sé yo que, si no ha variado estrañamente de lo que era antes, ¿qué digo? si no ha perdido enteramente su primitivo ser, no corres el menor riesgo....

—Perdonad, señora, perdonad, ¡estas cosas ni pensarlas! ¡presumir que yo pueda sospechar de Márcos! ¡de aquel hombre que es la gentileza del mundo! sabed que si como soy el pobre diablo que

todos saben, fuese, vamos al decir, un gran baron, un príncipe, un rey, y al mismo tiempo su mayor enemigo, digamos, no me empacharia de poner la cabeza en sus rodillas y dormir tranquilo y seguro como entre dos almohadas. Aun mas, oid otra cosa: será si quereis una estravagancia, pero es tanto el amor y la devocion que le tengo, que si él quisiera matarme, ved qué locura, no podria disgustarme, todavía creyera sacrificar bien mi vida, y tambien, que fuera de darla por la fe, como se dice, no sabria imaginar cosa mejor.

—¿Conque irás?

—¡Y de qué gana! ¡me parecen mil años lo que tardo en marchar!

—Lo que me da algun cuidado, decia Ermelinda, es que los que pueden tener interes en impedirte el viaje, no te ganen de mano para jugarte alguna mala pieza en el camino.

—Pues hacerlo aprisa y en silencio, concluia Lupo, que no tengan tiempo de prevenirse, y luego aunque.... hago cuenta que allí estaré yo, y zorra que ha dejado la cola en la trampa, trabajo les mando si quieren pillarla otra vez.

—Toma la carta, dijo la condesa, convengo en que lo mejor es la prontitud en tales casos.

—Venga, respondió Lupo, bajo á comer dos bocados aprisa y corriendo, á saludar á padre y madre, y en seguida marcho.

—Adios, mi buen Lupo, dijo la condesa, Dios vaya contigo; mas volviéndole á llamar en seguida dijo:

—Y si durante tu viaje el juglar viniese á descubrir algo, despacharé inmediatamente un correo para avisarte. Ya sabes, ¿no es verdad? que Tremacoldo me ha prometido, que irá rondando é inquiriendo para averiguar dónde paran.

—Lo sé, lo sé bien, quedamos en esto.... Quisiera deciros una cosa antes de dejaros.

—Habla, habla con confianza.

—Queria deciros, que si acaso.... sí.... pero no es necesario, ya os están bastante recomendados por sí mismos.... ademas, sois tan caritativa con todos, hasta con los que solo os atañen como prójimos.... vamos, no se me ofrece otra cosa, y diciendo esto se fué á practicar cuanto habia indicado.

Al salir de la puerta para ponerse en camino, tropezó con Lodrisio, que pasaba á caballo escoltado de dos escuderos. Conociale Lupo, y sabia que no obstante el antiguo odio con Ottorino, ninguno de los dos se habia salido de aquellos tratos, que como todos sabemos, á veces son residuos de amistad; con que quitándose el gorro, saludó al pariente de su amo, y siguió su camino adelante, sin reparar en un repentino y estraño movimiento de asombro que hizo el otro al verle, y distando mucho de sospechar, que un cuidado bien diferente, aunque sobre una misma persona, ocupaba en aquel momento su ánimo y el del odioso caballero, y dirigia los pasos de uno y otro por camino opuesto al que se proponian.

Dejemos andar á Lupo, para seguir al otro, que habiendo recibido la víspera una carta de Pelagrua, se encaminaba al castillo de Rosate á conferenciar con el cómplice sobre sus negocios comunes.

Lodrisio, pasado el primer movimiento de admiracion, causada por la vista de su prisionero, que contaba bien lejos de Milan, y en otra condicion que la de caminante, dijo algunas palabras al oido de su escudero, el cual haciendo que sí con la cabeza quedóse atras.

—¿Qué mágico, qué hechicera ó qué diablo del infierno ha traido sobre sus cuernos á ese condenado? decia para sí el dolorido caballero, apresurando su caballo por el camino de Rosate; ¿que nada me haya de salir bien? ¡siempre en derrota! ¡todo al reves! ¡pícara estrella! ¡maldita influencia que me dominas en esta sazon! ¿Dónde podia ir aquel desalmado en traje de camino? ¿quizás á sus montañas?.... Aun aquellos villanos me tienen pendiente no sé qué deuda; pero vendrá el dia en que ajustaremos cuentas, y de una vez me las pagarán todas....

El escudero que acompañaba á Lodrisio, viéndole mal humorado, con una cara avinagrada y venenosa, no se atrevia á soltar palabra, le iba siguiendo quieto, quieto, observándole de reojo, como perro de basurero, que con el hocico bajo y la cola pegada á la barriga va detras del amo que acaba de calentarle las costillas.

El caballero, metiendo espuelas, seguia repasan-

do allá en sus adentros todas las tristes ideas que en aquel punto le atormentaban: Márcos, Bice, Ottorino, cómo reparar por una parte, cómo proveer por otra; de suerte que llegó á Rosate sin haber despegado los labios.

Entróse con Pelagrua á un aposento retirado.

—¿Y bien, le preguntó, ha llegado el último correo de Luca?

—Ha llegado, y ved aquí las cartas de Márcos, respondió el castellano, alargándole un pliego. Le abrió, sentóse, estuvo un buen rato leyendo en silencio, y el otro allí de pié con el gorro en la mano. En acabando, Lodrisio rodeó la cabeza, encogió los hombros y dijo:

—Como siempre, con los alemanes mal, con los luqueses peor. Aquellos, pozos sin fondo, que no los llenaria el Pó en su mayor creciente; éstos, áridos, miserables, que no darian un comino para rescatar el pellejo de manos del turco ó del demonio. Los unos, que aullan exigiendo; los otros que rechinan rehusando, y él en medio, á dar un golpe en el aro y otro en la cuba, hoy haciendo poner un soldado en el cepo, mañana haciendo ahorcar á un ciudadano; jugar al columpio, y acabar luego por hacerse odiar de ambos partidos. En suma, dice que está de ello tan molido, tan harto, tan fastidiado y tan revuelto, que quiere resolverse á lo que no se ha doblegado hasta ahora, vender la señoría á los florentinos, y de cualquier modo sacar las manos de una pasta tan mal amasada.

—Si esto sucede, decia Pelagrua, tendrá á fortuna el poderse engolfar de nuevo en los negocios de aquí.

—Seguramente, y aquel otro hilo con que contábamos tenerle amarrado, ya estoy viendo que será por demas.

—¿Por demas? replicaba el castellano, royéndose la uña del dedo meñique, ¡pluguiera á Dios que no fuese sino por demas! Tengo mucho miedo, mucho, de que esta ninfa nos embrolle la baraja, de suerte que no nos deje mas tener buen juego.

—¿Y de dónde sacas este necio miedo?

—Lo saco de esto, que Márcos, á quien hice apuntar alguna palabrilla muy de lejos, sobre el caso de la consabida, para irle preparando á saberlo todo como es; ¿qué os parece?

—¿Qué? ¿no se aviene?

—¡Maldito! ¡otro que avenirse! ha querido tragar vivo al pobre de mi correo, y luego me escribe, que debo respetar á la muchacha y á Ottorino, y que no debo meterme en otra cosa. ¿Si los negocios le habrán curado del amor?

—¡Mejor! si se le ha desvanecido la locura, se ocupará más de propósito en las cosas graves é importantes á sus intereses, que ya ves, al fin del cuento son tambien los nuestros.

—Entiendo, entiendo; pero entretanto, ¿cómo he de manejarme con esa muñeca?

—Como convenimos, ó de bien á bien ó por fuerza hacerla consentir en complacer á Márcos: ¿crees

que cuando él llegue y la encuentre buena y sazonada, ya suya, ¿no te lo ha de agradecer? y aun dando por supuesto que le hayan menguado los primeros ardores.

—¡Dios me la depare buena! ¡Oh, no sabeis con qué lindo genio he de habérmelas! Figuraos: ya hace veinte dias que está aquí, y todavía estamos en que cree hallarse en Castelleto, y nunca he podido arriesgarme....

—¡Estamos aviados! ¡Así te llevara el diablo!

—Pero cómo....

—Eh, cuando has visto que con dulzura nada adelantabas, mudar de registro: parece que nunca hayas visto mujeres.

—Os digo que se altera por nada.

—Dejarla que cante, y avanzar á prisa.

—Pronto está dicho; mas era menester presenciarlo. A los cuatro dias de estar en el castillo, le entró una calentura maligna que pensé que se la llevaba al otro barrio: á cada momento veia llegada su hora. ¡Si se me hubiese muerto de veras, mirad qué embrollo! Ademas, se debia atender á la otra que está con ella.

—¿La criada quieres decir? ¡Gran cosa que pensar! enviarla á tener compañía á su ama para que no tuviese miedo de dormir sola.... ¿En fin, y de qué modo se recobró?

—Se recobró en virtud de una carta del enamorado que hice llegar á sus manos.

—¿Una carta de Ottorino? preguntó Lodrisio en ademan turbado y dudoso.

—De Ottorino, si.... pero bien, no os enfadeis, que el Ottorino soy yo.

—¿Tú escribiste la carta?

—Yo la escribí é imité la letra.

—¿Y qué la decias?

—Primeramente debia comenzar por darle cuenta de la tardanza, ¿no es verdad? A mí para embaucarla: que Márcos me ha recibido con grande afecto, que quiere enviarme á Toscana y no me deja un momento libre de dia ni de noche, que por ahora no me atrevo á declararle nuestro matrimonio, pues no le hallo todavía enteramente dispuesto; pero que antes de mucho, cuando le haya hecho un grande servicio que no sé, espero reducirle á la razon: en fin, mil patrañas por este estilo, guisadas con los acostumbrados requiebros y ternezas de enamoradillos, azucaradas con juramentos, palabritas y deliquios, ¡corazon mio! ¡dulce esperanza! ¡amor mio! y todas aquellas necedades al final que ensartan esos perfumados cupidillos que deleitan y derriten á una damisela amartelada.

Lodrisio soltó una grande carcajada, y añadió:

—¿Y ella se lo ha sorbido sin sospechar?

—De esto yo respondo, dijo el castellano, si la letra hubiese tropezado en manos de Ottorino mismo, apuesto la cabeza á que la tuviera por suya.

—¿Y despues?

—Despues, ella contesta, y Ottorino replica, y

ella vuelve á contestar, y Ottorino á su vez, y así vamos, la cosa sigue que es un portento: ¡y si vieseis las dulzuras, las cosas tiernas que me escribe! ¡Si vieseis con qué afan abre mis cartas, las devora con los ojos, y á veces deja caer sobre ellas alguna lágrima tamaña! ¡y luego con qué donaire las vuelven á doblar aquellas blancas manecitas, se las mete en el seno, las saca para volverlas á leer, para besarlas! Yo me deleito cada dia contemplándola por la rendija de un tabique, y como hay Dios que el juego empieza á gustarme.

—¡A momia seca! ¡cara de hediondo fariseo! dijo Lodrisio, regalándole un mojicon por vía de juego.

—En suma, con estas niñerías tú te has entretenido en vez de adelantar; y entretanto, hé aquí veinte dias perdidos.

—No los he perdido del todo: atended, comencé á darle alguna puntada, pero es una desdicha: debe trabajarse con rodeos tan sutiles, con tantos miramientos, se espanta de la mas mínima sombra, y es tan tierna y delicada, que luego paramos en desmayos y calenturas.

—Concluyamos, ¿qué es lo mas arriesgado que le has escrito hasta ahora?

—He comenzado á mostrarme celoso por lo mucho que Márcos me habla de ella continuamente, y por los maravillosos elogios que menudea.

—¿Y ella?

—Protesta, jura ser toda mia, podeis figuraros;

mas esto de elogios es una semilla que, sembrada en el corazon de una hembra, tarde ó temprano echa raices y da fruto. No hay que darle vueltas; niñas, adultas, damas y lugareñas, todas son de un mismo fuste: adúlalas, y deja que el diablo hará lo demas.

—No es que lo hayas enhebrado mal, sino que es un medio demasiado largo: ¡fuego de Dios! de aquí á un año no estaremos á mitad del camino, y el tiempo urge, hijito mio, que Márcos podria lindamente caérsenos encima dentro un par de meses, ¡quién sabe! tal vez antes. Y ahora, ¿en qué altura te hallas con esta melindrosa?

—Ahora me espera dentro de dos dias; por fuerza tuve que reanimarla con esta esperanza, de lo que padeció dias pasados cuando vió trascurrir inútilmente el término que prefijara su madre para venir á verla. Al recibir este anuncio, pareció de pronto toda consolada; pero desde ayer, no sé por qué, ha decaido otra vez quizás peor que antes, no habla palabra, no hace mas que llorar, no quiere probar bocado... En fin, ¡mientras dure! que darle un mal trago hoy, otro mañana, retenerla, embrollar, intrigar y resolver, no podrá menos de entrar en sospecha, y entonces no sé cómo hacer para tenerla quieta; que no me lo eche de una vez todo á rodar, ó se me quede entre las manos.

—Lo que importa es llegar presto á una conclusion, dijo Lodrisio, pues ahora tenemos otra que tú ignoras. Lupo ha escapado.

—¡Escapado! esclamó Pelagrua con acento de medrosa admiracion, quedando inmóbil con las cejas arqueadas:

—¡Escapado! estos ojos le han visto al venir acá; pero le he confiado á buenas manos, y antes de ponerse el sol....

—Basta: despues que haya escrito á Luca, volveremos á hablar, y veremos lo que convenga practicarse, concluyó Lodrisio.

Escribió, pusiéronse de acuerdo, y al caer la tarde, el castellano de Rosate, precediéndole por ciertos secretos pasadizos y estrechos corredores, le condujo á un oscuro camaranchon, desde donde, por unas disimuladas rendijas, se podia recorrer con la vista toda la sala donde solia Bice permanecer con su fiel doncella.

Estaba á la sazon la esposa de Ottorino abandonada sobre un rico sillon de brazos en actitud lánguida y fatigada, con el rostro pálido, suavemente reclinado sobre su blanquísima mano. Vestia un ligero cendal, sutil y sencillo, blanco como la nieve desceñido en abandono, y debajo de los voluptuosos pliegues se ostentaban los contornos de sus bellísimas formas, que llenándolos y embutiéndolos á su vez, dejaban entrever la lozanía de sus bien torneados miembros.

Su larga y blonda cabellera, dividida sobre la frente, rodeaba y guarnecia el rostro, en que resaltaba la pálida blancura, fría, esparcida é igual, no contrastada por el mas leve tinte de color, escep-

tuando los labios pintados de un rojo descolorido. Lo que habia mas notable en aquella cara eran los ojos, los ojos grandes y azules, que entre el fondo de suavidad y angelical inocencia dejaban traslucir la vivacidad de una alma ardiente; los ojos que al altivo poder de una vírgen unian un no sé qué de blando y cariñoso todo natural é ignorado de ellos mismos; los ojos serenos, lánguidos, pero desvelados y vigorosos, abatidos entonces, hundidos en la frente, manifestaban cierto decaimiento mezclado de pesar y de temor.

Laureta, sentada á una mesita que separaba á las dos, trabajaba en un pespunte que el ama acababa de dejar.

Bice, con la mejilla recogida en la palma de la mano, tenia el rostro vuelto hácia la doncella, como si atendiese á la labor, pero su vista no tenia objeto, pues su ánimo en aquel momento estaba todo sumido entre las sombras de un terror secreto. Levantóse finalmente, y con paso lento y fatigado, se dirigió á una ventana abierta. Apoyó el codo sobre el muro, y estuvo un rato contemplando silenciosamente.

El sol muriente, medio oculto ya tras las altas copas de un lejano bosque, pintaba la uniforme llanura con luz desmayada, inerte, interrumpida solo por la sombra de uno que otro sauce, esparcido sobre el húmedo terreno. El continuo y enfadoso cantar de las ranas llenaba la atmósfera pesada y muerta. De los pantanos, lagunas, charcos y cañaverales

que poblaban toda la campiña, levantábase una neblina cenicienta, que estendiendo poco á poco un velo sobre los objetos cercanos, iba sucesivamente ofuscando los de mas allá, y hacia desaparecer enteramente los mas distantes. Al principio algunos débiles rayos del sol atravesaban apenas aquella fría y espesa niebla; pero poco á poco se iban amortiguando y retrayendo, como las miradas de un agonizante, hasta que condensándose los vapores, y trasponiendo el sol, faltó totalmente la luz semejante al cerrarse del todo los ojos del hombre que muere. Un poniente tan distinto de los esplendorosos y magníficos que ella solia contemplar allá en sus montañas, reclamó hácia ellas el corazon de la infeliz, que dejando la ventana volvió á la mesita sobre la cual ardia con luz rojiza y nebulosa el velon que acababa de encender Laureta, abandonóse en el sillon y esclamó:

—¡Oh Dios! ¡mi tormento es demasiado!

Quedaron las dos en silencio por un instante, luego iba la buena doncella hácia la azotea para cerrar su balcon, cuando oyeron sonar un laúd. Laureta, con una mano sobre el picaporte se pára de repente, el ama pone un dedo sobre la boca, tiende el oido, y escucha atenta. No le es nueva aquella melancólica tonada, salta en pié recobradas sus fuerzas, anda con ligera agilidad hácia la ventana, alarga el cuello para recoger mejor los sonidos, y dice en voz baja á Laureta:—Es el preludio de la *Golondrina;* mas calla que se empieza la cancion.

En efecto, oyóse una voz algo oscura por la distancia, que ajustándose con la flébil melodía de las cuerdas, entonó la siguiente lamentacion:

Golondrinita inocente,
Que posando en mi ventana,
El mismo canto doliente
Repites cada mañana,
¿Qué pena á llorar te escita,
Errante golondrinita?

Solitaria y en olvido,
Del consorte abandonada,
¿Cual yo quizá le has perdido,
Viudita desconsolada?
Llora, sí, mi llanto imita,
Errante golondrinita.

Con hado no tan aciago,
Al menos tiendes tus alas,
Y por el monte y el lago,
Mil quejas al aire exhalas,
Y puede tu lengüecita
Llamarle, oh golondrinita.

¡Así yo!.... Mas me lo impide
Este bajo angosto techo,
Do la luz nunca reside,
Do le falta aire á mi pecho,
Do apenas mi voz marchita
Llega á tí, golondrinita.

El Setiembre va llegando,
Ya por dejarme te afanas,
Nuevos mares saludando,
Verás tú, playas lejanas,
Montes donde amor habita,
Errante golondrinita.

Yo aquí todas las mañanas
Renovaré el triste llanto,
En las nevadas ventanas,
Creeré escuchar tu canto,
Que compadece mi cuita,
Errante golondrinita.

Por primavera, una cruz
Hallarás en este suelo,
Cada tarde al huir la luz,
Pára sobre ella tu vuelo,
Y en tu lengua tiernecita,
Dime adios, golondrinita.

XXVII.

Desengaño de Bice.---Puerta falsa.---Lupo en la posada.

—Es Tremacoldo, dijo Bice toda animada apenas cesó el canto; he reconocido su voz; ¡oh! quién sabe si ha querido advertirme.... ¡Si pudiese verle! ¡si pudiese ver un rostro amigo! ¡y salir de estas dudas!

—Pero, ¿qué dudas teneis? ¿por caridad, á qué estar tan turbada? dentro de un par de dias llegará vuestro esposo, os lo ha prometido, y así.....

—Silencio.... interrumpióla el ama poniéndose el índice sobre la boca.

Estuvieron un rato en silencio esperando que el cantor volviese á empezar, pero no se oyó mas que el aciago aullar de los perros que parecian responderse desde los solitarios caseríos esparcidos á largas distancias por la muerta llanura.

Bice, perdida al fin toda esperanza, volvió á sentarse junto á la mesa, y con el rostro vuelto hácia la doncella que cerraba el balcon, continuaba el discurso interrumpido:

—¿Qué dudas puedo tener? preguntas, ¿de qué estoy turbada? y pronunció estas palabras con el acento angustiado de quien tiene un tremendo secreto en el corazon, y está para rebosar; mas fijando la vista en el rostro de su compañera de infortunio, que en aquel punto se la sentaba al lado, soltó un profundo suspiro y enmudeció.

—¡Cómo! dijo Laureta toda agitada; ¿sabeis algo por ventura? ¿hay algun misterio? ¡hablad, hablad!

—No, no, vamos sosiégate, no es nada.

—Que me sosiegue, ¡ah! ¿cómo puedo?.... Desde ayer he debido notar que teneis algun peso sobre el corazon, alguna cosa que quereis ocultarme. Decídmelo, pues, decídmelo.

—Déjame, repetia la señora.

Mas la doncella, cogiéndole afectuosamente la

mano, y apretándola entre las suyas, la suplicaba con voz conmovida:

—¡Querida Bice, dulce ama mia! ¿no me prometísteis partir conmigo todos los bienes y los males que os tocasen en esta vida?

—¡Oh, mi buena Laureta! prorumpió Bice pudiendo apenas contener las lágrimás. Mucho agrava mi dolor el pensar en tí, que separada por amor mio de tus amorosos padres, de la paz de tus paredes domésticas, tal vez estás destinada.... Mas el Señor es misericordioso, él te salvará.... creeme que así se lo ruego entre las mortales angustias de mi alma.

—¡Ay de mí! esclamó la doncella cada vez mas espantada. Vuestras palabras anuncian alguna desventura, no me la dejeis ignorar, hablad por amor de Dios, sacadme de tanto susto.

En esto Bice se levantó, abrió un cofrecillo de encima la mesa, y

—¿Ves, dijo, estas cartas de aquí dentro?

—Sí, son las que os escribe todos los dias vuestro esposo.

—Tambien lo creí, y de este último hilo estaba pendiente mi vida, el hilo acaba de romperse; las cartas no son de Ottorino.

—¡Misericordia, Dios mio! gritó Laureta poniéndose pálida como un difunto. ¿Quién pues?..... ¿cómo habeis sabido?....

—Tú me trajiste ayer esta rosa blanca que llevo en el pecho, ¿no es verdad?

—Sí, me la dió la vieja que suele traernos la comida.

—Y me dijiste que me la enviaba la castellana.

—Es cierto.

—¿Y sabes tú quién es la castellana?

—Lo sé, es la mujer de Pelagrua, la que vuestra madre acogió en el castillo el dia en que vino á refugiarse con su niño.

—Pues bien, ella se ha acordado del beneficio en el dia de mi desdicha, y su corazon no ha podido sufrir el verme mas sacrificada por una trama infernal. Entre las hojas de la rosa se ocultaba una notita que me avisó la traicion; figúrate á qué abismo me ha precipitado tal noticia. ¿Quién sabe qué es de Ottorino? ¿quién sabe si vive? no puedo creer que me hubiese abandonado.... ¿Qué será de mis padres? nosotras, ¡oh Dios! sabe el cielo en qué manos estamos, si este es verdaderamente el castillo de Ottorino, ó mas bien..... ¡no hay horror, no hay crueldad que no se la figure mi fantasía!

—¡Oh! misericordia! ¡misericordia! ¡desgraciadas de nosotras! esclamaba Laureta.

—Ahora te diré, añadia la señora, en qué se fundan principalmente mis temores. Has de saber, que la noche que fuí con mi padre y con la tia á la fiesta de Márcos Visconti....

En este punto fué interrumpida la narracion por un ruido que se oyó fuera de la puerta. Llamaban. La doncella, estremeciéndose toda, hizo ademan de

levantarse; pero Bice la cogió de una mano, y le dijo con voz baja:

—No te muevas de aquí, no quiero que abras á nadie.

—¡Laureta! ¡Laureta! gritaba Pelagrua desde fuera; acaba de llegar un caballero con nuevas de Ottorino, y quiere hablar luego á la señora.

—Respóndele, dijo ésta en voz baja, que á tales horas no quiero recibir á nadie, que le veré mañana.

—¡Mañana! ¡qué venga mañana! echó á gritar hácia la puerta la doncella con voz incierta y alterada, temblando toda de piés á cabeza, como si le entrase el frío de la fiebre.

—Necesita hablarla ahora mismo, continuaba afuera Pelagrua; tiene buenas noticias que darle.... Ea, abre, que es para su bien.... abre, pues, ¿has entendido? ¿con quién hablo? ¿quieres abrir, sí ó no?..... ¡loquilla, ya te haré yo entender la razon!....

Entretanto no cesaba de llamar, de empujar y golpear la puerta con las manos y con los piés; pero era en vano, pues las dos prisioneras, abrazadas una con otra, tímidas, medrosas como dos palomas no respondian palabra, y la puerta no podia abrirse, asegurada como estaba por dentro con un grueso cerrojo. Despues de un buen rato cesó la voz de Pelagrua y volvió todo al primitivo silencio. Las dos asustadas empezaban á recobrar el aliento, cuando sintieron soplar de repente á su espalda un

aire que hizo vacilar y casi apagó la débil llama del velon. Ambas á un tiempo estremecidas volvieron la cabeza hácia aquel lado, y hé aquí que abriéndose una puerta falsa oculta y disimulada en el tabique, entraron dos hombres en la estancia.

Laureta, cubriéndose los ojos con ambas manos, despidió un agudo chillido y se acurrucó toda sobre la silla; pero Bice, levantándose con dignidad, apoyó una mano sobre la mesa, volvióse á Pelagrua, que reconociera desde luego, lo mismo que á Lodrisio, y con ademan, con voz llena de tranquilidad y de severidad majestuosa, dijo al primero:

—Castellano, habeis equivocado el cuarto segun veo: aquí habita la que soleis llamar esposa de vuestro señor.

La indignacion que inflamara á la señora en el primer momento de aquel indecente y villano atentado, habia podido sofocar hasta el mismo terror. De repente se habia sentido reanimar el espíritu y el cuerpo, y recobrar todo el antiguo vigor. Sus mejillas se habian teñido de la olvidada púrpura, y los ojos brillaban con la luz que tanto tiempo habian perdido. Su rostro y toda su persona respiraba una púdica arrogancia, una virginal firmeza.

Asaltó á los dos malvados una súbita admiracion, ó mejor, un respeto momentáneo, sí, pero irresistible. Los ojos endiablados de Pelagrua se bajaron vencidos de una mirada de la señorita; el mismo Lodrisio pareció desconcertado al pronto, descompú-

sole el rostro una sonrisa llena de frío y cruel orgullo, espiraron en sus labios las palabras de sardónica familiaridad con que se proponia insultar á su víctima, é inclinando la cabeza en muestra de una humillacion que en aquel instante era bien sincera, le dijo balbuceando:

—Perdonad, mi señora.... no creais.... y casi estaba para volver atras; pero recobrando pronto su natural, añadió:

—He creido que debiendo hablaros de Ottorino, podria permitírseme tanta libertad.

Bice, en cuyo espíritu, en vista del implacable enemigo de su esposo, habian tomado cuerpo otra vez las terribles fantasmas que ya tanto la atormentaran antes,

—Caballero, respondió, sin poder disimular un repentino estremecimiento que se difundió por todos sus miembros: no insulteis la miseria de una inocente. Tiemblo de hallarme en vuestro poder, como sin duda debe de hallarse el que acabais de nombrar, y cuyo nombre en vuestros labios no me significa mas que traicion. Si es así, no tengo otras armas, otra defensa, que lágrimas y querellas: yo, mujer débil, arrastrada á este rincon ignorado, lejos de quien me proteja, sin mas testigos de la injusticia que se me hace, que esta infeliz, víctima conmigo (y señalaba la doncella que, á tales palabras, alzaba los ojos algo reanimada, esperando que movieran el corazon de los perseguidores); yo estoy en vuestras manos, proseguia Bice, con acento

al parecer inspirado; estoy como una caña que podeis tronchar á vuestro placer; pero hay un Dios sobre nosotros, un Dios que ve en el ángulo mas oculto de la tierra, y ante el cual todo poder es débil, un Dios que pregunta á las lágrimas del afligido, y exige cuenta de ellas al opresor.

Lodrisio, mas mohino que otra cosa, al verse desenmascarado y abochornado por una muchacha, avergonzado ante Pelagrua y ante sí mismo de aquel primer impulso de humillacion y respeto que no pudiera evitar, se habia convertido ya enteramente en el Lodrisio de antes; y recobrando el aire de insolente é irrisoria llaneza que perdiera por un momento:

—Oye, prendecita mia, le dijo, ¿te parece que sientan bien estos modales en una linda mocita como tú? Vamos, no te caen bien; quita, quita.

Y diciendo esto, dió algunos pasos hácia ella.

—¡Apartaos! gritó la jóven toda espantada, y en esto, corriendo al terrado, habiale abierto furiosamente de par en par. ¡Apartaos!

—Ea, ¡tunantuela! sosiégate, que no quiero comerte: mira, no me muevo; volveré al puesto de antes si quieres.... ¿Estás contenta así?.... ¡Qué diablos! no quiero sino hablarte para tu bien....

—¿Para mi bien? dijo la jóven, idos, salid de aquí, este es todo el bien que podeis hacerme.

—¿Conque no puedo yo hacerte otro bien que este?

—¡Ah! sí, aun podriais hacerme uno bien gran-

de; librarme de esta angustia mortal, devolverme á mis padres, dejarme morir en paz en brazos de la pobre madre mia. ¡Oh! hacedlo si teneis entrañas compasivas, hacedlo por lo que mas amais en el mundo, hacedlo por amor de Dios!

Laureta, toda azorada, tenia asida la falda de la señora, temerosa de que, á impulsos de la desesperacion, se arrojase del terrado abajo, sobre cuyo muro tenia ya un pié, y Pelagrua no cesaba de hacer señas á entrambas con las manos y cabeza para que se aquietasen y tranquilizasen.

Luego que Bice acabó, continuó Lodrisio con su desalmada imperturbabilidad:

—¡Muy mal! hija mia, ¡muy mal! ¡oh! tú la tomas muy á lo fuerte, no es así como yo te quiero..... Y antes de todo, sabe que no hay un solo cabello en mi cabeza que no piense en tí, conque no temas que te devore, estáte quieta, mírame á la cara que no soy ningun basilisco, y escucha lo que voy á decirte..... Ya veo que sabes más de lo que yo creia; mejor, así llegaremos mas pronto al desenlace. Sabe, pues, que Ottorino, aquel que debia ser tu esposo....

—¿Es vivo aún? esclamó con ansia la jóven.

—Déjame acabar: vivo ó no vivo, esto no es cuenta tuya.

Bice tembló de piés á cabeza, y el caballero proseguia:

—Sí, es vivo, está tranquila, que es vivo.

—Esto tambien yo puedo asegurároslo, terciaba

Pelagrua, está vivo y sano, y va á emprender pronto el proyectado viaje á Tierra Santa.

—¡Cómo! ¿sin mí? preguntó Bice, ¡no, no es verdad! ¡Crueles! ¿por qué me despedazais así? ¿Qué os he hecho yo? ¿Qué mal os he hecho? y vencida á tanta pena bajó la cabeza, rebosó en un mar de llanto, que cortó luego volviendo á alzar la cabeza alterada, por el miedo de que alguno se le acercase. Las lágrimas ya despedidas manaban mudamente de sus ojos, se veian bajar en dos raudales por las mejillas y llover sobre el seno de la cuitada, pero su rostro habia ya vuelto á aquella fuerte y noble calma que embellece el dolor.

Pelagrua, haciendo del ojo á su compinche, se encogió de hombros, y apretaba los labios como sigficando:

—¿Lo veis? habeis querido obrar á vuestra guisa, embestirla de frente, ved el fruto que habeis cogido.

Pero el desalmado le respondió con un meneo de cabeza en acto de amarga impaciencia, que traducido en lenguaje vulgar, podria decir:

—¡Eh! anda, majadero, déjame hacer á mí; ú otra cosa semejante.

Volvióse á la muchacha, y prosiguió:

—¿Tú lloras? ¿pobrecita? Por otra parte te compadezco; le has amado tanto tiempo, y vértelo arrancar del corazon: ¿pero cómo ha de ser? Es preciso resignarse á la necesidad.... El amor pasa.... ya verás como en poco tiempo.... creeme, pasa-

rá, pasará.... Y luego, debo hablarte claro; si le quieres bien, antes que todo debes atender á salvarle; ¿no digo bien? pues sábete que en tu mano está su vida ó su muerte.

¡Ah! ¿qué decis? esclamó Bice sobrecogida de un nuevo terror. ¿Puedo creer á vuestras palabras? ¿y no se oculta en ellas alguna perfidia? ¡Tened piedad de mí, de esta huérfana dolorida! decidme la verdad, mirad (y diciendo esto, juntaba las palmas ante el pecho) os ruego con aquella angustia con que en los últimos instantes de vuestra vida suplicaréis vos mismo al supremo Juez para que se digne perdonaros: oid mi súplica como quisierais que él oyese la vuestra en aquel tremendo trance; decidme por la eterna salvacion de vuestra alma, ó por su eterna condenacion, decidme si es verdadero el peligro de Ottorino, y lo que pueda yo hacer para salvarle.

El pícaro, que no lo era mas de lo que permitia su siglo, y que creia en Dios y en una vida futura, á su modo, por su puesto, pero creia, no pudo menos de sentirse algo turbado por aquellos conjuros pronunciados con un acento y un ademan que parecian tener visos de inspiracion. Despues de un momento que empleó en apostrofarse interiormente á sí mismo, para avergonzarse y animarse, menguando un poco de la primitiva altivez, y dejando aparte el *tú*, que entonces le parecia muy osado y no hallaba medio de que se le quisiese ya amoldar en los labios, respondió con notable turbacion:

—El peligro es cierto.... sí, y puedo asegurarlo sobre mi alma.... y tambien es cierto que vos podeis salvarle.

—¿Y dónde está? ¿qué peligro es el suyo? ¿qué puedo hacer por él?

—¡Oh! quereis saberlo todo á la vez: hay cosas, hija mia, que no pueden decirse, y que no está bien el preguntarlas: lo que por ahora puedo deciros es, que si quereis tener juicio, Ottorino no morirá, y os lo prometo á fe de caballero cristiano, y esta mano que me pongo en el pecho, sáquela yo leprosa si pienso engañaros: no morirá, podrá irse á Palestina, como decia el castellano, aun vos misma debeis instarle á ello, pues es el mejor partido que le resta.

—¿Y qué pretendeis de mí? decid pues, decid, ¿cómo puedo salvarle? si mi sangre, si mi vida....

—No, pobrecita, no.... vaya, calmaos. No me miréis con esos ojos azorados, venid acá, sentaos, estad cómoda, no sospecheis de mí, ni de nadie, que todos os respetan como á una reina, y vos aquí sois la señora; estais en vuestra casa.

—¡Sí! ¿de veras? ¿conque es este realmente el fuerte de Castelletto? ¿estoy en casa de mi esposo?

—¡Dale todavía con el esposo! Ottorino no es vuestro esposo.

Bice alzó las manos al cielo, y quedó como encantada sin decir una palabra, mirando al rostro de su tirano, que continuaba sin piedad:

—Aquel amasijo que hicisteis en Milan no es co-

sa que valga; todavía sois doncella y podeis dar la mano á quien os pluguiere. ¿Quereis saber de quién es este castillo en que estamos? Es de un baron grande, de un señor poderoso y formidable, ante el cual se inclinan profundamente los mismos príncipes, y él no se humilla ante otro alguno, sino ante vuestra belleza.

Laureta, toda sobresaltada, viendo que su ama no despegaba los labios preguntó con voz trémula y débil:

—¡Oh, Dios! ¿Conque será cierto que estamos?....

—En Rosate, añadió de repente el otro, en el castillo de Márcos Visconti.

Al sonido de aquellas palabras, la esposa de Ottorino cayó como muerta en los brazos de la doncella, quien llorando abundantemente, arrastró á la desmayada hasta la cama, y levantándola á plomo la acomodó encima, rechazando con el furor de la desesperacion las manos malvadas de aquellos dos que querian ayudarla en tan piadosa obra.

Mientras esto sucedia en Rosate, Lupo, cansado de viajar todo el dia, desmontaba en una posada, y despues de haber por sí mismo arreglado el caballo en el pesebre, entraba en la cocina para que le aderezasen algo que cenar. En un momento estuvo pronto. El pasajero se sentó á la mesa, se refocilló con lo poco que permitia el sitio, y pidió al huésped que le proporcionase una cama cualquiera para echarse á dormir.

—Os daré una en un cuartito aquí inmediato,

dijo el huésped, que con una luz en la mano iba guiando al forastero, pero aun no habian salido de la cocina cuando vieron entrar dos hombres armados, uno de los cuales, despues de haber ojeado á Lupo, descargó una mano sobre el hombro del posadero con el cual parecia ser muy camarada y le dijo:

—Jacobillo, somos dos hombres y dos caballos, no marcharemos hasta muy entrado el dia.

El huésped, dejada la luz, se volvió á Lupo diciendo, vuelvo luego, y en seguida cogió del brazo al recien llegado, lo condujo al hogar, se inclinó á destapar un puchero en el cual hervia un pedazo de carnero y dijo:

—¡Mira qué olorosa píldora!

El otro se bajó tambien como para observar mejor, y susurró algunas palabras al oido del posadero que en seguida prosiguió en voz alta:

—Ahora irás á ver la cuadra donde está ya el caballo de aquel forastero, lo que es tres estarán algo incómodos, pero lo arreglaremos del mejor modo que se pueda.

Dicho esto salieron los dos, y siguióles tambien el otro armado que hasta entonces no habia dicho esta boca es mia. Lupo, que habia notado algo, sin demostrarlo, con aire distraido, y con un pié tras otro, llegó hasta la puerta que daba á un pequeño patio, desde el cual se entraba en la cuadra, y vió al posadero con los dos amigos apiñados en un rincon de ella en gran conferencia. Al verle se separaron

uno por aquí, otro por allá, y salieron uno tras otro á continuar sus conciertos afuera, en el camino, como él se imaginó.

—¿Qué tráfico tiene esta canalla? decia para sí el limontino no sin alguna sospecha, ¿si fuese cosa de alguna trama?—A bien que estaré alerta.

Dió una ojeada á su puñal, y repitió, estaré alerta por lo que pueda tronar.

A poco rato volvió el huésped á buscarle, y so pretesto de quererle alojar mas cómodamente, le ofreció otro cuarto distinto del primero; estaréis mas distante del ruido, tendréis mejor cama, le decia, y otras mil lindezas de este jaez. Lupo no creyó en aquella solicitud, se confirmó en la sospecha de que se le tramaba alguna alevosía, y volviendo ficcion por ficcion, se escusó con que habiendo llegado otros dos caballeros, no podia estar lejos de su caballo, bravo como el que mas: dijo que queria dormir en la cuadra, y por mas que el posadero se esforzó, no hubo medio de hacerle mudar de intento.

Fuése pues al pesebre, puso una mano en la grupa de su bayo, que volviendo atrás la cabeza le saludó á su manera con un sordo y corto relincho. Pensaba Lupo entonces que lo mejor seria marcharse derechito; pero en seguida discurrió:

—El animal está cansado y tiene razon ¡pobrecito! ¡cincuenta millas de un tiron! ¡mañana otras tantas, y luego!

Con esto iba acariciando y palpando su ligero caballo que se habia puesto á comer de gana.

—¿Y dónde me iria á estrellar por esos caminos y á tales horas? Aguardaremos el alba, yo velaré entretanto, las noches no son tan largas, bien se puede velar cuatro ó cinco horas.... las indemnizaré mañana durmiendo á caballo; vaya uno por otro.

Resuelto así, se tendió sobre un monton de paja, con firme propósito de no dormirse, y allí empezó á devanarse el seso pensando en la gran solicitud de repente sobrevenida al huésped para acomodarle en un cuarto mas cómodo, cabalmente á él que le era desconocido y no tenia traza de gran personaje: no quererle dar una linterna para tener luz de noche, escusándose con el peligro de pegarse fuego: si será eso, si será lo otro, y siempre acababa por confirmarse mas y mas en que la cosa no era muy limpia.

A fuerza de tener la imaginacion fija sobre aquellos tres rostros siniestros, y representárselos en todas las posiciones mas indiferentes y fugaces, hubo un momento en que recordó cierta sonrisa de uno de los dos armados, sonrisa que á Lupo le parecia confusamente conocer. Hurgando mas en lo interior del cerebro, hallaba en un rincon cierta imágen débil y descolorida de aquella sonrisa, sin duda impresion que le dejara alguna cosa semejante. Piensa y vuelve á pensar. De cuando en cuando parecia que se le descorriesen instantáneamente un velo que volvia á correrse en seguida, detrás de cuyo velo veia siempre reflejar aquella imágen, y al

mismo tiempo probaba un secreto no sé qué, un sentimiento interior que le decia: esta imágen no hace mucho que se te imprimió. Cuanto mas lograba figurársela y contemplarla como si la viera, más la calificaba de conocimiento reciente. Retrocede pues, á examinar todas las personas que habia visto desde el punto de su escapatoria, repasa el viaje que habia hecho desde Riscaldina á Milan; nota, registra con la mente todos los que recuerda haber hallado en el camino; nada que se parezca á aquella maldita sonrisa.... ¿Pues? Los de su casa, el conde, la condesa.... los criados.... ¡nada! ¿Y despues?.... montado á caballo, salido á la puerta.... ¡Ah! ¡ya caigo! esclamó entonces en su interior, ¡ya le atrapé! y verdaderamente la habia atrapado aquella maligna sonrisa. Hallárala en el rostro de uno de los escuderos de Lodrisio, que recordaba haber encontrado precisamente en la mañana de aquel mismo dia al salir de casa del Balzo. ¡Tú te has desfigurado enteramente, grandísimo pícaro, pero te conozco! ¡Oh! es él, es él, apostaria las orejas....

Discurrió entonces que los hilos de aquel lazo podian venir de lejos y anudarse con los del primero en que cayeran él y su amo, y á las fachas de los tres bribones que le bailaban tanto rato por la fantasía añadió una cuarta, á saber: la pérfida facha de un pícaro mas grande y mas redomado, la de Lodrisio.

De una en otra idea le ocurrió esta reflexion.

—¿Cómo diantres, un sugeto de aquel temple puede ser amigo de Márcos?

—¿Lo creeriais? Pues aquel nombre atravesado de tal modo en el seso de Lupo, tuvo la virtud de retirar las ideas que con tanta furia le agitaban, con que empezaron á desvanecerse y á despejar.

Verdad es que de cuando en cuando sentia en su corazon un sacudimiento, como una llama interior que le decia: "¡Mira por tí!" Entonces forcejaba para volver á las primeras reflexiones, y lo conseguia por un rato; mas cansado, rendido de sueño, á causa de haber pasado toda la jornada á caballo, despues de tantos dias y tantas noches de la desventura que ya sabeis, fatigada la imaginacion de estar tanto tiempo fija en unas mismas ideas, necesitando descansar, dejaba que se le escapasen por todos lados. Poquito á poco el pobre hombre fué cerrando los ojos, cayendo en un ligero sopor, y perdiendo el conocimiento de donde estaba. Si algun momento volvia en su acuerdo, era de cada vez mas breve y lánguido; y que el sentimiento de cuidado que le duraba constantemente, se iba haciendo mas oscuro, iba enrareciéndose, y las imágenes se le confundian, vacilaban y desaparecian. En fin, nuestro valiente se durmió.

XXVIII.

Prosecucion del mismo asunto.---Muerte de los asesinos.---Revolucion de Luca.

Hé aquí que soñando le parecia estar en Luca, y en una rica sala, á la presencia de Márcos Visconti; pero aquel Márcos tenia un aspecto embobado, los ojos como vidriados. Lupo le hablaba y él no respondia, le alargaba la carta de Ermelinda, y no alzaba la mano para cogerla. El soñador se figuraba quererle tomar aquella mano para besarla; no veia que Márcos la retirase, pero no le hallaba en el lugar en que el ojo la habia situado, y no habia medio de poderla tocar: ¿qué viene á ser esta historia?.... miraba si habia alguno alrededor á quien preguntárselo. ¿Pero qué será? Los arabescos, los dorados, los muebles de la sala, habian desaparecido; las paredes, en un momento quedaron todas feas, y se iban tornando siempre mas oscuras, rústicas y estrechas, el techo artesonado de oro, se trasformaba en bóveda baja, pesada y oscura, el pavimento se habia vuelto un sucio y asqueroso lodazal, habia en un rincon un poco de paja, y sobre ella estaba tendido Márcos Visconti.... ¿Márcos?... no, ya no era Márcos..... en un abrir de ojos se habia trasformado en Ottorino que, con voz áspera y medrosa, le decia:

—¿Eres tú, Lupo?

—Yo soy.

—¿Pero no ibas á Luca?

—Sí.

—¿Por qué, pues, no prosigues tu camino? ¿cómo has venido á parar aquí dentro? ¡Ah, huye! huye! ¡Ay de tí! ¡Ay de tí!

En esto los oidos del dormido percibieron un susurro de voces confuso y casi fantástico, sus ojos, aunque cerrados, fueron heridos instantáneamente por cierto vislumbre, y como sucede á los que sueñan, que enlazan las impresiones esteriores con las imágenes ya formadas en la fantasía y á ellas las aplican, se le figuró que Ottorino, espantado de aquellas voces y de aquella luz, seguia diciéndole:

—¡Ya están aquí, vienen á matarme, huye! ¡sálvate!

Él entonces queria correr, queria gritar, queria arrancar el puñal del cinto; mas por cuanto se esforzase no podia separar un pié del otro, la voz parecia impedida, y el brazo muerto.

Poco le habia durado este afan, cuando de repente se sintió que le asian fuertemente de la garganta, y le caia sobre el cuerpo alguna cosa violenta y pesada. Despierta refunfuñando, abre los ojos, ya no era imaginacion. Los dos malvados que llegaran la víspera, le estaban encima con las rodillas sobre el pecho; el uno le apretaba el gaznate, y el otro le descargaba desesperadamente en el pecho con un puñal, mientras el posadero, detras de ellos

con un velon en la mano, se afanaba en gritar:

—¡Tenlo fuerte! ¡cuenta que no se levante! ¡y tú, Passerino, dale recio! ¡dale al corazon!

—Lleva cota de malla debajo del sayo, y la punta no entra, respondia éste.

—Yo, yo, dijo entonces el huésped, tenedlo firme, tenedle ambos, y dejada precipitadamente la luz en tierra, corrió á echar mano á la tranca que estaba detras de la puerta.

El malparado que se agitaba debajo de aquellos nervudos brazos, hizo un último esfuerzo, tanto que logró volver la tortilla de arriba abajo, é ir rodando con los dos pícaros todos en ovillo entre las piernas del caballo inmediato. La bestia, asustada del ruido, del barullo que se sintió entre piés, considerad cuál se embraveceria: embestia, disparaba coces, se empinaba cuanto le permitia el cabestro, y al bajar pateaba ya uno ya otro de los tres enroscados, los cuales tuvieron á buena cuenta soltar la presa y escabullirse para escapar de aquella tempestad. El limontino fué listo en saltar en pié el primero. En un abrir de ojos hubo desenvainado la espada, y viéndose delante el huésped que se habia contenido algo por el destrozo que hacian los caballos, y algo porque no habia sabido resolverse á pegar en aquel enredo de brazos, cabezas y piernas, que tambien podian ser del compañero como del contrario, se le echó encima, y le metió la hoja por la barriga con tanta furia, que sintió tropezar la guarnicion contra la persona.

—¡A los infiernos! dijo Lupo viéndole caer en tierra, y arrojar á un tiempo la sangre y los intestinos, y revolvió furioso contra uno de los otros dos salteadores que, escapado de las piernas del caballo, le embestia con una maligna y rabiosa sonrisa sardónica, sonrisa maldita, parecida á la que le habia hecho devanear tanto la víspera antes de adormecerse.

—¡Ah! ¿tú eres? le gritó el limontino, ¿este es modo de asesinar cristianos? y diciendo esto le tiró un mandoble, que primeramente le cortó la mano enarbolada con el puñal que probara reparar el golpe, y despues se llevó en redondo una mejilla. El sangriento monstruo quedó en pié por un instante, apretó rechinando horriblemente las dos blancas filas de descarnados dientes, bamboleó aspando con la mano que le quedara y con el brazo manco, á manera de un tonto, y cayendo oblicuo sobre la pared, la dejó toda ensangrentada.

Quedaba el tercero; pero el tercero, al ver cuan mal andaba el juego, fué diligente en escabullirse á gatas por entre los caballos, y ya en pié doblaba la grupa del último para tomar la puerta, cuando el animal endemoniado con tanta baraunda, le espetó un par de coces, que si le coge ya estaba fresco. ¿Mas quién lo creyera? Esto precisamente le salvó, pues como el caballo al estenderse para disparar, rompiese el cabestro y escapase fuera del pesebre, al verle pasar junto á sí, se agarró de la crin, montó de un salto, y echó á carrera por los campos al

traves como si le llevasen los diablos. Lupo corrió tras de él un buen rato; pero viendo que era trabajo perdido, volvió á la posada, sin dejar de advertir que entretanto podia haber acudido gente y amenazarle alguna mala treta; pero la posada era aislada y solitaria, sin mas habitantes que el posadero y su mujer, y aquella noche la habia enviado á dormir lejos con cierta comadre para tener mas secreto el asesinato, por lo cual, á pesar del mucho ruido que metieran, no acudió alma viviente.

Lupo entró en el patio, pasó á la cuadra, y no halló sino á los dos que habia dejado. El escudero de Lodrisio estaba muerto enteramente; mas el posadero, separando del vientre una mano, toda teñida y chorreando sangre, la alargó hácia Lupo diciéndole:

—Hazme una caridad.... tengo una sed, un ardor.... aquí fuera hallarás una cubeta llena de agua.... traeme un sorbo que no puedo mas.

Salió Lupo y volvió pronto con el agua. El herido la engulló toda con rabioso afan, y añadió:

—¿Quién me lo dijera esta noche, cuando iba á buscarla á la fuente y la preparaba para lavar la sangre despues que te hubiésemos asesinado?

Nuestro limontino ensilló el caballo, montó, y el huésped, viendo que se marchaba, se esforzó para hacerle entender todavía estas palabras.

—¡Otra caridad si eres cristiano! no me dejes morir en pecado mortal.... Allí, al cabo del camino.... hay un campanario.... hazme venir el cura.

Lupo se lo prometió, y en efecto, al pasar por la casa del párroco llamó á la puerta, y como éste se asomase á la ventana le gritó:

—El posadero os reclama.... daos prisa y no os olvideis el oleo santo.

—¿Cómo? ¿qué hay? ¿qué ha sido? ¡Buen hombre, buen hombre! le iba gritando el cura, mas el jóven tomó un trote largo sin responderle.

Seguia adelante y solo; de cuando en cuando se estiraba, estendia sus doloridos y molidos miembros, y sintiendo acá y acullá por su cuerpo el escozor de muchas aberturas, poco mas que cutáneas, hechas por la punta del puñal, introducida entre los anillos de la malla, decia:

—Fortuna de haberme puesto mi escelente cota.

A poco rato sentia dolor en un hombro, sin duda alguna patada que le habia tocado al revolverse entre los piés de los caballos forcejando con los dos amigos. Finalmente, notó que tenia un chirlo en la sien, de una puñalada dirigida á la cabeza, y errada por el continuo trabajo que llevaria con sus dos queridas prendas. Puso sobre él la mano y continuaba diciendo:

—¡Pícaro Lodrisio! ¡enviar á degollar un cristiano como si fuese un cordero! y uno que en su vida le ha hecho el menor daño, digo.... será todavía aquella maldita rabia contra mi amo; ¡aquella grandísima envidia que le devora!.... ¿Apostemos á que el otro embrollo del rapto de Bice es tambien trama suya?.... ¿Y yo no adivinar nada ayer ma-

ñana cuando le encontré.... que me examinó de piés á cabeza.... y luego hizo del ojo al escudero? ¿y aquella sonrisa?.... ¡Hallarla precisamente en la boca de aquel condenado en el momento en que me daba encima como un mastin para desollarme!.... Mas vaya que me he recreado, á fe mia.... ¡Por San Jorge que fué un lindo golpe! ¡siff! y á tierra como una tajada de melon. Toma, anda, y aprende á azuzar al perro que yace.

En tanto amanecia, empezaba á verse por el camino uno que otro pasajero, y los labradores con sus instrumentos á cuestas dirigiéndose á la siega. Lupo, reanimado con la luz, con la vista de los campos, de las personas y animales que por ellos atravesaban, olvidó pronto el peligro pasado, los golpes dados y recibidos, é iba caminando todo recobrado, con el pensamiento únicamente en Márcos, y en el trecho que le faltaba correr antes de encontrerle, cuando oyó grande estrépito en una viña, á su izquierda.

—¡Dale, dale! ¡alto, alto! y reparó en una turba de labradores desbandados, en persecucion de un hombre á caballo que corria á todo escape atravesando campos. ¿Sabeis quién era? Era el guapo de la posada, aquel tercero escapado milagrosamente de las manos de nuestro limontino. El caballo padre que montaba, espantadizo y sin freno, que ya os acordaréis de que habia roto hasta el cabestro, hacia diabluras, daba espantosos saltos, atravesaba las hileras rompiendo palos, deshojando vides, y á

los gritos, al correr y al alborotar de los labriegos, se enfurecia y exasperaba mas y mas. Todo empolvado y espumoso, ensangrentados sus anchos costados y pecho, anhelando y rechinando, con las orejas bajas hácia atras, la cerviz erguida y la cola enarbolada, bufaba ferozmente, y esparcia piedras y terrones en su precipitada carrera. El ginete iba todo agazapado, agarrado á la crin y gritando:

—¡Socorro! Reconocióle Lupo desde luego, y se detuvo para ver el fin del negocio. El caballo corrió todavía un buen trecho, á derecha é izquierda, segun el alcance que le daban sus perseguidores, al fin ciego de espanto, fué á topar contra el tronco de un grueso árbol, y se estrelló, dando en tierra él y ginete, todos en un manojo. El animal se rompió el cuello, y el hombre no se descompuso ni un cabello. Saltó en pié, ligero como un gato, y mientras se sacudia la tierra de que estaba puerco, alzó un poco los ojos, y vió tras de sí al diablo que en dos golpes habia despachado á sus dos compañeros, Lupo en sustancia, el cual echando tambien su caballo por los campos acudiera al lugar de la avería. ¡Misericordia! el hombre se dió por muerto, y viendo que escapar á pié de uno montado era imposible, arrodillósele delante pidiéndole la vida.

—¿Quién eres, pícaro? le preguntó Lupo.

—Mi señor, caballero, respondia el malandado, sin pararle el temblor general de todo su cuerpo, soy un pobre diablo: lo que he hecho no lo he hecho por mal: mirad, ha sido para dar un poco de

pan á mis cinco pobres niños, cinco angelitos, tamaños como los dedos de la mano: ha sido Passerino que me indujo á esa picardía.

—¿Pero él por qué causa se las habia conmigo?

—No sé nada.

—¿Cómo, no sabes nada?

—No, no sé nada, aunque me mateis no sé nada: anoche vino á mi casa y me dijo: ven conmigo hoy á ganar un florin de oro; de lo demas no sé nada, y entre otras cosas, ni menos sé quién sois vos....

—¡Bravo! y venias así contento y regocijado á asesinar á un hombre sin saber quién fuese!

—¡Misericordia! teneis razon; haced de mí lo que querais, mas os recomiendo mis niños.... Creedme, ha sido el hambre; en estos tiempos tan calamitosos, el vérmelos morir ante mis ojos de pura necesidad....

Lupo sacó del bolsillo un florin de oro, y echándoselo en tierra le dijo:

—No para tí, bribon, sino para tus hijuelos, y atiende que si te hubiese cogido media hora antes, esas razones no te salvarian el pellejo: anda y da gracias á tu santo protector. Dicho esto volvió las riendas y emprendió otra vez su camino, sin que en el viaje le sucediese otra cosa digna de contarse.

Llegado á Luca, vió revolver por las calles un nublado de gente con gran alboroto, y advirtió que era una sublevacion popular. Cuanto mas adelantaba mas crecia la multitud, la baraunda y el tu-

multo; por todas partes se enarbolaban armas y escaleras: de cuando en cuando entre el profundo, siniestro estruendo de la multitud agitada y revoltosa, se distinguia el toque de una campana y algun grito de muerte, al cual respondia la turba con prolongados aullidos de alegría.

—¿Qué novedad ocurre? preguntó Lupo á un mozalvete que viera salir de su casa con un azadon en mano y dirigirse á lo recio del tropel.

—¿No lo sabes? le respondió, vamos á asaltar el palacio de la señoría: ¡manos á la obra! es preciso acabar con estos renegados! y diciéndolo desapareció.

—¿Escalar el palacio de la señoría? dijo Lupo para sí. Si no me engaño, dijéronme en Milan que le habita Márcos; y con el ánimo revuelto por la noticia, avanzó algunos pasos con intencion de enterarse mejor del negocio; pero pensó luego que el preguntar así paladinamente por Márcos, en medio de un pueblo al parecer sublevado contra él, no podia traer buen resultado á nadie; y echando sus cuentas con la mayor calma que le fué posible, retrocedió hácia una hostería que recordaba haber visto al paso. Entró en ella, metió el caballo en la cuadra, y comenzó como por pasatiempo á charlar con la vieja mesonera, que habia quedado sola en casa, pues el marido y dos hijos, salieron á meter bulla. Con mañosos rodeos, como si no pensase en ello, la hizo cantar de plano, y desembuchar cuanto deseaba saber.

El estado de cosas era el siguiente. Márcos estaba en Florencia hacia algunos dias. Un gefe de los tedescos, que quedara de lugarteniente, habia soltado la rienda á sus soldados, los cuales, como que ya tiempo hace mascaban el freno, se habian dado á apropiarse la ciudad, saqueando, exigiendo contribuciones, tomando venganzas y propasándose á toda clase de escesos; y los ciudadanos, ya irritados por la sospecha de que Márcos tratase de vender la ciudad á la república florentina, se acababan de sublevar tumultuariamente.

El limontino, que á la primera sospecha de que Márcos estuviese en peligro se habia resuelto á la alternativa de salvarle ó hacerse acogotar, sintió volverle el alma al cuerpo cuando le supo fuera de la ciudad. No teniendo ya que hacer en Luca, se puso otra vez en marcha hácia Florencia; pues bien conocia cuánto importase el hacerle llegar la carta de Ermelinda, de la cual podia depender la vida de tres personas que le eran muy caras por diferentes respetos. A caballo, pues, y adelante. El viaje de Luca á Florencia es algo largo, y no me parece que mis lectores tengan gana de acompañarle en él; con que le dejaremos andar solo á sus anchuras, y nosotros, cambiando la escena, nos trasladaremos de un salto sobre el Arno, donde mientras llega el limontino, podremos entretenernos un poco con Márcos.

XXIX.

Márcos y Lupo en Florencia.---Carta de Ermelinda.

Desde que Márcos escribió su última carta á Lodrisio, aquella que el malvado, si os acordais, recibió en Rosate por mano de Pelagrua, las cosas de Luca habian ido siempre de mal á peor. Las tropas alemanas, compuestas de aventureros codiciosos, crueles é indisciplinables, habian llegado al estremo de negarse abiertamente á estar sujetos á Márcos.

Éste, cada dia en cuestiones con aquella canalla desenfrenada, debia la poca sumision que le guardaban á la gloria de su nombre, á la majestad de su presencia, á la facundia de su lengua: dotes de las cuales suele siempre prendarse la multitud casi á despecho. Más de una vez con solo presentarse habia hecho caer las armas de las manos á numerosos grupos, que estaban ya para ensangrentarlas en el pecho de los ciudadanos; más de una vez habia mandado á los mismos revoltosos que prendiesen á sus gefes y á sus fautores; y los revoltosos, dominados por la severa dignidad de su aspecto, no se atrevieran á desobedecerle.

Con todo, conocia bien de cuán débil hilo pen-

dia una autoridad contrariada desde el principio, y que no se afianzaba en su propia fuerza. El principio ya no podia él mudarle, ¿y la fuerza cómo se la habia de crear? Con los mismos ciudadanos, dirá el lector, con los oprimidos luqueses, que naturalmente habrian de unírsele gustosos para sacudirse aquel azote, aquella peste, aquellos demonios desencadenados. ¿Pero qué? Parte de los ciudadanos nunca habian tenido devocion á Márcos, parte habian decaido de la antigua amistad, y aun parte la habian convertido en odio absoluto. Unos no podian sufrir un dueño que no fuese lucano, otros no sabian perdonarle el haberse reconciliado con los güelfos, quién por una cosa, quién por otra, todos le vituperaban y difamaban; por lo cual, hallándose, como suele decirse, entre la espada y la pared, muchas veces habia permitido un mal pequeño para impedir otro mayor, habia cerrado un ojo á algunas sinrazones y escesos de los armados prepotentes, no habia tenido siempre la balanza fiel en las diarias diferencias entre ciudadanos y soldados, de manera, que la razon del débil pesase tanto como la del fuerte. No es que fuese inclinado á la injusticia; pero sabemos que hay una cierta justicia soldadesca que no puede hilar tan delgado, y ademas era preciso que estuviese bien cimentada. Resulta, pues, que Márcos no podia, en manera alguna, contar con los ciudadanos para oponerlos á las tropas de Ceruglio. Ademas, los ciudadanos estaban desarmados y sin órden, y lo peor de todo, divididos entre sí,

plebeyos contra nobles, nobles contra plebeyos, cuartel contra cuartel, bando contra bando, lo cual daba considerable ventaja á los alemanes.

La misma sublevacion de que se ha hablado, no fué mas que una parte de la ciudad, las demas se llamaron quietas, y los desdichados que movian tal gresca al entrar Lupo en la ciudad, aun no habia éste andado seis millas, cuando ya estaban encerrados en sus casas mudos y temerosos, esceptuando mas de veinte que quedaron tendidos sobre el enlosado de la plaza y de las calles, atravesados por las lanzas de los tedescos, y pisoteados por los caballos. Tal habia sido el fruto que sacaron de aquella conmocion, á mas del nuevo tiron, una nueva apretada del cordel que tenian al cuello, como ya se deja suponer.

Conque al cabo ya veis que Márcos era digno de compasion, cuando para tener quietos á los fuertes se escedia algo con los débiles, y se desviaba un tanto de la justicia en pro de la humanidad.

Reducido á tales apuros, empeorando cada dia y viendo que la señoría de Luca se le escapaba de entre manos, pensó con tiempo desprenderse de ella, mediante buenos pactos, y convenido con los gefes ó condestables, que así se llamaban entonces, de los tedescos, entró en tratados secretos con la República florentina, que ya de mucho tiempo le estaba festejando para lograr de él la cesion de la ciudad. Muy adelantados estaban ya los pactos de aquella venta, y solo faltaba zanjar algunas leves

condiciones, para lo cual se decia que Márcos habia ido á Florencia.

El precio de la cesion de Luca, parte se destinaba á pagar á las tropas tedescas lo que las estaba debiendo, otra parte parece que la queria emplear Márcos en tomar á su sueldo aquellos mismos alemanes, y conducirlos á Lombardía, para consumar el proyecto de tanto tiempo ideado con Lodrisio.

" Messer Márcos.... vino á Florencia en 30 de
" Junio con treinta caballos de su casa, y los flo-
" rentinos le recibieron con mucho agasajo, y le
" honraron bastante; y él mientras estuvo en Flo-
" rencia, continuamente daba banquetes, convidan-
" do caballeros y gente principal, y en el palacio
" del Prior prestó obediencia á la santa Iglesia ante
" el prior y demas señores, ante el obispo de Flo-
" rencia, el de Tesole y el de Spoleto, que era flo-
" rentino, ante el inquisidor, y ciertos legados del
" papa. "

Así lo dice Juan Villani. Lib. 10, cap. 133.

No se crea por esto que todo le anduviese felizmente; antes bien estaba lleno de disgustos, de despecho y sobresaltos por las renacientes oposiciones que do quiera encontraba á causa de riñas añejas, á que se le habian añadido recientes enemistades. Ora le impacientaba la fría lentitud de tal cual partidario, ora temblaba sospechando infidelidad en algun amigo. Habíanle sobrevenido nuevas espinas por las recientes noticias de que la bestia puesta en

venta, en lugar de dejarse conducir tranquilamente de los cabezones, habia empezado á tirar coces y cornadas. Añadíase á esto un fastidio, que no podia disimularse á sí mismo, la vergüenza demasiado dolorosa que le causaba el mismo tráfico que estaba por consumar, y mezclado con todo esto, confundido con todo otro sentimiento, un incesante y cruel martirio de remordimiento y amor.

La víspera del dia en que debia cerrarse con la señoría el contrato sobre la cesion de Luca, Márcos, al cual se le habia significado que los priores y demas gobernantes le oirian antes de la deliberacion, estaba solo en su gabinete: y apenas acababa de escoger entre un monton de papeles los varios tratados mediados hasta entonces entre los procuradores de la República y él, entró un doncel anunciándole la llegada de un correo de Lombardía que habia pasado por Luca.

—Venga al instante, dijo Márcos, creyendo que fuese uno de los correos que le enviaba Lodrisio todas las semanas.

Entró el llamado: era Lupo, que atónito y fuera de sí por el contento, por la maravilla de hallarse ante aquel hombre, sin poder articular palabra, sacó del seno la carta de Ermelinda y alargósela. Visconti la puso sobre la mesa sin mirar tan siquiera el sobrescrito, y preguntó al recien llegado:

—¿Conque vienes de Luca?

—De Luca, respondió éste con voz mal segura á causa del recio palpitar de su corazon. Recobran-

do en seguida un poco de aliento, añadió, y la he dejado toda revuelta.

—A estas horas está mas quieta que un convento, repuso Márcos, que recibiera ya tres ó cuatro partes instruyéndole del principio, progreso y término del motin.

—¿Pero á tí no te habrán hecho ningun insulto?

—¡Oh! no, nada, respondió el jóven, animado por el aire bondadoso de la pregunta: y si alguno.... ya, naturalmente, estrañezas no suelo sufrirlas; sobre todo, ahora que iba enviado á Márcos habia de verse quién fuese el guapo que osase hacerme la mas mínima infamia.

Al oir Visconti tal jactancia, alzó los ojos á mirarle, midióle de piés á cabeza, y con una risa llena de bondad le dijo:

—No eres de los acostumbrados. ¿Has sido soldado?

—Y aun lo soy.

—¡Mira si lo acerté! Ya los conozco al aire los de nuestro pelo. Tu cara y tu presencia no te dejan mentir y me están diciendo que eres un guapo y honrado jóven.

Lupo se puso encarnado por la dulce turbacion que le causó el elogio, y el otro, acercándosele mas prosiguió:

—Eres muy jóven; dime, ¿en qué empresas te has hallado?

—La primera fué la del Adda, donde combatí bajo vuestras banderas, despues....

Mas Visconti, sin dejarle pasar adelante, con soldadesca familiaridad le cogió un carrillo entre los dos dedos, y apretándoselo amigablemente esclamó:

—¡Ah! ¿conque eres uno de aquellos valientes espadas, de aquellos mis caballos del veinticuatro? Bien jóven comenzaste la tarea, somos camaradas antiguos, así va bien.

No diré cómo estaba el limontino al sentirse tocar de aquella mano con tanta cortesía, al oir tales palabras de aquella boca. Le parecia hacerse ligero, no tocar en tierra. Desde el carrillo apretado entre los dedos de Márcos se le difundia entre carnes una dulzura, un estímulo semejante al del amor; la admiracion tiene como el amor sus languideces y tambien sus deliquios.

Cuando Visconti retiró la mano, él se la tomó y besó con el fervor de un devoto.

Aquella ardiente y leal demostracion hirió el generoso corazon de Márcos, que acostumbrado á vivir en campaña entre armas y peligros, de nada se complacia tanto como del amor de sus soldados; y á la sazon le era tanto mas grata una demostracion semejante, en cuanto hacia tiempo que vivia entre gentes nada suyas; por lo cual esclamó todo conmovido:

—¡Vivan mis buenos milaneses!

—¡Viva Márcos, nuestro caudillo! respondió Lupo. ¡Ojalá durasen aún aquellos dias en que se corria á la victoria con vuestro nombre en los labios!

—Escucha, dijo Visconti bajando la voz, aque-

llos dias pueden volver, y quizá no están muy lejos. De vuelta á Lombardía dirás al oido de tus valientes compañeros: "El corazon de Márcos siem-" pre ha sido vuestro, vosotros confiad en nuestro " antiguo capitan." En cuanto á tí escúchame: En cualquier tiempo, en cualquier lugar, en cualquier estado en que me halle la primera vez que me veas, acércate con seguridad, recuérdame lo que te he dicho ahora, y no será en balde.

Mientras el jóven se deshacia en acciones de gracias y en protestas, Márcos le cortó la palabra diciendo:

—¿Que no te me hayas dado á conocer hasta ahora? Fué á la mesa, cogió una pluma y le preguntó: ¿Soldado, cómo te llamas?

—Lupo, de Limonta.

—¿Lupo? este nombre no me es nuevo.

—Puede ser, desde que se dignó una vez escribirlo vuestra mano gloriosa en un pliego que me salvó la vida.

Con esto Márcos se acordó de la carta que á ruego de Bice escribiera al abad de S. Ambrosio en aquella noche fatal, cuya memoria tenia siempre viva, ocurrióle tambien que el hombre salvado debia ser un escudero de Ottorino; á consecuencia, fijando nuevamente la atenta vista en el rostro del jóven que tenia delante, le fué reconociendo por el mismo que sirviera de escudero á Ottorino en el dia de la justa. Asombrado de semejante descubrimiento, dijo entre sí:

—¿Cómo diantres? ¿por qué se habrá resuelto Lodrisio á enviarme por correo á este mozo? ¿el hombre de su enemigo?

Queria preguntárselo al mismo Lupo, mas prefirió ver la carta que habia traido éste, y que no dudaba fuese de Lodrisio, esperando hallar en ella la esplicacion de tan estraña novedad.

Cogió el pliego, abriólo, y desde luego se admiró de verle escrito en caracteres comunes y no en cifras. Sorprendido en seguida á la primera cláusula, corrió con la vista al final de la carta para cerciorarse de quién la escribia. ¿Quién podrá esplicar cómo quedó al tropezar con la firma de Ermelinda?

Temiendo que la pasion le arrastrase á alguna accion poco decorosa impropia de su acostumbrada dignidad, se apresuró á despedir á Lupo, el cual salió inmediatamente discurriendo cuál pudiera ser la causa de tan repentina mudanza, que no habia podido menos de notar en el rostro y continente del grande hombre.

En el poco tiempo que gastó Márcos en levantarse para cerrar la puerta con llave, le asaltaron mil pensamientos.

—¿Si habrá Bice retirado su corazon de Ottorino y vendrá gustosa?.... ¡Oh! ¡cómo voy desvariando!.... Mas bien será para suplicarme que cese de impedir el matrimonio, será.... ¡Me anunciase al menos que ya es esposa, que todo se acabó! Seria terrible nueva: con todo, conozco que podria sopor-

tarla y ofrecer á aquellos infelices toda reparacion y obligarles á perdonarme.

Sentóse, tomó la carta y leyó:

MARCOS:

"Es una madre desolada que postrándose á vuestros piés, que apretando y bañando con amarguísimas lágrimas vuestra mano gloriosa, os conjura por cuanto hay de mas sagrado en la tierra y en el cielo, á que le restituyais su única hija, su placer supremo, el último consuelo de sus desdichados dias. Sé que los poderosos de la tierra suelen á veces cubrir de tinieblas sus pasos, ocultar sus caminos, y una vez consumada la injusticia, para mostrarse irreprensibles, fingir irritarse contra los mismos gemidos de la víctima; ¡pero vos!.... vos teneis una alma cuyo temple es la piedad, vos probasteis un tiempo lo que es dolor, y no desecharéis la súplica de una pobre acongojada."

"Márcos, mi hija me ha sido arrebatada: hace mas de veinte dias que está en poder ajeno, ¡quién sabe dónde! ¡quién sabe en qué manos ha caido! A vos me dirijo en derechura á reclamarla, y vos debeis restituirla desde luego íntegra á sus desolados padres, á su esposo vendido y desaparecido junto con ella. Es su madre la que os la pide en nombre de todos, en nombre de Dios."

"Os la pido suplicante, humillada ante vos, con la cabeza en el polvo, con el espíritu desmayado y tembloroso, pero al mismo tiempo lleno de la con-

fianza, de la altivez que me infunde la certeza de que el cielo escucha mi voz, y que tambien los fuertes deben morir."

"¡Ah! ¡no, Márcos! ¡no, no!.... yo no queria sino llorar, sino suplicar; en mis acentos no debe sonar mas que humildad, mas que abatimiento: perdonad á una desventurada madre que se hace temeraria por el esceso del dolor. ¡Ah, si yo supiese dónde volverme para mover vuestro corazon!.... Oid, ¿os lo he dicho ya que es esposa de Ottorino? Sí, recibió su anillo, han estrechado un nudo indisoluble delante de Dios. Y he sido yo, mirad, la que lo he solicitado, y.... ¿debo confesároslo? ¿puedo hacerlo sin confusion, sin rubor? ¿me creeréis vos mismo, si os digo que me resolví á tanto por compasion á vos?"

"Os lo juro, que en esto atendí no poco á vuestro bien, esperé y tuve por cierto que era el único medio para distraeros de una malhadada familia que no os ha acarreado sino desdichas.... Porque, mirad.... aunque.... si hubiese podido llegar á olvidarme hasta el estremo de concederos á mi hija por esposa, Bice no era para vos, su pobre corazon estaba ya dado. ¡Márcos yo os conocí en otro tiempo, y sé que entonces seguramente no hubierais aceptado un cuerpo sin alma, no hubierais hallado vuestra felicidad en la desdicha del objeto de vuestro amor: ahora decidme vos si la madre de Bice se ha equivocado juzgándoos como os juzgó en otro tiempo Ermelinda."

"¿Os acordais aún de este nombre? Es cuanto me queda de lo que fuí: los años, las tribulaciones, han consumido lo restante. ¡Vos cuánta gloria habeis conquistado! ¡Poderoso, respetado y temido de los enemigos! ¡Orgullo y amor de Lombardía!.... mas ¿yo?.... yo no tengo otra cosa que mi hija, el caro y dulce fruto de mis entrañas, todo mi consuelo, toda mi esperanza, toda mi vanidad estaba puesta en ella sola! ¡Ah! por vuestra gentileza, por la fama con que el mundo os honra, por todo lo mas sagrado, fiel y amable que medió un tiempo entre nosotros, si alguna vez valí algo á vuestros ojos, sacadme de esta agonía, devolvedme mi hija, volvédmela pronto, antes que el dolor haya cerrado para siempre estos ojos cansados de llorar. ¡Ah! ¡si supieseis las angustias de mi vida! si pudieseis probar el tormento de una sola hora de mis noches eternas, llenas todas de fantasmas espantosas! si pudieseis probar lo que significa ser madre!.... Mi vida, vos lo sabeis, siempre estuvo sembrada de penas y amarguras; pero todo es una sombra, un sueño, en comparacion del martirio y agonía que me da esta espina mortal. No, yo no creí que pudiese padecerse tanto en este mundo.... ¡Oh Dios misericordioso! ¡sobrado habeis ido cargando vuestra mano sobre una débil criatura; poned fin á tanto tormento que no puedo ya soportar; llamadme á vos, pero antes salvadme la hija!..... ¡Ay de mí! Las lágrimas anublan mis ojos, la mano vacila, me siento desfallecer.... Márcos. ¡Ay! Estuviese al menos

en vuestra presencia, y pudiese caer á vuestros piés, espirar delante de vos rogándoos con mis últimos acentos la gracia que no podriais negar á una moribunda! Tened piedad de la infelicísima Ermelinda."

XXX.

Márcos en el palacio del Balzo.---Entrevista con la condesa.---Márcos en Rosate.---Desaparicion de Bice y Laureta.---Profecías.---Subterráneos.

Esta carta metió un infierno en el corazon de Márcos. Hubiera querido montar á caballo, y correr derecho á Milan: apenas pudo contenerle el pensamiento de los asuntos de Luca, cuya venta debia ajustarse al otro dia. Pasó toda la noche como sobre espinas, sin poder pegar los ojos, traspasado, atormentado de mil remordimientos, de mil terrores, con una impaciencia y un delirio que le ponian frenético.

Saltaba de la cama, asomábase al balcon á mirar si despuntaba la luz deseada y odiosa al mismo tiempo, paseaba á grandes pasos por la estancia, volvia á tenderse, á revolverse, á mudar de sitio, sin hallar un momento de tregua ni sosiego.

Amaneció, finalmente, llegó la hora aplazada, y presentóse á los priores. Su rostro era pálido y sus ojos desconcertados; habló poco, confuso y desali-

ñado: á la menor contradiccion se irritaba, porfiaba sobre cada palabra, sobre cada accion, parecia que buscase motivo de contienda á todos: en suma, se portó tan fuera de los términos de discrecion y modestia, que la minoría partidaria de la tal compra, tuvo bellísima ocasion para disuadir á la mayoría favorable, manifestando cuán poco podia fiarse en la fe y palabras de un hombre tan raro, estrambótico, soberbio y enojadizo, de un hombre que parecia estar á punto de perder el seso, de rematarse enteramente. Acordaron, pues, rehusar la adquisicion de Luca, y cortar todo trato relativo al asunto.

Tan luego como semejante resolucion fué entendida de Márcos, que se habia retirado del salon ínterin los priores y demas gefes de la República deliberaban, sin ver á los condestables tedescos que vinieran con él á Florencia para el manejo de aquel negocio, sin manifestar admiracion ni disgusto por una negativa tan contraria á sus esperanzas, volvió á su palacio, tomó consigo á Lupo y dos escuderos, montó á caballo y partió secretamente hácia Lombardía.

Mudando caballos á menudo, caminaba dia y noche, y sobre la marcha se hacia referir por el limontino cuanto sabia relativo á Bice y á su amo.

Ermelinda, en su carta, no habia descendido á pormenores, porque creyendo cierto que de Márcos salieron todos los cabos de la trama, le creia minuciosamente instruido de todo, mucho más de

lo poco que ella consiguiera descubrir. Pero Visconti, que de todo estaba á oscuras, oyendo ahora la desaparicion de Bice y la doncella, el lazo en que habia caido el mismo relator junto con su amo, el último peligro que acababa de correr viniendo de Milan, volvia el pensamiento á lo pasado, recordaba el odio mortal de Lodrisio contra Ottorino, dolíale cierto ofrecimiento que en otra ocasion le habia hecho por boca de Pelagrua, de desembarazarle del jóven caballero, hacia memoria de alguna pérfida insinuacion pronunciada por el mismo Pelagrua ó por algun correo en su nombre, y cotejando fechas, considerando la naturaleza de los hechos y de las personas, se persuadió de que tamaña violencia era obra de los dos solapados bribones, unidos de mucho tiempo con gran familiaridad como no ignoraba.

Esta conclusion le hacia hervir la sangre en las venas, y le subia la llama al rostro. En el acceso del furor juraba vengarse de tanta infamia, que aquellos traidores querian recargar sobre su cabeza, hacerles pagar cara la angustia que causaran á una desdichada madre, y á una infeliz muchacha, de no reposar mientras respirasen los malvados; é inflamado con semejantes imágenes de cólera y de sangre, metia espuelas al caballo y lo arrojaba á la carrera.

Llegado á Milan despues de un incómodo y precipitado viaje, mandó á su palacio los dos escuderos con los caballos, y él á pié, con Lupo, corrió á

casa del conde del Balzo resuelto á tener una entrevista con Ermelinda á toda costa, ya para oir de ella noticias de los desaparecidos, si hubiese podido recoger algunas que facilitasen trabajar pronto en libertarlos, ya para disculparse con ella y persuadirla de que él no tenia parte en tan torpe y nefanda maldad; pues no podia sufrir la idea de que le creyese manchado con tan infame culpa aquella mujer que amara mas que á su misma vida, y que siempre respetaba aun mas que á otra criatura cualquiera.

Era muy entrada y tenebrosa la noche, cuando Lupo llamó á la puerta del palacio del conde; y Márcos caló su visera para que no le conociesen los criados. Abrieron: todo estaba en silencio: el limontino guió á Visconti al traves de una hilera de salas, y le condujo finalmente á un gabinete retirado, donde le dejó solo con un velon encendido, diciéndole que iba corriendo á llamar á una vieja doncella de Ermelinda, para que anunciase á la señora su llegada y la necesidad de hablar con ella pronto.

Márcos, soltando las lazadas del yelmo, se lo quitó, lo tiró sobre una mesa, y luego se echó en una silla á aguardar que se presentase Ermelinda. En veinticinco años no la habia visto. ¡Cuántas mudanzas! ¡cuánta revolucion en la suerte de entrambos! ¡cómo la habia dejado! ¡cómo la encontraria! ¡con qué corazon soportar aquella mirada que le echaria en cara la muerte de su padre, y la presente desolacion, despues de tanto amor y tanta virtud!

A cada leve ruido, á cada soplo de aire, á cada movimiento de una sombra se decia: "ella es," y un frío temblor se esparcia por todo el cuerpo. Mas no duró mucho la inquietud. Vió abrirse poco á poco una puerta de enfrente y acercársele una mujer vestida de blanco, flojamente ceñida, con el cabello despeinado, pero sin desórden: coloraba sus mejillas una llama sutil, que por la estraordinaria turbacion acudiera á cubrir momentáneamente la habitual palidez, no bien oculta sin embargo debajo de aquel velo incierto y fugaz: en los ojos abultados y colorados por largas vigilias y dilatado llanto, brillaba un tenue rayo de esperanza, anublado por un oculto desaliento. A primera vista no la conoció Visconti, tanto la habian desfigurado el tiempo, y sobre todo los padecimientos; y aunque al verla comparecer ante él en aquel lugar con la angustia que manifestaba, persuadia bastante que no podia ser sino la madre de Bice, no se resolvia á hablarla, y estaba como dudando, cuando la mujer, que se habia detenido á algunos pasos de distancia, abriendo honestamente los brazos y con los ojos en tierra, dijo:

—¿Sois vos?

Era aquel dulce sonido, aquella voz suave, aquella celestial armonía que solia embriagarle en su mocedad. Saltó en pié como trascordado, y estoy por decir casi temeroso, fijó de nuevo en el rostro de la mujer sus ojos atónitos buscando y cuasi esperando en aquel frenesí del primer momento ha-

llar todavía la hermosura, el encanto, aquel rayo de amor que fué por tantos años la antorcha de su vida y cuyo único recuerdo habia podido en su edad madura arrastrarle á delirar por Bice; pero recobrado luego, bajó la vista y quedó en contristado continente, sin responder palabra.

—¿Sois vos? proseguia Ermelinda con acento de una grave y dulce conmocion, ¿venido en persona á darme la vida? El Señor os tomará en cuenta esta obra de misericordia. Siempre me lo dijo mi corazon: cuando sepa el dolor que causa, no podrá resistir, pues es bueno y generoso.

Márcos, al oir tales palabras, fué asaltado de una ternura, de una compasion tan viva hácia aquella pobre desventurada, de un enojo, una confusion, un fastidio de sí mismo, que hizo con la mano una accion despechada, que casi aterró á la mujer.

—¿Yo bueno? ¿yo generoso? dijo luego con voz sofocada: por piedad, Ermelinda, dejad este sarcasmo cruel. ¿Yo?.... soy un miserable, un demente.... un malvado soy yo; pero no tengo aun el corazon tan corrompido que no me conozca á mí mismo, que no halle un consuelo en confesarlo, en confesarlo á vos principalmente.

—No, no digais eso: el Señor os perdona, y yo ya os he perdonado: la alegría que me dais en este momento, me indemniza de todas las pasadas angustias. Ahora, pues, decidme: ¿dónde está mi hija? ¿cuándo podré volverla á ver?

—¿Conque no habeis logrado adquirir algun in-

dicio por el juglar que se dedicó á buscarlos? respondió apresuradamente Márcos.

En esto la mujer pareció asombrarse; de repente una nube oscureció aquella frente que se abriera á la esperanza, miró al rostro de Visconti, y respondió titubeando:

—¿El juglar decis?.... no, no ha parecido mas, y comienzo á temer.... pero vos.... ¿me preguntais á mí? ¿vos?.... y no pasaba mas adelante.

—Os comprendo, Ermelinda, proseguia Visconti; vos creeis que á Bice la he hecho robar yo, mas no es así; sabed....

—¡Oh Dios! ¿qué me decis? ¿dónde está pues?.... Márcos, perdonad.... no es que dude un punto de vuestra palabra; ¿mas no me lo habeis, puede decirse, confesado ahora mismo? Mirad, hace mucho tiempo que estoy enterada de vuestros sentimientos hácia la pobrecita.

—Escuchadme, dijo entonces Visconti bajando la cabeza á guisa de reo, y con voz lenta y débil, que cada vez se iba poniendo mas trastornada: escuchadme, Ermelinda. Sí, es cierto; yo amaba á vuestra hija.... la amaba con un amor terrible. Fué vuestra imágen impresa en su rostro, fué vuestra alma, que me figuré refundida en ella, lo que me alucinó y me quitó la razon. ¡Oh! si hubiese podido rendir á sus piés una corona, hacerla mi esposa y mi señora! Hubo un momento en que paladée la celestial dulzura de tamaña esperanza, y aquel momento me ha perdido. Un secreto veneno empon-

zoñó mi sangre, me penetró en la medula, se difundió como un torrente por toda mi alma.... Cuando advertí que la jóven habia aceptado el juramento de otro hombre, era demasiado tarde, la herida se habia hecho incurable. No quiero pintaros por cuán larga y penosa senda de dolor llegué hasta la rabia de meditar la muerte de mi mas querido y generoso pariente..... Me horrorizo todavía al pensar que estuve á pique de bañar en su sangre esta mano que él apretara tantas veces con el ardiente y modesto amor de un hijo.

—¿Hablais de Ottorino?

—Sí, el caballero incógnito que combatió contra él con armas mortales el dia de la justa, es este furioso que teneis delante.

La señora alzó los ojos hácia el rostro de Visconti, y pareció que queria decir algo; mas él proseguia con el calor de una indignacion siempre creciente.

—No, oidlo todo antes. Sabeis que en aquella sazon tuve que ausentarme; pues bien, al marchar dejé aquí una órden de iniquidad, mandé á un malvado que estorbase el matrimonio del jóven con vuestra hija; él con mi oro se compró un traidor en vuestra misma casa, entre vuestros criados mas íntimos: os lo repito, Ermelinda, yo no he mandado robar á Bice, ni he tenido de ello el mas mínimo conocimiento; pero el inicuo, á quien dí aquella inicua comision, puede haberse atrevido por ella á tan enorme vileza; de todos modos, yo soy un malvado.... un impío....

—No, no, Márcos, por piedad, suprimid este duro lenguaje, es un oprobio que no mereceis, que no os corresponde; no, no es un malvado quien siente tan vivo dolor de su yerro. La borrasca de las pasiones ha podido estraviaros, mas el corazon de Márcos, estoy segura, nunca he llegado á dudarlo, el corazon de Márcos no se ha pervertido jamas.

—¡Oh mi ángel consolador! prorumpió Márcos todo enternecido; ¡qué bálsamo son para mí vuestras palabras!..... ¡Ermelinda, Ermelinda!..... Si hubieseis estado siempre á mi lado, vos, luz y suave guía en el tenebroso y duro carril de la vida, mis dias hubieran corrido tranquilos é inocentes, rebosado en la santa alegría del amor de esposo y padre, y al declinar la edad, la imágen de lo pasado no se me presentaria pesada y dolorosa con tantos estravíos.... ¿No me creeis perverso? ¡Oh! ¡os doy gracias, Ermelinda, os doy gracias! Puesto que me lo decis vos, yo tambien creeré que nunca lo fuí del todo: ¿cómo pudiera corromperse enteramente un corazon que ardió tanto tiempo con el fuego celeste encendido por vuestro carácter angelical, por vuestras virtudes inmortales? Sí, Ermelinda, lo creo, por vuestro honor, que aun soy menos reo que desventurado.

Tapóse la señora el rostro con ambas manos, y echó á llorar.

—Ahora estoy aquí todo para vos, continuaba Márcos, con acento cada vez mas conmovido; pudiese serviros de algun holocausto mi sangre que

estoy pronto á derramar gustoso hasta la última gota. Buscaré á Bice para restituírosla, para complacerla con el deseado enlace. Hallaré á Ottorino, á mí me toca hallarle tambien, presentarle yo mismo la esposa que le he disputado, á mí me toca, quiero darle yo este placer en cambio de tanto mal como le he causado, para indemnizarle de mi larga y cruel ingratitud á tanto amor, á tanta fidelidad. No habrá paz para mí hasta que vea á todos consolados, hasta que haya sacado á luz este misterio de iniquidad.

Aquí se detuvo un momento, y fijó los ojos en el rostro de Ermelinda, que no cesaba de llorar y sollozar: luego, apretando los puños, continuaba en tono furioso.

—¡Tiemblen los malvados que han de darme cuenta de tantas lágrimas! ¡ay! ¡ay de todos! Atended, Ermelinda: si tuviese que arrancarlos uno á uno del pié del ara, os lo juro, lo juro por el infierno....

—No, Márcos, interrumpia ella compasiva alzando con resolucion el rostro, lleno de una animosa y ardiente dignidad; no salga una blasfemia del labio cristiano. ¿Cómo podeis esperar que el Señor bendiga la obra de caridad que me acabais de ofrecer, si la emprendeis con la venganza en el corazon? ¿Y qué esperanza quereis que funde yo en los hechos de un hombre que no tiene á Dios con él?....

—Sois un ángel, esclamó Visconti; y yo.... no soy mas que un miserable. Ahora bien, antes del

alba estaré en mi castillo de Rosate, el sol de mañana os verá mas contenta. Adios.

—Adios, respondió Ermelinda. El Señor vaya con vos ahora y siempre, y use de misericordia con todos. Adios.

Y viéndole partir, como si el ánimo, al cesar la necesidad retirase el esfuerzo que hiciera hasta entonces para resistir á tan violentos embates, de repente se sintió desfallecer, y tuvo que abandonarse sobre una silla, desde la cual escuchaba lánguidamente las pisadas del que se iba alejando y resonaban bajo las bóvedas de las anchurosas salas. Cuando se perdió enteramente el sonido, levantóse, y volvió vacilando á su retrete. Aturdida y quebrantada por tamañas conmociones, todo le parecia un sueño.

Visconti salió al pórtico, encontró á Lupo que le estaba aguardando, y le dijo:

—Ven conmigo á Rosate.

El limontino, despues de significarle con una respetuosa inclinacion de cabeza, que agradecia el convite, le fué siguiendo sin hablar palabra. Salieron entrambos, atravesaron de prisa y entre tinieblas, gran parte de la ciudad uno tras otro, siempre en silencio, hasta que llegados á casa de Márcos, tomaron dos caballos y emprendieron á galope hácia Rosate.

Mas ya otro, sin saberlo ellos, galopaba por el mismo camino precediendo un buen trecho: era un correo que Lodrisio, avisado de la llegada de Már-

cos á Milan, despachaba á toda prisa para Pelagrua.

Apenas despuntaba el alba, cuando nuestros dos ginetes llegaron á los muros del castillo de Rosate. Hizo Márcos la seña acostumbrada, bajóse el puente levadizo, abrióse de par en par la puerta, pasó con Lupo por debajo del arco, y ni allí ni en el patio inmediato se veia aun alma viviente. El portero reconociendo al señor del lugar corria á tocar una campanilla, con que anunciar la llegada; pero el amo mandándole con una seña que no tocase, le preguntó en seguida por Pelagrua.

—Ha salido esta noche y no ha vuelto, respondió el portero; antes bien, añadió, hace una hora que llegó un correo de Milan con una carta para él muy urgente, segun parece.

—¿Dónde está el correo?

—Aquí en mi cuarto, blasfemando por la tardanza como un arriano.

—Envíamelo corriendo á la sala colorada. Si entretanto volviese Pelagrua, déjale entrar, y que nadie absolutamente salga sin órden mia: ¿entiendes?

—¿Ni el castellano cuando vuelva?

—Nadie.

—No me apartaré ni un punto de vuestro mandato.

Márcos, atravesando un anchuroso patio, fué á esperar al correo en la sala indicada. A poco rato presentóse un hombre, al cual, saliendo al encuentro, agarróle por un brazo y dijo:

—¡Venga la carta!

El hombre, con la escasa luz de allí dentro, no conoció de pronto quién fuese el que de tal modo le hablaba y trataba, y forcejando y esgrimiendo para librar el brazo, se esforzaba en soltarse, y decia:

—Tengo órden de no entregarla sino al mismo castellano.

Mas Visconti, apretándole mas fuerte, le acercó á la ventana, y le replicó con voz terrible:

—¡Venga la carta!

A la luz de las vidrieras, el cuitado descubrió el rostro del famoso capitan, y poniéndose pálido y temblando, respondió:

—Perdonad, no os habia conocido.... En verdad, mi amo.... pero vos.... sois vos el amo, tomad, tomad la carta, y sacándosela del seno se la alargó.

Abrióla Márcos, recorrióla con ansia: no tenia firma: leyó el contenido, que era el siguiente:

"Miserable ahorcado:

"A estas horas habrás ya despachado el negocio segun quedamos el otro dia. ¡Llévete el diablo por haberte entretenido tanto! ¿Qué partido tomarás ahora que Márcos está en Milan? Sí, ha llegado esta noche, y mañana puede caerte encima. ¡Pronto! ¡maldito de Dios! ¡pronto! que esta carta te inflame. Destruye todas las huellas del caso, borra todo indicio, prevé, repara..... Piensa, desdichado, que te va en ello el pellejo."

Horrorizóse Visconti, corrióle un hielo por las venas, erizósele el cabello, y arremetiendo al correo con el puño cerrado asestado á la cara, gritó:

—¿Quién te ha entregado esta carta?

La pregunta era hecha en un tono que no dejaba vacilar, y el preguntado, dejando escusas á parte, respondió claro:

—Me la ha entregado Lodrisio.

—Si quieres salir vivo de aquí, replicaba Márcos, dime qué especie de negocios tiene él con mi castellano.

Mas el otro, atontado por el gran miedo, miraba la cara del preguntante con tantos ojos sin responder palabra.

—Sabes, seguia Márcos, levantando la voz cada vez más; ¿sabes de qué trata la carta que has traido?

El correo nada entendia, y seguia callando.

—¿Lo sabes, poltron asesino? gritó furiosamente el señor, sacudiéndole fuerte por el hombro.

—¡Misericordia! respondió como despertando todo espantado, yo no sé nada, yo no he hecho mas que obedecer á mi amo, el cual me ha dicho: lleva esta carta á Pelagrua, y la he traido..... Lo demas os juro á fe de cristiano, que no sé nada.

—Volveremos á hablar despues; entretanto guárdate de poner un pié fuera de esta pieza.

Dicho esto, corrió Márcos á la habitacion del castellano, llamó, salió á abrirle una muchacha, y él la dijo que queria hablar desde luego á la mujer de Pelagrua. La sirvienta, sin conocerle, introdújole á

una sala, donde á pocos momentos salió á buscarle la mujer de Pelagrua con un niño en brazos, tal cual se hallaba.

—¿Dónde está vuestro marido? preguntóle Visconti con voz profunda al verla parecer.

La pobrecita, asustada por hallarse de repente ante su señor, por oirse preguntar aquello con tal modo, dió algunos pasos hácia atras, apretando còntra su seno al hijito, y respondió balbuceando:

—Ha salido esta noche, no sé adónde.

—Leed esta carta, dijo Márcos presentándole la de Lodrisio, y dadme cuenta aquí al momento del misterio que encierra.

La mujer recorrió con vista medrosa, la fatal carta, y cayendo de rodillas á los piés del que se la presentaba, con un torrente de lágrimas, esclamó:

—¡Ah! tened piedad del desdichado de mi marido!

—Vaya, decid, ¿qué significa esto? interrumpióla Márcos.

—Sí, diré todo, todo cuanto sé.

—Alzad y esplicaos.

Levantóse la infeliz, y temblando y sollozando, comenzaba:

—Yo se lo habia dicho tantas veces; le he rogado, le he suplicado: el señor me es testigo....

—¡Os pido de Bice! prorumpió Márcos como rugiendo. ¿Decid qué es de ella? ¿vive?

—Vive y está aquí hace mas de un mes, respondió la mujer.

—¿Vive y está aquí? repitió Visconti respirando.

—Sí, continuaba la castellana. Antes de anochecer ví á su doncella en una ventana, desde donde suele señalarme lo que sucede y lo que necesita su ama: me señaló que estaba tranquila: la pobrecita hace tiempo que está enferma.

—Presto, conducidme á ella, que quiero verla pronto, pronto; ¡pronto digo!

La mujer dejó el niño en brazos de la criada, y dijo á Márcos:

—Venid conmigo.

—Subió una escalerilla, volvió á la izquierda debajo de un pórtico, despues del cual atravesó un pequeño patio, metióse por un corredor largo y oscuro, y despues de muchas vueltas y revueltas, salió finalmente á otro patio solitario, desde el cual, señalando con la mano unas ventanas altas que tenia la pared de enfrente, dijo:

—Allí dentro está con una jóven de su confianza que trajeron con ella.

—Vamos pronto á verla, dijo Márcos, y ya pisaba el primer escalon para subir allí, mas paróse de repente, estuvo pensando un momento, y volvió á decir:

—No, subid sola, yo me quedaré aquí, pues la vista de un hombre..... mi vista..... animadla, decidla que esté contenta, que pronto verá á su madre..... que volverá á su casa..... decidla que yo.... No, no, no le hableis de mí, no pronuncieis mi nombre, decidla todo lo que pueda serle útil, prometedla cuanto os pida.

—¿Mas es cierto que habeis venido para librarla? preguntó tímidamente la castellana, que no tengo corazon para engañar á aquella pobre criatura.

—Muera yo descomulgado, no repose mi cuerpo en tierra sagrada si os miento.

—¡Dios os bendiga! esclamó la mujer juntando las manos.

—Para ganar tiempo, añadia Visconti, en tanto que vos subís á darla los primeros consuelos, yo corro á despachar un correo á sus padres para que vengan aquí pronto.

Dicho esto, volvió atras por donde habia venido, salió al patio grande, encontró á Lupo, le mandó montar á caballo pronto, y volar á Milan reventando el mejor caballo de sus cuadras, para avisar á los condes del Balzo que habia hallado á su hija, que vinieran presto á Rosate á verla y llevársela á su casa.

Mientras esto hacia Márcos, la mujer de Pelagrua, subida la escalera, fué á parar á una habitacion, y llegándose á la puerta de la mansion de Bice, llamó ligeramente haciendo al mismo tiempo que se oyese su voz. Nadie responde; aplica el oido al ojo de la cerradura, no se siente en los cuartos el menor ruido, ni una respiracion: llama mas recio, grita, ¡Laureta! grita á Bice; nada: llégase á una ventana con reja que daba en el segundo cuarto, suena en los vidrios con los dedos; mira adentro, llama desde allí, ora á la criada, ora al ama;

nadie: vuelve á la puerta, pica y repica, empuja, alborota: trabajo perdido.

La pobrecita sintióse encima el frío de la muerte. ¿Qué podian haberse hecho las prisioneras? Pensó en la carta de Lodrisio, y se horrorizó; pensó en Márcos, y hubiera querido en aquel punto caerse muerta, hundirse cien varas debajo tierra para no tener que presentársele con tal nueva. ¿Qué hacer pues? ¿esconderse? ¿huir? ¿pero dónde y cómo? ¿y Visconti no viéndola pronto sospecharia tambien de ella, y si entretanto volvia el marido?.... Alzó los ojos al cielo, y dijo: ¡Señor! estoy en vuestras manos. En seguida, con la resignacion de una alma buena, se dirigió á los aposentos que sabia ocupaba Márcos cuando paraba en el castillo.

Estaba ya para poner el pié en la primera sala, cuando le vió asomar en un ángulo del pórtico, que volvia de despachar á Lupo para Milan. Reparó en ella, se apresuró á encontrarla, y al llegar á distancia de poder ser oido sin gritar, la preguntó con ansia:

—¿Y bien, la habeis consolado? ¿Le habeis dicho que su madre estará aquí dentro de pocas horas? ¿Cómo está, qué dice, qué hace?

La mujer, en vez de contestar, se cubrió el rostro con ambas manos y soltó un amargo llanto.

—¡Oh Dios! gritó Márcos cambiando de repente aquel aire de contenta solicitud en el de espanto y desolacion: ¿qué es de ella?.... decid, decidlo pronto.... decidlo por vida vuestra, y ya le habia agarrado una mano.

—No se encuentra, respondió la castellana con voz sofocada é interrumpida por los sollozos, en su habitacion no está.

—¡Vil canalla! ¡infames y traidores todos! echó á gritar Márcos como un energúmeno; pero gracias á Dios, os tengo en mi poder, ¡malvados! sí, estais en mi poder, y la sangre se vengará con sangre. Y golpeándose la frente con una mano, apretaba con la otra la de la mujer, la cual creyendo llegada su última hora, volvia los ojos al cielo en actitud de tan medrosa piedad, que moviera á compasion al corazon mas empedernido.

Sintióla Visconti, soltó la mano de la castellana, y la miraba al rostro; mientras ella, levantando al cielo aquella mano cárdena por la fuerte apretada del puño del amo, esclamaba sin parar el llanto:

—¡Dios me es testigo, soy inocente!

—Tambien yo lo creo, dijo Márcos.

—Buena mujer, tranquilizaos.... nada temais de mí.

Mas viendo que no cesaba de llorar, con tono resuelto é impaciente añadió:

—Sosegaos, pues, sosegaos, digo, y contadme cuanto sepais.

La mujer, medio confortada y medio medrosa, contó que habia hallado la puerta cerrada, y que en vano habia golpeado y voceado; por lo cual, Visconti recobró alguna esperanza de que Bice podia estar en su cuarto, y tener sus motivos para no

abrir ni responder. Acordóse de la otra puertecita secreta (la misma por donde entraron pocos dias antes Lodrisio y Pelagrua con tanto susto de las pobres prisioneras), propuso á la castellana introducirse por allí, guióla él mismo por tortuosos y secretos pasadizos, y diciéndole que él la aguardaria allá fuera, tocó un resorte que movió cierto mecanismo, y abrióse la puerta. Entró la castellana, volvió á cerrar la mampara á fin de evitar que Márcos fuese visto desde dentro, examinó el cuarto donde Bice solia dormir, y no vió alma viviente: pasó á la segunda, tercera, cuarta pieza, registrando, metiendo ruido y llamando á todas partes, pero no encontró á nadie.

Figuraos sobre qué ascuas estaba entretanto el pobre Márcos. Pronto volvió la mujer á la puerta detras de la cual le habia dejado, y dijo en voz baja:

—Nadie.

Entró tambien él volviendo los ojos alrededor, con un aspecto, una consternacion imposibles de pintar: pisaba aquel suelo que habian tocado los piés de Bice, ponia las manos en aquellos muebles que ella habia usado, respiraba el aire que habia respirado ella, todo le parecia estar lleno de ella misma. A cada instante se le figuraba oir su suspiro, su voz lánguida, saliendo de algun secreto escondrijo, invocando socorro y piedad.

Junto al tabique que tenia la puerta falsa, habia una rica cama con cortinajes pintados, aun per-

manecia hecha con las sábanas dobladas, buena y lisa, menos en un lado, que conservaba la impresion de haberse apoyado alguna persona. Bice, no atreviéndose á meterse en ella, ni acostarse desde que reparara no estar segura, aunque encerrada en su habitacion, enferma como estaba, pasaba dolorosamente las noches sin desnudarse, abandonada en una silla, inclinando el débil costado sobre el lecho, y dejando caer sobre sus almohadas su lánguida cabeza.

Veíase sobre la mesa, en medio del aposento, un velon aun encendido, pero que consumido el alimento, apenas despedia un rayo de luz desde una pequeñísima llama que se deslizaba sobre la última punta del pábilo requemado y cuasi reducido á cenizas. Márcos fijó allí la vista, y en aquel momento de pasion, abandonándose á las fantasías del siglo, lleno de supersticiones y vanos agüeros, le vino á la idea que aquella muriente llama podia ser una imágen, ó mejor el símbolo de la vida de Bice, y con fanático terror separó de allí suavemente á la castellana, para que con el movimiento del aire no acabase de apagarla.

Junto al velon habia una Biblia, abierta en el capítulo XXXIV de las profecías de Jeremías: las hojas estaban mojadas de recientes lágrimas, y en los versículos tercero, cuarto y quinto estaban señaladas con un rasguño estas palabras: *non efugies de manu ejus, sed incompreensione capieris..... Attamen audi verbum Domini.... Hœc dicit Dominus ad te.*

Non morieris in gladio.... sed in pace morieris..... ¡et væ Domine! planget te [1].

Márcos al leerlas, sintió nacer en su corazon una confianza, una seguridad sobrenatural de que hallaria á la infeliz, y que la hallaria aun viva. Las palabras del Profeta, que ella habria notado, y que debian haberla consolado, pareciéronle en aquel punto de inquietud y desconsuelo, una clara prediccion del fin de la jóven; por lo que, volviéndose á la mujer la dijo:

—Buen ánimo, que Bice no ha muerto.

La mujer del castellano le miró al rostro, y sin atreverse á preguntarle de dónde sacaba aquella tan resuelta certeza que mostraba en sus palabras, y aun mas en su semblante, le siguió á la segunda estancia, en la cual entraba él para continuar la comenzada inquisicion. Allí encontraron señales evidentes de violencia, de resistencia y de combate. Vieron una mesita derribada, esparcidos y hechos pedazos por tierra, alrededor, algunos vasos y vasijas que probablemente estarian encima de ella, vieron el lecho todo revuelto y descompuesto, las cubiertas desgarradas y echadas por allí, una cortina rasgada de arriba abajo, la armadura de la cama apartada de la pared y torcida de un lado, é in-

1 .... No escaparás de sus manos, sino que infaliblemente serás cogido.... Esto, no obstante, escucha lo que dice el Señor.... Esto te dice el Señor. Tú no morirás á cuchillo, sino que morirás de muerte natural.... y te plañirán esclamando, ¡ay Señor!

firieron que la doncella al defenderse de sus agresores, se habria abrazado á una de las columnas de la cabecera, y sido arrancada á viva fuerza.

Despues que lo hubo Márcos considerado todo, pasó al tercer aposento, y al cuarto, hasta la puerta que daba sobre el terrado. Meneóla, y hallándola cerrada por dentro con una tranca, infirió que las prisioneras no habian sido arrebatadas por allí, sino por la puerta secreta. Volvió, pues, atras, seguido siempre de la castellana; pasó otra vez por todos los cuartos ya registrados, y salió con ella por donde habian entrado. En un cierto pasadizo oscuro la mujer tropezó en alguna cosa blanda y ligera, bajóse á recogerla, y cuando estuvo en paraje claro, reconoció ser un velo todo manchado y pisoteado, nuevo argumento para confirmarse Visconti en su primer concepto, de que las jóvenes habian pasado por allí. Conque adelante.

Aquel pasadizo, terminando en otros corredores largos y tortuosos, salia despues de mil vueltas y revueltas á un pequeño patio abandonado, lleno de ortigas y otras malas yerbas, al cual se bajaba por una escalerilla de caracol. Tenia el patio dos puertas, la primera en el fondo de una bóveda oscura que atravesaba un enorme terraplen y una gruesa muralla, salia fuera del castillo, tenia su rastrillo y puente levadizo, y era una poterna de socorro. La otra, mas baja, toda forrada, cerrada con gruesas barras y pesados cerrojos, conducia á lo interior del fuerte, y era la entrada de todos los subterráneos,

una infinidad, una confusion intrincada de estancias, calabozos y concavidades, un tortuoso laberinto de calles, senderos y pasadizos, que se esparcian, se cruzaban, se confundian de cien maneras, girando y derramándose por toda la estension de los cimientos del vasto edificio.

Márcos, hecho llamar al juez feudal, que ejercia por él la jurisdiccion y ministraba en su nombre la justicia en el castillo y sus pertenencias, le mandó que interrogase á una familia que habitaba en un torreon poco distante del mencionado patio. Se sacó, que por la noche habian oido hácia aquella parte algunos gritos interrumpidos y como sofocados. No pudiendo averiguarse si las prisioneras habian sido sacadas por la puerta de socorro, ó enterradas en los cimientos del castillo. Márcos mandó derribar la puerta de los subterráneos, cuyas llaves no pudieron hallarse, y al mismo tiempo despachó algunas personas avisadas que recorriesen el pais, que tomasen lenguas, investigasen todo el contorno con el cuidado de no dar que sospechar á Pelagrua si se hallase por allí, y con espresa órden, de que si tropezasen con él, le llevasen al castillo de grado ó por fuerza.

Los encargados de la pesquisa interior, despues que á fuerza de mazas, de palancas y de picos, tuvieron derribada la primera puerta, bajaron á un largo corredor oscuro, desde el cual empezaban á dividirse acá y acullá en varias cuadrillas; mas á cada paso tropezaban con nuevos estorbos, pues á la

entrada de todos los corredores habia gruesas rejas de hierro, cada estancia á derecha é izquierda se cerraba con gruesas tablas, con fuertes y pesadas herramientas. El mismo Márcos, corriendo de una á otra parte animaba á los operarios; él mismo ayudaba á desbotar puertas, á romper pernos y goznes; pero todo era nada. Habiendo penetrado á duras penas en uno de los corredores, derribado dos, tres, cuatro puertas, visitado otros tantos camaranchones, los hallaba vacíos; ¡y cuántas callejuelas quedaban aún por conquistar, cuántas estancias que espugnar una á una!

XXXI.

Hallazgo de Tremacoldo, Bice y Laureta.---Agonía de Bice.---Llegada de Ottorino.---Muerte de Bice.

Al cabo de muchas horas de tan penoso trabajo, le pareció á alguno oir una voz lejana saliente de un subterráneo. Márcos hace cesar inmediatamente todo ruido: todos escuchan atentos.... A poco rato se oye de nuevo la voz, una voz prolongada, aguda, como de lamento, que viene de una carbonera escavada debajo del primer subterráneo entre los mas profundos cimientos de un torreon. Ea, presto, todos manos á la obra, la nueva esperanza redobla el afan: en un momento se arranca de qui-

cios una reja, se destroza, se derriba una puerta. Márcos, con una tea en la mano, penetra el primero en un camaranchon, hace saltar el cerrojo á flor de tierra, y baja por una escalera de caracol hasta el fondo de la indicada torre. Se adelanta palpitando por una vasta y oscurísima cárcel, oye una voz que le implora misericordia, ve en un rincon de la pared del frente como una sombra que le tiende los brazos, se precipita á aquella parte, la luz que lleva en la mano descubre una figura desconocida..... Sin embargo, no es Bice..... es un hombre. Era Tremacoldo.

El juglar dióse en seguida á reconocer, y refirió que habiendo venido al castillo para investigar si tenian escondida allí la hija del conde del Balzo, lo prendieron y enterraron en aquella profundidad, de donde no esperaba salir á ver el sol. De Bice ninguna noticia.

Rotas las prisiones, Tremacoldo fué puesto en libertad, y Márcos mas desalentado que nunca, mandó continuar el comenzado registro. Poco despues bajó un escudero anunciándole la llegada de los condes del Balzo que preguntaban por él con mucha premura. A tal nueva se puso pálido, dió algunos pasos hácia la puerta como para salir y correr á los recien llegados; mas retrocedió, y con la frente baja, los brazos colgando, estuvo un buen rato apoyado en un pilar sin decir palabra, sin dar señal.

En aquel momento, del lado opuesto á Márcos se oyeron gritar muchos á la vez:

—¡Aquí está! ¡aquí está! ¡la hallamos! ¡la hallamos!

—Todos arrojan los instrumentos, responden con otro grito de alegría, y corren precipitados hácia aquella parte. Muchas teas agitadas, iluminan con inconstante resplandor las largas y tenebrosas bóvedas del intrincado laberinto.

—¿Es viva? pregunta Márcos desde el medio del tropel de los que acudian.

—Es muerta, responde una voz desde el puesto adonde se dirigian todos.

Y hé aquí que se adelanta un grupo de gente, y en medio dos escuderos que llevan con piadoso respeto sobre sus brazos la hija del conde, blanco el rostro, los ojos cerrados y la cabeza colgando sobre un hombro. Seguia Laureta, toda desgreñada, y sosteniendo con sus manos la cabeza, no cesaba de besarla en la frente é inundarla de lágrimas.

Márcos, en cuyo corazon habian resonado las primeras voces de esperanza y de muerte, que veia pasar ahora lento lento, aquel cortejo fúnebre, y á la luz de tantas antorchas, reconocia poco á poco la amada beldad, en el blanco rostro de la jóven que conducian, no podia persuadirse que tal espectáculo fuese real, animaba la esperanza de hallarse poseido de la fantástica ilusion de un sueño, y para cerciorarse estendia atónito las manos alrededor, ora palpando las paredes, ora agarrando por los hombros y por los brazos las personas que acertaban á pasar delante de él: finalmente, adelantándo-

se entre la multitud, que se apresuró en abrirle calle, acercóse á Bice, y le puso una mano sobre la frente. El frío de aquel tacto le hizo volver del pasmo y enajenamiento en que habia caido: difundíase por sus miembros un temblor que iba en aumento, la sangre refluyóle violentamente al rostro embutiendo las venas de la frente, por la cual se veian chorrear grandes gotas de sudor.

Siguiendo de este modo al lado de la jóven, llegó hasta arriba de la escalera del subterráneo que salia al pequeño patio. Allí pareció que la impresion del aire libre y la vista del sol le volvian en su acuerdo.

Acordóse de que Ermelinda le aguardaba, conoció que moriria de susto y de dolor si de repente se hallaba con la hija en tal estado, y esta idea le restituyó el primitivo vigor. Señaló á la gente que hiciesen alto, y con voz segura y ademan tranquilo, del cual todos se maravillaron, mandó que apagadas las luces cesase todo rumor y se dispersase la multitud silenciosamente, guardándose bien de hablar de cuanto habian visto allá bajo.

Él, precediendo á Laureta y á los dos escuderos que llevaban á Bice, se encaminó al aposento de la castellana.

Luego que la hija del conde fué acomodada en una cama, Márcos preguntó á la doncella cuándo habia espirado la señora.

—Aun estaba viva poco hace, respondió Laureta con voz interrumpida de sollozos, se me ha muer-

to de espanto al oir derribar la puerta del calabozo, y creíamos que viniesen á asesinarnos.

En esto entró el médico del castillo, que habia sido llamado sobre la marcha: observó, examinó á la señora, acercóle una luz á la boca.... la pequeña llama pareció inclinarse un poco al impulso de un leve aliento. Laureta, la castellána, se afanan alrededor apurando todos los medios de volverla en sí: poco á poco se le dispierta el latido del corazon, recobra el pulso, el calor vital vuelve á difundirse por los miembros.... Mas las fuerzas están consumidas por el largo padecer, por las angustias y espanto prolongado. Entrale una ardiente calentura.... ¿Podrá llegar á ver el dia de mañana?

Márcos, que se habia dejado arrebatar fuera de sí por la imprevista alegría de hallarla viva; al oir el último anuncio, bajó tristemente la cabeza y dijo en sus adentros:

—Hé aquí cumplidas las palabras del Profeta: en seguida, con rostro y ademan de un hombre á quien nada le queda ya que temer ni que esperar en este mundo, se arrimó á la mujer de Pelagrua, y preguntóla relativamente á Ottorino. La mujer, que por algunas palabras de Lodrisio proferidas en su presencia sospechaba que el esposo de Bice estaria encerrado en el castillo de Binasco, se lo comunicó á Márcos, el cual resolvió buscar desde luego al desaparecido. Salió, pues, del cuarto de la enferma, con la cual no quiso que quedase por entonces sino la doncella, á fin de que la pobrecita, que iba poco

á poco recobrando la vida, en el momento de volver en sí no viese mas cara que aquella grata y fiel.

—Ahora, llamad á la madre de Bice, dijo á la castellana, encargadla que ruegue..... que ruegue tambien por mí.

Dicho esto, bajó precipitadamente al patio, dejó algunas órdenes al juez del castillo, y salió á caballo por el puente levadizo, que se volvió á cerrar tras él.

El cuarto donde habian colocado á Bice daba á una llanura que se dilataba á levante del esterior del castillo. El sol ya alto, entrando por una ventana frontera á la cama de la paciente, difundia sobre el rostro de ésta un resplandor, que realzaba la palidez mortal. Al volver en sí la muchacha, abria los ojos y los cerraba á prisa llevando á ellos la mano para defenderlos de la luz, dolorosa en aquel primer encuentro, tras tantas horas pasadas en la densísima oscuridad de la cárcel.

La doncella se apresuró á cerrar las ventanillas, y vuelta á sentarse al lado de la señorita la abrazaba llorando, y llamándola por su nombre. Sintió ella la impresion de aquellas lágrimas, reconoció la voz, y abriendo otra vez los ojos, la estuvo mirando un rato como trascordada, y despues dijo:

—¿Eres tú, Laureta?

—Sí, soy yo, nada temais, estamos libres, tened buen ánimo.

Mas ella, que aun no comprendia bien el sentido de las palabras, preguntaba tímidamente:

—¿Dónde han ido los asesinos?.... Han derribado la puerta del calabozo, he oido sus gritos, he sentido en mi cuerpo los golpes de sus puñales..... Dime, ¿conque no me han muerto? Pareciame estar muerta y que me llevaban á enterrar en medio de tanta gente, con tantas luces alrededor.... Era de noche, ¿cómo tan pronto se ha hecho dia claro? ¿Dónde estamos ahora?

—Estamos en el cuarto de nuestra buena castellana, estamos libres, os digo, ha sido el mismo Márcos que ha venido....

El sonido de tal nombre fué como el tacto de un fierro ardiendo que vuelve los sentidos á un amortecido. Bice sentóse de ímpetu en la cama y decia:

—¡Huyamos! ¡huyamos! ¡escóndeme, sálvame, sálvame, sálvame por piedad!

—¡Oh no, por Dios! tranquilizaos: Márcos no está aquí, ademas, estad segura, no entrará en este cuarto persona que vos no querais..... somos libres, vuelvo á deciros, y sabeis la buena noticia que tengo que daros. Ha llegado vuestra madre.

—¿Mi madre?

—Sí, vuestra madre, y tan luego como os hayais restablecido bastante para soportar el viaje volveremos á casa junto con ella.

—¡Oh, no quieras engañarme aún! ¿No te acuerdas cuántas veces me has dicho que vendria? ¿y luego?

—Mas esta vez la tenemos aquí, os digo que está aquí, y la veréis á cualquiera hora.

—No, no, querida mia, tu piedad es demasiado cruel, no, no la veré mas: ¡le he pedido tantas veces á Dios esta gracia, con tantas lágrimas, con tanta confianza!.... ¡No ha querido oirme!.... y ahora ya seria demasiado tarde.

—¡Ah, hija mia! gritó en aquel punto Ermelinda con una voz medio apagada por la angustia. Entretenida por el médico en la pieza contigua para que el sobresalto de la repentina alegría no hiciese una impresion demasiado fuerte, atendida la debilidad de la enferma, habia escuchado desde allí todas las palabras de ésta, y no pudiendo resistir mas al impulso de la ternura, se habia precipitado entre los brazos de su hija. Bice reclinó la cabeza sobre el hombro de la madre, y estuvieron un buen rato abrazadas en silencio.

Fué Ermelinda la primera en soltarse de aquel lazo, dulce á un tiempo y doloroso, y poniendo una mano sobre la cabeza de la hija decia:

—Ahora reposa, ¿ya lo ves? yo estoy aquí contigo para no abandonarte jamas: estaremos siempre juntas, siempre, siempre: sí, querida, sí, mi pobre Bice. Se acabaron las penas, no hay que pensar sino en cosas alegres, piensa en tu madre que está aquí contigo, que ya no se separará mas de tu lado.

Bice obedeció, puso un instante la cabeza sobre la almohada: mas no pudiendo contenerse volvió á levantarla, y alzando otra vez los brazos, los enlazó al cuello de la madre, y como ésta resistiese blandamente y la señalase casi desmayada que cesase;

—No, decia la hija, no, dejadme desahogar el deseo de tantos dias, de tantas noches dolorosas, dejadme gozar este consuelo, dejadme embriagar en una dulzura que será la última de mi vida.

—Por caridad, cálmate, tanta conmocion..... tan decaida como estás.

—¡Ah! no, replicaba Bice, no puede causarme sino bien, esperimento un alivio..... dejadme, dejadme, y apretándola y besándola el rostro la inundaba en ardientes lágrimas, repitiendo con un suspiro amoroso:

—¡Ah, madre mia! ¡ah, querida madre!

Ermelinda, vencida al fin por aquel sentimiento á que nada resiste, se abandonó en brazos de su hija, y llorando tambien devolvióle los besos y las caricias. Era un cuadro de piedad, pero de una piedad consoladora, una piedad llena de alegría, de paz, aun diré de reverencia, el que presentaban las dos infelices mezclando sus lágrimas, no saciándose de estrechar sus brazos, de repetirse su mutuo amor, sus largos tormentos durante la separacion.

—¿Sabes que tambien está aquí tu padre? dijo Ermelinda luego que se hubo sosegado lo bastante para poder hablar.

—¿Por qué no viene? respondió la jóven brillando en su rostro una nueva alegría.

Llamado el conde, entró con aire entre conmovido y espantado; mas al ver á su hija tan enflaquecida y debilitada, que soltaba del cuello de la madre un brazo, y lo estendia amorosamente hácia él,

la cobardía cedió á la piedad, y no le quedó mas afecto que el de padre. Corrió á ella, y abrazándola la cabeza, le dijo todo enternecido:

—Tú estás mala, hija mia.

—¡Oh! no, ahora que estoy con mis amados padres, estoy bien, estoy muy bien..... ¿Mas y Ottorino?....

El conde apretó los labios, como quien engulle una medicina amarga, y por mas que se violentó no pudo menos de soltar estas palabras:

—¡Oh, por amor de Dios! ¡á quién vienes á nombrar ahora! ¡en este sitio!

—¿No es mi esposo? dijo con tono algo resentido, y volviéndose tiernamente á la madre:

—¿Es vivo? ¿puedo esperar verle?

—¡Oh! sí, el Señor le habrá conservado, dijo Ermelinda.

—Segun me ha dicho la castellana, debe estar en Binasco, y el mismo Márcos ha marchado á buscarle para traértelo luego de encontrarle.

—¡Márcos! esclamaron á un tiempo el padre y la hija, heridos de distinta admiracion y de distinto terror.

—Sí, Márcos Visconti, repitió la condesa, y se puso á referirles el coloquio de la noche antecedente, disculpó á Visconti de los atentados que no cometiera, pintó el dolor que sentia por aquella parte de culpa que habia tenido al principio, certificó su generosa resolucion de reparar con su misma vida, si fuese necesario, todos los males ocasionados,

afirmó el aumento de benevolencia hácia Ottorino, ni reparó en confesar su amor á Bice, ahora que aquel amor, purificado por los remordimientos y el arrepentimiento, se habia trocado en un afecto obsequioso y expiatorio; en fin, le recomendó tanto á mas de disculparle, que desvaneció toda sombra de sospecha, todo rastro de rencor en el ánimo del padre y de la hija.

Esta última, que habia empezado á escuchar con temerosa ansiedad, concluido el discurso, alzó los ojos al cielo, y juntando las palmas esclamó:

—¡Dios le perdone! y volviéndose otra vez á la madre: ¿Me habeis dicho que salió en busca de Ottorino, no es verdad?.... ¿Creeis que podrá llegar á tiempo de verme?

—¡Ah! ¡no digas esto, hija mia! esclamó Ermelinda en tono de dulce y cordial reprension: mira, querida, la vida y la muerte están en mano de un Dios misericordioso.... él no querrá.... por compasion de nosotros.... y calló.

Bice tomóla una mano y se la besó. Ni la una se atrevia á dar, ni la otra á pedir esperanzas, esperanzas que ninguna alimentaba en el corazon.

Todo el dia se fué agravando el mal, y tomando destructora fuerza sobre aquel cuerpo demasiado débil y estenuado para poderle contrarestar.

La jóven, obtemperando las órdenes del médico, reforzadas con las mas espresivas súplicas de la madre, estaba tendida con quietud y silencio, contentándose de mirar continuamente á su querida ma-

dre, sentada al pié de la cama, y seguirla con la vista cada vez que por alguna necesidad variaba de puesto.

Al mismo pié de la cama, junto con Ermelinda, estaba sentada tambien la doncella, la amorosa Laureta, la cual, á pesar de las repetidas instancias de todos, y aun de la misma Bice, no habia querido salir de aquel aposento para ir á descansar un poco, que tanto lo necesitaria tras las crueles vigilias de la noche anterior. Contaba, interrumpidamente y en voz baja á la madre, la historia de los males que habia padecido con su jóven ama desde su conduccion á Rosate, las perfidias, las amenazas con que habian procurado separar á Bice de la fe prometida al esposo, y trastornarla para que renunciase á él y se doblegase á mirar con buen ojo aquel terrible hombre, que ellas creian ser el autor de toda la persecucion. No omitió la caridad que usara con ellas la castellana, la cual, en cuanto se lo permitian su opresion y las continuas sospechas del marido, no dejaba de socorrerlas con oportunos avisos, consejos y toda especie de consuelos. Ermelinda, conmovida por tal narracion, echaba de cuando en cuando una compasiva mirada sobre la hija que habia padecido tanto; y ésta, que adivinaba bien la materia de aquella larga conferencia, contestaba con una amorosa sonrisa.

No obstante, aquel reposo, aquella quietud era perturbada de cuando en cuando por algun rumor, que sonaba en el castillo. Bice se ponia toda aten-

ta, saliale al rostro una leve llama, y preguntaba á la madre:

—¿Ha llegado?....

La preguntada salia corriendo del cuarto, y volvia al cabo de un rato diciendo, que no; y añadiendo siempre alguna palabra de consuelo y esperanza.

Al anochecer, que se sentia siempre mas empeorada, pidió un confesor. Estuvo largo rato con un anciano benedictino llamado para asistirla, y despues quiso ver de nuevo á sus padres.

—Escucha, hija mia, le dijo el padre: Ottorino no ha llegado aún, pero le aguardamos antes del dia....

Turbóse toda, y respondió:

—¡Ottorino! ¡mi esposo! ¡mi amado esposo!..... ¡Ah, si el Señor me hiciese esta gracia!.... ¡si pudiese verlo antes de morir!

—Vamos, ofrecédselo á él, dijo el piadoso monje; ofrecédselo á él que os le habia dado, y adorad las disposiciones de la eterna justicia y misericordia, que acepta este sacrificio del corazon en expiacion de vuestras culpas y remedio de vuestra alma.

La pobrecita juntó las manos, alzó la vista al cielo en ademan de viva, sí, pero dolorosa resignacion; mas Ermelinda, poniéndole una mano sobre la cabeza:

—¡Oh hija mia! esclamaba! ¡oh querida hija mia! ¡Conque he de perderte! ¡qué me queda en este mundo sin tí, que eres mi único alivio, mi único consuelo!

La muchacha inclinó la cabeza y lloró. Un momento despues añadió sollozando:

—¡Consuelo habeis dicho! ¿y qué consuelo tuvisteis de esta miserable, que con su protervia ha sembrado tantas espinas en el sendero de vuestra vida?.... ¡Oh querida madre! no os pido perdon, porque sé que todo me lo habeis perdonado; y vos tambien, padre mio, vos tambien, me habeis perdonado, ¿no es verdad?

Ermelinda y el conde, sofocados por el llanto, no podian articular palabra. Todos guardaron un rato de silencio. En tanto, la doncella, despues de haber dado á la enferma no sé qué bebida corroborante, se habia acomodado en una silla al lado de la cama, y vencida del cansancio y las penas, poco á poco iba reclinando la cabeza sobre la colcha, y se adormecia.

Bice, que lo notó, sin menear la una mano que la tenia sobre el hombro, señaló con la otra á los circunstantes que tuviesen silencio y no metiesen ruido, y ella misma, hablando alguna palabra al confesor, bajó la voz, aunque por sí misma ya medio apagada, y el piadoso monje, enternecido de aquella noble solicitud, hizo otro tanto.

Antes de esto, muy á menudo se hacia componer la cubierta y las almohadas, ora queria levantarse, ora volverse del otro lado, como suelen los enfermos que en ninguna parte hallan reposo; mas entonces, ya se esforzaba en permanecer quieta en una misma posicion, no atreviéndose casi á respirar por

miedo de dispertar á su querida, cuyo rostro contemplaba con amorosa complacencia.

Cuando Laureta dispertó, empezaba á despuntar la aurora, y á los primeros albores que entraban por los vidrios fronteros, se veia poner pálida la llama de un velon colocado junto á la cama. La doncella revolvió alrededor sus pasmados ojos, no sabiendo de pronto donde estuviese; pero tropezaron con los de Bice, la cual, desplegando una sonrisa llena de dulzura, la dijo:

—Estás aquí conmigo; estás con tu querida Bice.

La otra bajó el rostro, sintiendo y avergonzándose de que la debilidad de su cuerpo hubiese podido hacerla olvidar por un buen rato á su amada señorita en aquel estremo: mas ésta, que penetró el ánimo de la amorosa compañera, supo consolarla pronto con exigir de ella sola el menor servicio que necesitaba, y recibir placentera aquellas caricias que, con sutil y redoblado esmero, la iba prodigando.

Una hora despues de salido el sol dijo sentirse fatigada y querer reposar. Se tendió, cerró los ojos, y no tardó mucho en conciliar el sueño, un sueño lento y pesado; mas de repente se la vió estremecerse como por un imprevisto espanto, alzó de la almohada la cabeza, que volvió á caer en seguida, corrióle por el rostro un sudor frío, cesó el aliento, desapareció el pulso, y causó un sobresalto general creyendo todos que habia espirado. No habia sido sino una pasajera compresion del corazon, un de-

liquio del cual se recobró en breve, y viéndose entre sus queridos que se desesperaban:

—¿De qué llorais? dijo; hé aquí que aun estoy con vosotros.

Todos se apiñaron alrededor, y ella, tomando un poco de aliento, vuelta á su madre, continuaba:

—Siento, empero, que la vida me va faltando, y está cercana la hora: vaya, tened fortaleza, y recoged mi última palabra, el último voto de mi alma.

Quitóse del dedo una sortija y se la alargó, diciendo:—Me la dió Ottorino delante de vos, prenda de un enlace que debia durar poco aquí en la tierra, pero que se renovará en el paraiso.... Si volveis á verle, restituídsela, que un dia me la enseñará.... Decidle tambien, que en este grave momento, temblando de comparecer luego sola á la presencia del Señor, le he suplicado una cosa: por el bien que me ha querido, por su salud eterna, por la mia, le ruego que no pida cuenta á nadie de lo que he padecido acá bajo.

Descansó un momento, y en seguida, señalando con un pequeño movimiento á la doncella, que estaba al pié de la cama:

—Yo os la recomiendo, siempre la habeis mirado con amor; pero despues de cuanto ha padecido por mí, como hubiera sido para mí una hermana, sea para vos una hija..... Ella os será mas obediente que ésta.... que amasteis demasiado.

Y volviéndose á Laureta:

—¿Me prometeis?....

—¡Ah! sí, respondió la doncella; no la abandonaré nunca: mientras viva, estaré siempre con ella, toda, toda para ella.

En esto, sintiendo que le faltaban las fuerzas, calló. Estuvo largo rato como aletargada: al fin abrió lentamente los ojos, volviólos hácia la ventana por donde entraba el sol, y murmuró para sí:

—¡Oh mis queridas montañas!

La madre se la arrimó más; y ella, moviendo con fatiga la voz, cada vez mas floja y vacilante, pronunció interrumpidamente estas palabras:

—Allí, en el cementerio de Limonta, en aquella capillita.... Donde yace mi pobre mi hermano..... habiamos allí orado.... y llorado juntos tantas veces.... Repose yo junto á él.... allí volveréis sola á orar, á llorar por ambos..... Recibiré los sufragios de aquella buena gente.... Saludadlos á todos por mí.... y la pobre Marta que tambien tiene un hijo en aquel santo lugar....

La madre, más con señas que con la voz, impedida por el llanto, la significó que cumpliria todos sus deseos. Entonces el monje, conociendo que á la enferma le quedaban pocos instantes de vida, se puso la estola, la bendijo, y empezó á rezar sobre ella las oraciones de los agonizantes. Todos se arrodillaron en torno al lecho, y respondian con sollozos. La misma Bice, ya con un apagado soplo de voz, ó ya con lentas y devotas inclinaciones de cabeza, manifestaba tomar parte en los afectos que espresaban aquellas santas palabras. Su rostro apa-

cible y sereno justificaba la paz del alma piadosa que entre los dolores de la muerte probaba de antemano las delicias de otra vida.

Mas de repente, el majestuoso silencio que reinaba en aquella estancia, es interrumpido por el estrépito de pasos apresurados que suben la escalera. Todos los ojos se vuelven hácia la puerta: la castellana se levanta, sale al encuentro de dos personas que se presentan, y habla con ellos algunas palabras: el uno de los recien llegados, se pára en el umbral, pero el otro, arrojándose á la estancia, se precipita de rodillas al pié de la cama, aprieta y besa las cubiertas, y las inunda con sus lágrimas.

Ermelinda, el conde y Laureta pronto conocieron á Ottorino, los demas le adivinaron. Acababa de llegar de Binasco acompañado del hombre en cuyo nombre le tuvieron preso y que habia corrido en persona á libertarlo.

La moribunda, herida de aquel repentino estrépito, abrió lánguidamente los ojos, y sin poder reparar en el recien llegado, cuya vista le impedian los demas circunstantes, preguntó qué era.

—Dad gracias á Dios, esclamó el confesor enternecido: habeis aceptado de su mano la amargura, la habeis aceptado con tranquilidad, con reconocimiento; aceptad del mismo la alegría que ahora quiere daros, y tanto ésta como aquella os servirán de merecimiento.

—¿Qué?.... ¿Ottorino?.... dijo la agonizante haciendo un último esfuerzo para pronunciar aquel nombre.

—Sí, vuestro esposo, repitió el sacerdote, y acercándose al jóven le hizo levantar y le condujo junto á ella. Bice le fijó en el rostro los ojos, en los cuales lucía á intervalos un rayo muriente, y le tendió una mano, sobre la cual inclinó él un rostro demudado, mas ya no lloroso. Luego, la moribunda retrajo dulcemente la mano, y mostrándola á su esposo, señalaba al mismo tiempo á la madre, y se esforzaba para decir algo sin poder llegar á proferir una palabra clara. El monje adivinó su deseo, y vuelto al jóven:

—Quiere deciros, que el anillo nupcial le ha confiado á la madre, que os lo entregará.

El rostro de Bice se animó con una sonrisa, é hizo seña de que sí.

Entonces, Ermelinda quitóse con prisa del dedo el anillo y se lo dió á Ottorino, el cual besólo y dijo:

—Bajará conmigo al sepulcro.

—Tambien una súplica os ha legado vuestra esposa, continuaba el sacerdote: que abandoneis, si lo tuvieseis en el corazon, todo intento de vengarla. La venganza corresponde al Señor.

Ella tenia fija ansiosamente la vista en el rostro del jóven que, con la cabeza baja, nada respondia; mas el confesor, asiéndole de un brazo:

—Ea, le preguntó con tono grave y severo: ¿Lo prometeis? ¿lo prometeis á vuestra esposa, que en el último paso, entre la vida y la muerte, entre el tiempo y la eternidad, os ruega como una gracia,

os lo impone como una obligacion en nombre de aquel Dios ante el cual va á comparecer?

—Sí, lo prometo, respondió Ottorino reventando en caudaloso llanto.

Bice le dió gracias con una mirada llena de angelical dulzura, muestra clara de que ya nada le restaba que desear en este mundo.

El sacerdote entonces señaló á los circunstantes que volviesen á arrodillarse, y prosiguió la oracion interrumpida. En un momento de suspension y de general silencio, la agonizante dió muestra de reparar en un reprimido son de sollozos, procedente del cuarto contiguo, y dirigió una débil mirada á la madre, como preguntando quién fuese. Esta ocultó el rostro entre las manos, pues no tenia valor para pronunciar un nombre; mas el sacerdote, encorvándose sobre la moribunda, la dijo en voz baja:

—Rogad tambien por él, principalmente por él: es Márcos Visconti.

Ella inclinó suavemente la cabeza para significar que ya lo haria, y no se vió que la levantase: habia espirado.

XXXII.

Angustias de Márcos.---Castigo de Pelagrua.---Traicion de Lodrisio.---Asesinato de Márcos.

Márcos abandonó corriendo el aposento de la castellana, y Ottorino le fué siguiendo aguijoneado,

aun en aquella hora fatal, por una piadosa solicitud en pro de la vida de su señor, y necesitando él mismo en aquel primer momento huir un espectáculo que le destrozaba demasiado, agitarse, hacer algo que le hiciese acordar de sí mismo, que le ocupase la mente agobiada de un golpe tan tremendo.

El gran capitan, pasándose las manos por la frente y por los ojos como queriendo despejar la nube, la oscuridad que le ofuscaba, atravesó á largos pasos una habitacion, subió una escalera, y detúvose en una puerta dudando si entraria ó no; pero de repente sintió sofocarse, conoció la necesidad de estar al aire libre, y continuó subiendo la escalera que habia comenzado. Arriba, arriba, hasta llegar á la azotea de una altísima torre. Paróse allí, registró con la vista el dilatado horizonte que se descubria, miró un momento el sol envuelto en nubes de fuego, y al fin inclinó la barba sobre el pecho, cruzó los brazos, y con los hombros apoyados en una almena, quedóse un buen rato en silencio. Los ojos inmobles y enjutos, el rostro fiero y alterado, sobre la espaciosa frente, que se arrugaba á ratos por una rápida contraccion casi espasmódica, aparecian las atroces fantasmas, que se sucedian en su mente.

Despues de algun tiempo reparó en el jóven que le siguiera allá arriba, y que clavado en pié allí cerca le estaba mirando en silencio y le dijo:

—¿Por qué la has abandonado?

—Está en manos de sus padres, le dijo Ottorino.

—Es verdad, replicó Visconti, á nosotros no nos

está bien quedarnos á llorar, cuando conviene obrar. Baja á esa escalera, en el primer descanso está la cámara del juez, dile que me mande aquí á Pelagrua, que quierro interrogarle yo mismo, y tú vuelve con él, que me conviene tenerte aquí.

Ottorino pareció titubear un momento, y Márcos, adivinando luego la causa, le añadió:

—Ve seguro; este resto de vida sé que no me pertenece mientras me queden agravios que reparar, mientras pese sobre mi alma una deuda de sangre. Cuando el dolor se haya pagado con dolor..... cuando.... Mas no, Márcos no morirá la muerte de los viles, desesperando como un hereje.

Partió el jóven, y él quedó con los brazos cruzados sobre el pecho, aguardando que le condujeran á Pelagrua.

Pelagrua se hallaba á la sazon en el castillo. Vamos á contar cómo se habia ido, y de qué modo volvió.

Despues del coloquio que él y Lodrisio tuvieron con Bice, los dos malvados se persuadieron de la imposibilidad de sacar partido alguno de aquella infeliz, á favor de sus ruines proyectos, y viéndola decaer y perder las fuerzas de dia en dia, resolvieron terminantemente deshacerse de ella, que ya no les servia sino de embarazo y de fastidio peligroso. El castellano de Rosate, segun lo convenido aquella misma noche que Márcos llegó á Milan, y precisamente mientras éste hablaba con Ermelinda, enterró á la esposa de Ottorino y á la doncella en el subterráneo en que pensaba dejarlas morir, y des-

pues se fué á Fallavecchia, aldea vecina á Rosate, donde mantenia cierto trapicheo, y allí se entretuvo hasta muy entrado el dia.

Regresando despues al castillo, bien ajeno de figurarse las novedades acaecidas, le prendieron. Interrogado por el juez, al principio hablaba recio; mas cuando supo que Márcos habia llegado, que estaba allí, que habian desenterrado á Bice, ya se contó entre los otros difuntos.

Dos guardias le cogieron en medio, y le hicieron subir á la torre. En cada escalon iba suplicando á Ottorino, que subia detras de él, que le protegiese, que le salvase del primer furor de su amo. Llegado á la presencia de éste, se le prosternó de rodillas, y temblando y tiritando los dientes, mascaba estas interrumpidas palabras:

—¡Misericordia! ¡misericordia!.... Yo creí.... no fué con mala intencion.... solo queria.... pero fué Lodrisio.... Lodrisio que me precipitó.... Perdon.... y os diré.... y veréis.....

Mas Visconti, despues que arrojó sobre aquel miserable una mirada de ira y de desprecio, en vez de escucharle se puso á recorrer un legajo de papeles que uno de los dos guardias le entregara de parte del juez: luego alzando de los papeles la vista, señaló á los soldados que se retirasen, alargó á Ottorino todo el legajo, tal cual estaba, y le dijo:

—Son tus cartas halladas en el retrete de aquella pobrecita.

Tomólas el jóven y se puso á examinarlas.

En tanto Márcos volvió á fijar la vista sobre el castellano que, postrado, no cesaba de gemir y suplicar, y dándole un puntapié en un hombro:—Levanta, malvado, le dijo con voz de trueno. Obedeció el malandrin. A vista de aquel rostro, en el cual hasta el miedo y la humillacion tenian un no sé qué de maligno y de feroz, el señor de Rosate sintióse hervir de nuevo la sangre, dió algunos pasos arriba y abajo del terrado, para recobrar alguna calma, luego se paró junto al bribon, y comenzó á interrogarle:

—¿Cuándo estuvo aquí Lodrisio?

Mas antes que el otro respondiese, Ottorino se acercó á Márcos, y mostrándole las cartas que hasta entonces fueran tenidas por suyas,

—Es una traicion descarada y cruel, decia rugiendo, estas cartas no son mias.

Márcos le arrebató de la mano los papeles, y descuadernándolos en la cara de Pelagrua, que á las palabras de Ottorino se habia puesto á temblar mas fuerte, le preguntó con voz medio sofocada por la ira:

—¿De quién son, pues?

—Ha sido, comenzaba éste balbuciente, ha sido para obedeceros á vos; para mejor serviros....

En esto ofuscósele á Visconti la vista.

—¡Ah monstruo infernal! rugió furioso, y al mismo tiempo le disparó tan tremenda puñada en la cara, que le rompió una mandíbula, y le arrojó piernas al aire de la torre abajo, al pié de la cual aque-

lla mañana fué encontrado muerto, enfilado en un palo de la estacada del foso.

Despues de esto se retiró Márcos á sus aposentos, sin querer que nadie le siguiese, ni tan siquiera Ottorino: encerróse, y estuvo solo hasta muy adelantada la noche, revolviendo los armarios, clasificando papeles, quemando muchos, reponiendo algunos, y acotando otros: escribió varias cartas é hizo su testamento, en el cual, despues de socorrer con una pingüe pension á la viuda de Pelagrua, y despues de muchos legados á sus escuderos, pajes y á toda su numerosa servidumbre, nombró heredero suyo á Ottorino. A media noche, hizo llamar al monje que habia asistido á Bice, y quiso confesarse. Hecho esto, se arrojó sobre una silla de brazos, y durmió tranquilamente cerca de un par de horas, segun refirió despues un criado, que sin ser visto le habia estado velando desde un cuarto inmediato. Al despertar pidió de beber: sirviéronle agua en una grande copa de oro, y la bebió toda de una vez. Viendo entonces que no podia volver á conciliar el sueño, y siéndole insoportable el estarse sin hacer nada aguardando la aurora, salió á un terrado, y se puso á pasear arriba y abajo, como si estuviese en el potro, y atento siempre á una pequeña luz, á un bajo murmullo de plegarias que salia de un aposento frontero.

Lodrisio, entretanto, que estaba en Milan atormentado de mil sospechas, viendo que no volvia el correo enviado al castillo de Rosate, habia despa-

chado algunos de confianza que espiando con destreza en el contorno, le pusieron al corriente de todo. Su carta caida en manos de Visconti, Bice hallada en los subterráneos y muerta despues, Ottorino puesto en libertad, el castellano interrogado y muerto por el mismo Márcos, todo, todo le habia sido referido, por lo cual bien conoció que descubierta toda su maquinacion, no le quedaba escusa ni subterfugio para salvarse de la ira de aquel terrible señor, tan pérfida y cruelmente engañado tan largo tiempo. El malandrin ya se figuraba vérsele parecer delante con aquel su indómito furor á pedirle cuenta; y aunque naturalmente descarado y atrevido, aunque era uno de los mas valientes caballeros de su tiempo, no estaba seguro de podérselas tener á un contrario de tamaña talla, á un contrario que era tenido por la primera lanza de Lombardía.

A mas de que, si la cuestion se remitiese á las armas, se propalarian cosas que le cubririan de infamia para todo el resto de sus dias.

Aquel malvado puesto en tal aprieto, echó el resto, y para escapar á la mala ventura que le amenazaba por la consumada traicion, meditó y llevó á cabo otra nueva mas vil, si es posible, mas abominable que la primera.

Escribió á Azon fingiéndose pesaroso y arrepentido de su felonía, le reveló todas las tramas de Márcos para quitarle los Estados, ofreciéndole las pruebas mas irrefragables con una infinidad de car-

tas, notas y otros documentos que tenia en su poder. Envió los papeles á su destino, dejó en casa criados que cuando Márcos fuese á preguntar por él, le dijesen que habia ido á palacio á tratar algunos asuntos con el vicario. Hecho esto, monta á caballo, sale apresurado por puerta Giovia, y no deja la silla hasta ponerse en salvo fuera de los confines de la señoría de Milan.

Márcos, ciego, fuera de sí por la angustia y el furor, detestando hasta la tierra que le sostenia, el aire de la mañana que le soplaba en la frente, y el sol que salia á iluminar su carrera; agitado su corazon por un profundo y tempestuoso deseo de cruenta venganza, respirando sangre y muerte, corrió á Milan, y engañado por el falso aviso recibido en casa de Lodrisio, se encaminó al palacio del vicario, donde ya calcula el lector de qué manera le estarian esperando.

Dejado en un primer recibimiento el escudero que trajera consigo, se adelantó solo, y preguntó á algunos domésticos por el odioso que buscaba.

—Está allí dentro, le respondió uno de ellos señalándole una puerta, que al mismo tiempo corrió á abrir con ademan obsequioso. Márcos, ajeno de toda sospecha, avanza, pasa el umbral, entra en una larga estancia, y apenas pone el pié en ella, cuando de golpe se cierra la puerta detras de él con mucho estrépito de hierros, y en un abrir de ojos, saltan de varios escondrijos seis hombres armados cubiertos todos de malla, con el casco en la cabeza, la

visera calada, y le asaltan á un tiempo por todas partes. Al primer ímpetu le hicieron dos heridas, una en la garganta y otra en el costado; en seguida se le echan encima, agarrándole quién por los hombros, quién por la cintura, y otros acurrucándosele entre piernas para hacerle caer. Él corrió la mano al costado izquierdo en busca del puñal, mas no le halló, pues uno de los agresores habia tenido la precaucion y la destreza de quitárselo en el momento de acometerle. Márcos se vió perdido, mas no quiso morir sin resistencia: levantó un puño que nadie pudo detener, y lo descargó con tanta furia sobre la cabeza de uno que en aquel momento le acababa de dar una estocada en el pecho, que le derribó en el suelo á manera de un toro herido por el mazo. Pero los otros continuando cerrándole alrededor, le fueron acorralando todo chorreando de sangre, hasta una ventana que daba á la calle, y allí, asiéndole por los brazos, por la gola y por las piernas, le alzaron á plomo, y dándole un empujon lo precipitaron de cabeza abajo sobre el enlosado, donde á pocos momentos espiró.

En Milan, en Lombardía, en toda la Italia, se contó luego de mil maneras el fin del glorioso capitan. La tenebrosa historia de sus amores se mezcló distintamente con la de su muerte: algunos creyeron, ó aparentaron creer, para adular á los poderosos que tanto anhelaban sacudirse el borron de tal infamia, que el mismo Márcos, despues de haber asesinado á Bice en su furor celoso, se habia

desesperado, dádose de puñaladas, y tirádose él mismo por la ventana del palacio. Estas voces fueron recogidas y trasmitidas por algun escritor contemporáneo demasiado pusilánime amigo de la verdad. Azario, mas reservado, dice: que en cuanto á la muerte no puede decirse cosa cierta, y que por lo demas, se le hacia cargo de muchas cosas falsas, callándose muchas verdaderas [1].

Mas fuera de Lombardía, donde no llegaba el terror de los Visconti, nadie dudó que Márcos hubiese sido asesinado por órden del sobrino y sus dos hermanos. Juan Villani, omitiendo los demas, Juan Villani que habia conocido familiarmente á nuestro Márcos en Florencia, y habia tenido que tratarle muchas veces sobre las cosas de Luca, lo dice claramente, y aun viene á esplicar la oscuridad, la incertidumbre de las Crónicas milanesas sobre este punto, añadiendo las siguientes palabras. "Es- "ta escandalosa muerte de Márcos, causó general- "mente mucho disgusto á los milaneses, pero na- "die se atrevió á hablar por miedo."

Nosotros, para dar á conocer lo que se pensaba en Luca entonces, ó mas exactamente, lo que pensaba un ministril de Luca, trasladaremos aquí un serventesio que se cantó en un banquete de caballeros, el dia que llegó allí la noticia.

1 De cujus morte certum ignoratur.... Multa dicebantur quæ non faciebat, et multa faciebat quæ non dicebantur.

Petri Azari, Cronicon, cap. 7.

EN LA MUERTE DE MARCOS VISCONTI.

SERVENTESIO.

¡Sangre! ¡sangre! humea caliente
De un alcázar la piedra cruenta,
Por do quiera con pálida frente
Corre el pueblo, la turba se aumenta,
Hierve en torno el tumulto, el furor.

¡Desdichados! ¿quién sois? ¡por ventura!....
No me engaño.... la sierpe que brilla
En las armas.... que sois me asegura....
Vuestra impávida frente sencilla....
Milaneses, ¿por qué tal dolor?

Se divide el tropel, y un soldado
Con la diestra sus ojos cubriendo,
Con la otra me muestra postrado
Un guerrero, la tierra mordiendo,
Revolcado en su sangre: ¡qué horror!

¡Márcos es! aquel rayo de guerra,
Aquel genio sublime, que un dia
De los güelfos, en la Itala tierra,
Tantas veces las armas vencia,
De lombardos la gloria y amor.

¡Ah! llorad á aquel rayo que espira,
Que brillara en el rostro del fuerte,

¡En el rostro que esfuerzo os inspira
Aun así entre las sombras de muerte!
¡Sí, llorad su apagado fulgor!

Mas, ¿qué acento terrible, inhumano,
De la turba se escucha nacer?
¡Oh delito! ¿el sobrino, el hermano,
En el héroe impía mano poner?
¿Habrá un pecho á su sangre traidor?

Te aproxima: refiere en voz clara,
Tú que fuiste su amigo.—¿Y es cierto
Que su pecho soberbio humillara
Al amor de una bella, encubierto,
Cual la fama do quier publicó?

No responde,—en la grupa, plañendo,
De su bayo ligero me pone,
Por torcidos senderos corriendo
La espesura del bosque traspone:
De un castillo á la puerta paró.

Tiembla el puente, se abaja, rechinan
Recios goznes, ferradas cadenas,
Gruesas barras silbando se inclinan,
Resonando en las altas almenas;
Ser viviente no asoma emperó.

Parques, pórticos, salas, do quiera
Soledad funeral; ni una sombra
Se divisa por dentro ni fuera,
Ni pisada, silencio que asombra:
Hasta el aire parece murió.

Una luz lánguida
Allá á lo lejos
Pinta en los vidrios
Tristes reflejos
De oscuros pórticos
Entre el horror.

Es de una lámpara
Que luce en vano;
Alumbra el féretro
¡Hado tirano!
De ilustre víctima
Marchita flor.

Sobre del tétrico
Cojin reposa
El rostro pálido
Cual blanca rosa,
En acto plácido
Como de amor.

Por el ebúrneo
Nevado cuello
Hasta el pié bájale
Blondo cabello,
Cual velo áureo
Puesto al pudor.

Sonrís etéreo
Al labio asoma:

Del pecho cándido
Naciente poma
Intacta ocúltase
Bajo el sayal.

Virginal párpado
Medio cerrado
Como de angélico
Sueño velado,
Parece espérala
La luz diurnal.

Beato espíritu,
Si desde el cielo
Contemplas plácido
Tu hermoso velo
. . . . . .
. . . . . .

¿Qué lúgubre són de nuevo
Se percibe á gran distancia?
Turba sacra consonancia
El silencio funeral;
Ya mas y mas se avecina:
Cruge el puente levadizo
Bajo del pié advenedizo
Que se avanza en el portal.

Ya las sombras se esclarecen:
Con negras capas vestidos
Los monjes, muy compungidos,
Proceden de dos en dos:

En hombros de seis barones
Y de armadura cubierto
De Márcos el cuerpo yerto
Viene conducido en pos.

Quedan en descanso eterno
En un tálamo de muerte
La mas bella y el mas fuerte
Dentro un mismo panteon.
Sonreirse parecia
Al quitarle la celada
Junto al rostro de la amada
El del noble campeon.

CONCLUSION.

Noticia del fin de la familia del Balzo, de Tremacoldo, de Ottorino y de Lodrisio.

El ministril de Luca, sea que siguiese una falsa voz esparcida en Toscana, ó que conociendo la verdad y pareciéndole demasiado desnuda y árida, quisiese adornarla un tanto, para dar mas belleza y sacar partido de su cancion, viene á significar que Márcos y Bice fueron sepultados juntos en el castillo de Rosate; pero nosotros, con buenas pruebas á la mano, podemos asegurar al lector, que Visconti fué sepultado con mucha pompa en Milan, en la

iglesia de Santa María la Mayor, y la esposa de Ottorino, sabemos de buena tinta, que fué trasladada á Limonta como habia deseado. Hemos querido decirlo para que no parezca que reputamos por privilegio de los solos historiadores, analistas y cronistas, en suma, de aquellos que hacen profesion de decir la verdad, el referir francamente lo que no saben, ó lo que saben, Dios sabe cómo, el callar aquello de que están bien informados, el adornar, amplificar, disfrazar é inventar de raiz; finalmente, valerse de todos aquellos artificios que la retórica enseña, y á menudo aconseja la prudencia. No, señores: protestamos creer que de este privilegio usan tambien á veces los poetas.

Hecha esa profesion de fe, demasiado necesaria, parece que ya nada nos restará que decir, y que muerto el que llaman protagonista, la historia propiamente es acabada. Pero si no desplace á nuestros lectores, queremos añadir todavía cuatro palabras acerca de los demas personajes que han figurado tanto en la escena: y lo deseamos principalmente por las nobles mujeres, que como son tan tiernas, fácilmente conceden cierto afecto á las personas con las cuales platican algo largo, por poco que éstas valgan; pues mas bien es efecto de su propia galantería, que de la virtud ajena, por lo cual debe permitírseles, ó mejor agradecerlas el que se muestren deseosas de saber los sucesos algo minuciosamente.

No os fastidieis que durará poco.

En la madrugada, los condes del Balzo junto con Laureta partieron de Rosate hácia Limonta, acompañando los restos de su Bice, y por el camino se les juntó toda la familia quedada en Milan, á la cual se habia advertido que se encaminase al lago.

Nuestros viajeros, que venian de Milan, habian salido antes de la catástrofe de Márcos, de la cual no oyeron hablar hasta Seveso, donde todos reunidos se habian apeado en una hostería para pernoctar. No habia modo de que lo creyesen, como que habian dejado poco antes el lugar donde se decia sucedido el caso, y donde debia llegar la noticia antes que á otra parte. Lupo y Ambrosio estaban disputando con el huésped y algunos del pais, sobre la posibilidad del hecho, calculando las horas y las distancias, cuando llegó una estafeta de Rosate, despachada luego de recibida la fatal nueva, y que no habia podido alcanzar hasta allí la comitiva del Balzo. El conductor era un fiel criado de Visconti, confirmó llorando la noticia de la atroz muerte de su amo, y llamando aparte á Ermelinda, entrególa una carta de Márcos, que se habia hallado sobre el bufete de su señor. La mujer fué sobrecogida de una compasion mezclada de espanto, que pudo mover su corazon, aunque tan llagado y destrozado por el acerbo dolor de madre: sintióse estremecer, le flaqueó la vista, tembló toda, y metiendo en el seno la carta que en aquel momento no hubiera podido abrir cuanto menos leer, se abandonó en una silla como insensible.

Lupo, sin detenerse, montó á caballo, y echó al galope hácia Milan en busca de Ottorino, que en aquella coyuntura podia necesitarle. Todos quedaron aturdidos; pero el pasmo de todos era nada en comparacion de lo atónito y estupefacto que quedó el conde.

En verdad el haber tenido relaciones con Márcos, con el hombre que se decia asesinado por los señores en virtud de una trama descubierta, podia de pronto dar que pensar, aun á otro menos espantadizo que él. Mas Azon, asustado quizás él mismo por lo vasto de la descubierta conjuracion, creyó prudente echar tierra encima para no esponerse á incendiar una estopa tan considerable; y así, no solo el conde del Balzo, sobradamente defendido por su inutilidad, sino tambien los mas íntimos amigos de Márcos, sus mas exaltados y poderosos partidarios, salieron bien librados sin la menor incomodidad.

Entretanto iban adelante los tratados comenzados mucho antes sobre la reconciliacion del vicario con la Iglesia. El papa, ya bien dispuesto en pro del señor de Milan, por la resistencia que últimamente opusiera al Bábaro, no creyó, ó afectó no creer, los rumores que le achacaban el asesinato del tio, y absolviendo de la excomunion á él y á su familia, levantó el interdicto que tantos años pesara sobre la ciudad y su territorio. Admirables fueron las fiestas y los alegrones que se hicieron. Los señores legos que habian usurpado bienes del clero,

los restituyeron á los sacerdotes, que regresaban de todas partes. Entre éstos el legítimo abad de S. Ambrosio, Astolfo de Lampugnano, restablecido en su antiguo convento, del cual estuviera separado tanto tiempo, recobró todas sus anteriores posesiones, y por lo mismo tambien Limonta. A su primer arribo en Milan, escribió al párroco del lugar una difusa carta elogiando la fidelidad que él y todos los limontinos habian manifestado por su legítimo señor, compadeciendo los males que debian haber padecido bajo el gobierno del intruso abad, al cual no economizaba los acostumbrados epítetos de cismático, hereje, mago, hijo del demonio, y finalmente, lo que mas importa, les concedió exenciones y privilegios en resarcimiento del mal pasado.

Nuestros buenos montañeses abrieron otra vez su pequeña iglesia de S. Bernardo. La campanilla se indemnizó de su largo silencio tocando á fiesta tres dias y tres noches consecutivas sin parar un momento. Era un furor de hombres y muchachos arrebatarse la cuerda de las manos, subir sobre el tejado y voltearla á brazos, pegarle con hierros y piedras á cual mas podia. Plantáronse campestres arcos de triunfo, hiciéronse procesiones, cantáronse misas, y maitines, y completas, y vísperas, que todo se hundia. Finalmente, celebróse un oficio general por los que fallecieran durante el interdicto, y despues los hombres de dos en dos, y tras ellos las mujeres por el mismo órden, se dirigieron al cementerio, donde se arrodillaron á rezar el rosario.

Sobre aquellos rostros inclinados devotamente, pintábase una solemne y piadosa compuncion, una grave y silenciosa alegría. Entre tantos recuerdos de lutos domésticos y pérdidas especiales, los ojos de aquellas buenas gentes se volvian á menudo hácia la capilla, dentro de la cual pocos dias antes se habia colocado una blanca losa con un nombre grato al corazon de todos.

Marta, que se arrodillara sobre la tierra que cubria el cuerpo de su Arrigozzo, concluida la plegaria, se levantó para irse; pero pasando junto á aquella piedra, se inclinó sobre ella y la besó con respeto y con amor: la mujer del halconero, y despues todas las mujeres del lugar, una tras otra, hicieron otro tanto. Solo Ermelinda y Laureta, que se hallaban tambien entre el concurso, no pudieron sostener tamaño esfuerzo; pero volvieron solas por la tarde bajando los senderos del monte sin ser vistas, á plañir, á orar sobre aquella losa, que en adelante fué siempre el término de todos sus paseos solitarios.

Lupo no participó aquel dia de las fiestas del lugar. Habia partido á Tierra Santa con Ottorino. Muerta Bice, muerto Márcos, el jóven caballero no pudo sufrir su permanencia en aquel pais. El pensar que tenia cerca á Lodrisio le hacia hervir la sangre: hubiera querido hallarle, medirse con él hasta morir uno de los dos; pero habia prometido á la esposa moribunda no tomar venganza: érale sagrada tal promesa, y huyó para poderla guardar.

Otro de nuestros conocidos habia llegado aquellos dias á Limonta, Tremacoldo. Recibióle Ermelinda como un próximo querido pariente, en memoria de lo que habia hecho y padecido por su pobre Bice.

Concluidas las fiestas, quiso marcharse el juglar; y la señora, no olvidando su promesa, y no habiéndole podido hacer aceptar cosa alguna de valor, le dió una carta de recomendacion para el legado apostólico Beltran del Poggetto. Con ésta fuese Tremacoldo á Colonia, obtuvo la absolucion de las excomuniones en que incurriera ejercitando un oficio prohibido por los cánones; y dejando para siempre el gorro con cascabeles y el sayo de colores, volvió á tomar la capilla y el ropon forrado de pieles, y de ministril se hizo otra vez canónigo. Con todo, el amor al oficio le habia entrado tanto en la medula, que no pudo resolverse su corazon á abandonar el laúd, con el cual alguna vez divertia el concurso en ocasiones de estraordinaria solemnidad, ó por no poderse negar á un amigo ó á un superior; pero entendamos, siempre dentro de los mas estrechos límites de honestidad y modestia. Por lo demas, hombre de buena pasta, escelente camarada, pasó de los ochenta años, y lo mas increible, sin embargo, cierto es que, canónigo y entre canónigos, nunca tuvo la menor desavenencia con ninguno.

Ermelinda falleció al cabo de dos años, llorada de todo el lugar. Entre sus cosas fué hallada la última carta de Márcos, que ella recogiera en un es-

tante junto con una cadenilla de oro. Nadie sabia adivinar cómo estuviese allí aquella cadena ni lo que significaba, á escepcion de la mujer del halconero y su hija Laureta, que nunca lo confiaron á nadie.

El conde del Balzo envejeció mucho, como que vió morir á Azon y suceder Lúcas: sobrevivió tambien á éste y aun á Juan. Ya no se hablaba de Márcos sino como de un personaje histórico, de un gran capitan, de un hombre singular; su nombre se pronunciaba sin reserva, pero con reverencia y admiracion, y el conde todavía tuvo tiempo de envanecerse con los elogios que oia tributarse á su memoria. Aquella bendita manía de darse importancia, de la cual no podia curarle sino el miedo, se le apoderó mucho más en los últimos años de su vida, cuando todo estaba pacífico y tranquilo. ¡Era gusto oirle hablar de Márcos! Él habia sido su consejero, su mas íntimo amigo, el alma de todas sus empresas.

—¡Si me hubiese creido á mí! decia á veces en tono misterioso, ¡si me hubiese creido á mí! Pero vaya, ciertas cosas mas vale callarlas: aunque hayan sucedido tantas mudanzas vale mas callar: y diciendo esto hinchaba los carrillos, se pasaba una mano por la frente como queriendo significar que encerraba grandes secretos.

¿Y Lodrisio? estoy seguro que el lector que tenga un asomo de.... ya no sé de qué, en fin, que no sea enteramente privado de corazon y sensibili-

dad, desea verle acabar mal, y aun yo os aseguro que lo siento, ¿pero qué quereis? Necesitamos tener calma, que los hechos históricos no me los puedo amasar á mi placer. Allá va pues cuanto se cuenta de aquel miserable.

Muchos años anduvo rastrero por varias partes de Italia; en 1338 ayudado de Scalígero consiguió alistar á sueldo tres mil quinientos caballeros, número considerable en las guerras de aquel tiempo, y una gran cantidad de infantería. Con toda aquella gente que se llamó compañía de S. Jorge, engrosada en el camino con infinidad de ladrones, salteadores y bandidos que acudian al olor del botin, avanzó hácia el milanés saqueándolo é incendiándolo todo. Llegado cerca de Parabiago, donde le aguardaba Lúcas con todas las fuerzas de Milan y sus aliados, dió aquella famosa batalla que tomó el nombre del lugar junto al cual se combatió. Allí fué destrozado enteramente, y cayó vivo en poder del vencedor, que con humanidad, muy rara en aquella época, le confinó con sus dos hijos en la fortaleza de S. Colombano, en la cual permaneció hasta 1348. ¿Y despues? Muerto Azon, muerto Lúcas, sacóle el arzobispo Juan.... ¿Y despues? Corridas otras varias vicisitudes, murió muy viejo en Milan, á los cinco de Abril de 1364.

Aun más, fué sepultado con gran pompa, *magnaliter*, como dice el citado cronista, y en muestra de luto y honor, Bernabó, señor entonces de Milan, difirió un solemne torneo, y los príncipes, barones,

y condes que habian venido para hacer prueba de sí, tuvieron que aguardar á que estuviese enterrado el cadáver de Lodrisio, despues de héchole muchas ceremonias. Digo cosas que á primera vista dan rabia, pero quien reflexione un poco pensará luego, que si la Providencia le hizo prosperar de aquel modo, tendria para ello sus motivos; y conocerá que esto de querer ver premiado á cada unó en este mundo á proporcion de sus méritos, es impaciencia, ligereza, presuncion, y aun peor, es suponer en nosotros mas discernimiento que en quien nos lo dió, es negar la verdad de que aquí se forman las cuentas, pero se zanjan en otra parte.

FIN.

ÍNDICE.

PAGS

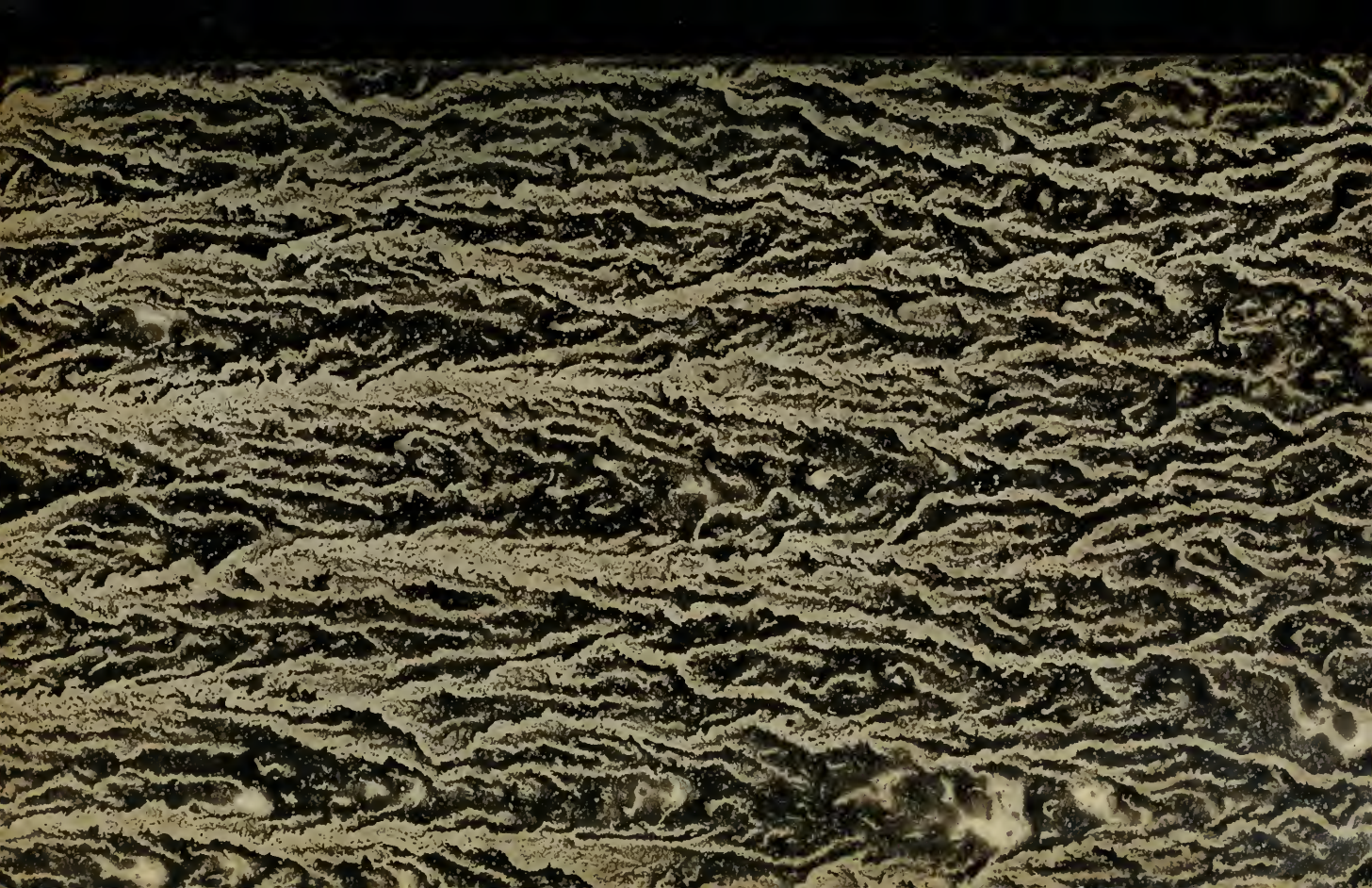
I.—Idea del pais y de su estado político.—Pleito del monasterio de S. Ambrosio contra los hombres de Limonta. 5
II.—Asonada de Limonta.—Eleccion de campeon..... 17
III.—Preparativos para el juicio de Dios.—Sala del palacio.—El ministril.—Conocimiento de Bice y Ottorino.. 35
IV.—Juicio de Dios..... 54
V.—Naufragio.—Muerte de Arrigozzo.—La roca de Morcate..... 69
VI.—Ottorino en el castillo del Balzo.—Partida de caza.. 92
VII.—Amores de Márcos y Ermelinda.—Los señores de Milan..... 114
VIII.—Conferencia de Márcos y Ottorino.—Viaje de la familia de Balzo..... 134
IX.—El mismo asunto.—Devastacion de la catedral de S. Juan en Monza.—Declaracion de Ottorino.—Llegada á Milan..... 150
X.—Noticia de Lodrisio Visconti.—Banquete de Márcos. 165
XI.—Conjuracion.—Delirio amoroso de Márcos.—Cabalgata.—La cabaña del barquero..... 180
XII.—Devastacion é incendio de Limonta.—Travesura de Lupo.—Conferencia de Márcos y el abad de S. Ambrosio..... 198
XIII.—Celos de Márcos.—Esperanzas de Bice y Ottorino.—Prision de Lupo..... 216
XIV.—Destin.—Entrevista de Márcos y Bice.—Declaracion.—Fuga de Márcos..... 233
XV.—La capilla.—Gracia y libertad de Lupo..... 252
XVI.—Palenque.—La quintana.—El ariete.—Bufonada de Tracoldo.—Canto del Trovador..... 276

XVII.—Torneo.—Victoria de Ottorino..... 305
XVIII.—Justa.—Alarma.—El caballero desconocido.—Vencimiento de Ottorino..... 320
XIX.—Adquisicion de Luca por Márcos.—Reflexiones de éste y su entrevista con Pelagrua..... 335
XX.—Conversacion de los soldados.—Armamento de Milan y sus contornos.—Destacamento de limontinos.—Reconciliacion..... 355
XXI.—Sitio de Milan.—Hazaña de los limontinos y traicion de Lodrisio y Pelagrua..... 371
XXII.—Liga de Lodrisio y Pelagrua contra Bice y Ottorino.—Casamiento de estos.—Presentimientos de Bice.. 386
XXIII.—Partida de los novios.—Separacion, rapto y prision..... 400
XXIV.—Llegada al castillo de Rosate.—Impaciencia de Bice.—Descripcion de Pelagrua.—Borrachera ingida.. 413
XXV.—Fuerte de Castelletto.—Inquisiciones de Tremacoldo.—Fiesta de Riscaldina.—Ardides del juglr.—Libertad de Lupo..... 427
XXVI.—Resolucion de Ermelinda.—Lodrisio en Rosate.—Disputa con Pelagrua.—Canto de Tremacoldo..... 451
XXVII.—Desengaño de Bice.—Puerta falsa.—Luo en la posada..... 467
XXVIII.—Prosecucion del mismo asunto.—Muerte de los asesinos.—Revolucion de Luca..... 485
XXIX.—Márcos y Lupo en Florencia.—Carta de Ermelinda..... 496
XXX.—Márcos en el palacio del Balzo.—Entrevista con la condesa.—Márcos en Rosate.—Desaparicion de Bice y Laureta.—Profecías.—Subterráneos..... 508
XXXI.—Hallazgo de Tremacoldo, Bice y Laureta.-Agonía de Bice.—Llegada de Ottorino.—Muerte de Bice... 532
XXXII.—Angustias de Márcos.—Castigo de Pelarua.—Traicion de Lodrisio.—Asesinato de Márcos..... 551
CONCLUSION.—Noticia del fin de la familia de Balzo, de Tremacoldo, de Ottorino y de Lodrisio..... 565

THE LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
Santa Barbara

STACK COLLECTION

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW.

30m-8,'65(F6447s4)9482

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 820 216 0